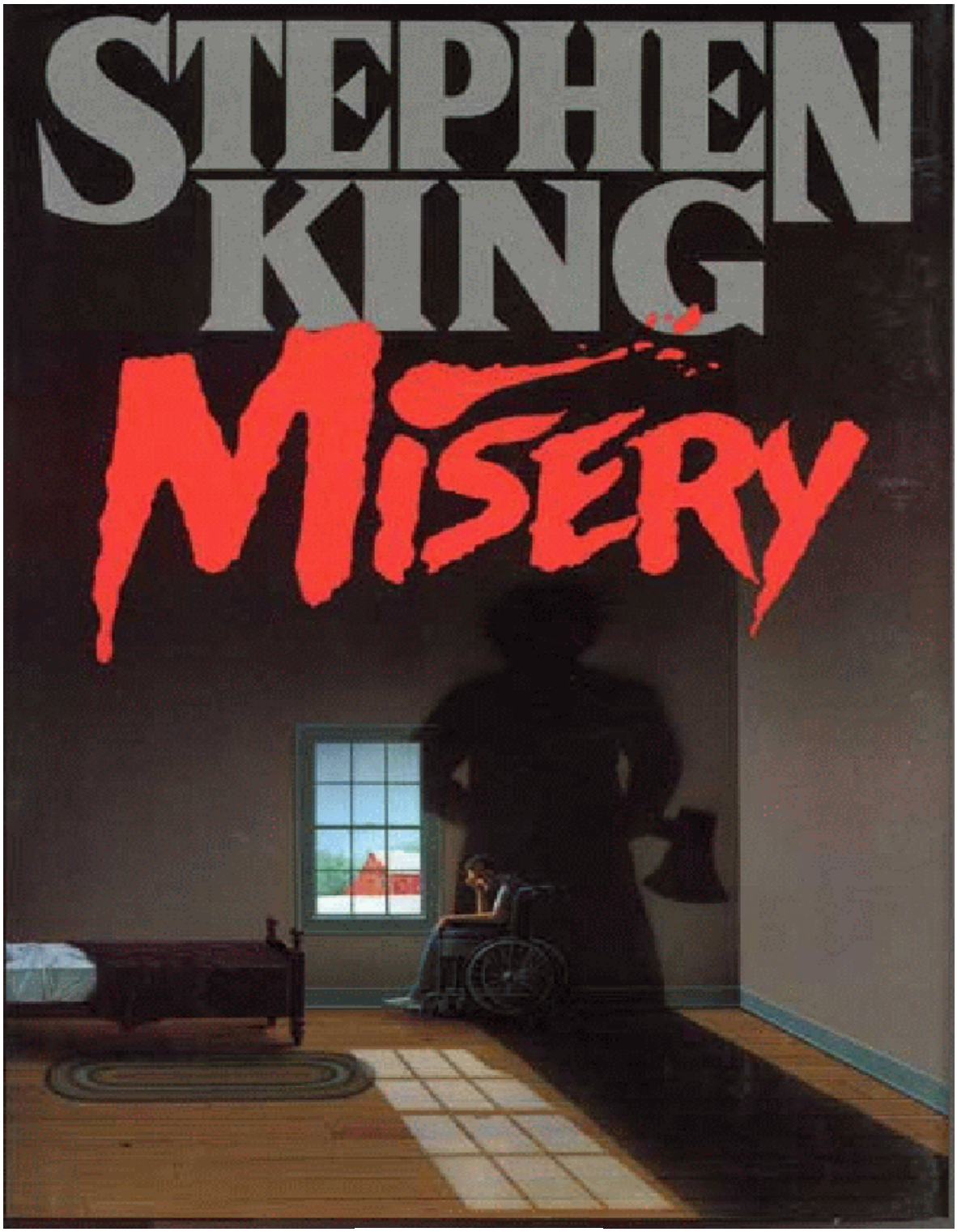
MISERY
STEPHEN KING



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Para Stephanie y Jim Leonard. Ellos saben por qué. Vaya si lo saben.

diosa
África

Quiero agradecer la colaboración de tres profesionales de la medicina que me asistieron en los datos objetivos de este libro:

Russ Dorr, auxiliar de farmacia.
Florence Dorr, enfermera diplomada.
Janet Ordway, doctor en psiquiatría.

Como siempre, me ayudaron en cosas que no se notan. Si encuentran algún error notorio, es mío.

No existe, por supuesto, ningún medicamento llamado "Novril", pero sí varios fármacos similares con codeína. Es muy lamentable que las farmacias de los hospitales y dispensarios médicos no observen las debidas precauciones en el almacenaje de estas drogas, teniéndolas bajo llave y controladas mediante estricto inventario.

Los lugares y los personajes que aparecen en este libro son ficticios.

S.K.

I

1

smbrrra cunndo
stsssen smbrrr cunnndo
I jj jossstcunndo
Esos sonidos surgían de la niebla.

2

Pero, algunas veces, los sonidos, como el dolor, se desvanecían y entonces quedaba sólo aquella neblina. Recordaba la oscuridad, la sólida oscuridad que la había precedido. ¿Quería eso decir que estaba mejorando? ¿Hágase la luz, aunque esté brumosa? Pero la luz era buena... Así una y otra vez... ¿Existían esos sonidos en la oscuridad? No encontraba respuesta a ninguna de esas preguntas. ¿Tenía sentido hacérselas? Tampoco a esto podía responder.

El dolor se hallaba en alguna parte bajo aquellos rumores... Al este del sol y al sur de sus oídos. Eso era todo cuanto sabía.

Por un tiempo que le pareció muy largo, y lo fue porque el dolor y la neblina tormentosa eran las únicas cosas existentes, esos sonidos constituyeron la única realidad exterior. Ignoraba quién era y dónde se encontraba. No le importaba ni lo uno ni lo otro. Deseaba estar muerto, pero en aquella neblina empapada en dolor que llenaba su mente como una nube tormentosa de verano, no sabía que lo deseaba.

A medida que pasaba el tiempo, se iba percatando de que había períodos indoloros y de que se producían de forma cíclica. Por primera vez desde su salida de aquella oscuridad total que había precedido a la nebulosidad, surgió un pensamiento, independiente de cualquiera que fuese su situación actual. Se trataba de un pilote roto que sobresalía de la arena en Revere Beach, adonde sus padres solían llevarlo de niño, y él siempre insistía en que extendiesen la toalla donde pudiera observar aquel pilote que le parecía la zarpa de un monstruo enterrado. Le gustaba sentarse y ver cómo el agua subía hasta cubrirlo. Horas más tarde, cuando se habían consumido los bocadillos, la ensalada de patata y las últimas gotas de "Kool-Aid" del gran termo del padre, poco antes de que la madre advirtiese que era hora de recoger y marcharse a casa, el extremo superior corroído del pilote volvía otra vez a aparecer.

Al principio sólo se vislumbraba un instante entre las olas, luego iba destacándose cada vez más. Cuando los desperdicios habían sido depositados en el gran cubo con el típico rótulo de CONSERVA LIMPIA TU PLAYA, estaban ya guardados los juguetes de Paulie...

(Paulie soy yo, y esta noche mamá me pondrá aceite "Johnson's" en las quemaduras de sol, pensó dentro del ojo de tormenta en el que ahora vivía.)

... y las toallas se habían plegado otra vez, el pilote se veía ya casi por completo con sus lados negruzcos cubiertos por el limo y rodeados de una espuma que parecía jabonosa. Era la marea, según su padre trataba de explicarle; pero él sabía que era el pilote. La marea iba y venia; el pilote permanecía, aunque algunas veces no se viera. Sin pilote, no había marea.

Este recuerdo giraba y giraba, enloquecedor, como una mosca pesada. En las tinieblas, luchaba por comprender su significado; pero los sonidos le interrumpían durante largo tiempo.

ljjjosss tu cunndo
rrrrrrojjjo todo
smbrrra cunnndo

Algunas veces, los sonidos se detenían. Otras, se detenía él.

Su primer recuerdo claro de su ahora, el que estaba fuera de la neblina tormentosa, fue el haberse detenido, el haberse percatado súbitamente de que ya no podía dar un paso más. Y eso estaba bien, muy bien, fenomenal. Podía soportar el dolor hasta cierto punto; pero todo tiene un limite, y se alegró de haberse retirado del juego.

Entonces surgió una boca unida a la suya, una boca inequívocamente de mujer a pesar de sus labios duros y secos, y el aire de la boca de esa mujer sopló sobre la suya y atravesó su garganta inflándole los pulmones, y cuando los labios se retiraron, olió a su salvadora por primera vez, recibió la corriente que ella le había introducido a la fuerza del mismo modo que un hombre puede introducir una parte de si mismo en el cuerpo de una mujer que no lo desea. Era un hedor horrible, mezcla de galletas de vainilla con helado de chocolate, salsa de pollo y mantequilla de cacahuete derretida.

Escuchó una voz que gritaba:

-¡Respira, maldición! ¡Respira, Paul!

Los labios volvieron a apretarse contra los suyos. Otra vez el aliento entró a través de su garganta. Era semejante a la húmeda ráfaga de viento que sigue al paso rápido de los vagones del Metro arrastrando las hojas de periódico y las envolturas de golosinas... Los labios se retiraron y pensó: Por el amor de Dios, no dejes que se te escape por la nariz. Pero no pudo evitarlo y esa peste, esa jodida PESTE. ..

-¡Respira, mal rayo te parta! -chillaba la voz invisible.

Pensó: Lo haré, haré cualquier cosa, pero, por favor, no vuelva a echarme su aliento; no me infecte. Antes de que pudiese intentar evitarlo, los labios de aquella mujer estaban de nuevo sobre los suyos, labios tan secos y muertos como tiras de cuero salado. Y otra vez volvió a violarlo con su hálito.

Cuando los retiró, ya no dejó que se le escapase el aire, sino que lo aspiró en una gigantesca inhalación. Luego, lo exhaló. Esperó a que su pecho subiese por sus propios medios como lo había estado haciendo durante toda la vida sin que hubieran tenido que ayudarle. Pero no lo

logró, aspiró otra vez una bocanada gigantesca y entonces sí..., volvió a respirar por su cuenta y con toda la rapidez que pudo para librarse del olor y del sabor de la mujer.

Nunca hasta entonces le había gustado tanto el sabor del aire normal.

Empezó a sumergirse otra vez en la neblina; pero antes de que el mundo oscurecido desapareciese por completo, oyó la voz de la mujer, que murmuraba:

-¡Uf! Estuvo cerca.

No lo bastante cerca, pensó, y se durmió.

Soñó con el pilote; lo veía tan real que tenía la sensación de que podía alargar la mano y tocar su curva y resquebrajada superficie verdinegra.

Cuando volvió a su semiinconsciencia, pudo relacionar el pilote con su situación actual. La imagen pareció flotar hacia sus manos. El dolor no era cíclico. Ésa fue la lección de un sueño que era, realmente, un recuerdo. El dolor parecía ir y venir. Como el pilote, unas veces cubierto y otras visible, pero siempre presente.

Cuando el dolor no le acosaba a través del gris rocoso de su neblina, se sentía calladamente agradecido, pero ya no se engañaba: el dolor seguía allí esperando volver. Y no había un solo pilote, sino dos.

Y eran una misma cosa con el dolor, una parte de sí mismo. Sabía, mucho antes de tener conciencia de ello, que los pilotes derruidos eran sus propias piernas destrozadas.

Pero tendría que pasar mucho tiempo antes de que pudiera romper la seca espuma de saliva que había sellado sus labios. Cuando lo consiguió al fin, murmuro:

-¿Dónde estoy?

La mujer se hallaba sentada en su cama con un libro en las manos. El nombre del autor era Paul Sheldon. Lo reconoció sin sorpresa, era su nombre.

-Sidewinder, Colorado -contestó ella-. Me llamo Annie Wilkes y soy. . .

-Ya lo sé -la interrumpió-. Usted es mi fan número uno.

-Si -le contestó sonriendo-, eso es exactamente.

3

Oscuridad. Luego el dolor y la neblina. Después la certeza de que, aunque el dolor era constante, algunas veces quedaba mitigado como por un transitorio acuerdo de alivio. El primer recuerdo real: detenerse, verse violado por el aliento apestoso de la mujer..., y devuelto a la vida por aquella violación.

Siguiente recuerdo real: los dedos de la mujer metiéndole en la boca algo que parecían cápsulas "Contac", sólo que, como no había agua, las cápsulas se le quedaban en la boca, y allí se deshacían, dejándole un gusto amargo semejante al de la aspirina. Le hubiese gustado escupir, pero sabía que era mejor no hacerlo porque ese gusto amargo era el que

provocaba la marea alta que cubra el pilote.

(PILOTES, PILOTES..., hay DOS... Bien, hay dos..., sí... Ahora calla, calla, chissst.)

Y se convenció, por un rato, de que habían desaparecido.

Todo esto volvía a intervalos muy espaciados; pero, entonces, el dolor empezaba, no a retroceder, sino a desgastarse, como debió de haberse desgastado el pilote de Revere Beach, porque nada es eterno, aunque de niño él se hubiese burlado de tamaña herejía. Las cosas de afuera empezaron a chocar más rápidamente hasta que el mundo objetivo, con toda su carga de recuerdos, experiencias y prejuicios, pudo restablecerse. Él era Paul Sheldon, autor de novelas de dos tipos: buenas y, best-sellers. Se había casado y divorciado dos veces. Fumaba demasiado, o lo hacía antes de todo aquello, fuese lo que fuese "todo aquello". Le había ocurrido algo muy malo, pero aún estaba vivo. Aquella nube oscura empezó a disiparse cada vez más aprisa. Aún había de pasar un tiempo antes de que su fan número uno le trajese su vieja "Royal" de mueca sonriente y voz de Ducky Daddles, pero Paul comprendió mucho antes que estaba metido en un problema de todos los demonios.

4

La parte de su mente capaz de percibir la vio antes de que él supiese que la había visto y seguramente la comprendió mucho antes de que supiese que la estaba comprendiendo. ¿Por qué, si no, asociaba esa mujer a imágenes tan tétricas y ominosas? Le recordaba los ídolos venerados por supersticiosas tribus africanas que aparecían en las novelas de H. Rider Haggard; le hacía pensar en piedras; y le obligaba a meditar en el destino mortal.

La imagen de Annie Wilkes como la imagen de una divinidad africana salida de Ella o de Las minas del rey Salomón, resultaba a un tiempo ridícula y extremadamente acertada. Era una mujer corpulenta que, aparte el abultado pecho, voluminoso pero inhóspito, que cubría una rebeca gris, parecía carecer de toda curva femenina. No había ninguna redondez en sus caderas ni en sus nalgas, ni siquiera en las pantorrillas que asomaban bajo la sucesión interminable de faldas de lana que llevaba por la casa. Para hacer los trabajos del exterior, se retiraba a su invisible habitación a ponerse pantalones. Su cuerpo era grande, pero no generoso. Daba la sensación de estar hecho de peñascos, sin orificios acogedores, ni siquiera espacios abiertos, ni zonas flexibles.

Le producía una impresión perturbadora de solidez, como si no tuviese vasos sanguíneos, ni siquiera órganos internos, y fuera toda de una pieza, una Annie Wilkes maciza de pies a cabeza. Cada vez se convencía más de que sus ojos, que parecían moverse, estaban en realidad pintados en la cara y que sólo se movían como los ojos de esos retratos que parecen seguir a quien los mira a cualquier parte de la habitación. Tenía la impresión de que si hacia con los dedos una y trataba de metérselos por la nariz, no llegarían más allá de dos centímetros antes de encontrar un obstáculo, aunque fuese un poco blando. Hasta su rebeca gris, sus esperpénticas faldas y los gastados pantalones que utilizaba en

sus trabajos exteriores parecían formar parte de un cuerpo sólido, fibroso y sin canales. Así que aquella sensación de que era como un ídolo de una novela exótica no tenía, en realidad, nada de sorprendente. Y al igual que un ídolo, provocaba una inquietud que se intensificaba constantemente, hasta llegar al terror. Lo mismo que un ídolo, se apropiaba de todo.

No, un momento, eso no era del todo justo. No sólo daba terror, le daba también las pastillas que traían la marea y cubrían los pilotes.

Los pilotes eran la marea. Annie Wilkes era la presencia lunar que se los metía en la boca. Le traía dos cada seis horas, anunciándose al principio sólo a través de un par de dedos que se le metían en la boca. Y aprendió muy pronto a chupar ávidamente aquellos dedos a pesar del gusto amargo. Apareció luego con su rebeca y una de aquellas faldas que tenía, casi siempre con la edición de bolsillo de una de sus novelas bajo el brazo. Por la noche se le aparecía con una bata rosa deshilachada, la cara brillando con alguna especie de crema. Sin ver el tarro, podía decir cuál era su ingrediente esencial: el olor ovejuno de la lanolina lo delataba. Lo sacaba de su sopor espeso de sueños. Las cápsulas en la mano y la luna granujienta apostada en la ventana, sobre uno de sus sólidos hombros.

Después de un tiempo, cuando el miedo se hizo ya demasiado intenso para ignorarlo, pudo descubrir con qué lo estaba alimentando. Era un analgésico llamado "Novril" con una fuerte base de codeína. La razón por la cual no tenía que llevarle el orinal con frecuencia no consistía en la dieta de líquidos y gelatinas con que lo mantenía (al principio, cuando estaba en la nube, lo había alimentado por vía intravenosa), sino el estreñimiento que causaba el "Novril". Otro efecto secundario, de naturaleza algo más seria, era la depresión respiratoria que causaba en pacientes sensibles.

Paul no lo era mucho, a pesar de haber sido un fumador empedernido durante casi dieciocho años; pero se había detenido al menos en una ocasión (pudo haber otras en la neblina que él no recordaba). Entonces fue cuando le hizo el boca a boca. Podría haber sido una de esas cosas que pasan; pero más adelante llegó a sospechar que ella había estado a punto de matarlo con una sobredosis accidental. No sabia muy bien lo que estaba haciendo; pero ella creía que si. Ésa era otra de las cosas de Annie que le asustaban.

Unos diez días después de haber salido de la nube oscura, descubrió otras tres cosas casi al mismo tiempo. La primera que Annie poseía una gran cantidad de "Novril"; en realidad, tenía muchísimas drogas de todo tipo. La segunda, que se hallaba enganchado al "Novril". La tercera, que Annie Wilkes estaba bastante loca.

5

La oscuridad había precedido al dolor y a la nube de tormenta. Empezó a recordar lo que había habido antes que la oscuridad a medida que ella le explicaba lo sucedido. Eso fue poco después de hacer la típica

pregunta del dormido que acaba de despertarse, a la que ella respondió comunicándole que se encontraba en la pequeña ciudad de Sidewinder, Colorado, y agregando que había leído sus ocho novelas al menos dos veces, y que sus favoritas, las de Misery, las había leído cuatro, cinco, tal vez seis veces. Todo lo que deseaba era que él pudiese escribirlas más aprisa. Dijo que apenas podía creer que su paciente fuese el verdadero Paul Sheldon a pesar de haber visto su identificación en la cartera.

-Por cierto, ¿dónde está mi cartera? -le preguntó.

-Se la he estado guardando -contestó ella, y su sonrisa se apagó de repente, transformándose en una gran atención que a él no le gustó nada, pues era como descubrir una profunda grieta en la tierra, casi oculta bajo flores estivales en medio de un prado sonriente-. ¿Imagina que le he quitado algo?

-No, por supuesto que no. Es sólo que... Es sólo que el resto de mi vida está en esa cartera, pensó. Mi vida fuera de esta habitación. Lejos del dolor. Ajena a esta forma de transcurrir el tiempo, que se estira como el hilo rosa del chicle que un niño se saca de la boca, cuando está aburrido. Porque así es una hora antes de que llegue la cápsula.

-¿Sólo que qué, señor milo? -le apremió a seguir.

Él observaba, alarmado, cómo la estrecha mirada se le ponía cada vez más negra. La grieta se iba extendiendo al igual que si se estuviese produciendo un terremoto bajo sus cejas. Podía oír el gemido agudo y persistente del viento afuera e imaginó de repente que la mujer lo cogía y se lo cargaba sobre el hombro macizo como un saco lanzado sobre un muro de piedra, sacándolo a la intemperie y tirándolo a un agujero en la nieve. Allí moriría congelado, pero antes sus piernas latirían y gritarían.

-Es sólo que mi padre me decía que no quitase el ojo de la cartera -respondió, sorprendido por la facilidad con que le había salido la mentira.

Su padre se había dedicado a no prestarle más atención de la estrictamente necesaria y, hasta donde podía recordar, sólo le había ofrecido un consejo en su vida En su decimocuarto cumpleaños, le había regalado un preservativo "Red Devil" metido en un sobrecito plateado. "Guárdate eso en la cartera -dijo Robert Sheldon-, y si te excitas mientras te estás morreando en el cine, tómate un segundo antes de que se te vaya el santo al cielo para meterte esto. Ya hay demasiados bastardos en el mundo y no quiero que tengas que enrolarte en el Ejército a los dieciséis años."

-Me dijo tantas veces que no le quitase el ojo de encima a la cartera, que se me quedó grabado para siempre continuó Paul-. Si la he ofendido, lo siento de veras.

La mujer se relajó. La grieta se cerró. Las flores de verano cabecearon otra vez alegremente- Pensó que podría introducir la mano a través de esa sonrisa sin encontrar otra cosa que una blanda oscuridad.

-No me ha ofendido. Está en un lugar seguro. Espere, tengo algo para usted.

Se fue y regresó con un humeante plato de sopa en el que flotaban algunas verduras. Suave, pero sólido. No pudo comer mucho, aunque si más de lo que supuso que comería.

Mientras tomaba la sopa, ella le explicó lo que había pasado y él fue recordándolo todo y pensó que, al menos, era bueno saber cómo uno

había acabado con las piernas destrozadas. Pero se estaba enterando de un modo que le resultaba desagradable; era como sí él fuese el personaje de una narración o de una obra de teatro, un personaje cuya historia no se cuenta como historia, sino que se recrea como ficción.

Ella había ido en el jeep a Sidewinder a comprar alimento para el ganado y unas cuantas provisiones..., también a mirar los libros nuevos en "Wilson's Drug Center". Eso había ocurrido el miércoles de hacia casi dos semanas y las novedades editoriales siempre llegaban los martes.

-Estaba realmente pensando en usted -dijo, metiéndole en la boca cucharadas de sopa y limpiándole luego con profesionalidad los chorreones que le caían por las comisuras-. Eso es lo que convierte el asunto en una notable coincidencia, ¿no le parece? Yo esperaba que El hijo de Misery saliera finalmente en edición de bolsillo; pero no tuve esa suerte.

Explicó que se aproximaba una tormenta, pero que hasta el mediodía los hombres del tiempo habían estado pronosticando confiadamente que se desviaría al Sur, hacia Nuevo México y Sangre de Cristo.

-Sí -corroboró él, recordándolo-, dijeron que iba a desviarse. Por eso salí.

Trató de mover las piernas y el resultado fue una horrible laguna de dolor que le arrancó un quejido.

-No haga eso -le aconsejó ella-. Si hace hablar a sus piernas, luego no se le callarán..., y ya no puedo darle más cápsulas hasta dentro de dos horas. Le estoy suministrando ya demasiadas, de todos modos.

¿Por qué no estoy en un hospital? Ésta era la pregunta que quería hacer, pero no se hallaba seguro de que fuese la que tanto él como ella querían escuchar. Todavía no.

-Cuando llegué a la tienda de piensos, Tony Roberts me dijo que sería mejor que regresara en seguida si quería llegar antes de que cayese la tormenta, y yo le dije...

-¿A qué distancia estamos de esa ciudad? -la interrumpió.

-A varios kilómetros -le respondió vagamente, mirando hacia la ventana.

Hubo una extraña pausa y Paul se asustó de lo que veía en su rostro porque era la nada; la nada negra de una grieta oculta en un prado alpino, una negrura en la que no crecían las flores y en la que una caída
seria muy larga antes de llegar al fondo. Era la cara de una mujer temporalmente desligada de sus principios y de los hitos de su vida, una mujer que no sólo había olvidado los recuerdos que estaba contando, sino la existencia misma del recuerdo. Él visitó una vez un manicomio, años atrás, cuando se estaba documentando para escribir Misery, el primero de los cuatro libros que constituían su principal fuente de ingresos desde hacía ocho años, y allí había visto esa mirada o, con más precisión, esa no mirada. La palabra que definía aquello era catatonía, pero lo que más le había horrorizado no tenía una definición tan precisa, era, más bien, una vaga comparación. En aquel momento, le pareció que los pensamientos de aquella mujer se habían convertido en lo que él imaginaba que era su ser físico: sólido, fibroso, sin canales, sin articulaciones.

Entonces, poco a poco, su rostro se aclaró. Los recuerdos parecieron volver a fluir por él. Aunque el término fluir no era del todo correcto. No había empezado a llenarse como un estanque. Se estaba calentando. Si... se estaba calentando como un aparato eléctrico, como una tostadora o tal vez como una manta eléctrica.

-Le dije a Tony, la tormenta va a girar al Sur.

Hablaba despacio al principio, casi atontada, pero las palabras fueron alcanzando luego una cadencia normal, llenándose del brillo de la conversación. Para entonces, él ya estaba alerta. Todo cuanto ella decía era un poco extraño, un poco fuera de quicio. Escuchar a Annie era escuchar una canción tocada en una clave incorrecta.

-Pero él cambió de parecer. Buf, dije yo, mejor me subo al caballo y arranco al galope. Entonces él dijo: "Yo me quedaría en la ciudad si fuera usted, miss Wilkes. Acaban de informar por la radio que va a ser de órdago y que nadie está preparado." Pero yo tenía que regresar, por supuesto, no dispongo de nadie que le dé la comida a los animales. Los vecinos más cercanos son los Roydman y se encuentran a kilómetros de aquí. Además, a los Roydman no les caigo bien.

Mientras decía la última frase, le dirigió una mirada de complicidad y, como él no respondiese, golpeó la cuchara contra el borde del plato en un gesto perentorio.

-¿Ha terminado?

-Sí, ya estoy lleno, gracias. Estaba muy bueno. ¿Tiene mucho ganado?

Porque, si lo tiene, estaba pensando, eso significa que ha de contar con ayuda. Un empleado, al menos. La palabra exacta era "Ayuda". Si, ésa, ahí estaba la clave, y él había notado que no llevaba anillo de casada.

-No mucho -le respondió-. Media docena de gallinas ponedoras, dos vacas y Misery.

Él parpadeó, y la mujer se echó a reír.

-Pensará que no ha sido muy correcto ponerle a una marrana el nombre de esa hermosa y valiente mujer que usted creó. Pero ése es su nombre, y no tenía intención de faltarle el respeto. -Meditó un momento y luego añadió-: Es muy amigable. -Arrugó la nariz y por unos instantes se transformó en una puerca hasta los pelos de la barbilla, hizo un ruido de cerdo-: Ggnn, ggnn, ggnn...

Paul la miró con los ojos muy abiertos.

Ella no lo notó. Se había perdido otra vez con la mirada pensativa y sombría. No tenían más luz que la de la lámpara de la mesita de noche reflejándose en ellos desmayada.

Al fin, ella reemprendió el relato con tono débil:

-Llevaba unos ocho kilómetros recorridos cuando empezó a nevar. Fue muy rápido. Aquí arriba la nieve cae de golpe. Fui deslizándome despacio con las luces encendidas, y entonces vi su coche volcado a un lado de la carretera. -Lo miró reprobadora-. Usted no llevaba las luces encendidas.

-Me cogió por sorpresa -dijo acordándose en ese momento de que la tempestad se le había echado encima de pronto. Lo que todavía no recordaba era que iba borracho.

-Paré -siguió la mujer-. Si hubiese sido en una cuesta, puede que no hubiese parado. Ya sé que no es muy cristiano, pero había ya unos ocho centímetros de nieve y ni con un jeep se puede estar seguro de que siga marchando una vez ha perdido la inercia. Es más fácil decirse a si misma: "Bueno, a lo mejor salieron y alguien los recogió..." o algo así. Pero era en lo alto de la tercera colina después de los Roydman y es un llano bastante largo, así que aparqué y en cuanto salí escuché gemidos. Era usted, Paul.

Le sonrió con una extraña expresión maternal.

Por primera vez, el pensamiento afloró con claridad a la mente de Paul: Estoy en peligro. Esta mujer no se halla en su sano juicio.

6

Durante unos veinte minutos, ella siguió hablando, sentada junto a él en lo que podía ser la habitación de huéspedes. Mientras el organismo de Paul asimilaba la sopa, el dolor volvía a despertarse en sus piernas. Se esforzó por concentrarse en lo que ella decía, pero no lo lograba del todo. Su mente se había bifurcado. Por un lado escuchaba el relato de cómo su salvadora lo había arrastrado sacándole de su "Camaro" del setenta y cuatro.

En el lado de acá, el dolor latía con más fuerza, como un par de viejos pilotes resquebrajados que empezaban a insinuarse entre las elevaciones de la marea en retirada. En el lado de allá se veía en el hotel "Boulderado" terminando su última novela que, gracias a Dios por sus pequeños favores, no contaba en su reparto con Misery Chastain.

Había razones de toda especie para que no volviese a escribir sobre Misery, pero una pesaba sobre las demás, férrea e inmutable, Misery, gracias a Dios por los grandes favores, por fin estaba muerta. Había muerto cinco páginas antes del final de El hijo de Misery. No quedó ni un ojo seco en la casa cuando aquello ocurrió, ni siquiera los ojos de Paul, sólo que las lágrimas que corrían por sus mejillas habían surgido de una risa histérica.

Al terminar el nuevo libro, una novela contemporánea sobre un ladrón de coches, se había acordado de escribir la última oración de El hijo de Misery: "Así que Lan y Geoffrey abandonaron juntos el jardín de la iglesia sosteniéndose mutuamente en su dolor, decididos a encontrar otra vez el sentido de sus vidas." Mientras escribía estas líneas, se reía de tal manera que no acertaba las teclas de la máquina. Había tenido que volver atrás varias veces. Gracias a Dios por la cinta correctora de la "IBM". Al escribir FIN, se lanzó a dar saltos por la habitación, la misma habitación en el hotel "Boulderado", gritando: ¡Libre! ¡Por fin libre! ¡Dios todopoderoso, ya soy libre! ¡Esa perra estúpida está en la tumba!

La nueva novela se llamaba Automóviles veloces y al terminarla no se había reído. Se quedó un momento frente a la máquina pensando: Tal vez acabas de ganar el American Book Award, amigo mío. Entonces había cogido...

-Una magulladura en la sien derecha, pero no parecía nada serio. Eran sus piernas... Me di cuenta en seguida, aunque ya oscurecía, de que sus piernas no estaban...

... el teléfono y había llamado al servicio de habitación para pedir una botella de "Dom Pérignon". Recordó cómo la había esperado caminando arriba y abajo en aquella habitación en la que había terminado todos sus libros desde 1974. Recordó haberle dado cincuenta dólares de propina al camarero y haberle preguntado por el parte meteorológico. Recordó cómo el camarero, aturdido, complacido y sonriente, le había

explicado que la tormenta que se dirigía hacia ellos en esos momentos, se desviaría al Sur, hacia Nuevo México. Recordó la sensación helada de la botella, el discreto sonido del corcho al liberarse. Recordó el gusto seco, áspero y ácido de la primera copa y la búsqueda en su maleta del pasaje a Nueva York. Recordó que de repente, bajo el entusiasmo del momento, había decidido...

... que mejor le traía a casa en seguida. Me costó lo mío subirlo al camión, pero soy una mujer corpulenta, como habrá notado, y tenía un montón de mantas en la parte de atrás. Así que lo metí y lo tapé; y ya entonces, a pesar de la poca luz y todo eso, pensé que su cara me era conocida. Creí que a lo mejor...

... que sacaría su viejo "Camaro" del aparcamiento y, en vez de meterse en el avión, iría conduciendo hacia el Oeste. Qué demonios había en Nueva York de todos modos. La casa vacía, helada, inhóspita, tal vez hasta desvalijada. ¡Que se joda! pensó bebiendo más champaña. ¡Vete al Oeste, jovencito, al Oeste! La idea era tan loca que tenía sentido. Sólo se llevó una muda de ropa y su. . .

encontré su maleta y la llevé también al camión; pero no vi nada más y tenía miedo de que usted se muriese..., así que puse en marcha la vieja Bessie y...

... manuscrito de Automóviles veloces y se lanzó a la carretera hacia Las Vegas o Reno o tal vez hasta la ciudad de Los Ángeles. La idea le había parecido un poco tonta al principio, un viaje que podía haber emprendido el joven de veinticuatro años que era cuando vendió su primera novela; pero que tal vez no fuese adecuado para un hombre con dos más sobre su cuadragésimo aniversario. Tras unas cuantas copas más de champaña la idea ya no se le antojó descabellada. Le pareció honrosa. Una especie de Gran Odisea a alguna parte, un modo de volver a familiarizarse con la realidad después del tránsito a través del terreno ficticio de su novela. Así que se había ido...

... ¡como una luz que se apaga! ¡Estaba segura de que se moriría...! ¡Quiero decir que estaba bastante segura! Así que le saqué la cartera del bolsillo del pantalón, busqué su permiso de conducir y vi su nombre, Paul Sheldon. En el primer momento pensé: "Debe ser una coincidencia", pero la foto del carnet también se parecía a usted. Entonces me sobresalté y tuve que sentarme ante la mesa de la cocina. Al principio creí que me iba a desmayar. Después de un rato, empecé a decirme que tal vez la foto fuese asimismo una coincidencia. Esas instantáneas de carnet no poseen nunca parecido alguno con el modelo; sucedió que hallé un carnet de la Asociación de Escritores y otro del PEN. Por tanto, supe que usted estaba...

... en un apuro cuando la nieve empezó a caer; pero se detuvo en el bar "Boulderado" y le dio a George veinte dólares más para que le proporcionara otra botella de "Dom", la cual se bebió mientras se deslizaba por la I-70 hacia las Rocosas, bajo un cielo plomizo; se desvió de la autopista un poco al este del túnel Eisenhower, porque las carreteras aparecían desiertas y secas. La tormenta se desviaba al Sur, qué demonios, y, además, aquel maldito túnel lo ponía nervioso. Había estado escuchando una vieja casete de Bo Diddley en el reproductor que llevaba bajo la consola y no puso la radio hasta que el "Camaro" empezó a patinar seriamente y se dio cuenta de que no se trataba de una simple borrasca campestre, sino de una tormenta de verdad, que no se estaba

desviando al Sur, sino que se dirigía directamente hacia él y que estaba a punto de verse con el agua al cuello... como ahora lo estás pero había bebido lo suficiente como para creer que podía salir del asunto conduciendo. Así que, en vez de parar en Cana y buscar refugio, había seguido adelante. Recordaba que la tarde se había convertido en una lente de cromo, de un gris desvaído. Recordaba que el efecto del champaña había empezado a desvanecerse. Y reconstruyó el momento en que se inclinó hacia la consola para coger sus cigarrillos..., empezó el último patinazo e intentó contrarrestarlo sin conseguirlo..., sintió un golpe sordo y pesado... y el mundo se volvió patas arriba. Él...

... gritó. Y, cuando le oí gritar, supe que viviría. Los moribundos casi nunca gritan. Carecen de la energía necesaria. Lo sé. Decidí que yo le haría vivir. Así que cogí mi medicina para el dolor y se la hice tomar. Entonces se durmió. Cuando se despertó y volvió a gritar, le di un poco más. Tuvo fiebre durante un tiempo; pero también acabé con eso. Le di "Keflex". Estuvo a punto de irse una o dos veces, mas eso ya pasó. Puede estar seguro. -La mujer se levantó-. Y ahora tiene que descansar, Paul. Ha de recuperar sus fuerzas.

-Me duelen las piernas.

-Sí, ya lo sé. Dentro de una hora le daré un poco más de medicina.

-Ahora, por favor.

Le avergonzaba suplicar, pero no podía evitarlo. La marea había bajado y los pilotes destrozados aparecían al descubierto, reales, cual objetos que no pueden evitarse.

-Dentro de una hora -le respondió con firmeza, y se dirigió a la puerta con la cuchara y el plato de sopa.

-¡Espere!

Se volvió mirándole con una expresión que era a un tiempo severa y amorosa. No le gustó. No le gustó en absoluto.

-¿Han transcurrido dos semanas desde que me sacó?

Otra vez pareció confusa y molesta. Más adelante se enteraría de que su sentido del tiempo no era bueno.

-Algo así.

-¿Estaba inconsciente?

-Casi todo el rato.

-¿Qué comía?

Lo escrutó.

-Intravenoso -dijo brevemente.

-¿Intravenoso? -inquirió.

Ella tomó su sorpresa por ignorancia.

-Le alimenté por vía intravenosa -le dijo-, a través de unos tubos. De eso son las señales que tiene en los brazos. -Lo miró con ojos fríos y escrutadores-. Me debe la vida, Paul. Espero que lo recuerde. Confío en que lo tenga en cuenta.

Entonces se marchó.

7

La hora pasó. Por fin había pasado.

Estaba tendido en la cama sudando y temblando al mismo tiempo. De la otra habitación le llegaban los sonidos de Hawkeye y Hot Lips y luego el presentador de discos de la WKRP, esa emisora loca y salvaje de Cincinnati. Surgió la voz de un locutor alabando los cuchillos "Ginsu", dando un número de teléfono e informando a los oyentes de Colorado que suspirasen por un juego de cuchillos "Ginsu", que las telefonistas estaban esperando.

Paul Sheldon también estaba esperando.

Annie volvió a aparecer, con dos cápsulas y un vaso de agua, en cuanto el reloj de la habitación contigua dio las ocho.

Se incorporó ansioso, apoyándose en los codos, mientras ella se sentaba en la cama.

-Ya he conseguido su libro. Hace dos días que lo tengo -le dijo.

El hielo repiqueteaba en el vaso. Era un sonido enloquecedor.

-El hijo de Misery -continuó ella-. Me encanta... Es tan bueno como los otros. ¡Mejor! ¡Es el mejor!

-Gracias -logró decir, mientras sentía el sudor cubriéndole la frente-. Por favor... mis piernas.., me duelen mucho...

-Yo sabia que se iba a casar con Ian -le dijo con una sonrisa embobada-, y creo que Ian y Geoffrey volverán a ser amigos con el tiempo. ¿Lo serán? -Pero inmediatamente cambió-. No, no me lo diga. Ya lo descubriré por mí misma. Quiero que me dure. Se me hace siempre el tiempo tan largo hasta que aparece otra nueva novela...

El dolor le latía en las piernas y le apretaba el escroto como una argolla de acero. Se había tocado allí y le parecía que la pelvis estaba intacta; pero la sentía torcida y extraña. De las rodillas para abajo, tenía la sensación de que estaba entero; pero no quería mirar. A través de la ropa de la cama podía ver las formas abultadas y retorcidas. Eso era suficiente.

-Por favor, miss Wilkes, el dolor...

-Llámeme Annie. Todos mis amigos me llaman así.

Le entregó el vaso. Estaba fresco y empañado. No le dio las cápsulas, que en sus manos le representaban la marea. Ella era la luna que le había traído aquella marea bajo la que se ocultaban los pilotes.

Le acercó las cápsulas a la boca y él la abrió de inmediato... Entonces, ella las retiró.

-Me tomé la libertad de mirar en su bolso de viaje. No le importa, ¿verdad?

-No, claro que no. La medicina.

Las frías gotas de sudor que cubrían su frente se hicieron casi sudorosas. ¿Iba a gritar? Pensó que tal vez si.

-He visto que guarda allí un manuscrito. -Tenía las cápsulas en la mano derecha y se las pasó lentamente a la izquierda. Él las seguía con los ojos-. Se titula Automóviles veloces. No es una novela de Misery, yo lo sé. -Lo miró con un cierto reproche, pero, al igual que antes, impregnado de amor, una mirada maternal-. No había automóviles en el siglo diecinueve, ni veloces ni lentos.

-Se rió de su chiste-. También me tomé la libertad de hojearlo. No le importa, ¿verdad?

-Por favor -gimió-, no me importa; pero, por favor...

Abrió la mano izquierda. Las cápsulas rodaron, vacilaron y luego

cayeron en la palma de la derecha con un ruido apagado.
-¿Y si lo leo? ¿Le importa que lo lea?

-No. -Sus huesos estaban destrozados, sus piernas llenas de vidrios rotos-. No. -Esbozó algo que esperaba pareciese una sonrisa-. No, claro que no.

-Porque jamás se me ocurriría hacer una cosa así sin su permiso -dijo con vehemencia-. Le respeto mucho. En realidad, Paul, le amo.

De pronto se sonrojó de un modo alarmante. Una de las cápsulas cayó encima de la colcha. Paul estiró el brazo para cogerla, pero ella fue más rápida. Él gimió, mas ella no se dio por enterada. Tras apoderarse de la cápsula, volvió a perderse en su vaguedad mirando a través de la ventana.

-Amo su mente, su creatividad -continuó-, es lo que he querido decir.

Con desesperación, porque no podía pensar en otra cosa, le respondió:
-Lo sé. Usted es mi admiradora número uno.

-Eso es -gritó-. Eso es exactamente. Y a usted no le importaría que yo lo leyese con ese espíritu, ¿no es cierto?, el espíritu de... amor de admiradora. ¿Aunque los demás libros suyos no me gustan tanto como las historias de Misery?

-No -le dijo y cerró los ojos-. Si quiere, haga gorros de papel con las hojas de ese manuscrito; pero..., por favor..., me estoy muriendo...

-Usted es bueno -le dijo dulcemente-. Yo sabia que tenía que serlo. Con sólo leer sus libros, lo adiviné. Un hombre capaz de crear a Misery Chastain, imaginarla y darle luego su aliento vital, no podía ser de otro modo.

De repente, se encontró con sus dedos en la boca, horriblemente íntimos, asquerosamente bienvenidos. Chupó las cápsulas que estaban entre ellos y se las tragó antes de poder acercarse torpemente a la boca el vaso de agua, derramándola.

-Como un bebé -comentó la mujer; pero él no podía verla porque aún tenía los ojos cerrados y ahora sentía en ellos el ardor de las lágrimas-. Pero bueno. Tengo tanto que preguntarle... Hay tantas cosas que quiero saber.
Crujieron los muelles cuando se levantó.
-Vamos a ser muy felices aquí -le dijo.

Aunque un golpe de horror pareció desgarrarle el pecho, Paul no abrió los ojos.

8

Se fue a la deriva. Llegó la marea y se fue a la deriva. En la otra habitación se oyó el televisor durante un rato y luego cesó. Algunas veces sonaba el reloj y trataba de contar las campanadas, pero se perdía a la mitad.
Intravenoso. Por tubos. Ésas son las señales de sus brazos.

Se incorporó sobre un codo. Tanteó buscando la lámpara y finalmente pudo encendería. Se miró los brazos y, en el pliegue interior de los

codos, vio sombras desvaídas moradas y amarillas. En el centro de cada mancha, un agujero lleno de sangre negra.

Volvió a echarse mirando el techo, escuchando el viento. Estaba en la cima de la Gran Divisoria, en el corazón del invierno, en compañía de una mujer trastornada, que lo había alimentado por vía intravenosa cuando se hallaba inconsciente, una mujer que parecía tener una provisión inagotable de medicamentos, y que no le había dicho a nadie que él se encontraba allí.

Esas cosas eran importantes, pero empezó a darse cuenta de que había algo que lo era mucho más: la marea estaba bajando otra vez. Aguardó a que sonase el timbre del despertador en el piso de arriba. Aún tardaría un poco, pero ya podía comenzar la espera. Elia estaba loca, pero él la necesitaba.

Ay, estoy en un lío de miedo, pensó mirando hacia el techo a ciegas mientras su frente volvía a inundarse de gotas de sudor.

9

A la mañana siguiente le trajo más sopa y le dijo que había leído cuarenta páginas de lo que ella llamaba su "libro manuscrito". Agregó que no le parecía tan bueno como los demás.

-Es difícil de seguir. Salta constantemente hacia atrás y hacia adelante.

-Técnica -le respondió escueto. Se encontraba en uno de esos momentos entre el dolor y el no dolor y pudo, por lo tanto, pensar un poco mejor en lo que ella le decía-. Técnica, eso es todo. El tema..., el tema impone la forma. -Suponía vagamente que a ella podrían interesarle esos trucos del oficio, que tal vez hasta llegaran a fascinarla, pues lo habían hecho, Dios lo sabía, a los participantes en los talleres de escritores, cuando, siendo más joven, daba conferencias-. Verá, la mente del chico es confusa, así que...

-¡Sí! Está muy confundido, y eso lo hace menos interesante. No es que carezca por completo de interés. Usted no podría crear un personaje que no lo tuviera. Pero es menos interesante. ¡Y las palabrotas! Salen a cada momento. No tiene... -caviló dándole la sopa automáticamente y limpiándole la boca, casi sin mirarlo, cuando se le derramaba. Se asemejaba a una mecanógrafa experimentada que escribe sin mirar las teclas. En ese momento él comprendió, sin esfuerzo, que aquella mujer había sido enfermera. No; médico no. Un médico no tendría práctica en dar sopa.

Si el meteorólogo de aquella tormenta hubiese hecho su trabajo la mitad de bien de lo que Annie Wilkes hace el suyo, yo no estaría en este puñetero lío, pensó amargamente.

-¡No tiene nobleza! -gritó de repente, saltando y estando a punto de derramar la sopa de buey con cebada sobre la pálida cara del paciente.

-Sí -dijo con tolerancia-, comprendo lo que quiere decir, Annie. Es cierto que Tony Bonasaro no tiene nobleza. Es un chico de barrio que trata de salir de un mal ambiente, ¿comprende? Y esas palabrotas... todo

el mundo las utiliza en...

-¡No es cierto! -le interrumpió con una mirada imperativa-. ¿Qué se cree que hago yo cuando voy a la tienda de piensos en la ciudad? ¿Qué se imagina que digo? "¡Eh!, Tony, dame una bolsa de ese jodido pienso para cerdos y una puñetera bolsa de maíz forrajero y un poco de esa mierda para los hongos de los oídos."

Le miró. Su rostro parecía un cielo dispuesto a lanzar rayos y centellas de inmediato. Él se echó atrás asustado. El plato de sopa temblaba en las manos de la mujer. Una gota cayó en la colcha, luego dos.

-¿Y entonces voy al Banco y le digo a Mr. Bollinger: "Aquí tiene este cheque de los cojones y más vale que me dé cincuenta putos dólares lo más rápido que pueda, coño"? ¿Usted cree que cuando me sentaron en el banquillo en Den..?

Un torrente de sopa de buey color fango cayó en la colcha. Ella la miró, lo contempló a él y el gesto se le torció como una sábana sucia.

-Mire, mire lo que me ha hecho hacer.

-Lo siento.

-¡Seguro! ¡Seguro que lo siente! -gritó estrellando el plato contra un rincón y haciéndolo pedazos. La sopa salpicó toda la pared. Él tragó saliva.

Ella, entonces, se apaciguó. Se quedó allí sentada durante una media hora, mientras el corazón de Paul Sheldon parecía haber dejado de latir.

Se fue recobrando poco a poco y de repente sonrió entre dientes.

-Qué genio tengo.

-Lo lamento -se disculpó él con la garganta reseca.

-Lo supongo.

La expresión de su rostro se apagó otra vez y se quedó mirando la pared, enfurruñada. Él creyó que iba a volver a quedarse en blanco; pero la enfermera suspiró y dejó la cama libre de su peso.

-En los libros de Misery no tiene que utilizar esas palabras porque nadie las empleaba en aquella época. No se habían inventado. Los tiempos de animales exigen palabras de animales, supongo, pero aquellos tiempos eran mejores. Usted debe seguir con sus historias de Misery, Paul. Se lo digo sinceramente, como su admiradora número uno que soy. -Se dirigió a la puerta y se volvió a mirarlo-. Pondré otra vez en la bolsa su libro manuscrito y terminaré El hijo de Misery. Puede que cuando lo acabe vuelva al otro.

-No lo haga si la enfurece -le dijo él tratando de sonreír-. No quisiera verla enfadada. En cierto modo, dependo de usted, ¿sabe?

Ella no le devolvió la sonrisa.

-Sí -le dijo-, depende de mi. ¿No es cierto, Paul? Se marchó.

10

La marea se fue. Los pilotes regresaron. Volvió a esperar que sonase el reloj. Dio dos campanadas. Estaba reclinado en las almohadas mirando la puerta. Ella entró. Llevaba un delantal sobre la

rebeca y otro sobre la falda. En una mano, portaba un cubo.
-Supongo que quiere su jodida medicina -dijo.
-Si, por favor.

Trató de congraciarse con ella por medio de una sonrisa y otra vez experimentó la misma vergüenza. Se sentía grotesco, extraño.

-La tengo -le informó-; pero antes he de limpiar ese desastre del rincón, el que usted hizo. Tendrá que esperar hasta que haya terminado.

Tendido en la cama, con las piernas como ramas rotas dibujando extrañas formas bajo la colcha, y un sudor frío corriéndole por la cara en arroyuelos lentos, miraba cómo ella se dirigía al rincón, depositaba el cubo en el suelo, recogía los trozos del plato, se los llevaba, volvía y se arrodillaba junto al cubo, zambullía en él la mano, pescaba un estropajo jabonoso, lo escurría y empezaba a frotar la sopa que había pegada a la pared. Tumbado allí, miraba, hasta que empezó a temblar, y el temblor intensificaba el dolor, pero no podía evitarlo. Ella se volvió una vez, lo vio temblando entre las sábanas empapadas, y le dedicó una sonrisa dándose por enterada, con tanta socarronería que la hubiese asesinado.

-Está seca -dijo mirando otra vez al rincón-. Me temo que voy a tardar un poco, Paul.

Restregó. La mancha iba desapareciendo; pero ella siguió mojando el trapo, escurriéndolo, restregando y repitiendo otra vez el mismo proceso. No podía verle la cara, pero la idea, la certeza de que se había quedado en blanco y podía seguir restregando la pared durante horas le atormentaba.

Al fin, justo antes de que el reloj volviese a sonar dando las dos y cuarto, ella se levantó, tiró el estropajo en el agua y se llevó el cubo de la habitación sin una palabra. Y se quedó allí, escuchando el crujido de la madera bajo los pasos estólidos y pesados de la mujer, oyendo cómo tiraba el agua del cubo, llenaba otro. Increíble. Empezó a llorar en silencio. La marea nunca se había retirado tanto. Ya no podía ver otra cosa que ciénagas secándose y aquellos pilotes rotos proyectando sus eternas sombras retorcidas.

Ella volvió y se detuvo sólo un momento en el marco de la puerta observando su cara húmeda con la misma mezcla de severidad y amor maternal. Entonces sus ojos se desviaron hacia el rincón donde ya no había rastro alguno de la sopa.

-Ahora tengo que aclarar -dijo-, si no el jabón dejará mancha. Debo hacerlo todo, y hacerlo bien. El hecho de vivir sola, como yo, no justifica eludir el trabajo. Mi madre tenía un lema, Paul, que yo he hecho mío. El que es sucio una vez, nunca será limpio.
-Por favor -gimió-, por favor, el dolor, me estoy muriendo.
-No, no se está muriendo.

-Gritaré -chilló, quejándose con más fuerza, aunque le hacia daño gritar, pues le repercutía en las piernas y en el corazón-. No lo podré evitar.

Pero consiguió evitarlo. Miraba cómo ella mojaba, escurría y aclaraba. Al fin, justo cuando el reloj de lo que él suponía que era la sala empezó a dar las tres, ella se levantó y cogió el cubo.

Ahora se irá. Ahora se irá y yo la oiré echar el agua en la pileta y tal vez no volverá durante horas porque aún no ha terminado de castigarme.

Pero en lugar de marcharse, fue hasta la cama, se metió una mano en el bolsillo del delantal, y no sacó dos cápsulas, sino tres.
-Aquí están -dijo con ternura.

Él se las metió en la boca y cuando levantó los ojos vio que le acercaba el cubo amarillo de plástico, cuya imagen invadió su campo visual como una luna que se precipitase sobre su cara. Un agua grisáceo cayó sobre la colcha.
-Trágueselas con esto -dijo, y su voz aún era tierna.
Se quedó mirándola, la cara todo ojos.

-Hágalo. Ya sé que puede tragárselas en seco, pero créame si le digo que puedo hacer que las devuelva de inmediato. Después de todo, sólo es agua de fregar. No le hará daño.

Se inclinó hacia él como un monolito, el cubo ligeramente inclinado. Pudo ver el estropajo revolviéndose lentamente en sus oscuras profundidades como un animal ahogado. Vio la costra de jabón sobrenadando. Una parte de él gimió, pero ninguna vaciló. Bebió de prisa, tragándose las cápsulas y el gusto de su boca era el que había tenido en las ocasiones en que su madre le hacía cepillarse los dientes con jabón.
Su vientre saltó con un sonido espeso.

-Yo no las vomitaría, Paul. No habrá más hasta las nueve de la noche.

Lo miró por un momento con una mirada plana y vacía, y después su cara se iluminó y sonrió.
-No volverá a enfadarme, ¿verdad?
-No -le susurró.
¿Enfadar a la luna que traía la marea? ¡Qué idea tan mala!
-Le amo -le dijo ella, y le besó en la mejilla.

Se marchó sin mirar atrás, cargando el cubo como una robusta campesina llevaría un balde de leche, ligeramente separado del cuerpo, sin prestarle atención para que no se derrame.

Se echó hacia atrás, con un gusto en la boca y en la garganta a porquería, yeso y jabón.
No vomitaré..., no vomitaré..., no vomitaré...

Por fin, el apremio de ese pensamiento empezó a desvanecerse y se dio cuenta de que se estaba durmiendo. Había conseguido aguantar el medicamento durante el tiempo necesario para que hiciese efecto. Había ganado.
Por esta vez.

11

Soñó que se lo estaba comiendo un pájaro. No era un buen sueño. Hubo un tiro y pensó: ¡Así, bien, está bien! ¡Mátelo! ¡Mate a esa maldita cosa!

Entonces se despertó, sabiendo que era sólo Annie Wilkes cerrando la puerta de atrás. Había salido a hacer sus tareas. Oyó el crujido lúgubre de sus pasos en la nieve. Pasó ante la ventana llevando un anorak con la capucha levantada. Su respiración se inflaba y se deshacía

torciéndole la cara. No lo miró al pasar, tal vez por estar concentrada en sus tareas de la granja, alimentando a los animales, limpiando los establos, lanzando tal vez unas cuantas piedras. Él no se le pondría a tiro. El cielo se oscurecía amoratándose. El ocaso. Las cinco y media, tal vez las seis.

La marea estaba alta y podía volver a dormirse. Quería hacerlo; pero tenía que meditar acerca de aquella extraña situación, mientras fuese capaz de algo semejante al pensamiento racional.

Estaba descubriendo que, aunque sabía que de aquella situación sólo podría librarse pensando, no quería pensar en ella ni cuando podía, y eso era lo peor. Desechaba el pensamiento como un niño que rechaza la comida aunque sabe que no le dejarán levantarse de la mesa hasta que la haya terminado.

Se negaba a pensar en ello porque ya era bastante duro tener que vivirlo; porque cada vez que lo intentaba surgían imágenes desagradables: cómo ella se quedaba en blanco, la asociación de aquella mujer con ídolos y piedras, y ahora su manera de arrojarle el cubo de plástico amarillo, como una luna que había estado a punto de estrellarse contra su cara. Pensar en aquellas cosas no iba a cambiar la situación. Era mucho peor que no pensar en absoluto. Pero cada vez que su mente se volvía hacia Annie Wilkes y contemplaba la situación en que él se hallaba en su casa, esos pensamientos surgían imponiéndose a todos los demás. El corazón le empezaba entonces a latir demasiado aprisa, sobre todo por el miedo; pero también, en parte, por la vergüenza. Se veía poniendo los labios en el borde del cubo, veía el agua de aclarar con el estropajo dentro y la película de jabón flotando en la superficie; contemplaba todo eso y, a pesar de ello, bebía sin dudarlo un momento. Eso nunca se lo contaría a nadie, suponiendo que alguna vez lograra salir de allí. Era posible que hasta tratase de engañarse a si mismo sobre lo que había ocurrido, pero nunca lo conseguiría.

A pesar de todo, desgraciado o no, y ciertamente lo era, quería seguir viviendo.

Piensa en ello, maldición. ¡Cristo! ¿Es que ya estás tan acobardado que no puedes ni siquiera intentarlo?

No, tan acobardado no, pero casi.

Se le ocurrió entonces un pensamiento extraño y furioso: Mi nueva obra no le gusta porque ella es demasiado estúpida para entender lo que pretende.

El pensamiento no sólo era extraño. En su actual situación, lo que ella pensase sobre Automóviles veloces no tenía importancia. Pero analizar las cosas que había dicho abría, al menos, un nuevo camino, pues sentir furia contra ella era mejor que sentirse atemorizado por ella. Así que se puso a pensar en el asunto con un cierto entusiasmo.

¿Demasiado estúpida? Más bien demasiado obstinada. No sólo se negaba a cambiar, sino que rechazaba el concepto mismo de cambio.

Sí. Ella podía estar loca; pero ¿acaso la evaluación que hacía de su obra difería de la de cientos de miles de personas en todo el país, el noventa por ciento de los cuales eran mujeres, que estaban impacientes por que saliese cada nuevo episodio de quinientas páginas sobre la turbulenta vida de una inclusera que había llegado a casarse con un par del reino? No, en absoluto. Ellos querían Misery, Misery, Misery. Cada vez que se había concedido uno o dos años para escribir otras novelas, lo

que él consideraba su obra seria; al principio con certeza, luego con esperanza y finalmente con negra desesperación, había recibido un alud de protestas de esas mujeres. Muchas de ellas se firmaban "su admiradora número uno". El tono de esas cartas iba de la perplejidad, que era de algún modo lo que más dolía, al reproche, a la abierta indignación. Pero el mensaje se repetía, siempre el mismo: No era eso lo que yo esperaba, no era eso lo que yo quería. Por favor, vuelva a Misery, quiero saber lo que está haciendo Misery. Podía escribir un moderno Bajo el volcán, Tess de los D'Urbervilles, El sonido y la furia... No importaba. Ellas seguirían queriendo Misery, Misery, Misery.

¡Es difícil de seguir... el protagonista no es interesante.., y las palabrotas!

La rabia volvió a echar chispas. Rabia contra su obstinada densidad, rabia porque le hubiese secuestrado, por mantenerle allí prisionero, obligándole a elegir entre beber agua sucia de un cubo o sufrir el dolor de sus piernas destrozadas. Y encima de todo eso, tenía la desfachatez de criticar lo mejor que había escrito en su vida.

-Jódete tú y la palabrota que te parió -dijo sintiéndose mejor otra vez, notando que volvía a ser él mismo, aunque sabía que la rebelión era insignificante, lastimosa y absurda. Ella se hallaba en el establo, y desde allí no podía oírle... La marea cubría los pilotes corroídos. Así y todo...

La recordaba entrando en la habitación, reteniendo las cápsulas, coaccionándole para que le permitiese leer el manuscrito de Automóviles veloces. Un sonrojo de vergüenza y de humillación le sofocó; pero ahora mezclados con auténtica furia. La chispa se había convertido en una llama diminuta y escondida... Jamás le había enseñado a nadie un manuscrito antes de haber corregido las pruebas. Jamás. Ni siquiera a Bryce, su agente. Jamás. Pero ni siquiera...

Por un instante, su pensamiento se cortó por completo. Escuchaba el suave mugido de la vaca.

Ni siquiera hacia una copia hasta haber terminado el segundo borrador.

La copia del manuscrito que ahora estaba en poder de Annie Wilkes era, de hecho, la única que existía en el mundo. Hasta había quemado sus notas.

Dos años de duro trabajo. A ella no le complacía, y estaba loca. Era Misery lo que le gustaba. Mejor dicho, era Misery la que a ella le gustaba, no un vulgar ratero malhablado del Harlem hispano.

Se acordó de que él había dicho: Si quiere, haga gorros de papel con las hojas de ese manuscrito; pero... por favor...

La rabia y la humillación volvieron a surgir despertando el primer latido sordo en sus piernas. Si. El trabajo, el orgullo de su trabajo, el valor del trabajo en sí mismo... todas esas cosas se desvanecieron en las sombras de lámpara mágica que en realidad eran cuando el dolor se volvía insoportable. Que ella le hiciese eso a él, que pudiese hacérselo cuando él había pasado la mayor parte de su vida adulta creyendo que la palabra escritor era la definición más importante de sí mismo, hacia que la viese como algo absolutamente monstruoso, algo de lo cual él tenía que escapar. Ella era realmente un ídolo y, si no le mataba a él, si podría matar todo cuanto llevaba dentro.

Ahora oía el ansioso gruñido del cerdo. Había creído que a él podía

molestarle; pero no, el nombre de Misery le parecía maravillosamente adecuado para un cerdo. Recordó cómo ella había imitado al animal frunciendo el labio superior hasta tocarse la nariz, mientras sus mejillas parecieron aplastarse. En ese momento parecía verdaderamente un cerdo.

Su voz llegaba desde el establo: "Cuuuuchi, cuuuchi, marraaano, marrraaaano."

Se echó hacia atrás, se tapó los ojos con el brazo tratando de aferrarse a su rabia porque le daba valor. Un hombre valiente podía pensar. Un cobarde, no.

Allí tenía a una mujer que había sido enfermera, de eso estaba seguro. ¿Todavía lo era? No, porque no salía a trabajar. ¿Por qué no ejercía ya? Pues eso era evidente. No tenía todas las piezas en su sitio, la mayoría le patinaban por todas partes. Si él había podido percibirlo a través de su neblina de dolor, seguramente sus colegas también lo habían notado.

Ya tenía un poco más de información para juzgar hasta qué punto estaban trastocadas las piezas de esa mujer. ¿No era así? Lo había arrastrado del coche siniestrado y en lugar de llamar a la Policía o a una ambulancia, lo había instalado en la habitación de huéspedes, le había metido el gota a gota en los brazos y bastante droga en el cuerpo, tanta, que había caído en lo que ella llamaba depresión respiratoria, por lo menos una vez. No le había dicho a nadie que él estaba allí, y si hasta ahora no lo había hecho, eso significaba que no tenía intención de hacerlo.

¿Se habría portado del mismo modo si él hubiese sido Joe Blow de Kokomo? No, no lo creía. Se había quedado con él porque era Paul Sheldon y ella...

"Ella es mi admiradora número uno", se dijo, apretando el brazo sobre los ojos.

En la oscuridad, vio brillar un horrible recuerdo. Su madre lo había llevado al zoológico de Boston y él había estado observando un pájaro enorme. Tenía las plumas más hermosas que contemplara en su vida, de un rojo púrpura y un azul encendido. Pero sus ojos eran muy tristes. Le había preguntado a su madre de dónde era ese pájaro y al oírle decir que de África, comprendió que el ave estaba condenada a morir en aquella jaula, lejos del lugar al que Dios la había destinado. Entonces se echó a llorar. Su madre le compró un helado, y él interrumpió su llanto por un rato; pero luego volvió a pensar en ello y comenzó a llorar de nuevo. Su madre lo había llevado a casa diciéndole, mientras iban en el tranvía que los llevaba de regreso a Lynn, que era un niño tonto y afeminado.

Sus plumas. Sus ojos.

Los latidos de las piernas empezaron a intensificarse.

No, no, no.

Apretó el brazo con más fuerza contra los ojos. Podía oír los ruidos espaciados que llegaban del establo. Era imposible distinguir su origen, por supuesto, pero en su imaginación...(su MENTE su CREATIVIDAD..., eso es lo que quise decir)

Podía verla sacando las balas de heno del desván con el talón de sus botas, y haciéndolas rodar hasta el suelo del establo.

África, Ese pájaro era de África, De...

Entonces, cortándole el pensamiento cómo un cuchillo afilado, le

llegó la voz agitada, casi en un grito, de la mujer: ¿Usted cree que cuando me pusieron en el banquillo en Den..?
En el banquillo. Cuando me pusieron en el banquillo en Denver.

¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?
(No sé de dónde las saca)
Yo silo sé.
(Siempre está escribiendo cosas así)
Diga su nombre.
(Nadie en MI familia tenía una imaginación como la suya)
Annie Wilkes.
Quería que ella dijese algo más, pero no dijo nada.

-Vamos -murmuró con el brazo sobre los ojos, pues era la postura en la que pensaba mejor, en la que imaginaba mejor. A su madre le gustaba contarle a Mrs. Mulvaney, a través de la verja, qué maravillosa imaginación tenía su hijo, tan vivida, y qué maravillosas historias escribía, excepto cuando le llamaba tonto y afeminado, por supuesto-. Vamos, vamos, vamos.

Podía ver el tribunal de Denver, podía ver a Annie Wilkes en el banquillo llevando, no vaqueros, sino un viejo vestido de un negro violáceo y un sombrero horrible. La sala del tribunal estaba abarrotada de espectadores, el juez era calvo y llevaba gafas. Tenía, además, un bigote blanco, cubriendo, casi por completo, una marca de nacimiento.
Annie Wilkes.
(Empezó a leer a los tres años. ¿Se imagina?)
El espíritu de..., de amor de fan.
(Siempre está escribiendo cosas, imaginando cosas)
Ahora tengo que aclarar.
(África. Aquel pájaro era de...)
-Vamos -susurro.

Pero no pudo seguir adelante. El abogado defensor le pedía que diera su nombre y una y otra vez ella afirmaba que era Annie Wilkes, pero no decía nada más. Estaba allí, con su cuerpo sólido, fibroso, ominoso, desplazando el aire y repitiendo su nombre... Sólo eso.

Tratando todavía de imaginar por qué habían sentado en un banquillo en Denver a la ex enfermera que le había hecho prisionero, Paul se sumió en el sueño.

12

Estaba en la sala de un hospital. Un gran alivio le recorría todo el cuerpo, un alivio tan grande, que tenía ganas de llorar. Algo había pasado mientras él dormía, alguien había venido o tal vez Annie había cambiado de parecer o de sentimientos. No importaba. Él se había quedado dormido en casa de aquel monstruo y se había despertado en un hospital.

Pero seguramente no lo habrían puesto en aquella sala, tan grande como un hangar, llena de simétricas filas de hombres con idénticas botellas de suero colgando de idénticos ganchos junto a sus camas. Se sentó y vio que hasta los hombres eran idénticos. Todos eran él. Entonces oyó a lo lejos el reloj, y comprendió que sonaba más allá del muro del sueño. Eso era un sueño. La tristeza sustituyó al alivio.

Se abrió la puerta que había en el extremo de la enorme sala y Annie Wilkes entró por ella llevando un vestido largo con un delantal y una cofia en la cabeza. Iba vestida cómo Misery Chastain en El amor de Misery. En un brazo transportaba un cesto de mimbre tapado con una toalla. La retiró mientras él miraba. Metió la mano, sacó un puñado de algo y lo arrojó a la cara del primer Paul Sheldon que dormía. Era arena. Aquella mujer era Annie Wilkes fingiéndose Misery Chastain, que fingía ser el genio que hace dormir a los niños echándoles arena en los ojos... Entonces vio que la cara del primer Paul Sheldon se volvía de un blanco fantasmal en cuanto la arena le tocaba.

El miedo le arrancó del sueño volviéndole a la habitación en la que Annie Wilkes estaba de pie junto a él, llevando la gruesa edición popular de El hijo de Misery. El marcador indicaba que ya se había leído las tres cuartas partes.

-Estaba gimiendo -le dijo.

-Tuve una pesadilla.

-¿De qué se trataba?

Dijo la primera mentira que le pasó por la cabeza.

-África.

13

Al día siguiente, Annie entró tarde en la habitación con *la* cara cómo la ceniza.

-Miss Wilkes..., Annie. ¿Se encuentra b..?

-No.

¡Cristo! Ha tenido un ataque de corazón, pensó, y tuvo un instante de alarma que inmediatamente cedió a la alegría. Que lo tenga. ¡Que tenga uno gordo! ¡Que se le reviente el jodido pecho! Sería completamente feliz si pudiese arrastrarse al teléfono doliese lo que doliese. Se arrastraría al teléfono atravesando sobre cristales rotos si tuviese que hacerlo.

Y sí, era un ataque al corazón; pero de Otra clase.

Se acercó a él, no titubeando, sino bamboleándose como un marino que baja del barco después de una larga travesía.

-¿Qué.. ?

Él trató de escurrirse, pero no tenía sitio. Detrás estaba la cabecera de la cama, y luego la pared.

-¡No!

Llegó al lado de la cama, tropezó, vaciló y por un instante pareció que se le iba a caer encima. Entonces se quedó allí de pie, mirándole con la cara blanca como un papel, las cuerdas del cuello tensas, una vena latiendo en el centro de su frente. Las manos cerradas se le abrieron de golpe, volvieron a cerrarse en dos puños sólidos como rocas y se volvieron a abrir.

-¡Usted..., usted..., usted..., pájaro sucio!

-¿Qué? No sé lo...

Pero de repente lo supo y sintió el estómago primero vacío, luego como si hubiese desaparecido por completo. Recordó que la noche anterior ella tenía el marcador a una cuarta parte del final del libro. Lo había terminado. Ya se había enterado de todo lo que quedaba por enterarse. Se había enterado de que Misery no era estéril, sino que lo era Ian. Sentada en aquella sala que él aún no había visto, ¿tendría la boca abierta y los ojos desorbitados cuando Misery comprendió por fin la verdad y tomó la decisión de escaparse con Geoffrey? ¿Se le habían llenado los ojos de lágrimas al comprender que Misery y Geoffrey, lejos de mantener relaciones clandestinas a espaldas del hombre que ambos amaban, estaban tratando, en realidad, de darle el mayor regaló, el regalo de un hijo que él creería suyo? ¿Se le había acelerado el corazón cuando Misery le había dicho a Ian que estaba embarazada e Ian la había estrechado contra si, con los ojos bañados en lágrimas, susurrando "Mi amor, oh, mi amor" una y otra vez? Estaba seguro de que todo eso había ocurrido en unos cuantos segundos. Pero en vez de llorar con profundo dolor, cómo debía haberlo hecho, cuando Misery expiró al dar a luz al niño que Ian y Geoffrey se encargarían, presumiblemente, de criar juntos, había cogido un cabreo de todos los demonios.

-¡Ella no puede estar muerta! -le chilló, mientras sus puños se abrían y se cerraban a un ritmo cada vez más rápido-. ¡Misery Chastain NO PUEDE ESTAR MUERTA!

-Annie..., Annie..., por favor...

Había un jarro de agua en la mesa. Lo cogió y empezó a blandirlo ante él. El agua fría se le derramó en la cara. Un cubito de hielo le aterrizó al lado de la oreja derecha y se deslizó almohada abajo hasta instalársele en el hombro. En su mente...

(¡Tan vivida!)

La vio estrellarle el jarrón en la cara, se vio muriendo de una fractura de cráneo con una hemorragia cerebral masiva en medio de una inundación de agua helada mientras en los brazos se le ponía la piel de gallina.

No había duda de que era eso lo que ella quería hacer.

En el último momento, se volvió y lanzó el jarrón contra la puerta, donde se hizo pedazos igual que el plato de sopa de aquel otro día.

Se dio la vuelta para mirarle, mientras, con el dorso de las manos, se apartaba de la cara los mechones de pelo gris. Dos manchitas rosas florecían ahora sobre su palidez.

-¡Pájaro sucio! -jadeó-. ¡Ay, pájaro sucio, cómo pudo hacer eso! En aquellos momentos estaba seguro de que su vida dependería de lo que

pudiese decir en los próximos veinte segundos. Habló rápido, con urgencia, los ojos brillantes mirándola fijamente.

-Annie, en 1871 las mujeres morían frecuentemente al dar a luz. Misery entregó la vida por su marido, por su mejor amigo y por su hijo. El espíritu de Misery siempre...

-¡Yo no quiero su espíritu! -chilló, torciendo los dedos como garras y sacudiéndoselas en la cara como si quisiera arrancarle los ojos-. ¡Yo la quiero a ella! ¡Usted la mató! ¡Usted la asesinó!

Volvió a cerrar los puños, los bajó, cómo pistones, a ambos lados de la cabeza de él y los lanzó contra la almohada haciéndole rebotar lo mismo que si fuese una muñeca de trapo. Sus piernas relampaguearon y lanzó un gritó.

-¡Yo no la maté!

Ella se quedó paralizada mirándole fijamente con aquella expresión estrecha y negra, esa mirada de grieta en la tierra.

-Claro que no -dijo con un sarcasmo amargó-. Y si usted no fue, Paul Sheldon, ¿quién, entonces?

-Nadie -le dijo con más suavidad-. Simplemente, se murió.

En última instancia, sabia que eso era cierto. Si Misery Chastain hubiese sido una persona real, tal vez la Policía le hubiese pedido cuentas a él. Después de todo, él tenía un motivo, la odiaba. La había odiado ya desde el tercer libro. El día de Inocentes, cuatro años atrás, había hecho imprimir un pequeño folleto y se lo había enviado a una docena de amigos. Se titulaba El hobby de Misery. En él, Misery se pasaba un alegre fin de semana en el campo tirándose a Growler, el setter irlandés favorito de Ian.

Habría podido asesinarla, pero no lo hizo. Al final, a pesar de su desprecio por ella, la muerte de Misery había supuesto para él una cierta sorpresa. Habría permanecido fiel a si mismo haciendo que el arte imitase la vida, aunque fuese un poco, y que llegase hasta el final de las trasnochadas aventuras de Misery. Ella había fallecido de una muerte casi inesperada. Sus alegres cabriolas no alteraban ese hecho cierto.

-Miente -murmuró Annie-. Yo creí que usted era bueno; pero no lo es. Usted no es más que un cochino pajarraco embustero.

-Ella se fue, eso es todo. Esas cosas ocurren algunas veces. Es como en la vida real, cuando alguien simplemente...

Annie volcó la mesita de noche. El cajón salió disparado. Su reloj y sus monedas cayeron con él. Ni siquiera sabía que estaban allí. Se encogió todo lo que pudo.

-Usted debe pensar que yo nací ayer -argumentó la mujer con los labios fruncidos enseñando los dientes-. En mi trabajó, vi morir a docenas, a centenares de personas, ahora que lo pienso. Unas veces se van gritando; otras, lo hacen dormidas; simplemente se van, como usted dice, seguro, pero los personajes de los libros NO se van simplemente. Dios nos lleva cuando le parece que ya es hora y un escritor es como Dios con los personajes de un relato, los crea como Dios a nosotros, y nadie puede pedirle cuentas a Dios. De acuerdo, está bien; pero en lo que a Misery respecta, voy a decirle una cosa, asqueroso pajarraco, voy a decirle que da la casualidad de que Dios tiene las piernas rotas y está en MI casa comiéndose mi comida,,. y...

Otra vez se quedó en blanco. Se puso rígida, con los brazos muertos a los lados del cuerpo mirando la pared, en la que colgaba una vieja

fotografía del Arco de Triunfo. Allí se quedó mientras Paul la miraba desde la cama, con manchas circulares en la almohada junto a sus orejas. Oía el agua del jarrón goteando en el suelo y se le ocurrió que podría cometer un asesinato. El asunto se le había ocurrido antes de forma estrictamente académica, por supuesto, aunque esta vez no era así y él sabia por qué. Si ella no hubiese tirado el jarrón, él mismo lo habría estrellado contra el suelo para tratar de hundirle un trozó de vidrio en la garganta mientras estaba así, quieta e inerte como un paragüero.

Miró las cosas que habían caído del cajón, pero sólo había monedas, una pluma, un peine y su reloj. No estaba la cartera. Y, lo que era más importante aún, no había ninguna navaja suiza del Ejército.

Ella fue volviendo en si poco a poco; y, al menos, la furia ya se le había pasado.

-Creo que lo mejor será que me marche. Vale más que no le vea por un tiempo. Creo que es lo... más prudente.

-¿Marcharse? ¿A dónde?

-No importa. A un sitio que yo sé. Si me quedó aquí, haré algo inconveniente. Necesito pensar. Adiós, Paul.

Atravesó la habitación.

-¿Volverá a darme mi medicina? -preguntó, alarmado.

Salió y cerró sin contestarle.

Escuchó sus pasos por el vestíbulo. Parpadeó mientras le llegaban sus gritos rabiosos, palabras que él no podía entender, y el ruido de algo que caía destrozándose. Una puerta se cerró de golpe. Un motor arrancó. Oyó un chirrido de ruedas girando en la nieve compacta. El motor empezó a alejarse. Emitió un ronquido, luego un zumbido y finalmente desapareció.

Estaba solo.

Solo en casa de Annie Wilkes, encerrado en aquella habitación. La distancia entre ese lugar y Denver era cómo la que existía entre el zoológico de Boston y África.

Estaba en la cama, mirando al techo, con la garganta seca y el corazón latiendo a toda velocidad.

Al cabo de un rato, el reloj de la sala dio las doce y la marea empezó a bajar.

14

Cincuenta y una horas. Lo sabía gracias a la "Flair Fine Liner" que llevaba en el bolsillo en el momento del accidente. La había podido rescatar del suelo. Cada vez que tocaba el reloj, se hacia una marca en el brazo. Cuatro marcas verticales y otra diagonal para cerrar el quinteto. Tenía diez grupos de cinco y uno más cuando ella volvió. Los grupitos, claros al principio, se fueron emborronando cada vez más, a medida que las manos le temblaban. No creía que se le hubiese escapado ni una sola hora. Había dormitado, pero no había dormido. Las campanadas del reloj lo despertaban cada vez que sonaban.

Al poco tiempo, había empezado a sentir hambre y sed, incluso a través del dolor. Aquello se convirtió en una especie de carrera de

caballos. Al principio, Rey del Dolor llevaba la delantera y Apetito seguía a unos doce cuerpos de distancia. Mucha Sed estaba casi perdido en el polvo. Al amanecer del día siguiente, Apetito empezó a presentarle batalla a Rey del Dolor.

Había pasado casi toda la noche dormitando y despertándose empapado de un sudor frío, seguro de que se estaba muriendo. Al poco rato tenía la esperanza de que fuese así. Cualquier cosa para salir de aquello, Nunca había sospechado hasta qué punto podía llegar el dolor. Los pilotes crecieron y crecieron. Podía ver las lapas incrustadas en ellos, descubrió seres ahogados descansando en las hendiduras. Tenían suerte.
Para ellos, había terminado el suplicio. Alrededor de las tres, cayó en una crisis de gritos inútiles.

Al mediodía siguiente, hora veinticuatro, comprendió que además del dolor de sus piernas y de su pelvis, algo más lo estaba atormentando. Era la carencia. Ese caballo podría llamarse La Venganza del Yonki. Necesitaba las cápsulas por más de un motivo.

Pensó en hacer un esfuerzo por salir de la cama; pero el golpe de la caída y la consiguiente escalada de dolor lo disuadían. Podía imaginarlo muy bien...
("¡Tan vivida!")

cómo se sentiría todo eso. Podía haberlo intentado de todas maneras, pero ella había cerrado la puerta con llave. ¿Qué podía hacer, aparte de arrastrarse como una babosa y quedarse tendido ante la puerta?

Desesperado, tiró de las mantas por primera vez, esperando contra toda esperanza que lo que iba a encontrar no fuese tan malo como lo sugerían las formas que tomaban las ropas de la cama. No era tan malo, era peor. Se quedó mirando horrorizado aquello en lo que él se había convertido de las rodillas para abajo. Oyó en su mente la voz de Roland Reagan en King's Row chillando:
"¿Dónde está el resto de mi cuerpo?"

El resto de su cuerpo estaba allí y tal vez pudiese salir con vida. Ese pronóstico parecía cada vez más remoto; pero, técnicamente, era posible..., aunque probablemente nunca volviese a caminar, al menos hasta que le volviesen a romper las piernas, tal vez en varios sitios, le unieran los huesos con clavos de acero, le trasteasen y lo sometieran a medio centenar de manipulaciones indignas, desquiciantes y dolorosas.

Ella se las había entablillado. Eso ya lo sabia por los elementos rígidos, cuya presencia notaba; pero hasta ahora no sabia con qué lo había hecho. La parte inferior de ambas piernas estaba rodeada con varillas de acero que parecían los restos aserrados de unas muletas de aluminio. Había vendado enérgicamente las varillas, así que de las rodillas para abajo parecía la momia Imhotep al ser descubierta en la tumba. La parte baja de sus extremidades seguía formas tortuosas, aquí torcidas, hundidas más allá. De la rodilla izquierda, un foco palpitante de dolor, parecía no quedar nada en absoluto. Había una pantorrilla, un muslo y, en el centro, un bulto asqueroso que parecía una cúpula de sal. La parte superior de sus piernas estaba muy hinchada y daba la impresión de arquearse hacia fuera. Sus muslos, su escroto y hasta su pene estaban moteados de cardenales desvaídos.

Creía que la parte inferior de sus piernas se hallaría rota. Resultó que no. Estaba pulverizada.

Volvió a cubrirse con las mantas gimiendo y llorando. Nada de

dejarse caer de la cama. Mejor quedarse allí, morir allí, mejor aceptar aquel nivel de dolor con todo lo horrible que era y esperar que cesara por completo.

Serian las cuatro de la tarde del segundo día, cuando Mucha Sed empezó a mover la carrera. Hacia tiempo que sentía la boca y la garganta secas, pero ahora la sensación era insoportable. La lengua parecía demasiado larga, pesada. Tragar, dolía. Recordaba el jarro de agua que ella había tirado.

Dormitó, despertó, dormitó.

Pasó el día. Cayó la noche.

Tenía que orinar. Hizo una especie de filtro con la sábana de arriba sobre el pene y orinó en sus manos temblorosas. Trató de imaginarse que era agua reciclada y bebió todo lo que había podido recoger y después se lamió las palmas húmedas. Otra cosa que nunca le contaría a nadie, si es que vivía para contar algo.

Empezó a creer que Annie había muerto. Estaba profundamente desequilibrada y la gente desequilibrada se suicida con frecuencia.

("¡Tan vivida!")

La vio aparcar a un lado de la carretera en su vieja Bessie, sacar de bajó el asiento una cuarenta y cuatro, ponérsela en la boca y disparar.

-Con Misery muerta, ya no quiero seguir viviendo. Adiós, mundo cruel -gritó Annie a través de un torrente de lágrimas, y apretó el gatillo.

Se rió, después gimió y luego gritó. El viento gritó con él..., pero nadie más le escuchó.

O tal vez un accidente... ¿Era posible? Si, señor. La vio conducir sombría, demasiado rápido, y entonces...

("¡No la saca de MI familia!")

se quedó en blanco y se salió del lado derecho de la carretera. Cayó... y cayó... De pronto, chocó y explotó en una bola de fuego muriendo sin siquiera darse cuenta.

Si ella había muerto, él moriría allí como una rata en una trampa.

Creía que la inconsciencia vendría a liberarlo, pero no llegaba. En su lugar, llegaron la hora treinta y la hora cuarenta. Ahora Rey del Dolor y Mucha Sed se unieron en un sólo caballo; hacia mucho que Apetito se había quedado en la cola y empezó a sentirse como un trozó de tejido vivo en un porta objetos bajó el microscopio, o cómo un gusano en un gancho, algo que se retuerce sin parar esperando la muerte.

15

Al verla entrar, creyó al principio que se trataba de un sueño, pero entonces la realidad, o el puro y brutal instinto de supervivencia, se impuso y empezó a gemir y a suplicar con voz rota, como desde un pozo cada vez más profundo de irrealidad. Sólo vio con nitidez que ella llevaba un vestido azul oscuro y un sombrero floreado, exactamente el mismo atuendo con que él la había imaginado en el banquillo de Denver.

Tenía la cara encendida y los ojos le brillaban con vivacidad. Estaba todo lo cerca de la hermosura que Annie Wilkes podía llegar a estar. Cuando, más adelante, trataba de recordar la escena, las únicas imágenes que podía evocar con claridad eran sus mejillas sonrosadas y el sombrero floreado. Desde el último baluarte de cordura y capacidad de evaluación que le quedaban, el Paul Sheldon racional pensó: Parece una viuda que acaba de follar después de diez años de abstinencia.
Llevaba en la mano un vaso de agua, un gran vaso de agua.

-Tome -le dijo poniéndole en la nuca la mano, aún fría por la intemperie, para ayudarle a incorporarse. Cogió tres buches rápidamente y el agua se le derramó en la barbilla y en la camiseta. Entonces ella le retiró el vaso.
Gimió suplicándolo con las manos temblorosas extendidas.
-No -le dijo-. No, Paul. Poco a poco o vomitará.

Al cabo de un ratito, volvió a darle el vaso y le permitió dos sorbos.
-La droga -dijo él, tosiendo.

Se relamió los labios, y se chupó la lengua. Recordaba vagamente cómo se había bebido sus orines, lo calientes que estaban, lo salados.

-Las cápsulas..., dolor..., por favor, Annie, por favor, por el amor de Dios, ayúdeme, el dolor es horrible.

-Ya sé que lo es, pero debe escucharme -le dijo mirándole con aquella expresión a un tiempo severa y maternal-. Tuve que marcharme a meditar. He reflexionado profundamente y espero haber pensado bien. No estaba muy segura. Mis ideas son a veces confusas; lo sé, lo acepto. Por eso, cuando me preguntaban, no podía recordar dónde había estado todas aquellas veces. Así que rece. Hay un Dios, ¿sabe?, y responde a las oraciones. Siempre responde. Así que recé y dije, querido Dios, Paul Sheldon puede estar muerto cuando regrese. Pero Dios dijo: no estará muerto. Yo le he preservado para que tú puedas enseñarle el camino que debe seguir.

Dijo empujarle, en lugar de enseñarle, pero Paul apenas la oía. Sus ojos estaban clavados en el vaso de agua. Le dio otros tres sorbos. Los tragó como un caballo, eructó y gritó cuando los escalofríos y los calambres le recorrieron el cuerpo.
Mientras tanto, ella lo miraba con benevolencia.

-Le daré su medicina y aliviaré su dolor -le dijo-; pero antes tiene algo que hacer. Volveré en seguida.
Se levantó y se dirigió a la puerta.
-¡No! -gritó él.

Pero ella no le hizo caso. Y se quedó allí, encapsulado en su dolor, tratando de no gemir, pero gimiendo.

16

Al principio creyó que deliraba. Lo que veía era tan extraño que no podía ser normal. Annie regresaba empujando una barbacoa portátil.
-Annie, tengo un dolor horrible.

Las lágrimas le corrían por la cara.

-Lo sé, querido. -Le besó en la mejilla con la suavidad de una pluma cayendo-. Pronto.

Se marchó y él se quedó mirando estúpidamente la barbacoa, algo destinado a un patio de verano que ahora estaba allí, en su habitación, evocando imágenes inexorables de ídolos y sacrificios.

Y lo que ella tenía en mente era, por supuesto, el sacrificio. Cuando volvió, traía en una mano el manuscrito de Automóviles veloces, el único producto existente de sus dos años de trabajó. En la otra, llevaba una caja de cerillas de madera "Diamond Blue Tip".

17

-No -dijo él llorando y temblando. Le asaltó un pensamiento quemándole como ácido corrosivo. Por menos de cien dólares podía haber fotocopiado el manuscrito en Boulder. Todos (Bryce, sus dos ex mujeres, demonios, hasta su madre) le habían dicho siempre que era una locura no hacer al menos una copia de su obra para guardarla. El "Boulderado" podía incendiarse o la casa de Nueva York. Podía haber una tormenta, una inundación o cualquier otro desastre natural. Constantemente se había negado sin ningún motivo racional. Simplemente, le parecía que hacer copias era cosa de maniáticos.

Pues bien, aquí estaban la manía y el desastre natural coaligados. Aquí estaba el huracán Annie. A ella no parecía habérsele pasado por la cabeza la posibilidad de que hubiese otras copias de Automóviles veloces en alguna parte, y si él hubiese hecho caso, sí hubiese invertido esos miserables cien dólares...

-Sí -le replicó, alargándole las cerillas.

El manuscrito, en papel "Hammermill Bond", limpio y blanco, con la página del tituló encima, descansaba en su falda. Aún tenía la expresión tranquila y despejada.

-No -dijo, volviéndole la cara ardiente.

-Si. Es sucio. Y, además, no es bueno.

-Usted no podría reconocer lo bueno aunque se le echase encima y le mordiese la nariz -le gritó sin importarle ya nada.

Ella rió con amabilidad. Al parecer, el mal genio se le había ido de vacaciones; pero, conociendo a Annie, Paul sabia que podía regresar de improviso en cualquier momento con las maletas en la mano: "¡No soportaba hallarme lejos! ¿Qué tal estás?"

-Lo primero -le respondió-, es que lo bueno no me mordería la nariz. Lo malo puede que si; pero lo bueno, no. Y lo segundo es que yo sí sé reconocer lo bueno cuando lo veo. Usted es bueno, Paul. Todo lo que necesita es un poco de ayuda. Ahora, coja las cerillas.

Él sacudió rígidamente la cabeza.

-No.

-Si.

-¡No!

-Sí.

-¡No, maldición!
-Puede maldecir todo lo que quiera. He oído de todo.
-No voy a hacerlo -cerró los ojos.

Cuando los abrió, ella tenía una caja de cartón, cuadrada, con la palabra NOVRIL impresa en letras de color azul brillante. MUESTRA, decían las letras rojas bajó el nombre. CON RECETA MEDICA. Bajo la advertencia había cuatro cápsulas encerradas en ampollas de plástico. Trató de apoderarse de ellas; pero la mujer retiró la caja y la puso fuera de su alcance.

-Cuando haya quemado eso -le dijo-. Entonces le daré sus cápsulas, las cuatro, creo, y se le pasará el dolor. Volverá a serenarse y, cuando se haya dominado, le cambiaré las sábanas. Veo que las ha mojado y debe sentirse incómodo, así que también le cambiaré a usted. Para entonces, ya tendrá hambre y le daré un poco de sopa. Tal vez una tostada sin mantequilla. Pero hasta que no queme esto, Paul, no puedo hacer nada, lo siento.

Su lengua quería decir: ¡Si! ¡Si! ¡Está bien! Se la mordió. Volvió la cara para no ver aquella caja incitante, desesperante, con sus cuatro cápsulas blancas dentro del plástico transparente.
-Usted es el demonio -dijo.

Otra vez esperaba un ataque de furia y obtuvo en cambio una risa indulgente con un tono de enterada tristeza.

-Ya, ya. Eso es lo que piensa un niño cuando mamá entra en la cocina y lo encuentra jugando con la botella de lejía que ha sacado del armario del fregadero. No lo dice así, por supuesto, porque no tiene una cultura como la suya. Sólo dice: ¡Mamá, eres mala!

Le retiró el pelo que le cubría la frente ardorosa, deslizando los dedos por su mejilla; luego, bajaron por su cuello y le apretaron un hombro, breve y compasivamente, antes de retirarse.

-La madre se siente mal cuando el niño le dice que es mala o cuando llora por lo que le ha quitado, como usted está llorando ahora. Pero ella sabe que está haciendo lo correcto y cumple con su deber. Como yo estoy cumpliendo con el mío.

Golpeó el manuscrito con los nudillos. Tres golpes sordos, rápidos. Ciento noventa mil palabras y cinco vidas que a un Paul Sheldon sano y sin dolor le habían importado muchísimo. Ciento noventa mil palabras y cinco vidas que cada vez le estaban pareciendo más prescindibles.
Las cápsulas. Las cápsulas. Necesitaba esas cápsulas.
-¿Paul?
-¡No! -sollozó.

El apagado repiqueteo de las cápsulas en su envoltura. Silencio. Luego el repiqueteo de las cerillas en la caja.
-¿Paul?
-¡No!
-Estoy esperando, Paul.

En el nombre de Dios, ¿por qué estás haciendo esta gilipollez de Horacio en el Puente y, en el nombre de Dios, a quién estás tratando de impresionar? ¿Te crees que esto es una película o un programa de televisión y que hay una audiencia que va a puntuar tu valentía? Puedes hacer lo que ella quiere o puedes aguantar. Si aguantas, te vas a morir y ella va a quemar el manuscrito de todos modos, ¿Qué harás entonces?, ¿quedarte aquí sufriendo por un libro que no hubiese vendido ni la mitad

de ejemplares que el de menos éxito de Misery, y en el que Peter Prescott se hubiese cagado con su estilo elegante y desdeñoso cuando hiciese la crítica en Newsweek, el gran oráculo literario? ¡Vamos, vamos, piensa! ¡Hasta Galileo cedió cuando vio que iban a por él en serio!

-¿Paul? Estoy esperando. Puedo esperar todo el día. Aunque tengo la ligera sospecha de que usted puede caer en coma de un momento a otro. Creó que ahora se encuentra en un estado precomatoso y yo he tenido much...

La voz se perdió en un zumbido.

¡Si! ¡Déme las cerillas! ¡Déme una antorcha! ¡Déme un lanzallamas! ¡Estoy dispuesto a tirarle encima una bomba incendiaria si eso es lo que usted quiere, jodida bruja!

Eso decía el oportunista, el que quería sobrevivir a toda costa.

Pero otra parte que estaba ahora fallando, casi comatosa, clamó en la oscuridad: ¡Ciento noventa mil palabras! ¡Dos años de trabajo!

Y lo que era más importante: la verdad. ¡Lo que tú sabias sobre LA PUÑETERA VERDAD!

Los muelles crujieron cuando ella se levantó.

-¡Bueno! ¡Es usted un niño muy testarudo y no puedo estar sentada en su cama toda la noche! He estado conduciendo casi una hora para llegar pronto. Volveré dentro de un rato a ver si ha cambiado de...

-Entonces quémelas usted -le gritó.

Ella se volvió a mirarle.

-No, no puedo hacer eso, aunque bien quisiera evitarle la agonía que está sufriendo.

-¿Por qué no?

-Porque -le respondió, puntillosa- debe hacerlo usted por su propia voluntad.

Entonces él rompió a reír y la cara de la mujer se ensombreció por primera vez desde que había llegado, y abandonó la habitación con el manuscrito bajó el brazo.

18

Cuando regresó una hora después, él cogió las cerillas mientras ella ponía la página del titulo sobre la barbacoa. Trató de encender una; pero no pudo porque, o no acertaba la lija de la caja, o porque se le caían constantemente.

Annie las cogió, encendió una y se la puso en la mano. Él la acercó al borde del papel, la dejó caer en la barbacoa y contempló fascinado cómo la llama la prendía y luego la devoraba. Ella tenía esa vez un tenedor de cocina y, cuando la página empezó a retorcerse, la metió entre las rendijas de la parrilla.

-Vamos a tardar una eternidad en esto -dijo él-. Yo no puedo...

-No, haremos un trabajo rápido, pero usted debe quemar unas cuantas hojas, Paul, como símbolo de que ha comprendido.

Entonces puso en la parrilla la primera página de Automóviles veloces, palabras que él recordaba haber escrito unos veinticuatro meses

atrás en la casa de Nueva York: "-No tengo ruedas -dijo Tony Bonasaro caminando hacia la chica que bajaba por las escaleras- y soy lento para aprender, pero, para conducir, soy rápido."

¡Ay, la página quemada le devolvió aquel día como los Éxitos Dorados de la radio! Recordó haber caminado por el apartamento, de una habitación a otra, llenó del libro, más que llenó, grávido y sufriendo los dolores de parto. Recordó haber encontrado un sujetador de Joan bajó uno de los cojines del sofá. Hacia tres meses que ella se había marchado. Eso demostraba cómo trabajaba el servicio de limpieza. Recordó haber escuchado el tráfico de Nueva York y el monótono repicar de las campanas de una iglesia llamando a los fieles a misa.

Recordó haberse sentado.

Cómo siempre, el bendito alivio de empezar, una sensación que era como caer en un agujero lleno de luz radiante.

Cómo siempre, la triste certeza de que no escribiría tan bien como quería hacerlo.

Y el terror de no ser capaz de terminar, de ir avanzando contra un muro blanco.

La eterna sensación de alegría nerviosa, la maravilla del viaje que comienza.

Miró a Annie Wilkes y dijo en voz baja, pero clara:

-Annie, por favor, no me obligue a hacer esto.

Ella mantuvo las cerillas ante su cara sin moverse, y declaró:

-Puede hacer lo que usted quiera. Así que él quemó su libro.

19

Le hizo prender fuego a la primera página, a la última y a nueve pares de páginas de diferentes partes del manuscrito, porque el nueve, según dijo, era un número de poder y el nueve doble daba suerte. Vio que ella había tachado las palabrotas con un rotulador, al menos hasta donde había leído.

-Bueno -exclamó cuando se había quemado el último par-, se ha portado como un buen chico y un buen perdedor. Sé que esto le duele tanto cómo las piernas, así que no lo prolongaré más.

Quitó la parrilla y metió el resto del manuscrito en la barbacoa aplastando los restos negros y crujientes de las páginas que él ya había quemado. La habitación apestaba a cerillas y a papel carbonizado. Huele como el vestidor del diablo, pensó delirante. Si hubiese habido algo en la arrugada cáscara de nuez que una vez había sido su estómago, lo habría vomitado.

La mujer encendió otra cerilla y se la puso en la mano. Él se incorporó como pudo y la lanzó en la barbacoa. Ya no importaba. No importaba nada. Se dejó caer y cerró los ojos.

Ella lo sacudió.

Alzó los cansados párpados.

-Se ha apagado.

Encendió otra cerilla y se la puso en la mano. Otra vez se las

arregló como pudo para incorporarse, despertando un dolor que le aserraba las piernas. Acercó la llama a los bordes del manuscrito. Esa vez se extendió en lugar de encogerse y morir en el palo.

Volvió a echarse con los ojos cerrados escuchando el crujir de los papeles, sintiendo el calor del incendio.

-¡Dios mío! -gritó ella, alarmada.

Abrió los ojos y vio que grandes pavesas y trozos de papel volaban de la barbacoa flotando en el aire caliente.

Annie salió de la habitación dando tumbos. Paul oyó cómo el agua de la bañera caía en el cubo. Contempló con indolencia un oscuro trozo de manuscrito que volaba por la estancia y aterrizaba en una de las cortinas de gasa. Hubo una chispa breve, el tiempo justo de preguntarse si se incendiaría la habitación; luego, hizo un guiño y se extinguió dejando un agujerito como la quemadura de un cigarrillo. Cayó ceniza en la cama, en los brazos. En realidad, no le importaba en absoluto dónde cayese.

Annie volvió. Su mirada trató de abarcar todo el panorama de una vez, intentando seguir el trayecto de cada página carbonizada que se elevaba y planeaba por el aire. Las llamas temblaban y caían en el borde de la barbacoa.

-¡Dios mío! -repitió con el cubo en la mano sin saber dónde lanzar el agua, o si haría falta lanzarla.

Le temblaban los labios llenos de saliva. Mientras Paul observaba, sacó la lengua y se los limpió.

-¡Dios mío! ¡Dios mío!

Al parecer, era todo cuanto podía decir.

A pesar de hallarse atenazado en las garras del dolor, Paul tuvo un instante de intenso placer. Así se veía Annie Wilkes cuando estaba atemorizada. Así le gustaba.

Otra página voló flameando aún con zarcillos de fuego azul. Eso la decidió. Con otro "¡Dios mío!", arrojó el cubo de agua, cuidadosamente, sobre la barbacoa. Hubo un monstruoso chisporroteo y un penacho de vapor. El olor a quemado era húmedo, desagradable y, sin embargo, cremoso.

Cuando Annie se marchó, consiguió, una vez más, incorporarse con un codo. Miró dentro de la barbacoa y vio algo que parecía un montón de troncos carbonizados flotando en un charco nauseabundo.

Annie volvió al cabo de un rato.

Era incombustible; pero estaba canturreando.

Lo sentó y le metió las cápsulas en la boca.

Él se las tragó y volvió a echarse, pensando: La mataré.

20

-Coma -le dijo desde muy lejos, despertándole el aguijón del dolor.

Abrió los ojos y la vio, sentada a su lado, por primera vez estaba al mismo nivel que ella, cara a cara. Cayó en la cuenta, con una sorpresa vaga y distante, de que por primera vez en eones, estaba sentado..., verdaderamente sentado.

Me importa un cuerno, pensó, y dejó que los párpados se le volvieran a cerrar. Los pilotes estaban cubiertos. La marea había subido y la próxima vez que bajase podía quedarse así para siempre. Era mejor deslizarse sobre las olas mientras las hubiese. Más tarde podría pensar en su nueva postura.

-¡Coma! -le dijo Otra vez, y entonces sintió que el dolor le zumbaba en el lado izquierdo de la cabeza, haciéndole que gimiera y tratase de huir.

-¡Coma, Paul! Tiene que salir del sopor para comer, o...

¡Zzzzzing! El lóbulo de su oreja. Lo estaba golpeando.

-Kay -murmuró-, Kay, no me la arranques, por Dios.

Se obligó a abrir los ojos. Era cómo si tuviese un bloque de cemento colgando de cada párpado. Notó una cuchara en la boca echándole sopa caliente en la garganta. Se la tragó para evitar ahogarse.

De repente y de ninguna parte. La recuperación más sorprendente que este locutor ha visto en su vida, señoras y señores, Apetito irrumpió en cabeza. Fue como si la primera cucharada de sopa le hubiese despertado las tripas de un trance hipnótico. Se tragó el resto con toda la rapidez que pudo, sintiéndose más hambriento cuanto más sorbía y tragaba.

Recordaba vagamente haber visto que la vieja sacaba rodando la barbacoa siniestra y humeante y entraba luego rodando otra cosa que en su estado de sopor le había parecido un carrito de supermercado. La idea no le había causado sorpresa ni curiosidad alguna. Estaba de huésped en casa de Annie Wilkes. Barbacoas, carritos de supermercado, tal vez mañana un parquímetro o una cabeza nuclear. Cuando se entra en la "Casa de la Risa", las carcajadas no paran.

Se había desvanecido, pero ahora se daba cuenta de que el carrito de supermercado era, en realidad, una silla de ruedas plegada. Estaba sentado en ella. Sus piernas entablilladas sobresalían rígidas frente a él. Su pelvis estaba incómodamente hinchada y no se sentía muy feliz en la nueva postura.

Me puso aquí mientras estaba frito, pensó. Me levantó. Peso muerto. Cristo, qué fuerza debe tener.

-¡Se acabó! -dijo ella-. Me alegra que se haya tomado tan bien la sopa, Paul. Creo que se va a arreglar. No diremos que quedará como nuevo, qué va, pero si no tenemos más... contratiempos..., creo que va a quedar bastante bien. Ahora le voy a cambiar esas sábanas tan cochinitas y cuando haya acabado con eso voy a cambiar al otro cochinito que es usted y, si después no le duele demasiado y todavía tiene hambre, le voy a permitir que se coma una tostada.

-Gracias, Annie -le dijo humildemente, y pensó: Tu garganta. Si puedo, te permitiré lamerte los labios y decir "¡Dios mío!". Pero sólo una vez, Annie.

Sólo una vez.

21

Cuatro horas más tarde, yacía nuevamente en la cama y hubiese quemado todos sus libros por una sola cápsula de "Novril". Mientras estaba sentado, no le dolía en absoluto, tenía suficiente mierda en las venas para hacer dormir a la mitad del Ejército prusiano; pero ahora parecía como si todas las abejas de un panal se le hubiesen lanzado sobre la parte inferior del cuerpo.

Dio un fuerte chillido. Algo debía haberle hecho la sopa, porque no recordaba haber podido chillar tan fuerte desde que había salido de la nube oscura.

La presintió detrás de la puerta mucho antes de que entrase, apagada, inmóvil, desconectada, con la mirada en blanco fija en el pomo, o tal vez en las líneas de sus propias manos.

-Tenga. -Le dio la medicina-. Esta vez, dos cápsulas.

Se las tragó sujetándole firmemente la muñeca para que no temblara el vaso.

-Le compré dos regalos en la ciudad -le dijo levantándose de la cama.

-¿Ah, sí? -gruñó.

Le señaló la silla de ruedas que descansaba en un rincón con los soportes para las piernas sobresaliendo rígidos.

-Mañana le enseñaré el otro. Ahora trate de dormir un poco, Paul.

22

Pero el sueño tardó mucho en llegar. Flotaba en la droga y trató de pensar en la situación en la que se encontraba. Ahora parecía un poco más fácil pensar en el libro que había creado y luego destruido.

Cosas..., cosas aisladas como trocitos de tela que pudiesen unir-se para hacer un edredón.

Estaba a kilómetros de los vecinos que, según Annie, no la podían ver. ¿Cómo se llamaban? Boynton. No, Roydman. Eso era, Roydman. ¿Y a qué distancia de la ciudad? Seguramente no demasiado lejos. Se encontraba en un circulo cuyo diámetro podía ser, cómo mínimo, de unos veinticuatro kilómetros y cómo máximo, de setenta y dos. Por tristemente pequeño que fuese aquello, la casa de Annie Wilkes, los Roydman y el centro de Sidewinder estaban en el circulo.

Y el coche, Mi "Camaro" también está en alguna parte de ese círculo. ¿Lo habrá encontrado la Policía?

No lo creía. Era una persona conocida. Si se encontraba un coche con la matrícula registrada a su nombre, una investigación superficial revelaría que había estado en Boulder y que luego se había perdido su pista. El descubrimiento del siniestro y el coche vacío habrían iniciado una búsqueda, reseñas en los noticiarios...

Ella nunca ve la televisión, jamás escucha la radio,,., a menos que tenga auriculares.

Era un poco como aquel perro de la historia de Sherlock Holmes que no ladraba. No habían encontrado el coche, porque no había venido la Policía. Si lo hubiesen encontrado, habrían investigado a todo el mundo

dentro de ese circulo hipotético, ¿no? ¿Y cuánta gente podía haber en un circulo así cerca de la cima del Western Slope?[1] ¿Los Roydman, Annie Wilkes, tal vez
otros diez o doce habitantes más?

Que no lo hubiesen encontrado hasta ahora, no significaba que no lo fuesen a encontrar.

Su vívida imaginación, la que él no había heredado de la familia de su madre, tomó el mandó. El policía era alto, fríamente bien parecido, con las patillas tal vez un poco más largas de lo que permitía el reglamento. Llevaba gafas de sol en las que el sujeto interrogado podía ver su imagen duplicada. Su voz tenía un acento abierto del Medio Oeste.

Hemos encontrado un coche volcado a la mitad del camino del monte Humbuggy. Pertenece a un escritor famoso llamado Paul Sheldon. Hay sangre en los asientos y en el salpicadero, pero no existe ni rastro del hombre. Puede haber salido arrastrándose y perderse vagando desorientado.

Aquello era de risa, teniendo en cuenta el estado de sus piernas; pero, claro, ellos no sabían qué lesiones había sufrido. Deducirían, como era lógico, que, si no estaba allí, debía haber tenido fuerzas suficientes para alejarse aunque fuera un poco. El curso de sus averiguaciones no tenía por qué conducirles a pensar en la improbable posibilidad de un secuestro. Tal vez nunca se les ocurriese.

¿Recuerda haber visto a alguien en la carretera el día de la tormenta? Un hombre alto, de cuarenta y dos años, pelo rubio, Suponemos que llevaba pantalones vaqueros, una camisa de franela a cuadros y un anorak. Podía parecer desorientado. Demonios, si a lo mejor no sabia ni dónde estaba.

Annie habría recibido al policía en la cocina, dónde le ofrecería una taza de café. Cuidaría de que todas las puertas y la habitación estuviesen cerradas por si él gruñía.

Pues no, agente, no vi ni un alma. Volví a casa lo más rápido que pude cuando Tony Roberts me dijo que esa tormenta mala no se iba a desviar hacia el Sur.

El agente, dejando su taza de café y levantándose de la silla:

Bueno, si ve a un hombre que se ajuste a esa descripción, espero que se ponga en contacto con nosotros tan pronto como pueda. Es un sujeto bastante famoso. Salió en People y en otras revistas.

Seguro que lo haré.

-Seguro que lo haré, oficial.

Y el agente se marcharía.

Quizá ya había ocurrido algo así sin que él lo supiera. Tal vez la copia real de ese policía había visitado a Annie mientras él estaba drogado. Dios sabía cuánto tiempo se pasaba drogado. Después de pensarlo mejor, se convenció de que aquello no era probable. Él no era Joe Blow de Kokomo, un transeúnte cualquiera. Había salido en People (su primer best-seller) y en Us (su primer divorcio). Se había hecho una pregunta sobre él en el "Personality Parade" de Walter Scott de los domingos. Habrían vuelto a investigar, por teléfono, o volverían los mismos policías. Cuando una celebridad (o una casi celebridad como lo es un escritor) desaparecía, se armaba revuelo.

Sólo estás imaginando, macho.

[1] Vertiente occidental de las Montañas Rocosas. (N. del T)

Tal vez fueran imaginaciones, o tal vez estuviese deduciendo. De cualquier modo, era mejor que estar ahí tirado sin hacer nada.

¿Había barreras protectoras?

Trató de recordar, pero no pudo. Sólo se acordaba de que iba a coger los cigarrillos y, de pronto, la tierra y el cielo cambiaron de lugar. Luego, la oscuridad. Pero otra vez la deducción, o el hábito de fantasear, le indujo a creer que había algo más. Los postes aplastados y los cables arrancados hubiesen alertado a los equipos de mantenimiento de carreteras.

Entonces, ¿qué había ocurrido exactamente?

Perdió el control en un lugar donde no existía una pendiente demasiado pronunciada, sólo los grados necesarios para que el coche pudiese volcar en el espacio. Si la inclinación hubiese sido más abrupta, habrían habido vallas protectoras. Si la inclinación hubiese sido más abrupta, Annie Wilkes la habría juzgado difícil o imposible, para llegar a él; y mucho más para arrastrarlo a la carretera.

Entonces, ¿dónde estaba su coche? Enterrado en la nieve, por supuesto.

Paul se cubrió los ojos con el brazo y vio una excavadora de la ciudad subiendo por la carretera, en la que había volcado dos horas antes. A la caída de la tarde, la excavadora es una nebulosa de un naranja pálido sobre la nieve. El conductor está abrigado hasta los ojos. Lleva en la cabeza una vieja gorra de ferroviario de tela blanca y azul. A su derecha, en el fondo de una hondonada superficial, que un poco más allá se convierte en una garganta típica de los campos del norte, descansa el "Camaro" de Paul Sheldon con una pegatina desvaída en el parachoques que dice: HART PRESIDENTE, y que es lo único que brilla allá abajo. El tío de la excavadora no ve el coche. La pegatina está demasiado descolorida para llamarle la atención. Las aletas laterales le quitan mucha visión y además está casi oscuro y él se halla molido. Sólo quiere terminar su última salida, y devolver la excavadora para su alivio y conseguirse una taza bien caliente de café. Deja atrás el coche y avanza barriendo nubes espumosas de nieve hacia el declive. Del "Camaro", enterrado ya casi hasta las ventanillas, apenas si asoma ahora la línea del capó. Después, en lo más profundo de las tinieblas tormentosas, cuando hasta lo que se tiene delante de las narices parece irreal, el hombre del segundo turno pasa por allí en dirección opuesta y lo sepulta.

Paul abrió los ojos y miró el enyesado del techo. Había una serie de grietas finas, cómo uves dobles entrelazadas. En el transcurso interminable de los días que llevaba allí desde su salida de la nebulosa, se había familiarizado mucho con ellas y ahora volvió a seguirlas pensando, indolente, en palabras que empezasen con uve doble, como wicked, wretched, witch y wriggling[2].

Si.

Podía haber ocurrido así. Podía.

¿Había pensado ella en lo que sucedería si encontraban el coche?

Era muy posible. Estaba loca, pero eso no significaba que fuese estúpida.

Sin embargo, no se le había pasado por la cabeza que él pudiese tener una copia del manuscrito de Automóviles veloces.

---

[2] Malvado, desgraciado, bruja y tortuoso. (N. del T)

Sí. Y estaba en lo correcto. Esa perra estaba en lo correcto. No la tenía.

Imágenes de páginas ennegrecidas flotando, las llamas, los sonidos, el olor de la destrucción. Apretó los dientes y trató de que no penetraran en su mente. Lo vivido no era siempre lo mejor.

No, no hiciste copia, pero nueve de cada diez escritores la hubiesen hecho. Sobre todo ganando lo que tú ganas, incluso con. los libros que no tratan de Misery. Ella no pensó en eso.

Ella no es escritora.

Y tampoco es estúpida, en eso estamos de acuerdo. Creo que está pagada de si misma; no sólo tiene un ego enorme, lo tiene descomunal, Le pareció que lo correcto era quemarlo y la idea de que su concepto de lo correcto pudiese verse interferido por algo tan prosaico como una fotocopiadora "Xerox" y unas cuantas monedas...> la posibilidad de ese cortocircuito ni siquiera le pasó por la pantalla, amigo mío.

Si. Las otras deducciones podían ser como casas construidas sobre arena movediza, pero su visión de Annie Wilkes le parecía tan sólida como el Peñón de Gibraltar. Gracias al trabajó de investigación que había realizado para escribir Misery, tenía un conocimiento de la neurosis y de la psicosis superior al del lego y sabia que, aunque el psicótico podía sufrir períodos alternativos de depresión y de euforia casi agresiva, el ego inflado e infectado estaba en el fondo de todo, seguro de que cuantos ojos había en el mundo convergían en él, seguro de ser el protagonista de un gran drama cuyo desenlace era esperado, con la respiración contenida, por incontables millones de personas.

Un ego semejante prohibía ciertas líneas de pensamiento. Estas líneas eran predecibles porque todas se extendían en la misma dirección: desde la persona desequilibrada a los objetos, a las situaciones, a otras personas más allá de su control o a fantasías que el neurótico puede distinguir cómo tales; pero que el psicótico identifica con la realidad sin poder establecer diferencia alguna.

Annie Wilkes quería que Automóviles veloces fuese destruido. Para ella, por lo tanto, ésa era la única copia existente.

Tal vez él hubiese podido salvar el maldito manuscrito diciéndole que había otras copias. Entonces ella habría pensado que seria inútil destruirlo...

La respiración, que se le había ido hacia el sueño cada vez más lenta, se le atragantó de repente en la garganta y los ojos se le abrieron de par en par.

Si, ella habría comprendido que era inútil. Se habría visto forzada a reconocer una de esas líneas que conducían a un lugar fuera de su control. Su ego se sentiría herido, chillaría.

¡Tengo tan mal genio!

Si hubiese debido enfrentarse al hecho de que no podía destruir aquel "libro sucio", ¿no habría decidido, tal vez, destruir, en su lugar, al creador de ese "libro sucio"? Después de todo, no podía haber una copia de Paul Sheldon.

El corazón le latía con celeridad. En la otra habitación, el reloj empezó a sonar y escuchó sus pesados pasos cruzando el techo, el lejano ruido de sus orines, el agua del inodoro corriendo, los pesados golpes de sus pies volviendo a la cama, el crujido de los muelles.

No volverá a hacer que me enfade, ¿verdad?

Su mente trató de arrancar de pronto al galope como un caballo trotón intentando sacudirse las bridas. ¿Qué tenía que ver aquel psicoanálisis barato con su coche, y con el momento en que fuese descubierto? ¿Qué significaba todo eso para él?

-Espera un momento -murmuró en la oscuridad-. Espera un momento, aguanta el teléfono. Poco a poco.

Volvió a taparse los ojos con el brazo y otra vez imaginó al guardia del Estado con las gafas oscuras y las patillas demasiado largas. Hemos encontrado un coche volcado en medio del monte Humbuggy, decía el guardia, y bla, bla, bla.

Sólo que esta vez Annie, en lugar de invitarlo a tomar café, no se siente segura hasta que lo ve lejos, carretera abajo. Incluso en la cocina, con dos puertas cerradas entre ellos y la habitación de invitados, con el huésped drogado hasta las narices, el guardia podía escuchar un gruñido.

Si encontraban el coche, Annie Wilkes sabría que estaba metida en un buen lío, ¿no?

-Si -murmuró Paul. Las piernas empezaban a dolerle otra vez, pero en el horrible amanecer de su descubrimiento, casi no lo notó.

Estaría metida en un buen lío, no por habérselo llevado a su casa, sobre todo estando más cerca que Sidewinder (eso creía Paul). Por aquello le darían probablemente un carnet vitalicio de socia del Club de Amigos de Misery Chastain. (Esa asociación existía en realidad, para su perpetua mortificación.) El problema era que lo había llevado a su casa, que lo había instalado en una habitación y que no se lo había dicho a nadie. Ni siquiera hizo una llamada al ambulatorio local: Soy Annie Wilkes, de la carretera del monte Humbuggy, y aquí tengo un sujeto al que parece que King Kong hubiese utilizado de trampolín. El problema era que lo había llenado de droga a la que seguramente no tenía acceso legal, aunque no hubiese estado tan enganchado como suponía. Y el problema era que, además de drogarlo, lo había sometido a un extraño tratamiento entablillándole las piernas con trozos aserrados de muletas de aluminio. El problema, en fin, era que Annie Wilkes había estado en el banquillo en Denver... y no como testigo, pensó Paul, apostaría lo que fuese.

Así que Annie ve cómo el policía se aleja por la carretera en su limpísimo todo terreno, limpísimo, excepto por los trozos de nieve y sal pegados en las ruedas y bajó los guardabarros. Y se siente segura otra vez..., pero no demasiado segura, porque ahora es como un animal acorralado con el cerco cada vez más estrechó.

Los policías buscarán y buscarán porque él no es simplemente el bueno de Joe Blow de Kokomo. Él es Paul Sheldon, el Zeus literario de cuya frente surgió Misery Chastain, novia de idiotas y de supermercados. Tal vez dejarán de buscar cuando no lo encuentren, o buscarán en otra parte; pero era posible que uno de los Roydman la viera llegar aquella noche y notara algo raro en la parte trasera de la vieja Bessie, algo vagamente antropomorfo, envuelto en un edredón. Aun cuando no hubiesen visto nada, no podía estar segura de que los Roydman no inventasen una historia para causarle problemas. No la podían ver.

Los policías tal vez volverían y la próxima vez su huésped podría no estarse tan callado.

Recordó sus ojos corriendo sin rumbo cuando el fuego de la barbacoa había estado a punto de írsele de las manos. La recordaba lamiéndose los

labios, caminando arriba y abajo; veía las manos cerrándose y abriéndose, echando de cuando en cuando un vistazo a la habitación en la que él yacía perdido en su nube. Y de tanto en tanto emitiría un "Dios mío" a las habitaciones vacías.

Había robado un extraño pájaro con plumas hermosas, un extraño pájaro de África.

¿Y qué harían si lo descubrían?

Sentaría otra vez en el banquillo, por supuesto. Sentaría en el banquillo en Denver, y ahora era posible que no saliese libre del asunto.

Se quitó el brazo de los ojos. Miró a las uves dobles que se entrelazaban y bailaban ebrias en el techo. No necesitaba ponerse el codo sobre los ojos para ver el resto. Puede que ella se aferrase a él durante un día o una semana más. Una llamada telefónica de seguimiento o una visita podían decidiría a librarse de su rara avis. Pero, al final, lo haría, como los perros salvajes entierran a sus victimas ilícitas al verse perseguidos.

Le daría cinco cápsulas en vez de dos, lo ahogaría con la almohada o simplemente le dispararía. Seguro que tendría un rifle en alguna parte.

Casi todos los que viven en la alta montaña poseen uno. Y así solucionaría el problema.

No, con el arma no.

Demasiado engorroso.

Podía dejar evidencia.

Aquello no había ocurrido todavía, porque no habían encontrado su coche. Aunque tal vez lo estuvieran buscando en Nueva York o en Los Ángeles, nadie lo haría en Sidewinder, Colorado.

Pero en la primavera...

La uve doble se tambaleaba a través del techo. Washed, Wiped. Wasted[3].

El latido de sus piernas era más insistente. La próxima vez que sonase el reloj, ella vendría, pero casi tenía miedo de que pudiese leerle los pensamientos en la cara como la premisa desnuda de una historia demasiado truculenta para escribirse. Los ojos se le fueron hacia la izquierda. Había un calendario en la pared con un niño bajando por una colina en un trineo. Era febrero de acuerdo con el calendario; pero si sus cálculos eran correctos, ya estaban en marzo. Annie Wilkes había olvidado volver la página.

¿Cuánto faltaba para que la nieve derretida revelase el "Camaro" con la matrícula de Nueva York y su registro en la guantera proclamando que el dueño era Paul Sheldon? ¿Cuánto tiempo habría de pasar para que el guardia la visitase o para que ella leyese el hallazgo en los periódicos? ¿Cuánto tardaría en llegar la primavera?

¿Seis semanas? ¿Cinco?

Eso es lo que puede quedarme de vida, pensó Paul, y empezó a temblar. Sus piernas se habían despertado del todo y no pudo dormirse hasta que ella le administró otra dosis de medicina.

[3] Lavado, limpiado, desperdiciado. (N. del T)

23

A la noche siguiente, le trajo la "Royal". Era un modelo de oficina, de una era en que las máquinas eléctricas, los televisores en color y los teléfonos digitales eran sólo ciencia ficción. Negra y severa como un par de zapatos con botones delanteros. Tenía paneles de cristal a los lados enseñando sus palancas, muelles, tuercas y varillas. La palanca de retroceso era de acero y sobresalía a un lado como el pulgar de un autostopista. El carro se hallaba polvoriento, la goma dura, rayada y picada. En el centro, las letras ROYAL aparecían en un semicírculo. Gruñendo, se la puso a los pies de la cama entre las piernas después de haberla sostenido en el aire durante unos segundos para que él la inspeccionase.

Se quedó mirándola. ¿Sonreía?

Cristo, parecía que la máquina estaba sonriendo.

De todos modos, presagiaba problemas. La cinta era de dos colores, rojo y negro, y estaba gastada. Había olvidado que existían esas cintas. Su visión no le produjo ninguna nostalgia agradable.

-Bueno -dijo ella sonriendo con ansiedad-, ¿qué le parece?

-Es muy bonita -le respondió en seguida-, una auténtica antigüedad.

La sonrisa se le ensombreció.

-No la compré como antigüedad. La compré de segunda mano. Una buena pieza de segunda mano.

Él cambió la trayectoria de inmediato.

-¡Eh, no se puede hablar de antigüedad tratándose de máquinas de escribir, si se piensa en el asunto! Una buena máquina de escribir es eterna. Estas viejas joyas de oficina son auténticos tanques.

Le hubiese dado unas palmaditas si hubiese podido alcanzarla. Bueno..., si hubiese podido alcanzarla, la habría besado.

A ella le volvió la sonrisa. A él se le calmó un poco el corazón.

-La conseguí en "Novedades Usadas". ¿No le parece un nombre estúpido? Pero Nancy Dartmonger, la mujer que lleva la tienda, es una estúpida.

Annie se ensombreció un poco; pero se dio cuenta de que no iba contra él. Estaba descubriendo que el instinto de supervivencia creaba unos atajos sorprendentes, hacia la empatía. Se encontró más sintonizado con sus estados de ánimo, sus ciclos. La escuchaba sonar como si fuese un reloj estropeado.

-Pero, además de estúpida, es mala. ¡Dartmonger! Su nombre debería ser Whoremonger[4]. Se ha divorciado dos veces y ahora vive con un tabernero. Por eso, cuando usted dijo que era una antigüedad...

-Se ve muy bien -le dijo.

Ella calló unos instantes y luego murmuró como en confesión.

-Le falta la ene.

-¿Ah, si?

-Si, mire.

Levantó la máquina para que él pudiese ver el semicírculo de letras y entre ellas la palanca que faltaba como una mella en una dentadura vieja, pero completa.

[4] Juego de palabras intraducible. Monger: traficante, admite otros vocablos para formar palabras compuestas. Así, dartmonger significa traficante de dardos. Whore significa puta. (N. del T)

-Ya veo.

Volvió a ponerla en su sitio. La cama se movió un poco. Paul calculó que la máquina debía pesar unos veinte kilos. Procedía de una época en la que no existían aleaciones ni plásticos..., ni anticipos de seis cifras por un libro, ni ediciones cinematográficas concertadas, ni "USA Today", ni "Entertainment Tonight", ni celebridades haciendo anuncios publicitarios de tarjetas de crédito o de vodka.

La "Royal" le sonrió prometiéndole problemas.

-Ella quería cuarenta y cinco dólares, pero me rebajó cinco por la ene que le falta -explicó con una sonrisa socarrona que decía: no soy ninguna tonta.

Paul le sonrió a su vez. La marea estaba alta. Eso hacía que le resultase fácil sonreír y mentir.

-¿Se la rebajó? ¿No será que usted regateó?

Annie se atiesó un poquito.

-Le dije que la ene era una letra importante -concedió.

-¡Pues hizo muy bien, qué rayos!

Había hecho un nuevo descubrimiento. Comprender a un psicótico es fácil cuando se le ha cogido el paso.

Annie le sonrió con astucia como invitándole a compartir un secreto delicioso.

-Le dije que la ene era una de las letras del apellido de mi escritor favorito.

-Son dos letras del nombre de mi enfermera favorita.

La sonrisa le resplandeció. Increíblemente, sus sólidas mejillas se sonrojaron. Paul pensó que así se vería un horno construido dentro de la boca de uno de esos ídolos de los relatos de Rider Haggard. Así se vería de noche.

-Adulador -sonrió alelada.

-No, no la estoy adulando en absoluto.

-Bueno -pareció desconectarse por un momento, no en blanco, sino complacida, un poco turbada, tomándose un momento para organizar sus pensamientos. Paul podía haber disfrutado hasta cierto punto del modo en que se estaban desarrollando las cosas; sí no hubiese sido por el peso de la máquina, tan sólida como la mujer e igualmente averiada. Parecía sonreírle prometiéndole problemas con el diente que le faltaba.

-La silla de ruedas me salió mucho más cara -dijo ella entonces-. Los aparatos de ortopedia se han esfumado desde que yo...

-Se cortó, frunció las cejas, se aclaró la garganta, y volvió a mirarle, sonriendo-. Pero ya es hora de que empiece a sentarse y no lamento el precio ni un poquito. Usted no puede escribir acostado, ¿verdad?

-No...

-Tengo una tabla..., la corté a la medida..., y papel... Espere. Salió corriendo de la habitación como una niña dejando a Paul y a la máquina para que se observasen mutuamente. La sonrisa del hombre desapareció en cuanto la mujer le dio la espalda. La de la "Royal" no había cambiado. Más tarde pensó que ya entonces sabia muy bien de qué se trataba todo aquello y cómo iba a sonar la máquina de escribir, cómo iba a claquear a través de su sonrisa, al igual que el viejo personaje de las viñetas, llamado Ducky Dadles.

Annie volvió con un paquete de "Corrasable Bond" envuelto en papel

cebolla y una tabla de un metro de ancho por uno y medio de largo.
-¡Mire!

Puso la tabla en los brazos de la silla de ruedas que estaba al lado de la cama como el solemne esqueleto de un visitante. Paul vio en seguida al fantasma de si mismo sentado tras la tabla, como aprisionado en un cepo.

Colocó la máquina sobre la tabla, de cara al fantasma, y el paquete de "Corrasable Bond", el papel que él más odiaba en el mundo por la forma en que se borraban las letras cuando las hojas se rozaban entre si. Acababa de crear una especie de estudio de inválido.
-¿Qué le parece?

-Se ve muy bien -dijo soltando la mentira más grande de su vida con absoluta naturalidad, y entonces hizo una pregunta cuya respuesta conocía perfectamente-: ¿Qué cree usted que voy a escribir ahí?

-Pero, Paul -le respondió volviéndose a mirarle, con los ojos bailando en su cara sonrojada-, yo no lo creo. ¡Yo lo sé! Usted va a utilizar esta máquina para escribir una nueva novela. ¡Su mejor novela! ¡El retomo de Misery!

24

El retomo de Misery. No sintió nada en absoluto. Supuso que un hombre que acabase de cortarse una mano con un serrucho eléctrico debía sentir esa misma especie de nada mientras se miraba con estúpida sorpresa la muñeca sangrante.

-Sí. -La cara de la mujer resplandeció como un faro, y sus poderosas manos se parapetaron a la altura de sus pechos-. ¡Será un libro sólo para mí, Paul! ¡Mi pago por haberle devuelto la salud! ¡La única copia del último libro de Misery! ¡Tendré algo que ninguna persona en el mundo podrá poseer, por más que lo desee! ¡Imagínese!
-Annie, Misery está muerta.

Pero, aunque pareciera increíble, ya estaba pensando: Puedo hacerla volver. El pensamiento le llenó de cansancio y repugnancia, pero no de sorpresa. Después de todo, un hombre que puede beber el agua de un cubo de fregar debe ser capaz de escribir lo que le manden.

-No, no lo está -replicó Annie, embelesada-. Cuando yo estaba..., cuando estaba enfadada con usted, sabía que ella no se hallaba verdaderamente muerta. Yo sabia que usted no podía matarla realmente. Porque usted es bueno.
-¿Lo soy? -preguntó.

Miró a la máquina, la cual le sonrió susurrándole: Vamos a ver cómo eres de bueno, amiguito.
-¡Si!

-Annie, no sé si puedo sentarme en esa silla de ruedas. La última vez...

-La última vez le dolió, seguro que le dolió. Y la próxima también le dolerá. Puede que hasta un poquito más. Pero llegará un momento, y no tardará mucho aunque a usted se lo parezca, en que le dolerá un poco

menos. Y luego cada vez menos...
-Annie, ¿puede decirme una cosa?
-Por supuesto, querido.
-Si le escribo esta historia...

-¡Novela! Una novela bonita y larga como las otras, tal vez más larga.

Cerró los ojos un momento, volvió a abrirlos.

-Está bien, si le escribo esa novela, ¿me dejará marchar cuando esté terminada?

Por un momento, una nube de inquietud le barrió los ojos y entonces lo miró con atención, estudiándolo.

-Habla como si le tuviera prisionero, Paul.

Él siguió mirándola sin contestarle.

-Creo que para cuando haya terminado, estará hasta..., hasta la coronilla de ver gente aquí -le dijo-. ¿Es eso lo que quiere escuchar, Paul?

-Era eso lo que quería escuchar, si.

-Vaya, francamente, sabia que los escritores tenían el ego muy desarrollado, pero ignoraba que eso significaba también ingratitud.

Él no respondió y, después de un rato, ella desvió la mirada, impaciente y un poco turbada.

Paul dijo, finalmente:

-Necesitaré todos los libros de Misery, si los tiene, porque no tengo ninguna concordancia.

-Claro que los tengo. -Y luego-: ¿Qué es una concordancia?

-Es una carpeta de hojas sueltas donde guardo todos los datos de Misery, personajes y lugares, casi todo; pero con índices interrelacionados de distintos modos. El tiempo, datos históricos...

Vio que ella apenas le escuchaba. Era la segunda vez que ella no demostraba el más mínimo interés por un truco profesional que hubiese hechizado a una clase de futuros escritores. La razón, pensó, era la simplicidad en si misma. Annie Wilkes era la perfecta espectadora, una mujer que adoraba las historias sin que le importara el mecanismo de su construcción. Era la encarnación de aquel arquetipo victoriano: El Lector Constante. No quería saber nada de sus concordancias y de sus índices porque Misery y los personajes que la rodeaban eran, para ella, perfectamente reales. Los índices no le decían nada. Si él le hubiese hablado de un censo en el villorrio de Little Dunthorpe, habría mostrado la misma indiferencia.

-Me aseguraré de que tenga sus libros. Están un poco usados, pero es señal de que un libro se ha leído y se ha amado mucho, ¿no es así?

-Si -le dijo sin tener que mentir esa vez-. Así es.

-Voy a aprender a encuadernar -dijo arrobada-. Voy a encuadernar El regreso de Misery yo misma. Exceptuando la Biblia de mí madre, será el único libro auténtico que posea.

-Eso está bien -dijo por decir algo, al tiempo que empezaba a sentir el estómago un poco revuelto.

-Ahora me voy para que pueda ponerse el gorro de pensar. Esto es emocionante. ¿No le parece?

-Sí, Annie, seguro que sí.

-Volveré dentro de media hora con una pechuga de pollo y puré de patatas y guisantes. Hasta un poco de gelatina, ya que se ha portado como

un niño bueno. Y me aseguraré de que tenga puntualmente su medicina para el dolor. Hasta puede tomarse una cápsula más por la noche, si la necesita. Quiero estar segura de que duerme bien porque tiene que volver a trabajar mañana. Se recuperará más de prisa cuando esté trabajando; apuesto lo que quiera.

Se fue hacia la puerta, se detuvo un momento y luego, grotescamente, le tiró un beso. La puerta se cerró tras ella. Él no quería mirar la máquina de escribir y, durante un rato, logró resistirse; pero, al final, sus ojos rodaron impotentes hacia el artefacto. Estaba en la cómoda, sonriendo. Mirarla era como contemplar un instrumento de tortura, bota, potro, cuerdas, que está inactivo, pero sólo por el momento.

Creo que para cuando haya terminado, estará hasta la coronilla de ver gente.

¡Ay, Annie! Nos estabas mintiendo a los dos, Yo lo sabía y tú también lo sabias. Te lo vi en los ojos.

El panorama que ahora se abría ante los suyos era extremadamente desagradable: seis semanas de vida que pasaría sufriendo con sus huesos rotos y renovando sus relaciones con Misery Chastain y Carmichael, seguidas de una rápida reclusión en el patio trasero.

O tal vez ella le echaría sus restos a la marrana Misery. Aunque marrano y truculento, aquello no dejaría de ser, en cierto modo, justo.

Entonces no lo hagas. Enfurécela. Es como una botella ambulante de nitroglicerina. Agítala un poquito. Hazla explotar. Será mejor que quedarse aquí sufriendo.

Trató de contemplar las uves dobles entrelazadas, pero muy pronto se encontró mirando otra vez la máquina. Estaba encima de la cómoda, mellada, muda y densa; llena de palabras que él no quería escribir.

Eso no te lo crees ni tú, viejo amigo. Quieres seguir viviendo aunque te duela, Si eso significa sacar a Misery otra vez a escena para que siga sus estúpidas aventuras, lo harás, o al menos lo intentarás. Pero antes vas a tener que tratar conmigo y creo que no me gusta tu cara.

-Estamos en paz -repuso Paul.

Trató de desviar la mirada hacia la nieve que se veía caer a través de la ventana, pero muy pronto sus ojos volvieron, sin darse cuenta, a la máquina con una fascinación que era a un tiempo ávida y preocupada.

25

Sentarse en la silla no le supuso tanto dolor como temía. Mejor. Sabía por experiencia que luego le dolería mucho.

Annie había puesto la bandeja de comida en la cómoda, acercando luego la silla de ruedas a la cama. Le ayudó a sentarse y sintió un relámpago de dolor en el área pélvica, pero se le calmó en seguida. Entonces, ella se inclinó. Su cuello, como el de un caballo, se le había apretado contra el hombro haciéndole escuchar por un instante el latido de su pulso. La cara se le había torcido de repugnancia. Lo había cogido luego con el brazo derecho alrededor del cuello y el izquierdo en torno a las caderas.

-Trate de no moverse de las rodillas para abajo mientras haga esto.

Y entonces lo deslizó hacia la silla con la misma facilidad que si deslizase o introdujese un libro en el hueco de una estantería. Sí, era fuerte. Aunque él hubiese estado en buena forma, el resultado de un combate con Annie habría sido dudoso. Tal como se hallaba ahora, sería como si Wally Cox pelease con Boom Boom Mancini.

Le puso la tabla delante.

-¿Ve lo bien que encaja? -le dijo, volviendo a la cómoda para buscar la comida.

-¿Annie?

-Sí.

-¿Podría poner la máquina de cara a la pared?

Ella frunció el ceño.

-¿Se puede saber por qué quiere que haga una cosa así?

Porque no quiero que se pase toda la noche sonriéndome.

-Es una vieja superstición. Siempre pongo la máquina de cara a la pared antes de empezar a escribir. -Hizo una pausa y agrego-:

Lo hago todas las noches mientras estoy escribiendo.

-Es como aquello de que si pisas una grieta se muere tu madre -comentó ella-. Yo nunca piso una grieta, si puedo evitarlo. -Volvió la máquina de forma que ya sólo sonreía a la pared-. ¿Está mejor así?

-Mucho mejor.

-Qué tontito es -le dijo mientras empezaba a darle la comida.

26

Soñó con Annie Wilkes en la corte de un califa fabuloso, conjurando trasgos y genios de las botellas y volando en una alfombra mágica. Cuando ésta pasó junto a él, vio que estaba tejida en verde y blanco formando una matrícula de Colorado. Su pelo flotaba tras ella, sus ojos eran tan duros y brillantes como los de un capitán navegando entre grandes bloques de hielo.

Había una vez, decía Annie, hace mucho tiempo, en los días en que el abuelo de mi abuelo era un niño... Ésta es la historia de cómo un niño pobre... La escuché de un hombre que... Había una vez.. Había una vez..

27

Cuando despertó, Annie lo estaba sacudiendo y el sol radiante de la mañana entraba sesgado por la ventana. Había dejado de nevar.

-¡Despierte, dormilón! -Annie casi gorjeaba-. Le traigo yogur y un hermoso huevo duro. Ya va siendo hora de que empiece a trabajar.

Vio el entusiasmo en su cara y experimentó una sensación nueva y

extraña: esperanza. Había soñado que Annie Wilkes era Scherezade, el sólido cuerpo envuelto en ropas transparentes, sus enormes pies metidos en babuchas rosa con las puntas retorcidas, mientras volaba en su alfombra mágica y pronunciaba las frases encantadas que abren la puerta de todos los cuentos. Pero no era Annie la que encarnaba a Scherezade, por supuesto, sino él mismo. Y si él escribía algo que fuese verdaderamente bueno, si conseguía mantenerla en vilo hasta el desenlace, de forma que no pudiese matarlo por más que el instinto animal le gritase lo contrario... ¿No era posible que aún le quedase una esperanza?

Vio que ella había vuelto la máquina de escribir antes de despertarle. La "Royal" le sonreía con su mella, diciéndole que esperar era correcto; y luchar noble, y que al final sólo contaría el destino.

28

Lo llevó rodando hasta la ventana. Por primera vez en mucho tiempo, el sol cayó sobre su piel pálida y llagada, y le pareció que murmuraba de placer y de agradecimiento. Los cristales tenían un borde de escarcha y, al tocarlos, sintió una ampolla de frío como una cúpula alrededor de la ventana. Era una sensación refrescante y nostálgica, semejante a la carta de un viejo amigo.

Por primera vez en semanas que le parecieron años, podía contemplar un panorama distinto al de su habitación con sus realidades inmutables: empapelado azul, foto del Arco de Triunfo, el larguísimo mes de febrero simbolizado por un niño corriendo cuesta abajo en un trineo. Supuso que su mente volvería a la cara de ese niño cada vez que enero se convirtiese en febrero, aunque viviera para ver ese cambio cincuenta veces. Contempló el nuevo mundo que le ofrecía la ventana con la misma ansiedad con que había visto su primera película siendo un niño: Bambi.

El horizonte estaba cerca, siempre lo estaba en las Rocosas, donde inclinadas sus superficies de tierra impedían una visión más amplia del mundo. El cielo tenía un perfecto azul de día joven que aún no sabía de nubes. Una alfombra de bosque verde subía por el flanco de la montaña más cercana. Entre el comienzo del bosque y la casa, habría unas tres mil hectáreas de campo abierto y la nieve que lo cubría era de un blanco inmaculado y radiante. Era imposible distinguir si bajo la nieve había tierra de labranza o prado abierto. Sólo un edificio interrumpía la vista de aquella zona:

un establo rojo muy limpio. Cuando ella le hablaba del ganado o cuando la había sentido pasar atareada ante su ventana, con la respiración deformando la línea impasible de su rostro, se había imaginado el establo como una especie de barraca que podía ilustrar un libro de fantasmas para niños, con el tejado torcido a punto de hundirse por años de nieve, con las ventanas rotas y polvorientas tapadas con trozos de cartón, las puertas dobles, tal vez desvencijadas y medio derruidas. Esa estructura limpia y cuidada, de un rojo oscuro con bordes color crema, parecía el garaje para cinco coches de un opulento hacendado rural. Frente al establo había un jeep "Cherokee" de unos cinco años,

pero muy bien conservado. A un lado, un arado "Fisher" en un soporte de madera hecho en casa. Para adosar el arado al jeep, ella sólo tenía que conducirlo suavemente hasta el soporte, de modo que sus ganchos encajasen en las argollas, y cerrarlas con el seguro desde la consola. El perfecto vehículo para una mujer que vivía sola y que no podía llamar a un vecino para que la ayudara, a excepción de esos pájaros sucios de los Roydman, por supuesto; y Annie seguro que no les aceptaría ni unas chuletas de cerdo aunque se estuviese muriendo de hambre. El camino de entrada estaba cuidadosamente arado, demostrando que ella utilizaba su maquinaria. Pero no se podía ver la carretera, la casa interfería la visión.

-Veo que está admirando mi establo, Paul.

Se volvió a miraría, sorprendido. El movimiento rápido e imprevisto despertó el dolor, que refunfuñó sordamente en lo que quedaba de sus tibias y en el bulto en forma de montón de sal que había sustituido su rodilla izquierda. Se retorció aguijoneándolo desde su jaula de huesos y luego volvió a dormirse ligeramente.

Ella llevaba una bandeja de comida. Comida suave, comida de enfermo..., pero las tripas le gruñeron en cuanto la vio. Notó que ella llevaba zapatos blancos con suelas de crepé.

-Sí -le dijo-, es muy bonito.

Elia puso la tabla sobre los brazos de la silla de ruedas y la bandeja encima de la tabla. Se acercó una silla y se sentó a su lado, mirándole mientras comía.

-¡Fuchi, fuchi! Es bonito, si bonito se conserva, decía mi madre. Lo mantengo bonito porque, si no lo hiciera, los vecinos me criticarían. Todos están contra mí y siempre andan buscando la manera de desacreditarme. Así que lo mantengo todo impecable. Es muy importante guardar las apariencias. El establo no me da en realidad demasiado trabajo si no dejo que las cosas se acumulen. Lo más jonino es evitar que la nieve hunda el tejado.

Lo más jonino, pensó, recuérdalo en tus memorias cuando hables del léxico de Annie Wilkes, si es que vives para escribir tus memorias, con lo de pájaro sucio, fuchi fuchi y todos los demás términos que seguramente irían saliendo.

-Hace dos años, Billy Haversham me puso cintas térmicas en el techo. Se aprieta un botón, las cintas se calientan y la nieve se derrite. Este invierno ya no las voy a usar mucho tiempo. ¿Ve cómo la nieve se está derritiendo sola?

El tenedor con huevo que tenía a mitad de camino hacia la boca se detuvo en el aire mientras él miraba el establo. Había una hilera de carámbanos en el alero. Las puntas goteaban de prisa. Cada una de ellas brillaba al caer en el estrecho canal que corría en la base del establo.

-¡Todavía no son las nueve y ya estamos a trece grados! -continuaba Annie alegremente mientras Paul imaginaba el parachoques de su "Camaro" sobresaliendo de la nieve y brillando al sol-. Claro que todavía nos quedan dos o tres chubascos y probablemente otra tormenta fuerte; pero la primavera está llegando, Paul. Mi madre siempre decía que la esperanza de la primavera es como la esperanza del cielo.

Volvió a poner en el plato el tenedor con el huevo.

-¿No quiere el último bocado? ¿Ha terminado ya?

-Si, ya he terminado -respondió y, en su mente, los Roydman venían por la carretera desde Sidewinder y una flecha brillante de luz sorprendía la cara de Mrs. Roydman haciéndola parpadear y ponerse una mano de visera... ¿Qué es eso de allá abajo, Ham...? No me digas que estoy loca, hay algo allí abajo. El reflejo casi me ha deslumbrado. Da marcha atrás, quiero echar otro vistazo.

-Entonces, me llevaré la bandeja y usted podrá empezar -le dijo, favoreciéndole con la más cálida sonrisa-. Simplemente, no puedo expresarle lo entusiasmada que estoy.

Se fue, dejándole sentado en la silla de ruedas mirando el agua que caía de los carámbanos que colgaban en el alero del establo.

29

-Quisiera un papel diferente, si puede conseguirlo -le dijo cuando volvió para poner la máquina de escribir y el papel en la tabla.

-¿Distinto a éste? -le preguntó, golpeando el paquete de "Corrasable Bond" envuelto en celofán-. Pero, si es el más caro de todos. Lo pregunté cuando fui a la papelería.

-¿No le dijo nunca su madre que lo más caro no siempre es lo mejor?

El ceño de Annie se ensombreció. Había empezado a la defensiva, seguía con indignación y Paul supuso que ahora empezaría la furia.

-Pues no, no me lo dijo. Lo que si me dijo, señor Sabihondo, es que cuando se compra barato se consigue baratija.

Él había llegado a descubrir que el clima interior de Annie era como la primavera en el Medio Oeste. La mujer estaba llena de tormentas esperando desatarse y, si él hubiese sido un granjero observando un cielo como la cara que Annie tenía en esos momentos, iría de inmediato a recoger a la familia para meterla en el refugio. Su frente estaba demasiado blanca. Las aletas de la nariz le batían a un ritmo regular, como las de un animal olfateando el fuego. Sus manos habían empezado a abrirse y a cerrarse con violencia, agarrando y exprimiendo el aire.

Su miedo y su vulnerabilidad le gritaron que hiciera marcha atrás, que tratase de aplacarla mientras aún estaba a tiempo, si es que aún lo estaba, como una tribu de las historias de Rider Haggard aplicaría a la diosa cuya cólera habían excitado, haciendo sacrificios a su imagen.

Pero había otra parte de sí mismo, más calculadora y menos acobardada, recordándole que no podría desempeñar el papel de Scherezade si se aterrorizaba e intentaba aplacarla cada vez que ella tronara. Sólo conseguiría de esa forma que explotara con más frecuencia. Si no tuvieses algo que ella desea ardientemente, razonaba esa parte, te habría llevado al hospital de inmediato o te hubiese matado para protegerse de los Roydman. Porque, para Annie, el mundo está lleno de Roydman acechando tras todos los arbustos. Si no controlas a esta perra ahora mismo, Paulie, hijo mío, tal vez nunca puedas hacerlo.

Ella estaba respirando cada vez más rápido, casi al punto de hiperventilación. También se aceleraba el ritmo de sus manos y Paul se dio cuenta de que en un instante habría perdido por completo la

oportunidad de controlarla.

Haciendo acopio del poco valor que le quedaba, y tratando desesperadamente de lograr el tono justo de dureza e irritación, le dijo:

-Será mejor que se controle. Con enfurecerse no va a cambiar las cosas.

Ella se quedó paralizada, como sí la hubiese abofeteado, y lo miró dolida.

-Annie -le dijo pacientemente-, esto no conduce a ninguna parte.

-Es un truco. Usted no quiere escribir mi libro y por eso esta inventando trucos para no empezar. Ya sabía que lo haría. Seguro. Pero no le va a servir de nada. No...

-Eso es una tontería. ¿He dicho yo que no iba a empezar?

-No, no; pero...

-Pues si voy a hacerlo y, si me deja que le enseñe una cosa, verá cuál es el problema. Déme ese pote "Webster", por favor.

-¿El qué?

-El potecito con plumas y lápices -le respondió-. En los periódicos les llaman potes "Webster"[5] por Daniel Webster.

Acababa de inventarse esa mentira, pero consiguió el efecto deseado. Ella pareció más confundida que nunca, perdida en un mundo especializado del que no tenía ni el más remoto conocimiento. La confusión había disipado su cólera. Ya no sabía siquiera si tenía derecho a estar furiosa.

Le trajo el pote con las plumas y los lápices, lo puso de golpe encima de la mesa y él pensó: "¡Coño! No, eso no era cierto. Misery había ganado."

Pero eso tampoco es cierto. Fue Scherezade quien ganó.

-¿Qué? -le dijo enfurruñada.

-Observe.

Abrió el paquete de "Corrasable" y sacó una hoja. Cogió un lápiz afilado y trazó una línea. Luego, cogió una pluma y trazó otra línea paralela. Entonces deslizó el pulgar sobre la superficie del papel. Ambas rayas se emborronaron hacia donde se deslizaba su pulgar, la de lápiz un poco más que la otra.

-¿Ve?

-¿Y qué?

-La cinta de la máquina también se borra, no tanto como la marca del lápiz, pero más que el trazo de la pluma.

-¿Va usted a frotar cada página con sus dedos?

-El simple roce de las páginas basta para borrarlas en unas semanas y hasta en unos días -le dijo-. Y cuando se está trabajando con un manuscrito, se le mueve bastante. Siempre se está mirando atrás para buscar un nombre o una fecha. Dios mío, Annie, sí una de las primeras cosas que uno aprende en este negocio es que los editores detestan leer manuscritos presentados en "Corrasable Bond" tanto como detestan los que les presentan a mano.

-No le llame así, odio que le llame así.

La miró sinceramente perplejo.

-¿Que le llame el qué?

-Usted pervierte el talento que Dios le dio llamándolo negocio. Lo

[5] Tradicionalmente, el diccionario más completo y fiable de inglés norteamericano. (N. del T)

odio.
-Lo siento.

-Debería sentirlo -le dijo con la cara pétrea-. Igual podría llamarle prostitución.

No, Annie, pensó lleno de ira. Esto no es prostitución. Automóviles veloces intentaba precisamente lo contrario. Matar a la maldita perra de Misery. Iba conduciendo hacia la costa oeste para celebrar mi libe ración de un estado de prostitución denigrante. Lo que usted hizo fue sacarme del coche estrellado y volver a meterme en el burdel. Dos dólares por faena normal. Por cuatro dólares le llevo a dar la vuelta al mundo. Y de vez en cuando veo un brillo en sus ojos que me dice que una parte oculta de usted misma lo sabe también. Un jurado la absolvería por demencia; pero yo no, Annie, yo no.

-Buena premisa -admitió-. Y ahora, volviendo al asunto del papel...

-Le traeré su jonino papelito -le interrumpió resentida-. Dígame exactamente qué es lo que tengo que traer y se lo traeré.

-Mientras entienda que estoy de su parte.

-No me haga reír. Nadie ha estado de mi parte desde que murió mí madre hace veinte años.

-Puede creer entonces lo que le parezca -le dijo-. Si es usted tan insegura que no puede creer que le estoy agradecido por haberme salvado la vida, es cosa suya.

La estaba observando atentamente y volvió a ver en sus ojos un brillo de incertidumbre, un deseo de creer. Bien. Muy bien. La miró con toda la sinceridad que pudo fingir mientras se imaginaba otra vez clavándole un trozo de vidrio en la garganta, y dejando manar hasta la última gota de la sangre que alimentaba aquel cerebro demente.

-Por lo menos deberá creer que estoy de parte del libro. Usted ha dicho que lo encuadernaría. Supongo que quiso decir el manuscrito, las páginas mecanografiadas.

-Claro que es eso lo que quise decir.

Sí claro que si, porque si llevara el manuscrito a un impresor, podría provocar preguntas. Usted puede ser ingenua en cuanto al mundo de los libros y de las ediciones> pero no tanto. Paul Sheldon ha desaparecido y su impresor podría recordar haber recibido un manuscrito del tamaño de un libro relacionado con el personaje más famoso de Paul Sheldon, por las mismas fechas de su desaparición, ¿no? Y seguramente recordaría las instrucciones. Tan insólitas que cualquier impresor las recordaría. Una sola copia impresa de un manuscrito tan voluminoso como una novela.

Sólo una.

¿Que cómo era la mujer, oficial? Pues, era una mujer corpulenta Parecía uno de esos ídolos de piedra de los cuentos de Rider Haggard. Un momento. Tengo su nombre y su dirección en los archivos, Déjeme revisar las copias de las facturas.

-No hay nada malo en ella -le dijo-. Un manuscrito encuadernado puede ser muy bonito, como una buena edición de folios. Pero un libro debe durar mucho tiempo, Annie, y si escribo éste en "Corrasable", dentro de diez años no va a tener más que páginas emborronadas, a menos que lo deje siempre en un estante.

Pero ella no haría eso. Cristo, claro que no. Ella lo cogería todos los días, tal vez cada pocas horas, para así alimentar su morbo.

Su cara había cobrado un extraño aspecto de granito. No le gustó esa expresión de terquedad, esa mirada que casi se jactaba de su dureza. Le ponía nervioso. Podía calcular su furor; pero algo había en esa expresión que era tan opaca como infantil.

-No tiene que insistir; ya le he dicho que le conseguiré su papel. ¿De qué clase?

-En esa papelería a la que usted va...

-"El Parche de Papel".

-Sí, "El Parche de Papel". Les dice que quiere dos resmas, una resma es un paquete de quinientas hojas.

-Ya lo sé, Paul. No soy tan ignorante.

-Ya sé que no lo es -le dijo poniéndose cada vez más nervioso. El dolor había empezado a recorrer sus piernas de arriba abajo y le gritaba desde el área pélvica. Llevaba casi una hora sentado y la dislocación de allá abajo se estaba quejando.

Tranquilízate, por Dios. No pierdas todo lo que has ganado. Pero ¿he ganado algo, o es simplemente que me lo quiero creer?

-Pida dos resmas de papel blanco de fibra larga. "Hammer Bond" y "Triad Modern" son buenas marcas. Dos resmas de ese papel le costarán menos que este paquete de "Corrasable" y bastarán para hacer todo el trabajo, corrección incluida.

-Iré ahora mismo -dijo, levantándose de repente.

La miró alarmado, comprendiendo que tenía la intención de volver a dejarlo sin el medicamento, y esta vez sentado. Era una postura dolorosa y, cuando ella regresara, por mucha prisa que se diera, el dolor seria monstruoso.

-No tiene que hacer eso -se apresuró a decir-. El "Corrasable" sirve para empezar; después de todo, tengo que pasarlo luego a limpio.

-Sólo un tonto empezaría un buen trabajo con una herramienta mala.

Cogió el paquete de "Corrasable Bond", hizo una pelota con la página que él había utilizado, la tiró a la papelera y se volvió hacia Paul. La expresión pétrea cubría su cara como una máscara. Sus ojos brillaban igual que monedas pulidas.

-Ahora me voy a la ciudad -decidió-. Ya sé que quiere empezar cuanto antes, puesto que está de mi parte. -Sus últimas palabras sonaron con un intenso sarcasmo, y a Paul le pareció que con más odio hacia sí misma del que ella podía sospechar-. Así que no voy a perder tiempo en volver a acostarlo.

Sonrió estirando los labios en una grotesca mueca de marioneta y se le acercó con sus zapatos silenciosos de enfermera. Le pasó los dedos por el pelo y él se echó atrás, sin poder evitarlo, lo cual intensificó aquella sonrisa de muerta viviente.

-Aunque sospecho que tendremos que retrasar el comienzo de El regreso de Misery por uno, dos o tal vez tres días. Si, puede que pasen tres días antes de que usted pueda volver a sentarse, puesto que sentirá un gran dolor. Qué lástima. Tenía champaña en el congelador; tendré que volver a bajarlo.

-Annie, de verdad, puedo empezar si usted...

-No, Paul. -Fue hasta la puerta y se volvió mirándolo con su cara pétrea; sólo sus ojos, esas monedas pulidas, parecían estar vivos bajo el anaquel de su entrecejo-. Quiero que se quede pensando en una cosa: tal vez crea que puede engañarme, ya sé que parezco estúpida y lenta, pero no

soy ni una cosa ni la otra, Paul.

De repente la cara se le descompuso. La obstinación pétrea se le vino abajo, y apareció el rostro de una criatura con una furia loca. El escritor pensó por un momento que la intensidad de su terror podría matarle. ¿Había creído ganar algo? ¿Lo había creído? ¿Se podía desempeñar el papel de Scherezade con un carcelero demente?

Arrancó hacia él, las piernas pesadas, las rodillas flexionadas, los codos subiendo y bajando como pistones en el aire estancado de la habitación de enfermo. El pelo saltaba y se enredaba en torno a su cara a medida que se libraba de las horquillas que lo mantenían recogido. Su paso ya no era silencioso, sino como la marcha de Goliat asolando el Valle de los Huesos. El cuadro del Arco de Triunfo repiqueteó asustado en la pared.

-¡Iiiiiiiaaaaaaa! -gritó y lanzó el puño cerrado contra el montón de sal que había sido la rodilla izquierda de Paul Sheldon.

El dolor se desparramó y le cubrió con una blanca y radiante mortaja. Echó atrás la cabeza y chilló, infladas las venas del cuello y de la frente.

Ella arrancó la máquina de escribir de la tabla, levantándola como si fuera una caja de cartón vacía, y la tiró sobre la repisa de la chimenea.

-Así que quédese ahí sentado -le dijo con los labios tirantes en una mueca de risa- y piense en quién manda aquí y en todo el daño que puedo hacerle si se porta mal o si intenta engañarme. Quédese ahí y grite si quiere porque nadie podrá escucharle. Nadie pasa por aquí, porque todos saben que Annie Wilkes está loca, están enterados de lo que hizo, aunque la declarasen inocente.

Fue hacia la puerta, se volvió otra vez y él chilló de nuevo esperando otra carga de toro como la anterior. Eso la hizo sonreír todavía mas.

-Y le diré otra cosa -dijo suavemente-. Creen que me salí con la mía y tienen razón. Piense en eso, Paul, mientras estoy en la ciudad buscándole su jonino papelito.

Se fue dando un portazo con fuerza suficiente para hacer temblar la casa. Luego se escuchó el ruido de la llave.

Él se recostó temblando, aunque trataba de no hacerlo porque aumentaba su dolor. Pero las lágrimas le corrían por las mejillas sin poder evitarlo. Una y otra vez la veía volar a través de la habitación, una y otra vez la veía lanzar el puño, sobre los restos de su rodilla, con la fuerza de un borracho furioso que diera martillazos sobre una barra de roble. Se sentía desolado por aquella horrible marea blanquiazul de dolor.

-Por favor, Dios -gimió mientras el "Cherokee" arrancaba con un golpe y un rugido-. Por favor, Dios mío, sácame de esto o mátame.

El ruido del motor se perdió carretera abajo. Dios no hizo ninguna de las cosas que le había suplicado, y él se quedó con sus lágrimas y su dolor completamente despierto y chillando furioso.

30

Más tarde pensó que el mundo, en su constante perversidad, probablemente tomaría sus actos siguientes por heroicos. Y que él no lo desmentiría. Pero lo que hizo no fue, en realidad, más que un último intento vacilante por aferrarse a la supervivencia.

Le pareció escuchar de forma vaga la voz de un locutor entusiasmado, Howard Cosell, Warner Wolfe o tal vez el loco de Johnny Most, describiendo la escena como sí su esfuerzo por llegar a la provisión de drogas antes de que el dolor lo matase, fuese una especie de evento deportivo, tal vez una sustitución piloto del Monday Night Football. ¿Cómo podría llamarse a un deporte semejante? ¿La carrera por la droga?

"¡No puedo creer las agallas que este chico está demostrando!" El locutor deportivo que Paul Sheldon escuchaba en su cabeza estaba enardecido. "Creo que ningún espectador de los que se hallaban en el estadio Annie Wilkes o presencian este acontecimiento en sus casas creía que el chico tuviese la más ligera oportunidad de mover esa silla de ruedas después del golpe que sufrió. Pero creo que... ¡Sí, sí, se está moviendo, veamos la repetición!"

El sudor le cayó por la frente haciendo que le escurrieran los ojos. Se relamió una combinación salada de sudor y lágrimas. No podía dejar de temblar. El dolor era como el fin del mundo. Se llega a un punto en que hasta la discusión del dolor se vuelve redundante. Nadie sabe que pueda existir un dolor como éste. Nadie. Es como estar poseído por demonios.

Sólo el pensamiento de las cápsulas, del "Novril" que ella guardaba en alguna parte de la casa, le hacia moverse. La puerta cerrada de la habitación..., la posibilidad de que la droga no estuviese en el baño de esa planta sino escondida en alguna parte..., el riesgo de que ella volviese, le encontrase y se enfureciese otra vez... Nada de eso importaba en absoluto, pues eran sólo sombras tras el dolor. Iría resolviendo cada problema a medida que se presentase, o moriría. Eso era todo.

Al agitarse, la banda de fuego bajo su cintura y en sus piernas se hundió todavía más apretándole como cinturones guarnecidos de púas calientes. Pero la silla se movió. Muy lentamente, se empezó a mover.

Había conseguido adelantar casi metro y medio cuando comprendió que, si no podía hacerla girar, sólo conseguiría pasar la puerta de largo y acabar en el otro extremo de la habitación.

Agarró la rueda derecha temblando.

Piensa en las cápsulas, en el gran alivio que te proporcionarán.

Y se apoyó con todas sus fuerzas en el artefacto. La goma chirrió en el suelo de madera como ratones que chillasen. Se apoyó con aquellos músculos que antes eran fuertes y ahora se hallaban fláccidos y temblorosos como gelatina; los labios arrugados sobre los dientes. Y la silla giró poco a poco.

Agarró las dos ruedas y volvió a conseguir que se moviese. Esa vez rodó un metro y medio antes de parar para enderezaría. Cuando terminó, se desmayó.

Unos cinco minutos más tarde, volvió a la realidad al escuchar en su mente la voz difusa e incitante de aquel locutor deportivo.

"¡Está tratando de moverse otra vez! ¡Sencillamente increíble! ¡Hay que ver las agallas que tiene este chico!"

Su mente sólo sabia del dolor, que dirigía sus ojos y sus esfuerzos. Vio cerca la puerta y rodó en dirección a ella. Estiró los brazos hacia el suelo; pero se le quedaron a unos siete centímetros de las dos o tres horquillas que se le habían caído de la cabeza a aquella loca durante el ataque. Se mordió los labios sin reparar en el sudor que le corría por la cara oscureciéndole la chaqueta del pijama.

"No creo que pueda coger esa horquilla, amigos. Ha sido un esfuerzo fantástico, pero me temo que aquí acaba todo."

Bueno, tal vez no.

Se derrumbó hacia la derecha en la silla de ruedas, al principio para ignorar el dolor de ese lado, un dolor que parecía una burbuja de creciente presión, como si le arrancasen algo. Luego, dejándose ir y gritando. Como ella había dicho, nadie le oiría.

Las puntas de sus dedos aún colgaban a dos centímetros y medio del suelo barriendo arriba y abajo sobre la horquilla, y sentía su cadera derecha como si fuese a explotar con un chorro infecto de asquerosa gelatina de hueso.

Dios mío, ayúdame.

Se dobló un poco más, a pesar del dolor. Sus dedos rozaron la horquilla, pero sólo consiguió apartarla medio centímetro más. Se deslizó hacia atrás en la silla, escorado todavía hacia la derecha, y dio alaridos a causa del dolor que martirizaba la parte inferior de sus piernas. Los párpados se le cerraban. Tenía la boca abierta. La lengua le colgaba entre los dientes como la palanca de un toldo. Le caían pequeñas gotas de saliva que salpicaban el suelo.

Apresó la horquilla entre sus dedos..., la torció..., casi la perdió... y finalmente consiguió apretarla en la mano cerrada.

Una nueva oleada de dolor surgió al tratar de incorporarse. Cuando lo consiguió no pudo hacer otra cosa que jadear durante un rato con la cabeza todo lo reclinada que le permitía el rígido espaldar de la silla. Ya tenía la horquilla en la tabla. Durante un rato, tuvo la certeza de que vomitaría, pero se le pasó.

¿Qué estás haciendo?, le recriminó su mente al cabo de un rato. ¿Esperas a que se te pase el dolor? No se te pasará. Ella siempre cita a su madre; pero la tuya también tenía su repertorio de refranes, ¿no es cierto?

Sí, lo tenía.

Ahí sentado, con la cabeza echada hacia atrás, recordó uno en voz alta pronunciándolo como si fuese un conjuro: "Puede que existan las hadas y los genios de los niños, mas Dios sólo ayuda a quienes se ayudan a si mismos."

Sí, señor. Así que deja de esperar, Paulie, El único genio que va a aparecer por aquí es ese peso pesado de todos los tiempos, Annie Wilkes.

Volvió a ponerse en movimiento haciendo rodar la silla despacio, en dirección a la puerta. Ella la había cerrado, pero era posible que pudiese abriría. Tony Bonasaro, convertido ahora en negras escamas de ceniza, había sido un ladrón de coches. Paul estudió para ello la mecánica del robo de automóviles con un rudo ex policía llamado Tom Tayford, el cual le había enseñado a encender conectando los cables y a utilizar la tira de metal fina y flexible que los ladrones llaman Slim Jim para forzar la puerta del coche. También le explicó cómo se apagaba una alarma.

Unos dos años atrás, un día de primavera en Nueva York, Tom le había dicho: Supongamos que no quieres robar un coche. Posees uno; pero estás muy mal de gasolina. Cuentas con una manguera, y te encuentras con que el vehículo que has tomado por donante tiene el tapón de la gasolina cerrado con llave. ¿Es eso un problema? No si sabes lo que estás haciendo, porque la mayoría de las cerraduras de los tapones de gasolina son de juguete, de Mickey Mouse, vamos. Todo lo que necesitas para abrirla es una horquilla.

Tardó cinco interminables minutos en avanzar y enderezarse para poner la silla de ruedas exactamente donde quería, con la rueda izquierda casi tocando la puerta.

La cerradura era antigua, y le recordaba los dibujos de John Tenniel para Alicia en el País de las Maravillas, Se deslizó un poco hacia abajo en la silla, con un solo gruñido de dolor y miró a través del ojo de la llave. Se veía un pasillo corto que conducía a lo que debía ser la sala: una oscura alfombra roja, un diván antiguo tapizado en el mismo material, una lámpara con bordas colgando de la pantalla.

A la izquierda, a mitad del pasillo, había una puerta abierta de par en par. El pulso se le aceleró. Aquello era seguramente el baño de la planta baja. Había oído muchas veces correr agua allá adentro, incluyendo la que había llenado el cubo del que con tanto entusiasmo bebió. ¿Y acaso no venía ella de allí cuando le traía la medicina?

Creía que si.

Agarró la horquilla. Se le escurrió de los dedos de la tabla justo en el borde.

¡No!, gritó ronco aplastando la mano contra la horquilla justo en el momento en que iba a caer. La apretó en su puño y luego volvió a desvanecerse. Le pareció que, esa vez, el desvanecimiento le había durado más. El dolor, exceptuando la agonía de su rodilla derecha, parecía haber remitido un poco. La horquilla estaba ahora en la tabla, flexionó varias veces los dedos de su mano derecha antes de cogerla.

Ahora, pensó sin doblarla y mientras la tenía asida, no temblarás, Aférrate a este pensamiento. NO TEMBLARAS.

Se echó hacia delante con la horquilla y la metió en la cerradura escuchando en su mente cómo el locutor deportivo...

(¡Tan vívida!)

describía la acción.

El sudor le corría por la cara como aceite. Escuchó.., pero, más aún, sintió.

El rodete de la cerradura barata no es más que una mecedora, decía Tom Twyford balanceando su mano para demostrarlo. ¿Quieres volcar una mecedora? Es lo más fácil del mundo, ¿no es cierto? La agarras por las patas y empujas el resto... No tiene ninguna ciencia. Y eso es todo lo que tienes que hacer con una cerradura como ésta. Desliza el rodete hacia arriba y entonces abre la tapa de la gasolina rápidamente antes de que se vuelva a cerrar.

Dos veces tocó el rodete; pero la horquilla resbaló en ambas ocasiones y volvió a cerrarse cuando apenas había empezado a moverlo. La horquilla comenzaba a doblarse. Pensó que se le rompería al cabo de dos *o* tres intentos.

-Por favor, Dios -dijo volviendo a meterla-. Por favor, Dios, ¿qué dices? Nada más te pido que le des a este chico una pequeña oportunidad,

sólo eso.

(Amigos, Sheldon se ha portado hoy como un héroe, pero éste tiene que ser su último intento. Los espectadores guardan silencio.)

Cerró los ojos. La voz del locutor deportivo se desvaneció mientras escuchaba ansioso cómo la horquilla trasteaba en la cerradura. ¡Ahora! ¡Había encontrado resistencia! ¡El rodete! Pudo imaginarlo allá adentro como la pata curva de una mecedora presionando la lengüeta para mantenerla en su sitio, manteniéndolo a él en su sitio.

Es de Mickey Mouse, Paul. Tú conserva la calma.

Era difícil conservar la calma con aquel dolor.

Agarró el pomo de la puerta con la mano izquierda y empezó a presionar suavemente la horquilla. Más..., un poco mas...

Imaginó cómo la mecedora empezaba a moverse en su alcoba polvorienta, imaginó cómo la lengüeta de la cerradura empezaba a retroceder. No hacia falta que cediese del todo, Dios, no. Siguiendo la metáfora de Tom Twyford, no hacía falta volcar la mecedora. En el mismo instante en que pasase del marco de la puerta, un empujón...

La horquilla empezaba a torcerse y a resbalar de sus manos. Desesperado, empujó hacia arriba con todas sus fuerzas, hizo girar el pomo y empujó la puerta. La horquilla se partió en dos con un chasquido, una parte cayó dentro de la cerradura. Se quedó atontado considerando su fracaso, hasta darse cuenta de que la puerta se abría con la lengüeta de la cerradura sobresaliendo como un dedo de acero.

-Jesús -susurró-, gracias.

-¡Vamos a la moviola! -gritó Warner Wolf exultante en su imaginación mientras los millares de espectadores del estadio Annie Wilkes, sin mencionar los incontables espectadores que contemplaban el evento desde sus casas, rompieron en atronadores gritos de entusiasmo.

-Ahora no, Warner -masculló en voz alta.

E inició la larga y agotadora tarea de echar atrás la silla y enderezarla para que pudiese salir por la puerta.

31

Tuvo un mal momento, horrible, espantoso, cuando le pareció que la silla de ruedas no cabía. Sólo era unos cinco centímetros más ancha que el hueco; pero eso significaba que no pasaría. Ella la trajo plegada, le recordó una voz lúgubre en su mente, por eso pensaste al principio que era un carrito de supermercado.

Al final, pudo escurrirse poniéndose frente a la puerta y agarrándose a las jambas. Los ejes de las ruedas chirriaron contra la madera, pero pudo pasar.

Una vez fuera, volvió a perder el conocimiento.

32

La voz de Annie Wilkes le sacó de la niebla. Abrió los ojos y vio

que le apuntaba con un arma de fuego. Sus ojos relampagueaban de furia. La saliva le brillaba en los dientes.

-Si tan ansioso está de recuperar su libertad, Paul -le dijo-, me alegrará ayudarle.

Echó hacia atrás los dos percutores.

33

Saltó esperando el disparo; pero ella no estaba allí, por supuesto. Su mente ya había reconocido el sueño.

Un sueño no, un aviso, Aquella loca podría volver en cualquier momento.

La luz que salía por la puerta abierta del cuarto de baño había cambiado, se había vuelto más brillante. Era como de mediodía. Deseó que el reloj sonara y le dijera cuánto tiempo le quedaba, pero el reloj permanecía obstinadamente silencioso.

La otra vez estuvo fuera cincuenta horas.

Y qué. Ahora puede estar ochenta. O puede que oigas llegar el "Cherokee" dentro de cinco segundos. Por si no lo sabes, amigo, el departamento de meteorología puede transmitir avisos de tormentas, pero cuando se trata de predecir con exactitud dónde y cuándo van a atacar no tiene ni puñetera idea.

-Muy cierto -dijo e hizo rodar la silla hacia el baño.

Al asomarse, vio una habitación austera con suelo de baldosas hexagonales. Una bañera, oxidada alrededor del sumidero, se alzaba sobre patas curvas. A su lado había un armario para toallas y ropa de cama. Al frente, un lavabo. Sobre el lavabo, un botiquín.

El cubo estaba dentro de la bañera; pudo ver el borde de plástico.

El pasillo tenía la suficiente anchura como para poder girar poniéndose de frente a la puerta, pero sus brazos temblaban de agotamiento. Había sido un niño enfermizo y, por ello, de adulto intentaba cuidarse lo mejor posible; pero sus músculos eran ahora los de un inválido, y el niño enfermizo había vuelto como si todo el tiempo empleado en hacer gimnasia, en correr y en mover la máquina Nautilus hubiese sido sólo un sueño.

Al menos, esa puerta era más ancha; no demasiado, pero lo suficiente para que el pasó no resultase tan escalofriante como el anterior. Saltó sobre el umbral y las duras ruedas de la silla rodaron suavemente por las baldosas. Olió algo agrio que asoció automáticamente con hospitales. Tal vez "Lysol". No había inodoro; pero ya lo había sospechado. El único inodoro de cisterna venia del segundo piso, y ahora que lo pensaba, cada vez que él utilizaba el orinal oía luego ese sonido arriba. Allí sólo estaban la bañera, el lavabo y el armario con las puertas abiertas.

Echó un breve vistazo a las ordenadas pilas de toallas azules y toallitas para la cara, que ya conocía de los baños de esponja que ella le había dado. Luego volvió su atención hacia el botiquín sobre el lavabo.

Estaba fuera de su alcance.

Por más esfuerzo que hiciese, se hallaba a más de veinte centímetros de la punta de sus dedos. Saltaba a la vista. Así y todo, lo intentó, incapaz de creer que el Destino o Dios o lo que fuese pudiera ser tan cruel. Parecía un outfielder[6] intentando alcanzar desesperadamente una pelota de home-run[7] sin posibilidad alguna de lograrlo.

Gimió herido y contrariado; bajó la mano y se dejó caer hacia atrás jadeando. La nube gris bajó. Él se resistió a sumergirse en ella; y empezó a mirar alrededor en busca de algo que le permitiese abrir al botiquín. Vio un mocho "O-Cedar" rígidamente apoyado en un rincón con un palo azul muy largo.

¿Vas a utilizar eso? ¿De verdad? Bueno, supongo que podrás abrir la puerta del botiquín y tirar un montón de cosas en el lavabo. Pero las botellas se romperán y aunque no haya botellas, lo que sería una gran casualidad, porque todo el mundo tiene al menos una botella de "Liste-rime", de "Scope" o de algo así en su botiquín, no hallarás la forma de volver a poner en su sitio lo que tires, Cuando ella regrese y vea el desorden, ¿qué sucederá?

-Le diré que fue Misery -bromeó-. Le contaré que cayó por aquí en busca de un tónico que le permitiese regresar del mundo de los muertos.

Entonces rompió a llorar..., pero, aun a través de las lágrimas, sus ojos inspeccionaban la habitación buscando algo, cualquier cosa, inspiración, oportunidad, una puñetera oport...

Estaba mirando otra vez el armario de la ropa, cuando su respiración acelerada se detuvo de repente. Se le dilataron los ojos.

Su primer vistazo de inspección se había dirigido a los estantes con sus pilas de sábanas, fundas, toallas y toallitas. Ahora miró al suelo y allí descubrió un montón de cajas de cartón. Unas tenían la marca "UPJOHN". Otras, la marca "LILLY" o la marca "CAM PHARMACEUTICALS".

Hizo girar la silla bruscamente haciéndose daño, pero sin importarle.

Por favor, Dios mío, no permitas que sea su provisión de champú o sus tampones o las fotos de su querida y santa madre.

Manoteó entre las cajas, sacó una y la abrió. No era champú, no eran muestras de "Avon". Lejos de eso. Era un revoltijo de drogas, la mayoría en cajitas rotuladas como MUESTRAS. En el fondo, unas cuantas píldoras y cápsulas de diferentes colores rodaban sueltas. Reconoció algunas, como "Motrim" y "Lopressor", el medicamento para la hipertensión que su padre había tomado durante los últimos tres años de su vida. Otras no las había visto nunca.

-"Novril" -murmuró revolviendo desesperadamente los medicamentos mientras el sudor le corría por la cara y las piernas le latían-. "Novril", dónde está el jodido "Novril".

No había "Novril". Cerró la caja y volvió a ponerla en el armario haciendo un ligero esfuerzo por dejarla en el mismo sitio en que la había encontrado. Eso bastaría, el lugar parecía un maldito basurero.

Se echó sobre el lado izquierdo y pudo pescar otra caja. La abrió y apenas pudo creer lo que veía. "Darvon", "Darvocet", "Darvon Compound". "Morphose" y "Morphose Complex". "Librium". "Valium". Y "Novril". Docenas

[6] En béisbol, el jugador que ocupa el campo exterior. (N. del T)

[7] Carrera completa en el mismo deporte. (N. del T)

y docenas de cajitas de muestra. Preciosas cajitas. Queridas cajitas. Valiosas, queridas, santas cajitas. Abrió una y vio las cápsulas que ella le daba cada seis horas encerradas en sus ampollitas de plástico.
CON RECETA MÉDICA, decía la caja.
-¡Ay, Dios bendito, el médico ha llegado! -sollozó.

Arrancó el celofán con los dientes y masticó tres de las cápsulas sin notar apenas el lacerante sabor amargo. Se detuvo, miró con fijeza las otras cinco que quedaban dentro de la hoja mutilada de celofán, y se tragó otra.

Miró alrededor rápidamente con la barbilla enterrada en el pecho, los ojos recelosos y asustados. Aunque sabia que era demasiado pronto para notar alivio, empezó, en efecto, a sentirlo. Por lo visto, era más importante conseguir las cápsulas que ingerirías. Era como si se le hubiese otorgado el control sobre las lunas y las mareas o como si él mismo se lo hubiese tomado por su cuenta. Era un pensamiento enorme, imponente..., pero también aterrador, con trasfondo de culpa y de blasfemia.
Si ella regresaba ahora...
-Bueno, está bien, ya sé lo que quieres decir.

Miró dentro de la caja para calcular cuántas cajitas de muestra podría coger sin que ella notase que un ratón llamado Paul Sheldon había estado royendo sus provisiones.

Aquello le hizo reír con un sonido estridente de alivio y se dio cuenta de que el medicamento no sólo le estaba haciendo efecto en las piernas. En palabras de la calle, se había flipado.
-Muévete, idiota. No tienes tiempo de disfrutar el flipe.

Cogió cinco cajitas, un total de treinta cápsulas. Tuvo que controlarse para no apropiarse de más. Removió el resto de las cajas y botellas, esperando que el conjunto no pareciese ni más ni menos caótico que cuando había echado el primer vistazo. Cerró las tapas y volvió a poner el depósito en el armario.
Estaba llegando un coche.

Se enderezó con los ojos muy abiertos. Sus manos cayeron sobre los brazos de la silla y los apretaron con la fuerza del pánico. Si era Annie, estaba jodido y aquello era el final. Jamás podría maniobrar esa cosa enorme y reticente para llegar a tiempo a la habitación. Tal vez podría darle un palo en la cabeza con el mocho antes de que ella le retorciese el pescuezo como a un pollo.

Se quedó quieto con las cajitas de muestra de "Novril" sobre el regazo y sus piernas rotas sobresaliendo rígidas frente a él. Esperó a que el coche pasase de largo o girase para entrar en la casa.

El ruido fue aumentando durante un rato interminable.., y luego empezó a decrecer.
Bueno, ¿necesitas una advertencia aún más gráfica, niño?

Verdaderamente, no. Echó un último vistazo a las cajas. Le pareció que estaban más o menos lo mismo que antes, aunque las había mirado a través de la niebla del dolor y no podía estar muy seguro; pero sabia que los montones de cajas podían no estar dispuestas tan al azar como antes parecían, incluso no estarlo en absoluto. Ella tenía la percepción elevada del neurótico profundo y podía haber memorizado cuidadosamente la posición de cada una de las cajas. Tal vez le bastaba echar un vistazo para darse cuenta en seguida de lo que había ocurrido. Esto no le inspiró

temor, sino resignación. Él necesitaba el medicamento y de alguna manera se las había apañado para escapar de su habitación y conseguirlo. Si aquello traía consecuencias, castigo, al menos podría enfrentarse a ello con la convicción de que no había hecho más que lo que tenía que hacer. Y después de cuanto ella le había hecho, esa resignación era, con toda seguridad, un síntoma de lo peor. Lo había convertido en un animal atormentado por el dolor sin ninguna opción moral.

Dio marcha atrás lentamente con la silla de ruedas a través del baño, mirando de vez en cuando para cerciorarse de que no erraba el camino. Un momento antes, ese movimiento le habría hecho gritar de dolor; pero ahora estaba desapareciendo bajo una hermosa insensibilidad.

Rodó a través del pasillo y se detuvo golpeado por un horrible pensamiento... Si el suelo del baño estuviera húmedo, incluso un poco sucio. . .

Se quedó mirando el suelo y por un momento la idea de que debía haber dejado huellas en aquellas baldosas blancas hexagonales se le hizo tan obsesiva que llegó a verlas. Sacudió la cabeza y volvió a mirar. No había rastros. Pero la puerta estaba más abierta. Rodó hacia delante, echó la silla ligeramente a la derecha para poder acercarse y asir el pomo, y la dejó medio cerrada. Le echó un vistazo y luego la entornó un poco más. Eso. Así estaba bien.

Iba a echar mano de las ruedas con intención de hacer girar la silla para volver a su habitación cuando se dio cuenta de que estaba mirando hacia la sala, el lugar donde la mayoría de las personas tenían el teléfono y. . .

La luz estalló en su mente como un destello en un campo de niebla.

Policía de Sidewinder, habla el oficial Humbuggy, dígame.

Escuche, oficial Humbuggy. Escuche con mucha atención y no me interrumpa porque no sé cuánto tiempo me queda. Mi nombre es Paul Sheldon. Le llamo desde la casa de Annie Wilkes, Estoy prisionero aquí desde hace unas dos semanas, tal vez un mes. Yo...

¡Annie Wilkes!

Venga corriendo, Traiga una ambulancia. Y por Dios, venga antes de que ella regrese.

-Antes de que ella regrese -gimió-. Seguro. Todo arreglado.

¿Qué te hace pensar que tiene teléfono? ¿A quién la has oído llamar? ¿A quién llamaría? ¿A sus buenos amigos los Roydman?

Que no tenga con quién estar conversando todo el día no significa que sea incapaz de comprender que existe la posibilidad de un accidente. Podría caerse por las escaleras, romperse un brazo o una pierna... o bien incendiarse el establo.

¿Cuántas veces has oído sonar ese supuesto teléfono?

¿Así que existe un requisito? ¿El teléfono tiene que sonar al menos una vez al día o viene Mountain Bell[8] y te lo quita? Además, he estado inconsciente la mayor parte del tiempo.

Si, lo sabia, pero el pensamiento de ese teléfono, la imaginada sensación de ese plástico frío entre sus dedos, el sonido de los números rotando o golpeando al tocar el cero, era una seducción demasiado fuerte para resistiría.

Puso la silla exactamente dando frente a la sala y rodó hacia el

[8] Alusión a la compañía telefónica de EE.UU. (N del T)

interior.

Olía a humedad, a encierro, a oscuro cansancio. A pesar de que las cortinas que cubrían las ventanas estaban sólo corridas a medias permitiendo una hermosa vista de las montañas, la habitación se hallaba demasiado oscura. Porque sus colores eran muy oscuros, pensó. El granate predominaba como si alguien hubiese derramado una buena cantidad de sangre venosa.

Encima del mantel había una fotografía coloreada, de una mujer de apariencia severa, ojos minúsculos enterrados en una cara gorda, y labios de botón de rosa, fruncidos. La fotografía, encerrada en un marco rococó bañado en oro, tenía el tamaño de la del Presidente en el vestíbulo de una oficina de correos de una gran ciudad. Paul no necesitaba que un telegrama le comunicase que aquélla era la santa madre de Annie.

Se adentró en la habitación. El lado izquierdo de la silla chocó con una mesita llena de figurillas de cerámica que entrechocaron y un pingüino sentado en un bloque de hielo cayó hacia un lado.

Estiró el brazo y lo agarró sin pensar. El gesto fue casi automático y luego vino la reacción. Apretó el pingüino en el puño, tratando de controlar el temblor. Lo cogiste sin esfuerzo, además, hay una alfombra en el suelo, probablemente no se hubiera roto.

Pero ¿y si se hubiese roto?, le gritó su mente. ¿Y si se hubiera roto? Tienes que volver a la habitación antes de que dejes indicios o huellas...

No. Todavía no, por mucho miedo que tuviese. Porque aquello le había costado demasiado. Si existía recompensa, la tenía que conseguir.

Miró a su alrededor, una habitación abarrotada de muebles pesados y sin gracia. Debían haberla dominado las ventanas en arco y la preciosa vista de las Rocosas más allá; pero la dominaba, en cambio, la fotografía de esa mujer carnosa aprisionada en aquel marco horrible y llamativo, con sus curvas y sus volutas y sus inmóviles colgajos dorados.

En el extremo del sofá en el que ella se sentaría a mirar la televisión, había un teléfono.

Suavemente, sin atreverse casi a respirar, puso el pingüino de cerámica en la mesita (¡AHORA MI HISTORIA YA HA SIDO CONTADA!, decía la leyenda escrita en el bloque de hielo) y atravesó la habitación hacia el teléfono.

Frente al sofá había una mesa de centro. Le dio un amplio rodeo. Tenía encima un ramo de flores secas en un horrendo vaso verde. Todo aquello parecía inestable, fácil de volcarse si él lo rozaba. Prestó oídos a lo que sucedía fuera de la casa. No se aproximaba ningún coche. Sólo se oía el silbido del viento. Cogió el teléfono y lo levantó después.

Una extraña sensación de fracaso predestinado llenó su mente, antes incluso de llevarse el aparato al oído y escuchar la nada. Volvió a colgar lentamente recordando una vieja canción de Roger Miller que ahora parecía tener un cierto sentido absurdo: Ni teléfono, ni piscina, ni animales... no tengo cigarrillos.

Siguió con los ojos el cable telefónico y vio el pequeño módulo cuadrado en el zócalo. La clavija se hallaba conectada. Todo parecía estar en orden.

Como el establo con sus cintas aislantes.

Es muy importante guardar las apariencias.

Cerró los ojos y vio cómo Annie quitaba la clavija, metía pegamento en el agujero del módulo, y volvía a enchufaría en la palidez mortal del pegamento, donde se endurecería y se congelaría para siempre. La compañía de teléfonos no sabría que algo andaba mal a menos que alguien intentase llamarla y comunicase que la extensión no funcionaba. Pero nadie llamaba a Annie, ¿verdad? Elia recibiría con regularidad sus facturas de la telefónica y las pagaría en seguida; pero el teléfono era sólo decorativo, parte de su interminable batalla por guardar las apariencias, como el cuidado establo con su reciente pintura roja, sus ribetes color crema y las cintas aislantes para derretir el hielo. ¿Habría castrado ella el teléfono, por si acaso él hacia una expedición como la que acababa de realizar? ¿Habría previsto la posibilidad de que pudiera salir de su habitación? Lo dudaba. El teléfono, cuando funcionaba, seguramente la había puesto nerviosa mucho antes de que él llegase. Despierta en la cama, mirando al techo de su habitación, escuchando el aullido del viento, imaginaría cuántas personas estarían pensando en ella con disgusto o con franca malevolencia, los Roydman de todo el mundo, gente a la que en cualquier momento se le podría ocurrir llamarla y gritar: ¡Tú lo hiciste, Annie! ¡Te llevaron hasta Denver y todos sabemos que lo hiciste! ¡A Denver no te llevan si eres inocente! Ella habría pedido y obtenido un número privado, por supuesto. Cualquier persona procesada y absuelta de un crimen de importancia lo hubiese hecho. Y si el caso se había juzgado en Denver, tenía que ser importante. Pero un neurótico profundo como Annie Wilkes no tendría bastante con saber que su número no aparecía en la guía. Podrían conseguirlo si quisieran y todos se habían confabulado contra ella. Tal vez los jueces que tuvieron la osadía de juzgarla estuvieran felizmente dispuestos a facilitar el número a cualquiera que les preguntase. Y la gente preguntaría, seguro, porque ella veía el mundo como un lugar oscuro lleno de masas humanas que se agitaban en un oleaje malevolente rodeando un pequeño escenario iluminado por un solo foco brillante: ella. Así que mejor seria erradicar el teléfono, silenciarlo, como lo silenciaría a él si averiguaba que había conseguido llegar tan lejos.

El pánico estalló como un grito en su mente, diciéndole que tenía que salir de allí y regresar a su habitación, esconder las cápsulas en alguna parte y volver a su lugar bajó la ventana para que ella no notase absolutamente nada cuando llegase; y esa vez estuvo de acuerdo con la voz. Estuvo plenamente de acuerdo. Dio marcha atrás con sumo cuidado y, en cuanto llegó a un lugar de la habitación razonablemente despejado, empezó la laboriosa tarea de hacer girar la silla de ruedas tratando de no tirar la mesita de centro.

Casi había terminado la maniobra cuando oyó un coche que se acercaba y supo, sencillamente supo, que era ella que volvía de la ciudad.

34

Casi se desmayó en el viaje más terrorífico que jamás había

experimentado, un terror llenó de un profundo y cobarde sentimiento de culpa. Recordó de repente el único episodio de su vida que guardaba una remota semejanza con aquella situación por su desesperada condición emotiva. Tenía doce años. Eran las vacaciones de verano. El padre se hallaba trabajando, la madre se había ido con la vecina, Mrs. Kasbrak, a pasar el día en Boston. Él tenía un paquete de cigarrillos y había encendido uno. Se lo estaba fumando con entusiasmó sintiéndose a la vez enfermo y feliz, cómo imaginaba que debían sentirse los ladrones cuando asaltaban un Banco. A mitad del cigarrillo, con la habitación llena de humo, oyó que su madre abría la puerta delantera. "Paulie, soy yo, olvidé
mi cartera," Había empezado a dar manotazos desesperados al humo, sabiendo que no serviría de nada, seguro de que le habían pescado y convencido de que le pegarían.
Ahora le costaría más que una paliza.

Recordó el sueño que había tenido durante uno de sus desvanecimientos: Annie echaba atrás los percutores de una pistola diciendo: Si tanto quiere su libertad, Paul, me alegrará concedérsela.

El sonido del motor fue decayendo a medida que el coche que se acercaba reducía la velocidad. Si, era ella.

Puso las manos que apenas sentía en las ruedas y rodó hacia el pasillo echando un último vistazo al pingüino de cerámica sobre su bloque de hielo. ¿Estaba en el mismo sitio que antes? No podía saberlo. Tendría que esperar.

Rodó por el pasillo hasta la puerta de la habitación ganando velocidad. Esperaba pasar a la primera, pero la puntería le falló un poco. Sólo un poco... El hueco era tan justo que la más leve desviación bastaba para hacerle tropezar. La silla chocó contra el lado derecho de la puerta y rebotó un poco hacia atrás.

¿Hiciste saltar la pintura?, le gritó su mente. ¡Cristo! ¿Hiciste saltar la pintura? ¿Dejaste alguna marca?

La cobertura no se había desconchado. Había una pequeña abolladura, pero ninguna astilla. Gracias a Dios. Echó hacia atrás y arrancó frenéticamente tratando de conducir la silla a través de la estrecha abertura de la puerta.

El motor del coche se oyó más fuerte al acercarse, a pesar de que estaba reduciendo la velocidad. Ahora podía oír el crujido de sus ruedas de nieve.
Calma..., todo se consigue con calma...

Echó hacia delante y entonces los cubos de las ruedas se atascaron sólidamente contra las jambas. Empujó con más fuerza sabiendo que no le serviría de nada, estaba atrapado en la entrada cómo un corcho en una botella de vino sin poder echar ni hacia delante ni hacia atrás.

Dio un tirón final. Los músculos de los brazos le temblaban como las cuerdas pulsadas de un violín. La silla de ruedas pasó con el mismo sonido tenue y chirriante.
El "Cherokee" entró en el camino de la casa.

Traerá paquetes, farfulló su mente, el papel de máquina y tal vez otras cosas; subirá cuidadosamente por el hielo, ya estás adentro, ha pasado lo peor, tienes tiempo, todavía tienes tiempo.

Rodó un poco más y giró en un torpe semicírculo. Mientras ponía la silla paralela a la puerta abierta de la habitación, oyó que se apagaba el motor del "Cherokee".

Se echó hacia delante, agarró el pomo de la puerta y trató de tirar para cerrarla. La lengüeta de la cerradura aún sobresalía como una rígida lengua de acero y topó contra el bastidor. La empujó con la yema del pulgar. Empezó a moverse... y entonces se detuvo. Se paró en seco negándose a permitir que la puerta se cerrara.

Por un momento, la miró fijamente atontado, pensando en el viejo proverbio de la armada: Todo lo que PUEDE ir mal, IRÁ mal.

Soltó la lengüeta, que volvió a salir otra vez por completo. La empujó de nuevo hacia dentro y notó el mismo obstáculo.

Oyó un extraño ruido en las entrañas de la cerradura y comprendió. Era la parte de la horquilla que había caído dentro al romperse. Estaba allí e impedía que la lengüeta pudiese retroceder por completo.

Oyó cómo se abría la puerta del "Cherokee", el gruñido de ella al salir, el crujido de las bolsas de papel al recoger los paquetes.

-Vamos -susurro.

Empezó a trastear la lengüeta suavemente. Entraba como un milímetro y entonces se detenía. Podía oír allá adentro el ruido de la maldita horquilla.

-Vamos, vamos..., vamos...

Estaba llorando otra vez sin darse cuenta y el sudor y las lágrimas se mezclaban en sus mejillas. Aún sufría un fuerte dolor a pesar de toda la droga que se había tragado. Sabía que iba a tener que pagar un precio muy alto por el trabajito.

No tan alto como el que ella te impondrá si no logras cerrar esta maldita puerta, Paulie.

Oyó los pasos crujientes y cautelosos que subían por el camino. El chasquido sobre las bolsas.., y ahora el tintineo de las llaves de la casa mientras las sacaba del bolso.

-Vamos..., vamos..., vamos...

Al empujar la lengüeta esa vez, hubo un sonido apagado dentro de la cerradura y el saliente de metal se deslizó medio centímetro en el interior de la puerta. No bastaba para despejar la jaiba..., pero casi.

-Por favor..., vamos...

Trasteó la lengüeta más rápidamente, oyendo cómo ella abría la puerta de la cocina. Entonces, semejando una odiosa repetición del día en que su madre lo había sorprendido fumando, Annie gritó alegremente:

-Paul, soy yo. Tengo su papel.

¡Atrapado! ¡Estoy atrapado! Por favor, Dios mío, no dejes que me haga daño...

Su pulgar apretó convulsivamente la lengüeta de la cerradura y sonó un chasquido apagado cuando la horquilla se rompió. La lengüeta entró del todo. Oyó en la cocina la rasgadura de una cremallera mientras ella se abría el anorak.

Cerró la puerta de la habitación. El ruido del picaporte... ¿Lo habría oído? ¡Tenía que haberlo oído, tenía que haberlo oído!

Sonó tan fuerte como el pistoletazo de salida de un juez de carrera.

Echó la silla atrás, hacia la ventana. Aún estaba enderezándola cuando percibió sus pasos por el pasillo.

-¡Le traigo su papel, Paul! ¿Está despierto?

No..., no llegaré a tiempo..., ella oirá.

Dio un tirón final a la palanca de dirección y rodó la silla hasta

su lugar bajo la ventana justo en el momento en que la llave entraba en la cerradura.
No podrá abrir... La horquilla... Sospechará...

Pero el trozo de metal extraño debía haber caído hasta el fondo de la caja, porque la llave funcionó perfectamente. Sentado en la silla, con los ojos medio cerrados, esperaba con desesperación estar donde ella le había dejado, o al menos lo suficientemente cerca como para que no lo notara. Confió en que tomase su cara empapada de sudor y su cuerpo tembloroso por reacciones debidas a la carencia del medicamento; esperando, sobre todo, no haber dejado una huella...

Al abrirse la puerta y mirar hacia abajo, se dio cuenta de que, en su angustiosa concentración por borrar cualquier posible huella, había ignorado toda una estampida de búfalos: las cajas de "Novril" estaban sobre sus piernas.

35

Llevaba dos paquetes de papel, uno en cada mano, sonriendo.

-Justo lo que usted quería, ¿no? "Triad Modern". Aquí hay dos resmas y tengo dos más en la cocina, por si acaso. Así que ya ve.
Se interrumpió arrugando las cejas y mirándole fijamente.

-Está empapado de sudor..., tiene un color muy febril. -Hizo una pausa-. ¿Qué ha estado haciendo?

Y aunque aquello hizo que la vocecilla aterrorizada de su sosias disminuido volviese a chillar que le habían atrapado, que más le valdría darse por vencido, confesar y someterse a su misericordia, consiguió responder a su mirada recelosa con una fatiga irónica.

-Me parece que usted sabe qué es lo que he estado haciendo -le respondió-. He estado sufriendo.

Ella sacó un "Kleenex" del bolsillo de la falda y le limpió la frente. El pañuelo quedó empapado. Le sonrió con aquella horrible maternidad falsa.
-¿Ha sufrido mucho?
-Si, si; he sufrido mucho. Ahora, por favor...

-Ya le advertí lo que podría pasarle si me hacia enfadar. Vivir y aprender, ¿no es eso lo que dice el refrán? Bueno, pues si usted vive lo suficiente, supongo que aprenderá.
-¿Podría darme las cápsulas ahora?

-En seguida -le dijo sin apartar los ojos de su cara sudorosa con su palidez salpicada de manchas rojas-. Pero antes quiero estar segura de que no necesitará nada más, nada que la estúpida de Annie Wilkes haya olvidado porque no sabe cómo el Señor Sabihondo escribe sus libros. Quiero estar segura de que no me pedirá que vuelva a la ciudad para comprarle una grabadora, un par de zapatillas especiales o algo así. Porque, si quiere que vaya, voy. Sus deseos son órdenes. Ni siquiera me detendré para darle sus cápsulas. Saltaré inmediatamente en la vieja Bessie otra vez y saldré disparada. ¿Qué me dice, Señor Sabihondo? ¿Tiene todo lo que necesita?
-Sí, lo tengo todo -respondió-. Annie, por favor.

-¿Y no volverá a enfurecerme?
-No, no volveré a enfurecería.

-Porque cuando me enfurezco no soy yo misma. -Dejó ir la mirada hacia el regazo donde él cubría con las manos las cajas de muestras de "Novril". Estuvo mirando un largo rato.

-Paul -le preguntó suavemente-. Paul, ¿por qué tiene las manos apretadas de esa forma?

Él empezó a llorar. Lloraba por el sentimiento de culpa y aquello era lo que le resultaba más odioso: encima de todo lo que esa mujer monstruosa le había hecho, lograba que se sintiera culpable. Así que lloraba de remordimiento..., pero también de simple cansancio infantil.

La miró con las lágrimas corriendo a torrentes por sus mejillas y se jugó la última carta que le quedaba.

-Quiero las cápsulas -le dijo-, y quiero el orinal. Me he aguantado todo lo que he podido, Annie, pero ya no puedo más y no quiero volver a mojarme.

Ella sonrió suavemente, con una sonrisa radiante, y le apartó el pelo de la frente.

-Pobrecito mío, Annie le ha hecho sufrir mucho. ¿No es cierto? Demasiado. Qué mala es esa vieja de Annie. Se lo traeré en seguida.

36

No se habría atrevido a poner las cápsulas bajo la alfombra aunque hubiese creído tener tiempo para hacerlo antes de que ella volviese. A pesar de que las cajas eran pequeñas, los bultos le resultarían demasiado evidentes. Cuando la oyó entrar en el baño, las cogió, pasó los brazos dolorosamente alrededor de su cuerpo y se las metió en la parte trasera de los calzoncillos. En el contorno de sus caderas sobresalieron agudas esquinas de cartón.

Annie volvió con el orinal, un anticuado artefacto de latón que absurdamente parecía un secador de pelo. En la otra mano llevaba dos cápsulas de "Novril" y un vaso de agua.

Dos cápsulas más encima de las que te tomaste hace media hora pueden hacerte caer en coma y matarte, pensó, y una segunda voz replicó de inmediato: Estupendo.

Cogió las pastillas y se las tragó con agua.

Ella le tendió el orinal.

-¿Necesitas ayuda?

-Puedo hacerlo solo.

Elia se volvió, consideradamente, mientras él metía el pene en el tubo frío y orinaba. Por casualidad, estaba mirando cuando empezaron los sonidos huecos del chorro y vio que sonreía:

-¿Terminó? -preguntó unos momentos después.

-Sí.

Realmente tenía ganas de orinar. Con tanta agitación no había tenido tiempo de pensar en ello.

Le quitó el orinal y lo depositó en el suelo con cuidado.

-Ahora, vamos otra vez a la cama -le dijo-. ¡Debe hallarse extenuado... y sus piernas estarán cantando ópera!

Asintió con la cabeza, aunque la verdad era que no sentía nada. Las últimas cápsulas junto con las que él mismo se había suministrado le estaban llevando a la inconsciencia a una velocidad alarmante y empezaba a ver la habitación a través de capas de gasa gris. Se aferró a un solo pensamiento. Elia iba a levantarlo para meterlo en la cama y, cuando lo hiciese, tendría que estar ciega e insensible para no darse cuenta de que la parte trasera de sus calzoncillos estaba llena de cajitas.

Lo llevó hasta un lado de la cama.

-Un minuto más, Paul, y podrá echarse una siestecita.

-Annie, ¿podría esperar cinco minutos? -atinó a decir.

Lo miró entrecerrando los ojos.

-Creí que le dolía horrores, tío.

-Y me duele -respondió-. Me duele... demasiado. Sobre todo la rodilla, donde usted..., cuando perdió los estribos. Todavía no estoy en condiciones para que me levante. ¿Podría esperar cinco minutos a que..., a que . . . ?

Sabía lo que quería decir; pero se le escapaba... Se le escapaba en la nube gris. La miró impotente sabiendo que, después de todo, iba a ser descubierto.

-¿A que le haga efecto la medicina? -le preguntó.

Él asintió, agradecido.

-Desde luego. Guardaré algunas cosas y volveré en seguida. En

cuanto salió de la habitación, se sacó las cajas de atrás y las metió bajo el colchón una por una. Las capas de gasa se hacían cada vez más espesas, pasando del gris al negro.

Mételas todo lo hondas que puedas, pensó, aturdido. Asegúrate de que, si cambia la cama, no las tire al quitar la sábana. Mételas muy adentro, como..., como...

Introdujo la última bajo el colchón, se echó hacia atrás y se quedó mirando el techo, donde las uves dobles bailaban borrachas.

Pensó:

África.

Ahora tengo que aclarar.

Ay, estoy metido en un problema tan gordo...

Huellas. ¿Dejé huellas? ¿Dejé...?

Paul Sheldon cayó en la inconsciencia. Cuando despertó, habían pasado catorce horas y fuera volvía a nevar.

II

Misery

Escribir no lleva a la miseria, nace de la miseria.
MONTAIGNE

1

EL RETORNO DE MISERY
por Paul Sheldon
Para, Annie Wilkes

CAPITULO 1

Aunque Ian Carmichael no se habría mudado de Little Dunthorpe por todas las joyas de la Corona, tenía que admitir que cuando llovía en Cornwall, llovía más fuerte que en cualquier otra parte de Inglaterra.

En el vestíbulo había un trozo de toalla vieja pendiente de un gancho y después de colgar mi abrigo empapado y de quitarse las botas, lo utilizó para secarme el cabello rubio oscuro.

A lo lejos, desde la mala, le llegaban los compases ondulantes de Chopin y se detuvo a escuchar sosteniendo aún en la mano izquierda, el pedazo de toalla.

La humedad que ahora corría por sus mejillas ya no era agua de lluvia, sino lágrimas.

Recordó a Geoffrey diciendo a No debes llorar delante de ella, viejo, eso es -algo que no has de hacer jamás.

Geoffrey tenía razón, por supuesto. El querido Geoffrey casi nunca se equivocaba, pero algunas veces, cuando estaba solo, volvía a su mente la reciente fuga de Misery de Grima Repare y le resultaba casi imposible contener las lágrimas La amaba tanto. Sin ella, moriría. Si Misery ya no quedaría vida para él, vida para él, ni dentro de él. La comadrona declaró que el parto había sido largo y difícil; pero no más que el de tantas otras jóvenes que ella había asistido.

Sólo se había alarmado pasada la medianoche, una hora después de que Geoffrey a pesar de la amenaza de tormenta corriera en busca del médico. Entonces había empezado la hemorragia.

-Querido Geoffrey -dijo, esa vez en voz alta, al entrar en la cocina enorme y pasmosamente caldeada de estilo West Country[9].

-¿Decía algo, señorito? -preguntó, saliendo de la despensa la

[9] Literalmente, campo del oeste. Se da el nombre al estilo peculiar de las viviendas campesinas de esta región inglesa. (N. del T)

irritable, pero adorable Ramage vieja ama de llaves de los Carmichaels. Como siempre, llevaba la cofia torcida y olía a rapé, un vicio que al cabo de muchísimos años, ella seguía creyendo secreto.

-Hablaba para mí -explicó Ian.

-Por la forma en que suena su abrigo, chorreando en la entrada, cualquiera diría que casi se ahoga entre los cobertizos y la casa.

-Pues si, casi me ahogo -admitió Ian y pensó: Si Geoffrey hubiese llegado con el médico diez minutos más tarde, creo que ella habría muerto. Trataba conscientemente de no alentar ese pensamiento, pues era inútil y espantoso; pero la vida sin Misery le parecía tan horrible que algunas veces se deslizaba hasta él y le sorprendía.

El grito saludable de un niño interrumpió sus tristes meditaciones. Era su hijo, despierto y más que a punto para recibir su merienda. Oyó débilmente los sonidos de Annie Wilkes, la capacitada enfermera de Tomás, que tranquilizaba al niño y le cambiaba el pañal.

-Hoy tiene buena voz el pequeñajo -observó Mrs. Ramage.

Ian tuvo un momento para pensar otra vez, con incomparable asombro, que era padre. Entonces su mujer le habló desde la puerta.

-Hola, cariño.

Levantó los ojos hacia su Misery, su amada. Estaba ligeramente apoyada en la jamba, con su pelo castaño de misteriosos reflejos rojizos como ámbares moribundos, cayendo sobre sus hombros en magnífica profusión. Aún estaba muy pálida; pero Ian pudo ver en sus mejillas las primeras señales de que recobraba el color.

Sus ojos eran, oscuros y profundos y el brillo de las lámparas de la cocina relucía en ellos como preciosos diamantes diminutos sobre el oscuro terciopelo de un joyero.

-Mi amor -exclamó y corrió hacia ella como aquel día en. Liverpool cuando parecía que los piratas se la habían llevado, como había jurado el loco Jak Wickersham.

Mrs. Ramage recordó de pronto algo que le quedaba por hacer en la sala y los dejó solos. Pero se alejó con una sonrisa en los labios. También ella tenía momentos en los cuales pensaba qué hubiera sido la vida si Geoffrey y el doctor hubiesen llegado una hora más tarde en aquella noche oscura y tormentosa, dos meses atrás, o si no hubiese salido bien la transfusión experimental en la cual su joven amo había introducido su sangre con tanta valentía en las agotadas venas de Misery.

-¡Horror! -se dijo apresurándose por el pasillo. Hay pensamientos que no se pueden aguantar. Un buen consejo que Ian es había dado a sí mismo; pero ambos habían descubierto que es más fácil dar buenos consejos que recibirlos.

En la cocina, Ian apretó a Misery contra sí y sintió cómo su alma vivía, moría y volvía a renacer en el dulce perfume de su cálida piel.

Tocó el bulto de su pecho y sintió el latido firme y regular de su corazón.

-Si hubieses muerto, yo habría muerto contigo -le susurró.

Ella puso sus brazos alrededor del cuello apretando más el pecho contra su mano.

-Calla, vida mía -susurró Misery, y no seas tonto. Estoy aquí contigo. Y ahora bésame. Si muero, me temo que será el deseo lo que me produzca la muerte.

Apretó los labios contra los de ella y hundió sus manos en la

gloria de sus cabellos castaños... Por unos momentos, no hubo nadie más en el mundo.

2

Annie dejó las tres páginas del manuscrito en la mesa de noche y él esperó su opinión. Tenía curiosidad, pero no estaba verdaderamente nervioso. Le había sorprendido la facilidad con que había vuelto a introducirse en el mundo de Misery. Era un mundo trasnochado y melodramático, pero eso no alteraba el hecho de que el retorno no había sido ni remotamente tan desagradable como había temido, sino, por el contrario, algo reconfortante, como ponerse un par de zapatillas viejas. Por eso se quedó con la boca abierta y honestamente pasmado, cuando ella le dijo.

-No está bien.

-¿No..., no le gusta?

Casi no podía creerlo. ¿Cómo era posible que le hubiesen gustado las otras novelas de Misery si ésta no le agradaba? Era tan misiresca que casi resultaba una caricatura, con la maternal Mrs. Ramage derramando rapé en la despensa, con Ian y Misery haciéndose arrumacos como un par de colegiales recién salidos del baile de los viernes...

Ahora era ella la que parecía sorprendida.

-¿Gustarme? Claro que me gusta. Es hermoso. Cuando Ian la tomó en sus brazos, lloré; no pude evitarlo. -Sus ojos estaban realmente un poco enrojecidos-. Y eso de ponerle mi nombre a la enfermera de Thomas..., ha sido un detalle muy bonito.

También astuto, pensó, o al menos eso espero. Además, sonada, el nombre del niño iba a ser Sean, por si te interesa. Lo cambié para no tener que escribir a mano tantas puñeteras enes.

-Entonces, me temo que no comprendo...

-No, no lo entiende. No he dicho que no me gustara, dije que no estaba bien. Hay camelo. Tendrá que cambiarlo.

¿Se le había ocurrido pensar alguna vez que ella era la perfecta espectadora? Vale, tío. Mereces un reconocimiento, Paul, cuando cometes un error te metes hasta el cuello. La Lectora Constante se había convertido en el Editor Inmisericorde.

Sin darse cuenta, puso la cara de sincera concentración que usaba para escuchar a los editores. Pensó que esa expresión era la de:

¿Puedo ayudarle en algo, señora? Y así era, porque la mayoría de los editores se parecen a las mujeres que entran en un taller de reparación y le dicen al mecánico que les arregle eso que suena como un golpeteo bajo el capó, o que hace rum, rum, dentro de la consola, y que por favor lo tenga listo dentro de una hora. Una expresión de sincera concentración iba bien porque los halagaba y, cuando los editores se sentían halagados, a veces renunciaban a algunas de sus ideas más disparatadas.

-¿Cómo que hay camelo?

-Bueno, Geoffrey salió a buscar al médico -le respondió-. Eso es exacto. Ocurrió en el capítulo treinta y ocho de El hijo de Misery. Pero el médico no llegó, como usted bien sabe, porque el caballo de Geoffrey tropezó con la barrera del peaje de ese podrido señor Cranthorpe cuando

trató de saltaría. Espero que ese pájaro sucio reciba su merecido en el retorno de Misery, Paul, de verdad. Y Geoffrey se rompió el hombro y algunas costillas y estuvo ahí tirado casi toda la noche bajo la lluvia, hasta que el hijo del pastor pasó por allí y lo encontró. El médico no llegó a la casa, ¿comprende?

-Sí. -De repente se vio incapaz de apartar los ojos del rostro de la mujer.

Había pensado que ella pretendía asumir el papel de editor o tal vez el de colaborador, tratando de decirle lo que tenía que escribir y cómo. Pero no era eso. Ella esperaba, por ejemplo, que el señor Cranthorpe recibiese su merecido; pero no lo exigía. Ella veía que el curso creativo de la novela estaba fuera de sus manos, a pesar del control evidente que tenía sobre él. Pero algunas cosas no se podían hacer de ninguna manera. La creatividad o la falta de creatividad nada podía hacer para modificarlas. Intentarlo era tan absurdo como emitir un decreto revocando la ley de gravedad o tratar de jugar al tenis de mesa con un ladrillo. Ella era verdaderamente la Lectora Constante, pero Lector Constante no significa Tonto Constante.

No le permitía que matase a Misery..., pero tampoco admitiría que la devolviese a la vida mediante una trampa.

Pero, Cristo, si la maté de verdad, pensó fatigado, ¿qué voy a hacer?

-Cuando era niña -dijo ella-, ponían seriales en los cines. Un episodio cada semana. El Vengador Enmascarado y Flash Gordon, y hasta uno de Frank Buck, el hombre que fue a África a cazar animales salvajes y que podía dominar a tigres y leones con sólo mirarlos. ¿Se acuerda de esos seriales?

-Los recuerdo, pero usted no puede ser tan vieja, Annie. Debe haberlos visto en televisión o se los habrá contado un hermano o una hermana mayor.

Por un instante, la solidez de su carne se vio alterada por unos hoyuelos que aparecieron en las comisuras de los labios.

-Vamos, adulador. Si que tenía un hermano mayor y solíamos ir al cine los sábados por la tarde. Eso era en Bakersfield, California, donde me crié. Y aunque me gustaba el noticiero y también los dibujos animados y la película, lo que esperaba con más ansiedad era el episodio del serial. Durante toda la semana pensaba en él, si la clase estaba aburrida o si tenía que hacer de canguro de los cuatro chicos de Mrs. Krenmitz. Odiaba a aquellos niños.

Annie se sumergió en un silencio melancólico, con los ojos fijos en la pared. Se había desconectado. Era la primera vez en varios días que aquello le ocurría y él se preguntó inquieto si eso significaba que se estaba deslizando hacia la parte depresiva de su ciclo, Si era así, tendría que asegurar sus escotillas con listones.

Por fin salió de aquello con la expresión de sorpresa de siempre, como sí no esperara que el mundo siguiera estando en el mismo sitio.

-Mi favorito era Rocket Man. Al final del capítulo seis, Muerte en el cielo, aparecía inconsciente mientras su avión se precipitaba en picado. Y, al final del capítulo nueve, Destino ardiente, permanecía atado a una silla en un almacén que estaba ardiendo. Unas veces era un coche, sin frenos; otras, gas venenoso; en ocasiones, electricidad...

Annie hablaba de esas cosas con una ternura extraña, precisamente

por auténtica.

-Les llamaban cliff-hangers[10] -se atrevió a decir.

Ella frunció el ceño.

-Ya lo sé, Señor Sabihondo. Jolín, algunas veces pienso que usted me cree terriblemente estúpida.

-No, Annie, de veras.

Agitó una mano con impaciencia y él comprendió que era mejor no interrumpirla, al menos ese día.

-Resultaba divertido tratar de imaginar cómo se las arreglaría Rocket Man para salir de aquellos aprietos. Unas veces lo conseguía y otras no. En realidad no me importaba, siempre que la gente que escribía las historias jugara limpio.

Lo miró fijamente para asegurarse de que captaba el mensaje. Paul pensó que era imposible no captarlo.

-Cómo la vez que estaba inconsciente en el avión. Se despertó y había un paracaídas debajo de su asiento. Se lo puso y saltó. Aquello fue limpio.

Miles de profesores de literatura inglesa no estarían de acuerdo con usted, querida, pensó Paul. Usted está hablando de una cosa que se llama deus ex machina, el dios desde la máquina que se utilizó por primera vez en los anfiteatros griegos. Cuando el dramaturgo metía a su héroe en un aprieto imposible, bajaba una silla cubierta de flores. El héroe se sentaba en ella y lo subían, sacándolo del peligro. Hasta el más estúpido jovenzuelo podía captar el simbolismo, el héroe había sido salvado por Dios. Pero el deus ex machina, también conocido en la jerga técnica como "el truco del paracaídas debajo del asiento", pasó de moda alrededor del año 1700. Exceptuando, por supuesto, arcanos como el serial de Rocket Man o los libros de Nancy Drew. Creo que usted no se ha enterado de la noticia, Annie.

Durante uno de esos momentos terribles que ya nunca se olvidan, Paul creyó que iba a sufrir un ataque de risa. Considerando el ánimo con que ella se había levantado esa mañana, su reacción le acarrearía, con toda seguridad, un desagradable y doloroso castigo. Rápidamente, se puso una mano en la boca, aplastándola sobre la sonrisa que intentaba nacer, y se fabricó un ataque de tos.

Ella le palmeó la espalda con fuerza suficiente para hacerle daño.

-¿Ya está mejor?

-Sí, gracias.

-¿Puedo continuar, Paul, o está planeando un ataque de estornudos? ¿Le traigo el orinal? ¿Tiene ganas de vomitar?

-No, Annie, por favor, continúe. Lo que me está contando es fascinante.

Le miró un poco calmada; pero no mucho.

-Cuando él encontraba el paracaídas bajó el asiento, era limpio. Tal vez no demasiado realista, pero limpio.

Pensó en aquello sorprendido. Nunca dejaba de asombrarle la capacidad de penetración que ella mostraba en algunas ocasiones. Y decidió que era cierto. Limpio y realista podrían ser sinónimos en el mejor de los mundos, pero éste no lo era.

[10] En el argot cinematográfico, nombre que se da a las escenas que dejan al espectador en suspense. Literalmente, colgados de un precipicio. (N del T.)

-Pero tome otro episodio -le dijo-, y eso es exactamente lo que está mal en lo que escribió ayer, Paul, así que escúcheme con atención.
-Soy todo oídos.

Le clavó una mirada penetrante para saber si le estaba tomando el pelo; pero su cara estaba seria y pálida, y parecía la de un estudiante aplicado. Se le había pasado la necesidad de reír al darse cuenta de que Annie tal vez sabía sobre el deus ex machina todo menos el nombre.

-Está bien -le dijo-. Era uno de los capítulos sin frenos. Los malos pusieron a Rocket Man, aunque ellos no sabían quién era, porque usaba su identidad secreta, en un coche que no tenía frenos y luego soldaron las puertas y echaron a rodar el automóvil por una carretera de montaña llena de curvas. Aquel día yo estaba en el borde de la butaca, se lo aseguro.

Estaba sentada en el borde de la cama, y Paul, en el otro extremo de la habitación, en su silla de ruedas. Habían pasado cinco días desde su expedición al baño y a la sala y se había recuperado de aquella experiencia más aprisa de lo que se hubiese atrevido a creer. El simple hecho de no haber sido atrapado era un estimulante maravilloso.

Ella dirigió una mirada vaga al calendario en el que un niño sonriente corría con su trineo a través de un febrero interminable.

-Así que allí estaba el pobre de Rocket Man, atrapado en aquel coche sin su equipo de lanzamiento, sin tener siquiera su casco especial con cristales reflectantes, tratando de maniobrar, de parar el coche y de abrir la puerta, todo a la vez. Puedo decirle que estaba más ocupado que un empapelador manco.

Si, Paul comprendió de pronto, y de una forma instintiva, cómo se podía exprimir una escena tan absurdamente melodramática para crear el suspense. El decorado, pasando a toda velocidad en un ángulo de inclinación alarmante. Corte al pedal del freno que se hunde sin resistencia hasta la alfombra cuando el pie del hombre (lo vio claramente calzado con un zapato de punta redonda, moda de los cuarenta) se lanza sobre él. Corte al hombro que golpea la puerta. Corte al exterior enseñándonos el trazo irregular de la soldadura donde la puerta ha sido sellada. Estúpido, por supuesto, nada literario, pero podía hacerse algo con aquello. Podían acelerarse los pulsos. No era un "Chivas Regal", era el equivalente fraccionario de un aguardiente del quinto infierno.

-Entonces uno veía que la carretera terminaba en un precipicio -le dijo- y todo el mundo sabia en el cine que si Rocket Man no conseguía salir del coche, era hombre muerto. ¡Jolín! Y allá iba el coche con Rocket Man tratando de frenar o de abrir la puerta y entonces... fue a parar al precipicio. Voló por el espacio y luego cayó. Chocó contra el acantilado, a la mitad del camino, estalló en llamas y luego rodó hasta el mar. Entonces apareció en la pantalla un mensaje final que decía: LA PRÓXIMA SEMANA, EL CAPÍTULO 11. EL DRAGÓN VUELA.

Estaba sentada en el borde de la cama con las manos apretadas, el pecho enorme subiendo y bajando rápidamente.

-Bueno -le dijo sin mirarle, con los ojos clavados en la pared-, después de eso casi no vi la película. La semana siguiente no hice más que pensar en Rocket Man. ¿Cómo podía haberse librado de aquello? No era capaz de imaginármelo. El sábado siguiente ya estaba en el cine a las doce, aunque no abrían la taquilla hasta la una y cuarto y la película empezaba a las dos. Pero, Paul..., lo que ocurrió..., usted nunca lo

adivinaría.

Paul no dijo nada, pero si que podía adivinarlo. Comprendía cómo a ella le podía gustar lo que él había escrito, a pesar de saber que no estaba bien. Saberlo y decirlo, no con la poco fiable sofisticación literaria de un editor, sino con la certeza llana e incuestionable del Lector Constante. Comprendió y se sorprendió al descubrir que sentía vergüenza. Ella tenía razón. Había hecho trampa.

-Cada nuevo episodio empezaba siempre con el final del anterior. Lo enseñaron bajando por la colina, despeñándose por el precipicio; golpeando la puerta en un loco intento de abrirla. Entonces, antes de que el coche llegase al borde, la portezuela se abrió de golpe y él salió despedido hacia la carretera. El coche cayó por el precipicio y todos los chicos empezaron a dar vítores porque Rocket Man se había salvado, pero yo no daba vítores, Paul, yo estaba furiosa. Empecé a gritar: "¡Eso no es lo que pasó la semana pasada! ¡Eso no es lo que pasó la semana pasada!"

Annie se levantó de un salto y empezó a caminar rápidamente arriba y abajo, la cabeza gacha, el pelo cayéndole sobre la cara, como un capuchón de rizos..., golpeándose la palma de la mano con el puño..., los ojos brillantes...

-Mi hermano trató de detenerme y, cómo no quise parar, me puso la mano sobre la boca para que callase. Se la mordí y seguí gritando: "¡Eso no es lo que pasó la semana pasada! ¿Sois tan estúpidos que no podéis recordarlo? ¿Os ha dado amnesia a todos?" Y mi hermano exclamó: "Estás loca, Annie." Pero yo sabía que no lo estaba. Y vino el encargado del cine y dijo que si no me callaba tendría que marcharme, y yo le respondí: "Claro que me marcho, porque eso es puro camelo, eso no es lo que pasó la semana pasada."

Miró a Paul y él vio el homicidio en sus ojos.

-La semana pasada no salió despedido. El jonino coche se fue por el precipicio con Rocket Man dentro. ¿Entiende eso?

-Sí -repuso Paul.

-¿ENTIENDE ESO?

Se lanzó de repente hacia él con aquella ferocidad de armón de artillería. Paul estaba seguro de que tenía la intención de hacerle daño como lo había hecho antes, ya que no podía pescar al pájaro sucio del guionista que de modo tan fraudulento había sacado a Rocket Man del Hudson antes de que cayese por el precipicio. Pero no se movió. En la ventana al pasado que ella acababa de abrir ante sus ojos, podía ver las semillas de su desequilibrio actual y aquello le asombraba. La injusticia que ella padecía era, a pesar de su infantilismo, inobjetivablemente real.

No lo golpeó. Lo agarró por las solapas de la bata y lo echó hacia delante hasta que sus caras casi se tocaron.

-¿LO ENTIENDE?

-Sí, Annie, sí.

Le clavó aquella mirada negra y furiosa, y debió haber visto la verdad en sus ojos, porque un momento después lo dejaba caer en la silla casi con desprecio.

Hizo una mueca, a causa del dolor espeso y demoledor. Pero, al cabo de un momento, empezó a calmarse.

-Entonces ya sabe lo que está mal -le dijo.

-Supongo que lo sé.

Pero que Dios me fulmine si encuentro el modo de arreglarlo.

Y aquella otra voz regresó en el acto: No sé si Dios te va a fulminar o si piensa salvarte, Paulie, lo único que sé es que si no consigues volver a Misery a la vida de una forma que a ella le resulte creíble, te matará.

-Entonces, hágalo -le dijo secamente, y se marchó.

3

Paul miró la máquina de escribir. Estaba allí. ¡Enes! Nunca se había dado cuenta de la cantidad de enes que entran en cualquier línea mecanografiada.

Creí que eras bueno, le dijo la máquina.

Su mente le había adjudicado una voz burlona y áspera, la voz de un pistolero adolescente en una película del Oeste, un chico decidido a labrarse rápidamente una reputación aquí en Deadwood.

No eres tan bueno. Joder, ni siquiera puedes complacer a una ex enfermera obesa y demente. A lo mejor también te rompiste en ese choque el hueso de escribir... y no se está curando.

Se echó atrás todo lo que se lo permitió la silla y cerró los ojos. Si pudiese echar la culpa al dolor, haciéndole responsable del rechazo de lo que había escrito, le resultaría más soportable; pero lo cierto era que el dolor había empezado a pasársele un poco.

Las cápsulas robadas estaban bien seguras entre el colchón y el somier. Aún no había tomado ninguna. Le bastaba saber que las tenía en reserva, una forma de seguro contra Annie. Si a ella se le metía en la cabeza darle la vuelta al colchón, las encontraría; pero era un riesgo que estaba dispuesto a afrontar.

Desde el estallido a causa del papel de escribir, no había vuelto a surgir entre ellos ningún problema. Le llevaba la medicina con regularidad y él se la tomaba. Llegó a preguntarse si ella sabía que estaba enganchado.

Vamos, Paul, estás dramatizando un poco, ¿no?

No, no dramatizaba. Hacia unas tres noches que había sacado una de las cajas de muestra mientras ella estaba en el piso de arriba y leyó todo lo que ponía en la etiqueta, aunque suponía que ya sabía cuanto necesitaba sólo con conocer el ingrediente principal del "Novril". El alivio podía llamarse "Rolaids"[11]. El "Novril" se llamaba codeína.

El hecho es que te estás curando, Paul. Bajo tus rodillas, las piernas parecen los palos que dibuja un niño de cuatro años; pero te estás curando. Ahora podrías pasar con aspirina o con "Empirin". No eres tú el que necesita "Novril". Se lo estás dando al mono...

Tendría que recortar la ingestión, tendría que saltarse algunas cápsulas. Hasta que pudiese hacerlo, ella lo tendría cogido con una cadena, además de tenerlo sentado en una silla de ruedas; una cadena hecha de cápsulas de "Novril".

Está bien, una vez si y una vez no, dejaré de tomarme una de las

[11] Conocida marca de antiácidos. (N. del T.)

dos cápsulas que me da. Me la pondré bajo la lengua cuando me trague la otra y luego la meteré bajo el colchón con el resto cuando ella se lleve el vaso. Pero ahora no. Todavía no me siento preparado para empezar. Empezaré mañana.

Escuchó en su mente la voz de la Reina Roja sermoneando a Alicia: Aquí abajo adecentamos nuestra obra ayer y planeamos adecentaría mañana, pero nunca la adecentamos hoy.

Ja, ja, Paulie, eres verdaderamente gracioso, dijo la máquina de escribir con la voz de joven pistolero duro que le había inventado.

-Nosotros los pájaros sucios nunca conseguimos ser chistosos, pero jamás dejamos de intentarlo; eso, al menos, nos lo tienes que conceder- murmuro.

Bueno, será mejor que empieces a pensar en toda esa droga que estás consumiendo, Paul. Más vale que te lo plantees muy seriamente.

De pronto, decidió que iba a empezar a quitarse algo de la medicina en cuanto lograse escribir un capitulo que le gustara a Annie, un capitulo en el que ella no encontrase trampas.

Parte de él, aquella parte que escuchaba con desagrado hasta las mejores y más justas sugerencias de los editores, protestó diciéndole que la mujer estaba loca, que no había forma de saber lo que aceptaría o rechazaría. Cualquier cosa que intentase sólo seria un disparo de mierda.

Pero otra parte, una parte mucho más sensible, no estaba de acuerdo. Él sabría reconocer lo realmente válido en cuanto lo encontrase. Y eso haría que aquella basura que le había dado a leer a Annie la noche anterior, una basura que le había costado tres días de trabajo e innumerables comienzos fallidos, pareciese una cagarruta de perro al lado de una moneda de plata. ¿No sabía acaso que eso estaba mal? No le era propio trabajar con tanta dificultad ni casi llenar la papelera con notas desordenadas o con páginas a medias que terminaban en líneas como "Misery se volvió hacia él con los ojos radiantes, los labios murmurando palabras mágicas". Imbécil de mierda, ESTO NO SALE.

Lo había achacado al dolor y al hecho de encontrarse en una situación en la que no sólo estaba escribiendo por el pan, sino por la vida. Aquellas ideas no eran más que engaños plausibles, como la convicción de que le había salido mal porque estaba haciendo trampa y lo sabia.

Bueno, te vio por dentro, mierda por sesos, le dijo la máquina de escribir con su voz desagradable e insolente. ¿No es cierto? ¿Y qué vas a hacer ahora?

No lo sabía, pero suponía que tendría que hacer algo y rápido. No le había importado el mal humor que ella mostró aquella mañana. Suponía que podía considerarse afortunado porque no le hubiese vuelto a romper las piernas con un bate de béisbol, o le hubiese hecho la manicura con ácido de batería o algo parecido para indicarle su desagrado por la forma en que él había empezado su libro. Esas respuestas críticas eran siempre posibles teniendo en cuenta la visión única del mundo que Annie tenía. Si salía de esto con vida, tal vez le enviara unas líneas a Cristopher Hale, critico literario del New York Times. La nota pondría: "Cada vez que me llamaba el editor para decirme que usted pensaba reseñar uno de mis libros, las rodillas me temblaban. Me dedicó algunas buenas, Chris, viejo amigo; pero también me torpedeó más de una vez, como bien sabe. De todos modos, sólo quiero decirle que siga adelante y que le salga de lo peor.

He descubierto una nueva modalidad crítica, amigo mío. Podríamos llamarla la escuela de pensamiento Barbacoa de Colorado y Cubo de Fregar. Hace que las cosas que ustedes escriben parezcan tan temibles como una vuelta en el tiovivo de Central Park."

Esto es muy divertido, Paul. Escribirle cartitas de amor a los críticos con la imaginación, sirve para provocar risitas, pero deberías empezar a poner el puchero en el fuego. ¿No te parece?

Sí. Desde luego que sí.

Allí estaba la máquina de escribir, sonriéndole con afectación.

-Te odio -le dijo Paul, molesto, y se puso a mirar por la ventana.

4

La tormenta de nieve que comenzó el día siguiente de la expedición de Paul al baño, había durado dos días. Se amontonó casi medio metro. Y cuando el sol volvió a asomarse entre las nubes, el "Cherokee" de Annie era sólo un vagó montículo en el camino de entrada.

Ahora, sin embargó, el sol salía otra vez y el cielo brillaba de nuevo. Ese sol tenía calor, además de brillo. Podía sentirlo en su cara y en sus manos. Los carámbanos del establo estaban goteando otra vez. Pensó un poco en su coche bajó la nieve, y entonces cogió una hoja de papel y la metió en la "Royal". Escribió las palabras El retorno de Misery en el ángulo superior izquierdo, el número uno el derecho. Hizo correr el carro y pasó cuatro o cinco espacios, lo centró y escribió: "Capitulo 1." Pulsó las teclas con más fuerza de la necesaria para que ella pudiese escuchar que al menos estaba escribiendo algo.

Allí estaba ahora todo ese espacio en blanco, como un montón de nieve en el que podría caer y morir, ahogado en el hielo.

África.

Siempre que juegues limpio.

El pájaro vino de África.

Había un paracaídas debajo de su asiento.

Ahora tengo que aclarar.

Se estaba adormeciendo y sabía que no debía hacerlo. Si ella entraba y lo encontraba durmiendo, en lugar de escribiendo, se pondría furiosa. A pesar de ello, se abandonó. No sólo estaba dormitando. De una manera extraña, estaba pensando. Mirando. Buscando.

¿Buscando qué, Paulie?

Pero aquello era evidente. El avión se estaba precipitando en picado. Él estaba buscando el paracaídas bajó el asiento. ¿Está bien así?

¿Es lo suficientemente limpio?

Lo suficientemente limpio. Cuando encontró el paracaídas bajo el asiento, era limpio. Tal vez no demasiado realista; pero limpio.

Durante un par de veranos su madre lo había enviado al Centro Comunal de Malden. Allí habían jugado este juego... Se sentaban en un circulo y el juego era como los episodios de Annie..., y él siempre ganaba... ¿Cómo se llamaba ese juego?

Podía ver a quince o veinte chiquillos sentados en circulo en un

rincón sombreado del patio, todos con camisetas del Centro Comunal de Malden, y escuchando con atención al celador, que les explicaba cómo jugar. ¿Puedes? El nombre del juego era "¿Puedes?" y en realidad venia a ser como los cliff-hangers del Republic. El juego que jugabas entonces era "¿Puedes?", Paulie, ése es el nombre del juego que estás jugando ahora. ¿No es así?

Sí, suponía que sí.

En "¿Puedes?", el monitor empezaba una historia sobre un tío llamado Careless Corrigan. Careless estaba perdido en una selva virgen de Sudamérica. De repente mira alrededor y ve que hay leones tras él..., leones a ambos lados..., y, por Dios, leones delante de él. Careless Corrigan está rodeado de leones..., que empiezan a acercarse. Sólo son las cinco de la tarde, pero eso no representa problema alguno para aquellos gatitos. Esa mierda de "cena a las ocho" no es más que una gilipollez para los leones de Sudamérica.

El monitor tenía un cronómetro de plata, y la mente adormecida de Paul Sheldon lo vio con radiante claridad a pesar de que hacía más de treinta años que había tenido en sus manos su honesto peso. Podía ver la fina lámina de cobre de los números con la pequeña aguja que registraba décimas de segundo en la parte de abajo; podía ver la marca impresa en letras minúsculas: "Annex."

El monitor miraba alrededor del círculo y escogía a uno de los chicos. "Daniel -decía-, "¿puedes?"". En el momento en que la palabra salía de sus labios, el consejero apretaba el cronómetro poniéndolo en movimiento.

Daniel tenía entonces diez segundos para seguir con la historia. Si no empezaba a hablar durante esos diez segundos, tenía que dejar el círculo. Pero si conseguía librar a Careless de los leones, el monitor volvía a mirar al círculo y hacia la segunda pregunta del juego, una que hacía que su situación actual volviese a su mente con toda claridad. Esa pregunta era: "¿Lo consiguió?"

Las reglas de aquella parte del juego coincidían exactamente con las de Annie. No era necesario el realismo. La honestidad, sí. Daniel podía decir, por ejemplo: "Afortunadamente, Careless tenía un 'Winchester" y muchas municiones, así que disparó contra tres leones y los demás huyeron." En un caso así, Daniel lo había conseguido. Cogía el cronómetro y seguía con la historia terminando su segmento con Careless atrapado hasta la cintura en arena movediza o algo así y entonces le preguntaba a otro si podía, y apretaba el botón del cronómetro.

Pero diez segundos era poco tiempo, resultaba fácil liarse... y hacer trampa. El chico siguiente podía decir algo cómo: "Justo en ese momento un pájaro muy grande, un buitre de los Andes, creo, bajó volando. Careless se agarró a su cuello e hizo que lo sacara de la arena movediza."

Cuando el monitor preguntaba "¿Lo consiguió?", levantabas la mano si creías que sí o la dejabas abajo si creías que la había pifiado. En el caso del buitre andino, lo más seguro era que al chico lo invitasen a dejar el círculo.

¿Puedes tú, Paul?

Sí. Es así como sobrevivo, Es así como he llegado a mantener casas en Nueva York y en Los Ángeles y más hierro rodante del que hay en algunos parques de coches usados, Porque puedo y no es algo por lo que

tenga que disculparme, maldición, Hay montones de tíos que escriben mejor prosa que yo y que entienden mejor lo que es la gente en realidad y el supuesto significado de la Humanidad, demonios, ya lo sé. Pero cuando el monitor pregunta ¿lo consiguió? sobre esos tíos, algunas veces sólo levantan la mano por ellos unos pocos. En cambio, por mi se levantan muchas manos,,,, o por Misery..., pues al final creo que los dos somos iguales. ¿Lo conseguí? Sí. Apuesta lo que sea, Hay en este mundo un millón de cosas que no sé hacer. No puedo batear una pelota, ni siquiera podía en la secundaria. No puedo arreglar un grifo que gotea. No puedo patinar ni dar un acorde de fa en la guitarra que no suene a mierda. Dos veces he intentado el matrimonio y en ninguna lo conseguí. Pero si quiere usted que le saque de su círculo, que le asuste, que lo seduzca con una historia, que le haga llorar o sonreír, eso si que puedo. Puedo traerlo y llevarlo hasta que grite basta. Soy capaz de hacerlo.
PUEDO.

La insolente voz de joven pistolero de la máquina de escribir susurró en este sueño que cada vez se hacía más profundo.

Lo que tenemos aquí amigos, es mucho de dos cosas, grandilocuencia y espacio en blanco.
¿Puedes?
¡Sí! ¡Sí!
¿Lo consiguió?

No, Hizo trampas. En El hijo de Misery, el doctor no fue a la casa, Tal vez todos ustedes olvidaron lo que pasó la semana pasada. Pero un ídolo de piedra nunca olvida. Paul debe salir del circulo, Perdónenme, por favor. Ahora tengo que aclarar. Ahora tengo que...

5

-Aclarar -murmuró, deslizándose hacia la derecha. El movimiento le torció la pierna izquierda y el rayo de dolor en su rodilla aplastada bastó para despertarle. Apenas habían pasado cinco minutos. Oía a Annie en la cocina lavando los platos. Generalmente cantaba mientras realizaba sus mareas. Hoy no estaba cantando; sólo se oía el ruido de los platos y el murmullo ocasional del agua con que los aclaraba. Otra mala señal. Parte meteorológico de urgencia para los residentes del Condado de Sheldon, Aviso de tormenta que durará hasta las cinco de la tarde; repito, aviso de tormenta.

Pero ya era hora de dejarse de juegos y ponerse a trabajar. Ella quería que Misery regresara de entre los muertos; pero tenía que ser limpio. No necesariamente realista, sólo limpio. Si conseguía hacerlo esa mañana, tal vez podría evitar la depresión que sentía próxima antes de que pudiese empezar de verdad.

Miró por la ventana, la barbilla en la palma de la mano. Ahora estaba completamente despierto, pensando rápida e intensamente; pero sin percatarse del proceso. Las dos o tres capas superiores de su conciencia, esa parte de su mente que se ocupaba de asuntos como la última vez que se había lavado la cabeza o si Annie vendría o no a tiempo con su siguiente ración de droga, parecía haberse ausentado por completo de la escena,

como si se hubiese alejado sigilosa a buscar un poco de salchichón, d centeno o de algo semejante. Recibía mensajes sensoriales; pero no estaba haciendo nada con ellos, ni veía lo que estaba viendo ni escuchaba lo que estaba oyendo.

Otra parte de él intentaba rabiosamente invocar ideas, las rechazaba, las combinaba, rehusaba las combinaciones. Sentía lo que estaba ocurriendo, pero no tenía contacto directo con ello, ni lo deseaba. Allá abajo, en los talleres, estaba todo muy sucio.

Comprendió que lo que estaba haciendo ahora era TRATAR DE TENER UNA
IDEA. Y tratar de tener una idea no es lo mismo que TENER UNA IDEA. Tener una idea era un modo más humilde de decir: Estoy hacia la mitad de Automóviles veloces, Tony había matado al teniente Gray cuando intentó ponerle las esposas en un cine de Times Square. Paul quería que Tony quedase impune tras el asesinato, al menos por un tiempo, porque no podía haber tercer acto si Tony estaba a la sombra. A pesar de ello, Tony no podía dejar a Gray sentado en el cine con el mango de una navaja sobresaliéndole de la axila izquierda, porque al menos tres personas sabían que Gray había ido a buscar a Tony.

El problema era cómo disponer del cuerpo, y Paul no hallaba el modo de resolverlo. Era un atasco. Era un juego. Era que Careless acaba de matar a ese tío en un cine de Times Square y ahora tiene que meter el cuerpo en su coche sin que nadie le diga: "Eh, señor, ¿está ese hombre tan muerto como parece, o sólo ha sufrido un ligero ataque?" Si logra meter el cuerpo de Gray en el coche, puede llevarlo a Queens y tirarlo en un edificio abandonado que conoce. ¿Paulie? ¿Puedes?

No tenía un tiempo límite de diez segundos, por supuesto, no tenía un contrato por el libro, lo había escrito a ver qué salía y no tenía que preocuparse, por lo tanto, de fechas de entrega. Sin embargo, siempre había una fecha límite, un tiempo más allá del cual había que dejar el círculo, y la mayoría de los escritores lo sabían. Si un libro se quedaba atascado demasiado tiempo, empezaba a degenerar, a caerse en pedazos, todos los pequeños trucos e ilusiones se notaban.

Se había ido a dar un paseo sin pensar en nada, por encima de su mente, lo mismo que ahora. Había caminado más de cuatro kilómetros antes de que alguien le enviase una luz desde el taller de abajo:
Inspirado. ¡Eureka! ¡Mi musa ha hablado!

La idea de Automóviles veloces le había llegado un día en la ciudad de Nueva York. Había salido sin otra cosa en la mente que comprar un video para su casa de la Calle 83.

Al pasar por un parking, vio a un empleado tratando de abrir un coche con un punzón. Eso fue todo. No sabia si aquello era licito o no y tres o cuatro manzanas más allá dejó de importarle. El empleado se había convertido en Tony Bonasaro. De Tony ya lo sabía todo menos el nombre, que luego sacó de la guía telefónica. La mitad de la historia ya estaba hecha en su mente, y las restantes piezas iban encajando rápidamente en su sitio. Se sentía excitado, feliz, casi borracho. La musa había llegado, tan bienvenida cómo un cheque inesperado en el correo. Había salido a comprar un video y había conseguido en cambio algo mucho mejor.
Había TENIDO UNA IDEA.

Ese otro proceso, TRATAR DE TENER UNA IDEA, no era en modo alguno tan elevado ni tan exaltante, pero si era igual de misterioso..., e igual

de necesario. Porque cuando uno escribía una novela, casi siempre se atascaba en alguna parte y no tenía sentido esforzarse por continuar hasta que TUVIESE UNA IDEA.

Cuando necesitaba tener una idea, su procedimiento habitual era ponerse el abrigo y salir a dar un paseo. Si no necesitaba la idea, se llevaba un libro. Reconocía que el paseo constituía en sí mismo un buen ejercicio, pero era aburrido. El libro se hacía imprescindible si no tenía a nadie con quien hablar mientras caminaba. Pero si lo que necesitaba era que le viniera una idea, el aburrimiento podía tener en una novela empezada el mismo efecto que la quimioterapia en un paciente de cáncer.

Imagina que provoca un fuego en el cine.

Eso parecía utilizable. No tenía sensación alguna de vértigo ni verdadero sentimiento de inspiración. Se sentía cómo un carpintero mirando un trozo de madera que podía servirle para su trabajo.

Podía provocar un fuego en el relleno de la butaca de al lado. ¿Qué tal? Las malditas butacas de esos cines siempre están desgarradas. Y habría humo, mucho humo. Podía tratar de quedarse todo el tiempo posible y arrastrar luego a Gray con él. Podía hacer pasar a Gray por una víctima del fuego intoxicada con el humo. ¿Qué te parece?

Le había parecido bien. No genial, aún quedaban detalles por desarrollar, pero parecía bien. Había TENIDO UNA IDEA. El trabajo podía continuar.

Nunca había necesitado TENER UNA IDEA para empezar un libro, pero instintivamente comprendía que podía hacerse.

Estaba sentado en la silla, silencioso, con la barbilla en la mano mirando al establo. Si hubiese podido caminar, ya estaría allá fuera, Se hallaba sentado, silencioso, casi adormecido, esperando que ocurriese algo, sin darse cuenta de nada, excepto de que estaban ocurriendo cosas allá abajo, que edificios enteros de fantasía se estaban erigiendo, juzgando, condenando y demoliendo en un abrir y cerrar de ojos. Pasaron diez minutos. Quince. Ahora ella estaba pasando la aspiradora en la sala. Pero aún no cantaba. La oiría si lo hiciera. Esa otra cosa, un sonido inconexo que se introducía en su cabeza y volvía a salir como el agua corriendo a través de una tubería.

Al fin, los chicos de allá abajo le lanzaron una luz, como hacían siempre tarde o temprano. Pobres microbios de allá abajo, nunca paraban de reventarse las pelotas y él no les envidiaba ni un poquito.

Paul empezaba a TENER UNA IDEA. Su conciencia regresó. HA LLEGADO

EL MÉDICO. Y cogió la idea como quien coge una carta de la ranura de la puerta destinada a la correspondencia (o, en este caso, del suelo). Empezó a examinarla. Casi la rechazó. ¿Qué fue eso? ¿Un tenue gruñido desde el taller de allá abajo? La reconsideró, decidió que la mitad podía aprovecharse.

Una segunda luz, más radiante que la primera.

Paul empezó a tamborilear los dedos en el marco de la ventana, con inquietud.

Alrededor de las once, empezó a escribir a máquina. Al principio iba muy despacio, tecleos esporádicos seguidos de pausas, algunas hasta de quince segundos. Era como un archipiélago visto desde el aire, una cadena de montecillos bajos, separados por grandes extensiones azules.

Poco a poco, los espacios de silencio empezaron a acortarse y había ya ocasionales estallidos de tecleo. En la máquina eléctrica de Paul hubiesen sonado a Morse, pero el ruido de la "Royal" era más espeso, activamente desagradable.

Por unos momentos, no escuchó la voz de Ducky Daddles de la máquina. Al llegar al final de la primera página, se estaba calentando. Cuando terminó la segunda, iba a toda marcha.

Al cabo de un rato, Annie apagó la aspiradora y se quedó mirándolo desde la puerta. Paul ignoraba que se hallase allí.

Ni siquiera sabía que estaba él. Al fin había escapado. Se encontraba en el patio de la iglesia de Little Dunthorpe respirando el aire húmedo de la noche, oliendo a musgo, a tierra y a niebla. Oyó el reloj de la torre del templo presbiteriano dando las dos y lo metió en la historia sin perder ni una campanada. Cuando era muy bueno, podía ver a través del papel, ahora podía.

Annie le observó durante largo rato. Se fue al cabo de un momento. Su marcha, sus andares eran pesados; pero Paul no se enteró.

Trabajó hasta las tres de la tarde, y a las ocho le pidió que le ayudase a volver a la silla. Escribió otras tres horas, aunque a las diez de la noche el dolor había empezado a ponerse bastante feo. Annie entró a las once. Él le solicitó otro cuarto de hora.

-No, Paul, ya es suficiente. Está blanco como la sal.

Lo metió en la cama y, al cabo de tres minutos, se sumió en el sueño. Durmió toda la noche por primera vez desde que había salido de la nube gris, y también por primera vez no tuvo sueños extraños.

Había estado soñando despierto.

6

EL RETORNO DE MISERY
Por Paul Sheldon
Para Annie Wilkes

CAPÍTULO 1

Por un momento, Geoffrey no supo con seguridad quién era el viejo que estaba en la puerta, y no sólo porque la campana le hubiese despertado de un adormecimiento cada vez más profundo. Lo más irritante de vivir en un pueblo, pensó, era que no había tanta gente como para que alguien resultase un perfecto extraño; sin embargo había la suficiente como para no reconocer de inmediato a algunos de los aldeanos. A veces, sólo había que seguir la pista a los parecidos de familia, los cuales no excluían, por supuesto, la insólita, pero nunca imposible coincidencia de los bastardos.

Por lo general esos momentos podían controlarse, a pesar de que, uno se sintiese próximo a la senilidad, mientras trataba de mantener una conversación cualquiera con una persona cuyo nombre sabía; pero no recordaba. Las cosas llegaban a alcanzar dimensiones cósmicas del apuro

cuando dos de esas caras familiares llegaban al mismo tiempo y uno sentía la obligación de hacer las presentaciones. .

-Espero no molestarle, señor -dijo el visitante, al tiempo que retorcía en sus manos con inquietud una gorra de tela barata; bajo la luz de una lámpara que Geoffrey alzaba en su meno, su cara aparecía arrugada, amarilla y con una expresión terrible de preocupación, que hasta podía ser miedo-. Es sólo que no quería ir a la casa del doctor Bookings, ni quería molestar a su señoría, Al menos hasta que hubiese hablado con usted, si entiende lo que quiero decir, señor.

Geoffrey no lo entendía, pero supo de repente quién era ese visitante tardío. La mención del doctor Bookings, el ministro anglicano, lo había conseguido. Tres días antes, el doctor Bookings había llevado a cabo los últimos ritos por Misery, en el patio de la iglesia, tras la rectoría. Y ese hombre había estado allí, pero considerablemente apartado, donde menos pudiese notarse su presencia.

Su nombre era Colter, uno de los sacristanes, El visitante habló con renuencia.

-Son los ruidos, señor, Los ruidos en el patio de la iglesia. Su señoría no puede descansar tranquilo, señor y me temo. Me...

Geoffrey sintió como si le hubieran dado un puñetazo en pleno vientre. Tragó una bocanada de aire y un dolor caliente le pinchó el costado donde las costillas le habían sido firmemente vendadas por el doctor Shinebone, cuyo diagnóstico pesimista había sido que Geoffrey sufriría una pulmonía después de haber estado toda la noche tirado bajo la lluvia helada en aquella acequia, No obstante habían pasado tres días y no se había producido ningún acceso de tos ni de fiebre. Él sabia que no se produciría. Dios no libraba tan fácilmente a los culpables. Creía que Dios le permitiría vivir para perpetuar por largo tiempo la memoria de su pobre amada perdida.

-¿Está usted bien señor? -preguntó Colter-. Supe que la otra noche se dio usted un buen trompazo. -Hizo una pausa-. La noche en que ella murió.

-Estoy bien -repuso Geoffrey lentamente-, Colter, esos ruidos que dice que escucha... sabe que sólo son producto de su imaginación, ¿no?
Colter pareció sobresaltarse.

-¿Imaginación? -preguntó-. ¡Señor! ¿Va a decirme usted que no cree en Jesucristo ni en la vida eterna? ¿No vio Duncan Fromsley al viejo Patterson dos días después de su funeral brillando tan blanco como un fuego fatuo?

Probablemente -pensó Geoffrey-, el fuego fatuo salió de la última botella del viejo Fromsley.

-¿Y no ha visto la mitad de esta maldita ciudad-continuó.- a ese viejo monje papista que camina por las almenas de Ridgehead Manor? Hasta enviaron a un par de señoras de la maldita Sociedad Psíquica de Londres para investigarlo.

Geoffrey sabia de qué señoras estaba hablando Colter, un par de brujas histéricas que probablemente sufrían los ciclos alternativos de calma y tormenta propios del climaterio, ambas tan estúpidas como un puzzle infantil de los de "Dibújalo y di su nombre".

-Los fantasmas son tan reales como usted y como yo, señor -decía Colter muy serio.

No me importa su existencia, pero esos ruidos son tan fantasmales

que ni siquiera me gusta acercarme al patio de la iglesia, y tengo que cavar una tumba mañana para el pequeño de los Roydma. He de hacerlo.

Geoffrey rezó pidiendo paciencia, El deseo de rugirle a aquel pobre sepulturero era casi insuperable. Estaba dormitando pacíficamente frente al fuego, con un libro en el regazo, cuando llegó Colter y lo despertó... Cada vez se estaba despertando más y con cada segundo sentía cómo hurgaba en el más profundamente ese dolor sordo, la conciencia de que su amada ya no estaba. Llevaba tres días en la tumba... pronto pasará una semana... un mes... un año... diez... El dolor, pensó, se asemeja a una roca en la orilla de la playa. Mientras se está dormido, es como si hubiese subido la marea, y hay algún alivio, Pero, al despertar, la marea empezaba a bajar y pronto la roca volvía a hacerse visible, una cosa incrustada de percebes, de evidente realismo, una cosa que estaría allí para siempre o hasta que Dios decidiese barrerla con las olas.

Ese estúpido se atrevía a llegar hablando de fantasmas.

Pero la cara del hombre se veía tan desencajada que Geoffrey se dominó.

-La señorita Misery, señoría, era muy amada -dijo Geoffrey con toda calma.

-Sí señor, sí lo era -concedió Colter con fervor.

Cambió la custodia de su gorra a la mano izquierda y con la derecha sacó del bolsillo un enorme pañuelo rojo. Se sonó con gran fuerza mientras sus ojos aparecían aguados.

-Todos sufrimos su tránsito. Las manos de Geoffrey se le fueron a la camisa y frotaron con inquietud la pesada venda que llevaba debajo.

-Sí señor, lo sufrimos, lo sufrimos. -Las palabras de Colter estaban envueltas en su pañuelo, pero Geoffrey podía verle los ojos; el hombre estaba llorando con honestidad, y el último residuo de ira egoísta se le disolvió en la compasión-. Era muy buena, señor, una gran dama, y es horrible ver cómo se lo ha tomado su señoría.

-Sí, era estupenda -dijo Geoffrey suavemente y notó consternado que sus lágrimas estaban también muy cerca, como los nubarrones que amenazaban las últimas tardes del verano-. Y algunas veces, Colter, cuando alguien especialmente bueno fallece, alguien muy querido para nosotros, nos cuesta mucho dejar que se marche. Así que imaginamos que no se ha marchado. ¿Me entiende?

-Sí, señor -dijo, Colter ansioso. ¡Pero esos ruidos, señor, si los oyera!

En tono paciente, Geoffrey preguntó:

-¿Qué clase de ruidos?

Creyó que Colter iba a describir sonidos que podrían no ser otra cosa que el viento en los árboles, amplificados por su imaginación; o tal vez un tejón bajando al arroyo de Little Dunthorpe que corría tas el patio de la iglesia. Así que apenas estaba preparado cuando Colter murmuró con voz de espanto:

-Sonidos de arañazos, señor, suena como si ella aún estuviese viva allá abajo tratando de abrirse camino con las uñas hasta la tierra de los vivos, eso parece.

CAPITULO 2

Quince minutos después, otra vez solo, Geoffrey se acercó al aparador del comedor. Iba tambaleándose de un lado a otro como un hombre que estuviese cruzando la cubierta de proa de un barco en una tempestad. Él creía realmente que la fiebre que el doctor Shinebone le había vaticinado casi con alegría, le había sobrevenido, y con creces; pero no era la fiebre lo que había puesto rosas salvajes en sus mejillas y vuelto al mismo tiempo del color de la cera; no era la fiebre lo que hacía temblar sus manos hasta el punto de dejar caer la jarra de coñac al sacarlo del aparador.

Si había una posibilidad, por remota que fuese, de que la monstruosa idea que Colter le había metido en la cabeza fuese cierta, entonces no podía estar demorándose allí. Pero presentía que, sin un trago, iba a caerse desmayado.

Geoffrey Alliburton hizo entonces algo que nunca antes había hecho y que jamás haría después.

Luego se echó atrás y murmuró:

-Ya veremos qué significa esto, por todos los cielos. Y si me lanzo en esta misión demente sólo para descubrir al final que no hay nada más sólo para descubrir al final que no hay nada más que la imaginación de un viejo sepulturero, me pondré los lóbulos de las orejas de Colter en la cadena de mi reloj, por mucho que haya querido a Misery.

CAPITULO 3

Cogió el coche y condujo bajo un cielo misterioso que aún no se había oscurecido del todo y en el que una luna en cuarto creciente asomaba y desaparecía entre los cúmulos de nubes que corrían por el cielo. Se había detenido a echarse encima la primera cosa que encontró a mano en el armario de la planta baja y que resultó ser un batín marrón oscuro, cuyos faldones volaban tras él mientras fustigaba a Mary, pues a la vieja yegua no le gustaba la velocidad que él exigía. A Geoffrey tampoco le gustaba el dolor lacerante de su hombro y de su costado..., pero no podía evitarlo.

¡Ruido de arañazos, señor! Suena como si ella estuviese viva allá abajo tratando de abrirse camino con las uñas hasta la tierra de los vivos.

Esto solo no hubiese bastado para ponerle en ese estado de terror; pero recordó haber llegado Calthorpe Manor al día siguiente de la muerte de Misery. Ian y él se habían mirado y Ian había tratado de sonreír, a pesar de que sus ojos brillaban con las lágrimas que no habían derramado.

-Sería más fácil -había dicho Ian- si ella hubiese parecido... más muerta. Ya sé que eso suena a...

-Tonterías -había dicho Geoffrey tratando de sonreír-, el hombre de pompas fúnebres puso seguramente en juego todas sus artes.

-¡Pompas fúnebres! -Ian casi gritó y Geoffrey entendió por primera vez que su amigo estaba al borde de la locura-. ¡Hombre de pompas fúnebres! ¡No llamé a ningún director de pompas fúnebres ni permitiré que venga nadie a pintar a mi amada como si fuera una muñeca!

-¡Ian! Querido amigo, verdaderamente, no deberías... -Geoffrey había hecho un gesto como para darle una palmada en el hombro y, de algún modo eso se había convertido en un abrazo. Los dos hombres cayeron uno

en brazos del otro como niños cansados, mientras en otro lugar, el hijo de Misery, que aún carecía de nombre, despertó y empezó a llorar, Mrs. Ramage, cuyo bondadoso corazón estaba destrozado, empezó a cantar una nana con voz rota y llena de lágrimas.

En aquel momento, profundamente preocupado por la cordura de Ian apenas le había dado importancia a lo que había dicho preocupándose más por el modo de decirlo. Pero ahora, mientras fustigaba a Mary hacia Little Dunthorpe, a pesar de que el dolor se hacía cada vez más intenso, las palabras volvían a obsesionarle a la luz del relato de Colter: Si hubiese parecido más muerta.

Y eso no era todo. Aquella tarde mientras las gentes de la aldea subían hasta Calthorpe Hill para presentar sus respetos al señor que estaba de duelo, Shinebone regresó. Se veía cansado y algo enfermo, lo que no era sorprendente en un hombre que decía haber estrechado la mano a Lord Wellington, el mismísimo Par, cuando él (Shinebone, o Wellington) era un niño. Geoffrey pensaba que la historia de Lord Wellington era probablemente, una exageración; de niños, había atendido a Geoffrey durante todas sus enfermedades infantiles y Shinny le había parecido, ya entonces, un hombre viejo. Pero el ojo infantil tiende a ver como anciano a cualquiera que sobrepase los veinticinco años, y creía que Shinny debía rondar los setenta y cinco.

Era viejo... había tenido unas últimas veinticuatro horas frenéticas y terribles... ¿Y no podía un hombre viejo y cansado cometer un error?

¿Un error terrible e innombrable?

Era este pensamiento, más que ningún otro, el que había hecho salir en esa noche fría y ventosa bajo una luna que aparecía y desaparecía entre las nubes.

¿Podía haber cometido un error así? Una parte de él, una parte pusilánime y cobarde que prefería el riesgo de perder a Misery para siempre antes que enfrentarse a los inevitables resultados de algo así?, lo negaba. Pero cuando Shinny llegó...

Geoffrey estaba sentado junto a Ian; y según los dos habían rescatado a Misery de las mazmorras del palacio de Leroux, el loco bizco de francés; escapando en una carreta de heno. En un momento crítico, Misery había distraído a uno de los guardas sacando de la carreta una hermosa pierna desnuda y moviéndola delicadamente. Geoffrey giraba a su vez en torno a sus propios recuerdos de la aventura, totalmente a merced de un dolor que ahora maldecía porque para él, y suponía que también para Ian era como si, Shinny no estuviese allí.

¿No había parecido extrañamente distante, extrañamente preocupado? ¿Era sólo cansancio o había algo más... alguna sospecha...?

No, seguramente no, protestaba su mente con inquietud. El carruaje volaba por Calthorpe Hill. La casa solariega estaba a oscuras; pero... ¡qué bien!... aún había una luz en la casita de Mrs. Ramage.

-¡Arre, Mary! -gritó fustigándola con el látigo y haciendo una mueca de dolor-, Un poco más y podrás descansar.

¡¡Seguramente no será lo que piensas!!

Pero Shinny le había examinado las costillas rotas y el hombro dislocado de un modo completamente superficial y apenas le había dirigido la palabra a Ian, sin tener en cuenta su profundo dolor y sus gritos incoherentes. No, después de una visita que ahora parecía haberse

limitado estrictamente al tiempo que exigía el más mínimo respeto a los convencionalismos sociales, Shinny había preguntado bajito: "¿Está...?"
-Sí, en la sala -había respondido Ian.

-Mi pobre amor descansa en la sala, Dale un beso de mi parte, Shinny, dígale que pronto me encontraré con ella. -Ian había prorrumpido otra vez en lágrimas y después de murmurar unas palabras de condolencia que apenas se escucharon, Shinny pasó al salón. Ahora le parecía a Geoffrey que el que el viejo huesudo estuvo allí demasiado tiempo... o tal vez un recuerdo fallido. Paro, al salir, parecía contento y eso si que no era un recuerdo fallido, de eso estaba seguro. Aquella explosión estaba demasiado fuera de lugar en una habitación de dolor y lágrimas, en la que Mrs. Ramage ya había colgado las negras cortinas fúnebres.

Geoffrey había seguido al viejo doctor hasta la cocina, hablándole allí con cierta renuencia. Le dijo que Ian parecía bastante enfermo y que esperaba le recetase polvos para dormir.
Shinny, sin embargo, se mostraba muy distraído.

-No se parece en nada a lo de misa Evelyn -declaró Hyde-. Me he cerciorado.

Y se había vuelto a su calesa sin responder siquiera a la petición de Geoffrey, el cual volvió a entrar olvidando enseguida el extraño comentario del médico, achacando su conducta a la vejez, al cansancio y al dolor que, a su modo, sufría. Sus pensamientos habían vuelto otra vez a Ian y había decidido que, sin polvos para dormir, simplemente tendría que echarle whisky en la garganta hasta que el pobre perdiese el conocimiento.
Olvidar... rechazar.
Hasta ahora.
O se parece en nada a lo de miss Evelyn-Hyde. Me he cerciorado.
¿De qué?

Geoffrey no lo sabia, pero tenía la intención de averiguarlo costase lo que costase a su cordura. Y sabia que el precio podía resultarle muy elevado.

CAPITULO 4

Aunque ya pasaban dos horas de su horario habitual, Mrs. Ramage aún no se había acostado cuando Geoffrey empezó a golpear la puerta de la casita. Desde la muerte de Misery, posponía cada vez más la hora de meterse en la cama. Ya que no podía evitar las vueltas y sacudidas del insomnio, retrasaba al menos su comienzo.

A pesar de que era más sensata y práctica de las mujeres, la súbita explosión de los golpes en su puerta le arrancó un grito y se escaldó con la leche caliente que en ese momento vertía a un tazón. Últimamente tenía los nervios a flor de piel y se hallaba siempre a punto de gritar. Esa sensación no era dolor, aunque el dolor la abrumaba, sino un sentimiento extraño y tormentoso, que recordaba haber experimentado nunca. Algunas veces le parecía que ciertos pensamientos, los cuales eran mejores no identificar, giraba en torno suyo, apenas un poco más allí del alcance de su mente cansada e invadida de amarga tristeza.

-¿Quién llama a las diez? -gritó a la puerta-. Sea quien sea, no le agradezco la quemadura que me he hecho por su culpa.

-¡Soy Geoffrey, Mrs, Ramage! ¡Geoffrey Alliburton! ¡Abra la puerta, por el amor de Dios¡

La anciana se quedó con la boca abierta, y ya iba a abrir cuando recordó que estaba en camisón y con el gorro de dormir. Nunca había oído a Geoffrey chillar de aquella manera; y si alguien se lo hubiese contado, no lo habría creído. Si había una persona e Inglaterra con un corazón valiente como su amado Milord, era Geoffrey. Sin embargo, su voz temblaba como la de una mujer a punto de un ataque de histeria.

-Un momento, Mr. Geoffrey, estoy a medio vestir.

-¡Al demonio! -gritó Geoffrey-. ¡No me importa que esté en cueros, Mrs. Ramage! ¡Abra esta puerta¡ ¡Ábrala en nombre de Dios¡

Esperó sólo un segundo. Fue a la puerta y la desatrancó. La apariencia de Geoffrey hizo más que espantarla y en alguna parte de su mente volvió a escuchar confuso trueno de negros pensamientos.

Estaba en el umbral, en una extraña postura torcida, como si la espina dorsal se le hubiese deformado tras largos años de buhonero, cargando un saco, la mano derecha se hallaba apretada entre el brazo y el costado izquierdo. Tenía el pelo enmarañado. Los ojos oscuros ardían en su rostro pálido, Su indumentaria era sorprendente para un hombre tan cuidadoso, que algunos lo tenían por dandy. Llevaba un viejo batín con el cinturón sesgado, una camisa blanca con el cuello abierto y un par de burdos pantalones de estrameña que se hubieran encontrado mejor en las piernas de un jardinero ambulante, que en las del hombre más rico de Little Dunthorpe. En los pies llevaba un par de zapatillas viejas.

La vieja ama de llaves que tampoco iba vestida para un baile en la corte con su largo camisón blanco y su gorro de dormir de almizclera con las cintas sin atar colgándole en la cara como las orlas de una lámpara, se quedó mirándolo con creciente preocupación. Geoffrey había vuelto a hacerse daño en las costillas que se había roto tres noches atrás al salir en busca del médico, eso era evidente, pero era sólo el dolor lo que hacia brillar sus ojos sobre la palidez de su cara. Era un terror a duras penas controlado.

-¡Mr. Geoffrey! ¿Qué...?

-No me hagas preguntas -la interrumpió con brusquedad-. Todavía no... Primero responda a lo que voy a preguntarle yo.

-¿Qué quiere preguntarme? -Estaba realmente asustada, y las manos apretadas sobre el pecho.

-¿Significa algo para usted el nombre de Mrs. Evelyn-Hyde?

De repente supo la razón de aquella terrible sensación tormentosa que la sacudía por dentro desde la noche del sábado. Ese pensamiento horrendo, ya debía haber cruzado su mente siendo rechazado, puesto que ahora no necesitaba ninguna explicación. El nombre de la infortunada Charlotte Evelyn-Hyde de Storping-on-Firkill, el pueblo al oeste de Little Dunthorpe, bastó para arrancarle un grito.

-¡Por todos los santos! ¡Por Dios sagrado¡ ¿La han enterrado viva? ¿Han enterrado viva a mi adorada Misery?

Y ahora, antes de que Geoffrey pudiese contestarle, le llegó a Mrs. Ramage el turno de hacer algo que, hasta aquella noche había hecho y que jamás volvería a hacer después; se desmayó.

CAPITULO 5

Geoffrey no tenía tiempo de buscar las sales. Dudaba, además de que un duro soldado viejo como Mrs. Ramage tuviese sales en su casa, Pero debajo del fregadero encontró un trozo de tela que olía ligeramente a amoníaco. No sólo por delante de la nariz, sino que lo apretó brevemente contra la parte inferior de la cara de la mujer, La posibilidad que Colter había suscitado, por remota que fuese, era demasiado horrible para detenerse, por nada.

Ella se estremeció gritó y abrió los ojos. Por un momento, quedó perpleja y aturdida, incapaz de comprender. Luego, se sentó.

-No -le dije-; no, Mr. Geoffrey, no es eso lo que usted quería decir, dígame que no es cierto...

-No sé si es cierto o no -le respondió-; perO tenemos que cerciorarnos ahora mismo, Inmediatamente, Mrs. Ramage, y no puedo cavar yo solo, si es que hay que cavar...

Ella le miraba con ojos horrorizados, las manos tan apretadas sobre la boca que tenía las uñas blancas. ¿Puede ayudarme si necesito ayuda? No puedo contar con nadie más.

-Milord -dijo atontada-, mil... pero Ian...

-No debe enterarse de nada de esto hasta que nosotros sepamos más -dije-. Si Dios es bueno, no tendrá necesidad de enterarse nunca.

No quería expresar en voz alta la esperanza que anidaba en su mente, una esperanza que parecía casi tan monstruosa como sus temores. Si Dios era muy bueno, Ian se enteraría de sus trabajos de esta noche... cuando su mujer y único amor le fuese devuelta tras haber regresado de entre los muertos de una forma casi tan milagrosa como la de Lázaro.

-Ay, esto es horrible, horrible... -se lamentó la mujer con voz desmayada y temblorosa, Agarrándose a la mesa, consiguió ponerse de pie. Se tambaleaba y sobre la cara le caían mechones de pelo entre los rabos de almizcleña de su gorro.

-¿Se encuentra bien -le preguntó con más delicadeza-, Si no es así lo haré yo solo lo mejor que pueda.

Ella aspiró, se estremeció y, luego lanzó una exhalación, Dejó de balancearse y se dirigió a la despensa.

-Hay un par de palas en el cobertizo, allá fuera -informó- y también un pico. Échelos en su coche. Aquí en la despensa tengo media botella de ginebra. Ha estado intacta desde la muerte de Bill, hace cinco años, en Lammasnight. Tomaré un poco y le acompañaré, Mr. Geoffrey.

-Usted es una mujer valiente, Mrs. Ramage. Dese prisa.

-Si; no tema por mi -le animó. Agarró la botella de ginebra con una mano que sólo temblaba ligeramente. No tenía polvo. Ni siquiera la despensa se libraba de su incansable trapo limpiador. Pero la etiqueta que decía CLOUGH POOR BOOZIERS estaba amarilla-. Dese prisa usted también

-le aconsejó.

Siempre había aborrecido el alcohol y su estómago quería devolver la ginebra con su desagradable olor a enhebro y su gusto aceitoso, Pero la obligó a quedarse dentro. Esa noche la necesitaría.

CAPITULO 6

Bajo las nubes que aún corrían de Este a Oeste, sombras aún más negras contra un cielo negro, y una luna que ahora se dirigía hacia el horizonte, el carruaje, iba a toda prisa hacia el patio de la iglesia. Conducía Mrs. Ramage golpeando el látigo sobre el lomo de Mary, la cual, si los caballos hablasen, les habría dicho que no era correcto lo que hacían, pues a esas horas ella debía estar durmiendo en su cálido establo.

Las palas y el pico se entrechocaban vibrantes con un sonido, y la mujer pensó que estaban para darle un buen susto a cualquiera que los viera.

Debía parecer un par de personajes de la resurrección de Dickens..., o tal vez un hombre de la resurrección sentado en un coche conducido por un fantasma. Porque ella iba toda de blanco... ni siquiera se había detenido a ponerse la bata, El camisón se agitaba alrededor de sus tobillos rollizos surcados de varices, y las ataduras de su gorro flotaban desordenadamente tras ella.

Allí estaba la iglesia. Hizo girar a Mary por el camino que corría junto a ella, estremeciéndose ante el espectral sonido del viento, que jugaba en los aleros, Tuvo un momento para preguntarse por qué un lugar sagrado como una iglesia seria tan aterrador por la noche, y entonces comprendió que no era la iglesia... Sino la misión que les llevaba allí.

Su primer pensamiento, al volver del desmayo, había sido que Milord debía ayudarles... ¿No había estado él en todas las circunstancias sin flaquear en ningún momento? Inmediatamente después comprendió lo insensato de aquella idea. Este asunto ponía en juego la valentía de Milord, sino su cordura.

No había Necesitado, que se lo dijese Geoffrey, le había bastado la evocación de Evelyn Hyde.

Recordó que ni el señor Geoffrey ni Milord estaban en Little Dunthorpe, en la primavera, cuando aquello había ocurrido, casi seis meses atrás.

Misery se encontraba en el verano rosa de su embarazo, Atrás quedaban los malestares matutinos. En tanto que el crecimiento final de su vientre, con su carga de molestias, aún estaba por venir.

Por eso había enviado alegremente a los hombres a que pasaran una semana cazando gallos lira, jugando £ las cartas, al fútbol y sólo Dios sabia a qué otras tonterías masculinas, en Oaks Hall. Doncaster. Milord no estaba muy decidido, pero Misery le aseguré que se sentía estupendamente le hizo salir y casi a empujones. Mrs. Ramage no tenía la menor duda de que a Misery no le pasaría nada malo, cuando Milord o el señor Geoffrey iba a Doncaster, sí que se temía que alguno de ellos, o los dos volviesen a la parte trasera de un carro con los pies por delante.

Oaks Hall era el patrimonio de Albert Fossington un compañero de colegio de Geoffrey y de Ian. El ama de llaves creía que Bertie Fossington estaba loco y no se equivocaba, Unos tres años atrás se había comido su caballo favorito de polo que, al rompérsele dos piernas, había tenido que ser sacrificado. "Fue un gesto de afecto -dijo-. Lo aprendí de los negritos de Ciudad Cabo Griquas. Tíos estupendos. Se ponen palos y cosas en las narices, Algunos podrían llevar en el labio inferior los diez volúmenes de las Cartas Reales de navegación, ja, ja. Me enseñaron que el hombre debe comer aquello que ama. Algo poético aunque, en cierto

modo horrible, ¿no?"

A pesar de un comportamiento tan extraño, Mr. Geoffrey y Milord había conservado un gran afecto por Bertie, Me pregunto si eso significa que tendrá que comérselo cuando se muera. Se planteó una vez Mrs, Ramage después de una visita de Bertie durante la cual había intentado jugar al cróquet con uno de los gatos de la casa, dejándole la cabecita bastante quebrantada. Ellos pasaron diez días en Oaks Hall, aquella primavera.

Un día o dos después de su partida, había encontrado muerta a Charlotte Evelyn-Hyde, de Storping-on-Firkill, en el jardín trasero de su casa, Cove O'Birches. Cerca de una de sus manos extendidas, había un ramo de flores recién cortadas. El médico del pueblo era un hombre llamado Billford, muy capacitado, según todos decían. Sin embargo, había llamado al viejo doctor Shinebone a consulta. Billford diagnosticó un ataque de corazón, a pesar de que la chica era muy joven, sólo dieciocho años, y parecía disfrutar de perfecta salud, Estaba confundido. Algo había en el asunto que no le parecía bien. El viejo Shinny también se hallaba confundido; pero al final, había aprobado el diagnóstico. Casi todo el pueblo estuvo de acuerdo.

El corazón de la chica no se encontraba bien; eso era todo. Aquello parecía un poco insólito, pero todos podían recordar casos similares ocurridos en alguna ocasión. Probablemente fue esa concurrencia universal la que salvó la práctica profesional, si no su cabeza, después del horrible desenlace. Aunque todos estaban de acuerdo en que la muerte de la chica era sorprendente, a nadie se le había pasado por la cabeza que podría estar viva.

Cuando días después de la inhumación, una anciana llamada Soames, a quien Mrs. Ramage conocía ligeramente, había observado algo blanco en la tierra del cementerio de la iglesia congregacional al entrar a poner flores en la tumba de su marido, fallecido el invierno anterior.

Era demasiado grande para ser un pétalo de flor y pensó que tal vez seria un pájaro muerto.

Al acercarse, notó que el objeto blanco no estaba simplemente tirado en la tierra, sino que salía de ella. Se acercó vacilante, unos dos o tres pasos más y vio una mano que surgía entre los terrones de una tumba reciente, con los dedos paralizados en un horrible gesto de súplica, Huesos manchados de sangre asomaban en todos los dedos, menos en el pulgar.

Mrs. Soames salió gritando del cementerio, corrió hasta la calle principal de Storming, una carretera de unos dos kilómetros, y contó la noticia al barbero, que era también el jefe de policía local. Luego se desmayó. Esa misma tarde cayó en la cama y no volvió a levantarse hasta cerca de que pasó un mes. Nadie del pueblo la culpó por ello.

El cuerpo de la infortunada Evelyn-Hyde fue exhumado, por supuesto, y mientras Geoffrey Alliburton paraba a delante de la verja del patio de la iglesia anglicana de Little Dunthorpe, el ama de llaves se descubrió deseando fervientemente no haber oído las historias sobre la exhumación. Habían sido horribles.

El doctor Billford, afectado hasta el borde de la locura, diagnosticó catalepsia, La pobre mujer había caído en una especie de trance semejante a la muerte, muy parecido a los que se inducen voluntariamente los faquires antes de que los entierren vivos o de que los traspasen con agujas. Había permanecido en ese trance unas cuarenta

horas; tal vez sesenta. Suficiente tiempo, de todos modos, para despertar encontrándose, no en el jardín de su casa donde había estado cogiendo flores, sino enterrada viva, dentro de un ataúd.

Aquella chica había luchado encarnizadamente por su vida, y a la vieja sirvienta le parecía, mientras seguía a Geoffrey entre la fina niebla que convertía las lápidas, en islas, que aquello que por su nobleza debía redimir el suceso, lo hacia parecer aún más horrible.

La chica estaba comprometida, en su mano izquierda, o la que se había quedado helada sobre la tierra como la de una ahogada, llevaba su anillo de compromiso. Con el que había desgarrado el forro de raso de su ataúd y lo había utilizado durante sólo Dios sabia cuántas horas, para romper la tapa de madera. Al final, con el aire a punto de agotarse, había usado el anillo, con la mano izquierda, para cortar, y la mano derecha para cavar. No fue suficiente. Estaba completamente morada y desde allí sus ojos bordeados de sangre miraban muy abiertos con una expresión de
horror definitivo.

El reloj empezó a dar las doce desde la torre de la iglesia, la hora en que se abre la puerta entre la vida y la muerte permitiendo que pasaran los espíritus en ambas direcciones, según le había contado su madre. Se quedó quieta. Era lo mismo que podía hacer para no gritar y echar a correr presa de un terror que iría aumentando con cada paso que diese, Sabía muy bien que si empezaba a correr, seguiría corriendo hasta caer inconsciente.

¡Mujer estúpida y medrosa¡, se riñó a si misma y luego corrigió: ¡Estúpida, medrosa y egoísta! ¡Es en Milord en quien deberías pensar ahora y no en tus propios temores! Milord... y si existe una remota posibilidad de que milady...

Ah, pero no... era una locura imaginar algo así. Había pasado demasiado tiempo, demasiado tiempo...

Geoffrey la condujo hasta la tumba de Misery y los dos se quedaron mirándola como hipnotizados. LADY CALTHORNPE, decía la lápida. Además de las fechas del nacimiento y de la muerte. La única inscripción rezaba; MUCHOS LA AMARON.

Miró a Geoffrey como saliendo de un profundo aturdimiento.

-No ha traído las herramientas -le dijo.

-No, aún no -le respondió él. Cuan largo era, acto seguido se tiró, y pegando la oreja a la tierra en la que ya empezaban a aparecer los primeros brotes tiernos de hierba nueva entre el césped que había vuelto a ponerse en su lugar de una manera algo descuidada.

Por un momento, la única expresión que pudo apreciar en él a la luz de la lámpara que llevaba, era la misma que tenía desde que le había abierto la puerta de su casa... una expresión de miedo angustioso. Entonces empezó a surgir otra, una nueva expresión de terror absoluto mezclada con una esperanza casi demente.

Geoffrey miró a la mujer con los ojos muy abiertos.

-Creo que está viva -susurré sin fuerzas-. ¡Oh, Mrs. Ramage!

De pronto se volvió boca abajo y gritó a la tierra. En otras circunstancias hubiese parecido cómico.

-¡Misery! ¡Misery! ¡Misery! ¡ESTAMOS AQUÍ! ¡YA LO SABEMOS! ¡RESISTE! ¡RESISTE, AMOR MÍO!

Un instante después, ya estaba en pie y corriendo hacia el carruaje

donde tenía las herramientas para cavar. Sus zapatillas excitaban la plácida niebla del suelo.

Las rodillas de la anciana cedieron, y la mujer se dobló hacia delante a punto de desmayarse otra vez, La cabeza se le fue hacia un lado presionando, la oreja derecha contra la tierra..,, había visto niños en una postura semejante sobre las vías escuchando el sonido de los trenes.

Y lo oyó, sonidos tenues de una lucha dolorosa bajo la tierra, O eran los ruidos de un animal cavando su madriguera, sino los de unos dedos arañando inútilmente la madera.

Aspiró una gran bocanada de aire, para que su corazón se volviese a poner en movimiento.

-¡Allá vamos, milady! ¡Dé gracias a Dios y pídale al buen Jesús que lleguemos a tiempo! ¡Allá vamos! -chilló.

Empezó a arrancar hierba con los dedos temblorosos y aunque Geoffrey no tardó nada en regresar, ella ya había abierto un agujero de unos veinte centímetros.

7

Llevaba unas nueve páginas del séptimo capítulo. Geoffrey y Mrs. Ramage habían sacado a Misery de su tumba en el ultimísimo momento para encontrarse con que la mujer no tenía idea de quiénes eran ni de quién era ella misma.

Annie entró en la habitación. Paul la oyó esa vez y dejó de escribir lamentando que le hubiese sacado del sueño.

Ella llevaba los primeros seis capítulos a un lado de la falda. Había tardado menos de veinte minutos en leer aquella primera tentativa. Hacia una hora que se había llevado las veintiuna páginas. La miró con detenimiento, observando con un cierto interés que Annie Wilkes estaba un poco pálida.

-Bueno -le preguntó-, ¿es limpio?

-Sí -le dijo un tanto ausente, como si fuese una conclusión predeterminada, y Paul supuso que lo era-. Es limpio y es bueno. Emociona. Pero también es un poco espeluznante. No se parece a los otros libros de Misery. La pobre mujer que se destrozó los dedos arañando... -Sacudió la cabeza y repitió-: No es como los demás libros de Misery.

El hombre que escribió esas páginas estaba de un ánimo algo espeluznante, querida, pensó Paul.

-¿Quiere que continúe?

-¡Lo mataré si no lo hace! -contestó sonriendo un poco.

Paul no le devolvió la sonrisa. Ese comentario que, en otra época, hubiese catalogado entre banalidades como "estás tan bien, que te comería", ahora no le parecía en absoluto banal.

Sin embargo, en la actitud de la mujer que se hallaba de pie junto a la puerta, había algo que le fascinaba. Era como si ella tuviese miedo de acercarse, como si creyese que algo dentro de él podría quemarla. No había sido el asunto del entierro prematuro lo que la había puesto así y él era lo bastante inteligente como para saberlo. No, era la diferencia

entre su primer intento y éste. El primero tenía la vitalidad de una composición de un niño de octavo curso titulada "Cómo pasé mis vacaciones". Ésta era diferente. El horno se hallaba encendido. No era que hubiese escrito especialmente bien. El argumento era caliente; pero los personajes eran tan estereotipados y predecibles como siempre. No obstante había sido capaz, al menos, de generar fuerza. Ahora salía calor de entre las líneas.

Pensó, divertido: Ella sintió el calor. Creo que tiene miedo de acercarse por si la quemo.

-Bueno -dijo suavemente-, no tendrá que matarme, Annie. Yo quiero seguir. Así que, ¿por qué no hacerlo ahora mismo?

-Está bien -aceptó.

Se acercó a dejar las páginas, las puso en la tabla y se alejó rápidamente.

-¿Le gustaría leerlo a medida que lo vaya escribiendo? -le preguntó.

Annie sonrió.

-¡Sí! ¡Será casi como los episodios de mi infancia!

-Bueno, no puedo prometerle que todos los capítulos terminen con un cliff-hanger -le dijo-. No se trata de eso.

-Para mí, sí -repuso con fervor-. Yo querré saber lo que pasará en el capítulo dieciocho, aunque el diecisiete termine con Misery, Ian y Geoffrey sentados en unas mecedoras en el porche leyendo la Prensa. Ya estoy loca por enterarme de lo que va a suceder ahora. No me lo diga- agregó con aspereza, como si Paul se hubiese ofrecido a hacerlo.

-Bueno, generalmente no enseño mi trabajo hasta que está terminado -le dijo con una sonrisa-; pero ya que ésta es una situación especial, me gustará que vaya leyendo capítulo por capítulo.

-Y así empezaron las mil y una noches de Paul Sheldon, pensó-. Pero quiero saber si usted está dispuesta a hacerme un pequeño favor.

-¿Cuál?

-Escríbame las malditas enes.

-Será un honor. Ahora le dejaré solo.

Volvió a la puerta. Vaciló un momento y regresó. Entonces, con una timidez profunda y casi dolorosa, ofreció la única sugerencia que jamás le hiciera.

-Tal vez fue una abeja.

Él ya había bajado los ojos al papel; estaba buscando el agujero. Quería llevar a Misery a la casa de Mrs. Ramage antes de suspender el trabajo, y volvió a levantar los ojos para mirarla con impaciencia muy bien disimulada.

-¿Cómo dice?

-Una abeja -le dijo, y él vio que el rubor le subía por el cuello hasta las mejillas y, poco después, hasta sus orejas estaban encendidas-. Una persona de cada doce es alérgica al veneno de abeja. Vi muchos casos de ésos.., antes de retirarme del trabajo como enfermera diplomada. La alergia puede manifestarse de muchas maneras diferentes. A veces la picadura puede producir un estado comatoso que es... similar a lo que la gente llama.., catalepsia.

Ahora estaba tan roja que casi pasaba al morado.

Paul consideró brevemente la idea y la arrojó a la papelera. Una abeja podía haber sido la causa del entierro prematuro de la infortunada

Evelyn-Hyde. Hasta tenía sentido, puesto que había ocurrido en plena primavera y, para completar, en el jardín. Pero él ya había decidido que la credibilidad dependía de que ambos entierros prematuros estuviesen relacionados de algún modo, y Misery había sucumbido en su habitación. El hecho de que, hacia fines del otoño, no fuera frecuente que hubiese abejas, no representaba el verdadero problema. El problema era que la reacción cataléptica era una rareza. Pensó que el Lector Constante no se tragaría que dos mujeres de pueblos vecinos, sin ninguna relación entre sí, fuesen enterradas vivas en el lapso de seis meses por picaduras de abejas.

Pero no podía decirle eso a Annie, y no sólo porque podía enfurecería. No podía decírselo, porque le haría mucho daño y, a pesar de todo el dolor que ella le había causado, descubrió que era incapaz de devolvérselo de aquella manera. Él sabía lo que era eso.

Repitió el eufemismo típico de los talleres de escritores...

-Tiene posibilidades. Lo echaré en la tolva, Annie; pero ya tengo unas ideas en mente. Puede que la suya no encaje.

-Eso ya lo sé..., el escritor es usted, no yo. Olvide la sugerencia. Lo siento.

-No sea t...

Pero ya se había marchado con sus pasos pesados, casi corriendo por el pasillo hacia la sala. Se quedó mirando al vacío. Sus ojos bajaron y entonces se abrieron desmesuradamente.

A ambos lados del marco de la puerta, a unos veinte centímetros del suelo, había unas marcas negras. Comprendió en seguida que las habían causado los cubos (le la silla de ruedas al forzar la entrada. Hasta ahora, Annie no las había notado. Llevaban allí casi una semana y eso era un pequeño milagro. Pero pronto, mañana, tal vez esa misma tarde, ella entraría con la aspiradora y entonces las descubriría.

Las descubriría.

Paul consiguió escribir muy poco durante el resto (leí (lía.

El agujero en el papel había desaparecido.

8

A la mañana siguiente, Paul estaba sentado en la cama apoyado en almohadas tomándose una taza de café y observando las mareas a los lados de la puerta con el ojo culpable de un asesino que acaba de ver una prenda manchada de sangre que olvidó eliminar. De repente, Annie entró corriendo en la habitación con los ojos desorbitados. En una mano llevaba un trapo. En la otra, ¡increíble!, un par de esposas.

-¿Qué...?

Fue lo único que le dio tiempo a decir. Annie le cogió con una fuerza de pánico y lo levantó hasta ponerlo recto. El dolor, el más grande que había sufrido en muchos días, rugió en sus piernas y le hizo gritar. La taza de café voló de sus manos y se estrelló en el suelo. Aquí siempre se están rompiendo cosas, pensó y luego... Habrá visto las marcas. Por supuesto. Tal vez hace tiempo. Era la única explicación que

podía encontrar a aquel comportamiento extraño. Había visto las marcas, después de todo, y éste era el comienzo de un nuevo y espectacular castigo.

-Cállese, estúpido -susurró.

Sintió las manos ligadas a la espalda. Oyó cerrarse las esposas y, a continuación, un coche que se aproximaba por el camino de la casa.

Abrió la boca con la intención de hablar o de gritar; pero ella le metió el trapo antes de que pudiese proferir ningún sonido. Tenía un gusto horrible. Tal vez a "Pledge", a "Endust" o algo así.

-No haga el más mínimo ruido -le (lijo inclinándose hacía él, cogiéndole la cabeza entre sus manos y haciéndole cosquillas en la cara con el pelo-. Se lo advierto, Paul. Si ése es quien creo que es, es un viejo. Si oye algo, o si yo oigo algo y creo que él lo lía oído, lo mataré; luego lo mataré a usted y después me suicidare.

Se levantó. Los ojos se le salían (le las órbitas. Tenía sudor en la cara y yema de huevo reseca en los labios. Parecía muy capaz de cometer un asesinato.

-Recuérdelo, Paul.

Asintió con la cabeza, pero ella no lo vio. Un "Chevy Bel Air" viejo, pero bien conservado, se estacionó detrás del "Cherokee". Paul oyó que una puerta se abría en alguna parte de la sala y que luego se cerraba de golpe. Tuvo la corazonada de que pertenecía al armario donde Annie guardaba sus cosas de salir.

El hombre que descendía del coche era viejo y estaba tan bien conservado como su vehículo, un personaje típico de Colorado. Representaba unos sesenta y cinco años; pero podía tener ochenta, y ser el miembro más antiguo de una sociedad de abogados o el patriarca semijubilado de una empresa constructora. Aunque lo más probable era que se tratase de un ranchero o corredor de fincas. Era posible que fuese uno de esos republicanos tan incapaces de poner una pegatina en su coche como de calzarse unos zapatos italianos dorados. También podía ser una especie de funcionario municipal y estar allí por algún asunto del Ayuntamiento, porque sólo por asuntos del Ayuntamiento podían encontrarse un hombre como ése y una mujer recluida como Annie Wilkes.

Paul la vio bajar a toda prisa por el camino, con la intención, no de encontrarse con él, sino de interceptarlo. Algo muy similar a su primera fantasía se había hecho realidad. No se trataba de un policía, pero sí de alguien con autoridad. Autoridad. La autoridad había llegado y esta llegada no podía hacer otra cosa que acortar su propia vida.

¿Por qué no lo invitas a entrar, Annie?, pensó tratando de no ahogarse con el trapo polvoriento. ¿Por qué no le dejas que contemple tu pájaro de África?

Qué va. Ella no invitaría a entrar a Mr. Empresario de las Rocosas, como no llevaría a Paul Sheldon al aeropuerto Stapleton International para devolverlo a Nueva York con un billete (le primera clase.

Antes de llegar a él, Annie ya le estaba hablando. El aliento le salía a borbotones de la boca, creando formas semejantes a las que aparecen en las viñetas; pero sin texto dentro. El hombre extendió una mano elegantemente cubierta con un guante negro de piel.

Ella la miró un instante con desprecio y empezó a agitane un dedo ante la cara. Otra vez le salían de la boca los globos vacíos. Acabó de ponerse el anorak y dejó de agitar el dedo el tiempo suficiente para

cerrarse la cremallera.

El visitante sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y se lo extendió casi excusándose. Aunque Paul no tenía manera de saber qué era, estaba seguro de que Annie le adjudicada un adjetivo. Tal vez jonino, tal vez...

Le señaló el camino hablando todavía. Se salieron de su campo de visión. Podía apreciar sus sombras en la nieve como siluetas de papel; pero eso era todo. Comprendió vagamente que ella lo hacia aposta. Si él no podía verlos, no cabría la posibilidad de que Mr. Rancho Grande pudiese mirar hacia la ventana de la habitación de huéspedes y lo descubriese a él.

Las sombras permanecieron en la nieve del camino de Annie Wilkes unos cinco minutos. En cierto momento, Paul escuchó la voz de Annie en un grito furioso e intimidatorio. Fueron unos cinco minutos larguísimos para él. Le dolían los hombros. Descubrió que no podía moverse para aliviar el dolor. Además de esposarle, ella le había atado las manos a la cabecera de la cama.

Pero lo peor era el trapo en la boca. El olor del limpiamuebles le estaba mareando y sentía unas náuseas cada vez más intensas. Se concentró con todas sus fuerzas tratando de controlarlas. No le interesaba en absoluto ahogarse en su propio vómito mientras Annie discutía con un viejo funcionario municipal que se cortaba el pelo todas las semanas, y que probablemente llevaba chanclos, sobre sus negros zapatos "Oxford" durante todo el invierno.

Cuando volvieron a aparecer, tenía la frente cubierta de sudor. Era Annie quien tenía ahora el papel. Iba detrás de Mr. Rancho Grande agitándolo en su espalda y de la boca le seguían saliendo aquellos balones vacíos. Mr. Rancho Grande no se volvió a mirarla. Su cara estaba cuidadosamente inexpresiva. Sólo sus labios, tan apretados que casi desaparecían, dejaban traslucir alguna emoción interior. ¿Ira? Tal vez. ¿Disgusto? Sí. Más bien parecía eso.

Cree que está loca. Usted y todos sus compinches de juego, que probablemente controlan todo el estadio de tercera que es esta ciudad, tal vez se jugaron una mano de algo para ver a quién le tocaba esta mierda. A nadie le gusta llevar malas noticias a los locos. Pero, ¡ay!, Mr. Rancho Grande, si supiera lo loca que está, no creo que se atreviera a darle la espalda como lo hace.

Se metió en el "Bel Air". Cerró la portezuela. Ella estaba de pie al lado del coche agitando su dedo a la ventana cerrada, y otra vez podía escuchar levemente su voz.

-¡Se cree muy requete..., requete..., requeteliiiiisto!

El "Bel Air" empezó a dar marcha atrás, muy despacio, por el camino. Annie tenía los dientes al descubierto, y Mr. Rancho Grande evitaba mirarla.

-¡Se cree muy importante! -chilló más fuerte todavía. De pronto dio un puntapié al parachoques delantero del coche del visitante, un puntapié con fuerza suficiente para que saltaran pegotes de nieve de los huecos de las ruedas. El viejo, que había estado mirando atrás para dirigir el coche por el camino, ahora volvió a mirar hacia delante, sorprendido de la neutralidad que había logrado mantener durante la visita.

-¡Pues le voy a decir una cosa, pájaro sucio! ¡Los perritos hacen

sus caguitas encima de los señores importantes! ¿Qué le parece eso, eh?

Le pareciera lo que le pareciera, Mr. Rancho Grande no estaba dispuesto a darle la satisfacción de verlo. La expresión neutral volvió a caer sobre su rostro como la visera de una armadura. Salió del campo visual de Paul.

Ella se quedó allí un momento, con las manos en las caderas, y luego volvió a entrar en la casa con paso airado. Paul oyó cómo se abría la puerta y cómo se cerraba luego con gran estrépito.

Bueno, se ha ido, pensó. El miedo empezó a florecerle en el vientre. Mr. Rancho Grande se ha ido, pero yo estoy aquí. Oh, sí, yo estoy aquí.

9

En esta ocasión ella no descargó su ira contra él.

Entró en su habitación con el anorak todavía puesto; pero desabrochado. Empezó a pasear airadamente, sin mirar siquiera a su cautivo. Aún llevaba el papel en la mano, y de cuando en cuando lo agitaba ante su nariz como una especie de autocastigo.

-¡Un aumento del diez por ciento en los impuestos, dice! ¡Por atrasos, dice! ¡Derecho de retención! ¡Abogados! ¡Pago trimestral, dice! ¡Vencido! ¡Caca tuti! ¡Vaca! ¡Caca tuti puti!

Él gruñó en el trapo; pero la mujer no se volvió. Era como si estuviese sola en la habitación. Caminó de arriba abajo, cada vez más acelerada, cortando el aire con su macizo cuerpo. Paul creyó que iba a hacer trizas el papel; pero, al parecer, no se atrevía a tanto.

-¡Quinientos seis dólares! -gritó blandiendo el papel ante la nariz del inválido, arrancó distraída el trapo que le estaba ahogando y lo tiró al suelo; él echó la cabeza hacia un lado jadeando, sentía como si los brazos se le estuviesen saliendo de las articulaciones-. ¡Quinientos seis dólares con setenta centavos! ¡Ellos saben que no quiero ver a nadie por aquí! ¡Se lo advertí!, ¿no? ¡Y mire! ¡Mire!

Paul tuvo arcadas y soltó un eructo desesperado.

-Si vomita, me parece que tendrá que quedarse echado en la vomitadura. Tengo otro puchero que atender. Dijo algo de un derecho de retención sobre mi casa. ¿Qué es eso?

-Las esposas -gruñó.

-Sí, sí -repuso, impaciente-. Algunas veces es como un niño. Sacó la llave del bolsillo de la falda y tiró de él hacia la izquierda, apretándole la nariz contra las sábanas. Gritó, pero ella no le hizo caso. Hubo un clic, un meneo y luego sus manos se vieron otra vez libres. Se sentó jadeando y se dejó caer en las almohadas, cuidando de poner las piernas rectas hacia delante. En sus delgadas muñecas había surcos pálidos que empezaron a llenarse de rojo.

Annie se guardó las esposas en el bolsillo, del modo más natural, como si los objetos represivos de la Policía pudiesen encontrarse en las casas más decentes junto a los "Kleenex" y los ceniceros.

-¿Qué es un derecho de retención? -preguntó otra vez-. ¿Quiere

decir que mi casa es de ellos? ¿Es eso lo que quiere decir?
-No -le respondió-, significa que usted...

Se aclaró la garganta y volvió a sentir el gusto del trapo lleno de vapores. El pecho le dio un tirón al exhalar el aire aspirado. Ella no se dio por enterada; simplemente, le miraba con impaciencia, esperando a que pudiese hablar. Lo consiguió al cabo de un rato.
-Sólo significa que no puede venderla.

-¿Sólo? ¿Sólo? Usted tiene una idea muy graciosa de lo que quiere decir sólo. Pero supongo que los problemas de una pobre viuda como yo no parecen muy importantes a un rico Señor Sabihondo como usted.

-Al contrario, considero sus problemas como si fuesen míos, Annie. Sólo quiero decir que un derecho de retención no es mucho comparado con lo que podrían hacerle si se atrasara seriamente en los pagos. ¿Está atrasada?
-Atrasada. Eso significa morosa, ¿no?
-Sí, morosa, que paga a la hora del burro o que no paga.

-¿Qué se cree usted que soy? ¿Un vagabundo irlandés de las chabolas? -Vio el sutil brillo de sus dientes cuando levantó el labio superior-. Yo pago mis deudas. Sólo que... esta vez, simplemente...

Se olvidó, ¿no es cierto?, como olvida cambiar la maldita página de febrero. Es mucho más grave olvidarse del pago trimestral de los impuestos de la propiedad que de pasar una página del calendario, y está molesta porque es la primera vez que se le olvida algo tan gordo. El hecho es que se está poniendo peor. ¿No es cierto, Annie? Un poco peor cada día. Los psicóticos pueden arreglárselas en el mundo, en cierto modo, y algunas veces consiguen quedar impunes después de haberse metido en una mierda gorda, como usted bien sabe. Pero hay una línea divisoria entre la psicosis tolerable y la que no lo es. Usted se está acercando a esa línea cada día más... y una parte de usted lo sabe.

-Simplemente, no he tenido tiempo de ocuparme de eso -repuso, hosca-. Con usted aquí, he estado más ocupada que un empapelador manco.

Se le ocurrió una idea, una idea muy buena. Los puntos que podía ganar con ella parecían casi sin límite.

-Ya lo sé -dijo con serena sinceridad-. Le debo la vida y no he hecho otra cosa que causarle molestias. Tengo unos cuatrocientos dólares en la cartera. Quiero que los utilice para pagar sus atrasos.

-¡Oh, Paul! -exclamó, mirándole confundida y complacida a un tiempo-. No puedo aceptar su dinero.

-No es mío -le dijo regalándole su sonrisa número uno, esa que decía: ¿Quién te quiere a ti, nena?

Por dentro, pensó: Lo que quiero, Annie, es que me hagas uno de esos numeritos tuyos de vacío mental cuando yo tenga acceso a uno de tus cuchillos y esté seguro de poderme mover para utilizarlo. Te hallarás friéndote en el infierno diez segundos antes de enterarte de que estás muerta.

-Es suyo -continuó-. Llámelo un depósito, si quiere. -Hizo una pausa y luego corrió un riesgo calculado-. Si usted cree que yo ignoro que me hallaría muerto si no hubiera sido por usted, es que está loca.
-Paul..., no sé...

-Se lo digo en serio -permitió que su sonrisa se le deshiciese en una expresión de sinceridad vencedora, o eso esperaba; por favor.

Dios, déjame salir de ésta-. Usted hizo algo más que salvar mi

vida, lo sabe. Usted salvó dos vidas, porque sin usted, Misery aún estaría en su tumba.

Ahora ella le miraba con los ojos brillantes, el papel olvidado en su mano.

-Además, me mostró el error de mi camino y me condujo otra vez a la buena senda. Sólo por eso, le debo mucho más que cuatrocientos dólares, y si no coge ese dinero, hará que me sienta muy mal.

-Bueno, yo..., está bien..., yo..., gracias.

-Soy yo quien tendría que darle las gracias. ¿Puedo ver ese papel?

Se lo dio sin ningún reparo. Era una notificación de pago de impuestos atrasados. La revisó rápidamente y se la devolvió.

-¿Tiene dinero en el Banco?

Ella desvió la mirada.

-Tengo algo guardado, pero no en el Banco. No creo en los Bancos.

-Ese papel dice que sólo le pueden poner una retención si no ha pagado después del 25 de marzo. ¿Qué día es hoy?

Miró el calendario y frunció las cejas.

-¡Dios mío, eso está mal!

Arrancó la hoja y el niño del trineo desapareció, causándole a Paul un dolor absurdo. Marzo era un arroyo de agua clara corriendo atropelladamente entre bancos de nieve.

Escrutó el calendario con una mirada miope y luego dijo:

-El 25 de marzo es hoy.

¡Cristo, qué tarde, qué tarde!, pensó él.

-Claro, por eso vino ese tipo. -No te estaba diciendo que habían puesto una retención sobre tu casa, Annie. Te estaba diciendo que tendrán que hacerlo si no das señales de vida antes de que cierren las oficinas municipales esta noche. En realidad, el hombre estaba tratando de hacerte un favor-. Pero si paga esos quinientos seis dólares...

y diecisiete centavos -agregó furiosa-. No se olvide de los joninos diecisiete centavos.

-Está bien, y diecisiete centavos. Si los paga antes de que cierren las oficinas esta tarde, no habrá retención. Si la gente del pueblo realmente alberga contra usted los sentimientos que usted dice, Annie...

-¡Me odian, Paul, están todos contra mí!

-Entonces, uno de los medios que ellos tienen para tratar de desahuciaría son los impuestos. Es bastante raro que amenacen a una persona con la retención en cuanto deja de pagar un trimestre del impuesto sobre la propiedad. Huele a gato encerrado. Si deja de pagar dos trimestres, podrían tratar de quitarle la casa, subastaría. Es absurdo, pero creo que técnicamente estarían en su derecho.

Ella rió con un sonido áspero, casi un ladrido.

-¡Que lo intenten! Le metería un tiro en las tripas a alguno de ellos. Mire lo que le digo. Sí, señor. ¡Vaya si lo haría, Tito!

-Al final, ellos se lo meterían a usted -le dijo suavemente-. Pero ésa no es la cuestión.

-¿Cuál es entonces la cuestión?

-Annie, probablemente hay gente en Sidewinder que no ha pagado los impuestos desde hace dos o tres años. Nadie les quita la casa ni les subastan los muebles en el Ayuntamiento. Lo peor que le puede pasar a gente así es que les corten el agua del municipio. Los Roydman, por ejemplo... -La miró con perspicacia-. ¿Cree usted que pagan sus impuestos

a tiempo?
-¿Esa basura blanca? -casi chilló-. ¡Ja!
-Creo que van por usted, Annie. -Realmente lo creía.

-¡Jamás me iré de aquí! ¡Me quedaré aunque sólo sea para fastidiarles! ¡Me quedaré y les escupiré a la cara!

-¿Puede encontrar ciento seis billetes para completar los cuatrocientos dólares de mi cartera?
-Si. -Empezaba a parecer aliviada.

-Muy bien -le dijo-. Entonces le sugiero que pague esa mierda de factura hoy mismo.

Y mientras estás fuera, veré lo que puedo hacer con esas malditas marcas de la puerta. Y cuando lo haya arreglado, creo que veré si puedo hacer algo para sacar el culo de este maldito lugar, Annie. Ya me está cansando un poco tu hospitalidad.
Consiguió sonreír.

-Creo que debe haber al menos diecisiete centavos en la mesilla de noche -dijo.

10

Annie Wilkes tenía sus propias normas internas. A su manera, era muy escrupulosa. Le había hecho beber agua de un cubo, le había retenido la medicina hasta verlo en la agonía; le había hecho quemar la única copia de su última novela, lo había esposado y le había metido en la boca un trapo que apestaba a limpiamuebles; pero no era capaz de cogerle el dinero de la cartera. Se la llevó, una vieja "Lord Buxton" gastada que tenía desde la Universidad, y se la puso en las manos.

Con los documentos de identificación, no había tenido escrúpulos. No le preguntó qué les había pasado. Le pareció más prudente no hacerlo.

Los documentos de identidad no estaban; pero si el dinero, casi todo en billetes de cincuenta, nuevos y crujientes, Con una claridad que era sorprendente y siniestra al mismo tiempo, se vio llegando con el "Camaro" a la ventanilla del autobanco del "Boulder Bank" el día antes de terminar Automóviles veloces y entregando el talón al portador y endosado, de cuatrocientos cincuenta dólares, le pareció probable que ya en aquel momento los chicos del taller subconsciente estuviesen planeando vacaciones. El hombre que había hecho todo aquello era libre, estaba saludable, se sentía bien y no había sido capaz de apreciar todas esas cosas estupendas. El hombre que había hecho todo aquello le echó a la cajera una mirada vivaz e interesada, que era alta y rubia, y llevaba un vestido morado que le envolvía las curvas como las manos de un amante. Ella le devolvió la mirada... ¿Qué pensaría, se preguntaba, del hombre en el que se había convertido, con veinte kilos menos y diez años más viejo, las piernas sólo un par de horrores inútiles?
-¿Paul?

Levantó los ojos con el dinero en las manos. Ciento veinte dólares en total.

-¿Si?

Ella le miraba con esa expresión de ternura y amor maternal, tan desconcertante por la negrura sólida y absoluta que ocultaba en su fondo.

-¿Está llorando, Paul?

Se limpió la mejilla con la mano libre y si, estaba húmeda. Sonrió y le entregó el dinero.

-Un poquito. Estaba pensando en lo bien que se ha portado usted conmigo. Supongo que mucha gente no lo comprendería..., pero yo losé.

Los ojos de Annie brillaron cuando se inclinó y le rozó suavemente los labios. Olió algo en su aliento, algo de las cámaras oscuras y agrias de su interior, algo que olía a pescado muerto. Era mil veces peor que el olor y el gusto del trapo. Le devolvió el recuerdo de su respiración agria.

¡Respire, maldición, respire!

cuando bajaba por su garganta como un viento sucio del infierno. El estómago se le apretó, pero pudo sonreírle.

-Le amo, querido -dijo.

-¿Podría ponerme en la silla antes de marcharse? Quiero escribir.

-Por supuesto.

11

Su ternura no llegó al punto de dejar abierta la puerta de la habitación; pero eso no presentaba problema alguno. Ahora ya no estaba medio enloquecido por el dolor y por los síntomas de la abstinencia Había recogido cuatro horquillas con la persistencia con que una ardilla recoge nueces para el invierno y las había ocultado bajo el colchón con las cápsulas.

Cuando estuvo seguro de que ella se había marchado de verdad, que no estaba dando vueltas por ahí para ver si lo pescaba haciendo "cochicosas" (otro wilkecismo para engrosar su creciente léxico) hizo avanzar la silla de ruedas hasta la cama y cogió las horquillas, la caja de "Kleenex" y la jarra de agua de la mesita de noche.

No le resultó demasiado difícil mover la silla de ruedas con la tabla encima; los brazos se le habían fortalecido bastante. A ella le sorprendería saber lo fuertes que ahora estaban, y esperaba sinceramente poder sorprendería muy pronto.

Sorprendería. Sorprendería mucho.

La razón principal era la "Royal". Como máquina de escribir, era una mierda, pero como aparato de ejercicio resultaba estupenda. Había empezado a levantarla en vilo y a volverla a su sitio cada vez que se encontraba solo en la habitación, aprisionado tras ella. Al principio, no pudo pasar de cinco o seis levantamientos de unos quince centímetros. Ahora le era posible hacer dieciocho o veinte sin descansar. No estaba mal, teniendo en cuenta que la puta máquina pesaba unos veinte kilos.

Trasteó la cerradura con una de las horquillas, conservando dos recambios entre los dientes como una costurera marcando un dobladillo con alfileres.

Pensó que el trozo de horquilla que estaba dentro de la cerradura podría joderle la cosa; pero no fue así. Acertó con el rodete casi en seguida y lo levantó arrastrando la lengüeta con él. Se detuvo un momento preguntándose si ella no habría puesto un cerrojo al otro lado. Aunque había tratado de parecer más débil y enfermo de lo que estaba, las sospechas del paranoico penetran muy hondo y se extienden muy lejos. Entonces la puerta se abrió.

Sintió la misma sensación nerviosa de culpabilidad, el apremio de actuar con suma rapidez. Sintonizó los oídos para captar el ruido de la vieja Bessie cuando volviera, aunque sólo hacía cuarenta y cinco minutos que se había marchado. Sacó un puñado de "Kleenex", los empapó en la jarra y se dobló hacia un lado torpemente, con la masa mojada en la mano. Apretando los dientes y sin hacer caso del dolor, empezó a restregar la marca en el lado derecho de la puerta.

Para su intenso alivio, comenzó a desaparecer casi en seguida. Los cubos de las ruedas no habían llegado a rayar la pintura, como él había temido; sólo la habían rozado.

Dio marcha atrás, giró la silla y volvió hacia delante para poder limpiar la otra marca. Cuando hubo hecho todo lo que podía, hizo otra vez marcha atrás y miró la puerta tratando de verla a través de los ojos exquisitamente suspicaces de Annie. Las marcas seguían allí, pero muy débiles, casi imperceptibles. Pensó que no le ocurriría nada.

Esperó que no le ocurriese nada.

-Rayos y centellas -dijo, se humedeció los labios y se rió secamente-. ¡Qué puñetas, señoras y señores!

Volvió a acercarse a la puerta y echó una mirada al pasillo; pero ahora que las marcas ya habían desaparecido, no sintió la necesidad de aventurarse más lejos ni de correr nuevos riesgos, por el momento. Ya lo haría otro día. Cuando fuera la ocasión oportuna, sabría distinguirla.

Cerró la puerta y el sonido le pareció muy fuerte.

África.

El pájaro era de África.

Pero no debes llorar por ese pájaro, Paulie, porque pasado un tiempo olvidó el olor de la selva a mediodía, los sonidos de los ñus en los charcos y el intenso olor ácido de los árboles ieka-ieka en el gran claro al norte de la Carretera Grande. Después de un tiempo, olvidó el color cereza del sol muriendo tras el Kilimanjaro. Al cabo de cierto tiempo, sólo reconocía los ocasos fangosos y contaminados de Boston, eso era todo lo que recordaba y todo cuanto quería recordar. Tras mucho tiempo, ya no quería volver y si alguien lo devolviese a su continente y lo dejase en libertad, sólo sería capaz de encogerse en un rincón aterrorizado, dolorido, nostálgico en dos direcciones y desorientado hasta que algo llegase y acabase con él.

-África, mierda -dijo con voz temblorosa.

Llorando un poco, rodó la silla hasta la papelera y enterró la pelota de "Kleenex" bajo los papeles. Volvió a poner la silla en su lugar bajo la ventana y metió un papel en la "Royal".

Y por cierto, Paulie, ¿habrá asomado ya el parachoques de tu coche sobre la nieve? ¿Estará ya brillando al sol, esperando que alguien pase y lo vea mientras tú permaneces aquí sentado, desperdiciando lo que puede ser tu última oportunidad?

Miró dudoso la hoja de papel en blanco.

No seré capaz de escribir ahora, de todos modos. Eso lo estropeó.

Pero, en el fondo, nunca nada había logrado estropearlo. Podía estropearse, eso lo sabía; pero, a pesar de la supuesta fragilidad del acto creativo, siempre había sido lo más fuerte, lo más perdurable. En su vida, nada había conseguido contaminar el pozo loco de sus sueños: ni la bebida, ni las drogas, ni el dolor. Escapó hacia ese pozo como un animal sediento que encuentra un charco al atardecer y bebió de él, lo que significa que encontró un agujero en el papel y se lanzó adentro, agradecido. Cuando Annie regresó, a las cinco menos cuarto, había escrito casi cinco páginas.

12

Durante las tres semanas siguientes, Paul Sheldon se sintió rodeado de una extraña paz excitante. Tenía la boca siempre seca. Los sonidos le parecían demasiado fuertes. Unos días se sentía capaz de doblar cucharas sólo con mirarlas. Otros, tenía ganas de estallar en un llanto histérico.

Aparte de todo eso, al margen de la atmósfera y del picor profundo y enloquecedor de las piernas, que se le estaban curando, el trabajo continuaba con una serenidad propia. La pila de papeles al lado derecho de la "Royal" crecía constantemente. Antes de esa extraña experiencia, su rendimiento óptimo había sido de cuatro páginas diarias. En Automóviles veloces, tres; muchos días sólo dos, antes del esfuerzo final. Pero durante este tenso periodo, que llegó a su fin con la tormenta del 15 de abril, Paul produjo una media de doce páginas diarias, siete por la mañana y cinco más por la tarde. Si alguien en su vida anterior, así pensaba en ella sin siquiera darse cuenta, le hubiese sugerido que podía trabajar a ese ritmo, se habría reído. Cuando empezó a caer la lluvia el 15 de abril, tenía doscientas sesenta y siete páginas de El retorno de Misery, de primer borrador, claro; pero, después de revisarlo, le pareció demasiado bueno para ser el primero.

La razón, en parte, era la vida estrictamente recta que estaba llevando. No había largas noches desordenadas de bar en bar, seguidas de largos días desordenados tomando café y zumo de naranja y engullendo tabletas de vitamina B, días en los que, si los ojos topaban por casualidad con la máquina de escribir, volvía la cara estremeciéndose. Ya no se despertaba junto a una impresionante rubia o una despampanante pelirroja pescada la noche anterior en alguna parte, una chica que por lo general parecía una reina a medianoche y un trasgo a las diez de la mañana del día siguiente. Ya no había cigarrillos. Una vez los había pedido con voz tímida; pero ella le había echado una mirada de oscuridad tan absoluta, que se apresuró a decirle que lo olvidara. Ahora era M. Limpio. Ya no tenía vicios, exceptuando los flipes de codeína, por supuesto, todavía no has hecho nada sobre el asunto, ¿no es cierto, Paul? Ya no tenía distracciones. Aquí estoy, pensó una vez, el único drogadicto monástico del mundo. Se levantaba a las siete. Se tragaba dos "Novril" con zumo de naranja. A las ocho llegaba el desayuno, servido a monsieur en la cama. Un solo huevo, pasado por agua o revuelto, tres veces por

semana. Los otros cuatro días, cereales con mucha fibra. Luego, a la silla de ruedas. De allí a la ventana, a encontrar el agujero en el papel, a caer en el siglo diecinueve, cuando los hombres eran hombres y las mujeres llevaban polisón. Después, la comida. A continuación, la siesta. Otra vez a levantarse. Algunas veces hacia correcciones; otras, sólo leía. Annie tenía todo lo que Somerset Maugham había escrito; una vez se encontró pensando si tendría en sus estantes la primera novela de John Fowles y decidió que era mejor no preguntárselo. Empezó a leer los veintitantos volúmenes que componían su obra completa, fascinado por la astucia con que el hombre captaba los valores del relato. A través de los años, se había ido resignando al hecho de que ya no podía leer historias como cuando era niño. Al escribirlas él mismo se había condenado a su trabajo de disección. Pero Maugham primero lo sedujo y luego lo devolvió a la infancia, y eso era maravilloso. A las cinco, ella le servia una cena ligera y veían M*A*S*H y WKRP en Cincinnati. Cuando terminaban, Paul escribía. Luego, rodaba la silla lentamente hasta la cama. Podía ir más de prisa, pero era mejor que Annie no lo supiera. Ella le oía, entraba y le ayudaba a acostarse. Más medicina y puf, apagado como una luz. Al día siguiente lo mismo. Y al otro igual. Y al otro.

Pero vivir con la rectitud de una flecha era sólo una parte de la razón que explicaba aquella fecundidad sorprendente. Annie era la otra y mucho más importante. Después de todo, había sido aquella sugerencia vacilante sobre la picadura de abeja lo que había dado forma al libro causándole aquel apremio cuando creía que Misery ya no podía hacerle sentir apremio alguno.

De una cosa estuvo seguro desde el primer momento: El retorno de Misery no existía. Había concentrado su atención sólo en encontrar la manera de sacar a aquella perra de su tumba sin hacer trampas, antes de que Annie decidiese inspirarle poniéndole un enema con un puñado de cuchillos "Ginsu". Otros asuntos menos importantes; por ejemplo, de qué iba a tratar el puñetero libro, tendrían que esperar.

Durante los dos días siguientes al viaje de Annie a la ciudad para pagar sus impuestos, Paul trató de olvidar que había desaprovechado lo que podía ser su oportunidad dorada de escapar, concentrándose en llevar a Misery a la casa de Mrs. Ramage. No podía llevarla a la de Geoffrey. Los sirvientes, en particular Tyler, el mayordomo curiosón, podrían verla y hablar. También tenía que establecer la amnesia total causada por el shock de haber sido enterrada viva. ¿Amnesia? Mierda. La chica apenas podía hablar, lo que no dejaba de ser un alivio considerando su parloteo habitual.

¿Y después qué? La perra ya estaba fuera de la tumba. ¿Cómo seguía ahora la puñetera historia? ¿Debían Geoffrey y Mrs. Ramage decirle a Ian que Misery aún vivía? Le parecía que no, pero no estaba seguro. Sabía muy bien que no estar seguro de las cosas era un rincón del purgatorio sin encanto alguno reservado a los escritores que iban a toda marcha sin tener ni idea de a dónde se dirigían.

Ian no, pensó mirando al establo. Ian no, aún no. Primero, el médico. Ese imbécil con el nombre lleno de enes. Shinebone.

Al pensar en el doctor se acordó del comentario de Annie sobre las picaduras de abeja, y no por primera vez. Volvía a su mente de vez en cuando. Una persona de cada doce...

Sencillamente, no serviría. ¿Dos mujeres sin relación alguna en pueblos vecinos, ambas con la misma extraña alergia a las picaduras?

Tres días después del Gran Rescate Tributario de Annie Wilkes, Paul se estaba perdiendo una tarde en el sueño de la siesta cuando los chicos del taller subconsciente intervinieron echando el resto. Esa vez no fue una llama, fue la explosión de una bomba atómica.

Se sentó en la cama de un salto sin hacer caso de la descarga de dolor que recorrió sus piernas.

-¡Annie! -gritó-. ¡Annie, venga aquí!

La oyó trotar escaleras abajo saltando los escalones de dos en dos y correr luego por el pasillo. Cuando entró, tenía los ojos muy abiertos y llenos de miedo.

-Paul, ¿qué pasa? ¿Tiene calambres? ¿Tiene...?

-No -le dijo, pero sí que los tenía, tenía calambres en la mente-. No, Annie, siento haberla asustado, pero me tiene que poner en la silla. ¡La gran follada! ¡Lo tengo!

La horrible palabra le salió antes de que pudiese evitarlo, pero esa vez pareció no importar en absoluto. La mujer lo estaba mirando con respeto y asombro. Ante ella se encontraba la versión laica del fuego de Pentecostés ardiendo ante sus propios ojos.

-Desde luego, Paul.

Lo puso en la silla con la mayor rapidez que pudo. Empezó a rodarlo hasta la ventana y Paul sacudió la cabeza con impaciencia.

-No tardaré mucho en esto. Pero es importante.

-¿Se trata del libro?

-Es el libro. Calle. No me hable.

Dejando de lado la máquina de escribir, nunca la utilizaba para tomar notas, cogió un bolígrafo y llenó rápidamente un papel con unos garabatos que probablemente nadie más que él podría descifrar.

Había una relación entre ellas. Eran abejas y las afectó a las dos de la misma manera porque había una relación entre ellas. Misery es huérfana... ¡y adivina! ¡Evelyn-Hyde era la hermana de Misery! O tal vez su hermanastra. Eso tal vez estaría mejor. ¿Quién es el primero en imaginárselo? ¿Shinny? No, Shinny es idiota. Mrs. R. Puede ir a ver a Charl, la mamá de E-H y...

Y ahora le sorprendió una idea de una belleza tan intensa, al menos en cuanto al argumento, que levantó la vista y se quedó mirando al vacío con la boca abierta y los ojos de par en par.

-¿Paul? -le llamó Annie, asustada.

-Ella lo sabía -murmuró Paul-. Claro que lo sabía. Al menos lo sospechaba. Pero...

Volvió otra vez a sus notas.

Ella, Mrs. R., se da cuenta en seguida de que la señora E-H tiene que saber que M. tiene parentesco con su hi. El mismo pelo o algo así. Recuerda que la mamá de E-H empieza a perfilarse como personaje imp. Tendrás que trabajarla. Mrs. R. empieza a darse cuenta de que la señora E-H ¡¡TAL VEZ HASTA SABIA QUE A MISERY LA HABÍAN ENTERRADO VIVA!! ¡¡MIERDA EN POTE!! ¡¡ME ENCANTA!! Supón que la vieja imaginaba que Misery era un residuo de sus días de fóllalos-y-déjalos y...

Dejó la pluma, miró el papel, volvió a coger la pluma lentamente y garabateó unas cuantas líneas mas.

Tres puntos necesarios.

1. ¿Cómo reacciona la señora E-H ante las sospechas de Mrs. R? Tiene que estar o con una rabia homicida, o cagándose de miedo. Prefiero el miedo, pero creo que A.W. preferiría el homicidio, así que O.K. hom.

2. ¿Cómo meto a Ian aquí?

3. ¿La amnesia de Misery?

Ah, y aquí hay algo que rumiar. ¿Se entera Misery de que su mamita prefería vivir con la posibilidad de que hubiesen enterrado vivas a sus dos hijas antes que decir la verdad?

¿Por qué no?

-Ahora puede meterme en la cama, si quiere -dijo Paul-. Si le ha parecido que estoy como loco, lo siento. Sólo estaba emocionado.

-Está bien, Paul -aún parecía asombrada.

A partir de entonces, el trabajo fue estupendamente. Annie tenía razón, la historia estaba saliendo más espeluznante que los otros libros de Misery. El primer capítulo no había sido una carambola, sino un presagio. Pero también tenía un argumento más rico que cualquiera de las otras novelas, a excepción de la primera, y los personajes eran mucho más animados. Las tres últimas eran poco más que simples historias de aventuras con una generosa cantidad de sexo en descripciones picantes para complacer a las señoras.

Empezaba a comprender que ese libro era una novela gótica y que, por lo tanto, dependía más del argumento que de la situación. Los retos eran constantes. Ya no se trataba sólo de ¿Puedes? para empezar el libro. Por primera vez en muchos años, era ¿Puedes? casi cada día..., y estaba descubriendo que podía.

Luego llegaron las lluvias y las cosas cambiaron.

13

Del 8 al 14 de abril disfrutaron de una racha de buen tiempo sin interrupción. El sol brillaba desde un cielo sin nubes y las temperaturas subieron algunas veces hasta los quince grados. Tras el pulcro establo rojo de Annie, empezaron a aparecer parches marrones en el campo. Paul se sumergió en su trabajo y trató de no pensar en el coche. Ya tenían que haberlo descubierto. El trabajo no se resintió, pero su ánimo sí. Se sentía como si estuviese viviendo en una cámara de nubes respirando una atmósfera cargada de electricidad. Cada vez que el "Camaro" se le colaba en la mente, llamaba de inmediato a la Policía Cerebral y hacía que se llevaran el pensamiento esposado y con grilletes. El problema era que aquel incordio se las apañaba para escapar y volver una y otra vez de una forma o de otra.

Una noche soñó que Mr. Rancho Grande regresaba a la casa de Annie y salía de su cuidado "Chevrolet Bel Air" con un trozo del parachoques del "Camaro" en una mano y el volante en la otra. "¿Es esto suyo?", le preguntaba a Annie en el sueño.

Paul se había despertado en un estado de ánimo que distaba mucho de ser alegre.

Annie, por otro lado, nunca había estado de mejor humor que durante aquella semana soleada de principios de la primavera. Limpiaba y preparaba platos de grandes pretensiones; aunque todo lo que guisaba le salía con un gusto extrañamente industrial, como si después de muchos años de comer en cafeterías de hospitales, se le hubiese estropeado el talento culinario que pudo haber tenido alguna vez. Cada tarde, envolvía a Paul en una enorme manta azul, le encasquetaba una gorra de caza verde y lo transportaba hasta el porche trasero.

En aquellas ocasiones, se llevaba una de las obras de Maugham; pero casi nunca la leía. La experiencia de estar al aire libre era tan intensa, que no le permitía concentrarse. Pasaba casi todo el tiempo oliendo el aire dulce y fresco, en lugar de aquel olor estancado de su habitación lleno de connotaciones morbosas, escuchando el goteo de los carámbanos y, contemplando las sombras de las nubes rodando constantes sobre la nieve que se iba derritiendo. Y eso era lo mejor.

Annie cantaba con su voz bien timbrada; pero desentonando de un modo extraño. Se reía como una chiquilla de los chistes de M*A*S*H y de WKRP, sobre todo de los que eran un poco subidos de tono. En el caso de WKRP, casi todos. Iba poniendo enes incansablemente, mientras Paul terminaba los capítulos noveno y décimo.

La mañana del 15 amaneció ventosa y nublada, y Annie cambió. Paul pensó que tal vez se debía a la bajada del barómetro; pero era una explicación como cualquier otra.

No apareció con su medicina hasta las nueve de la mañana y, a esa hora, a él ya le hacia una falta horrible, tan horrible, que había pensado en recurrir a sus reservas. No hubo desayuno. Sólo las cápsulas. Cuando entró, Annie todavía llevaba su bata rosa acolchada. Con creciente recelo, notó que en sus brazos y en sus mejillas tenía unas marcas rojas como de verdugones. Vio también en su bata salpicaduras viscosas de comida, y sólo se había puesto una zapatilla. Pras..., pras, sonaban sus pasos al acercarse. Pras, pataprás, pataprás. El pelo le caía sobre la cara. En sus ojos había una expresión de atontamiento.

-Tenga -le tiró las cápsulas.

También las manos estaban manchadas de porquería roja, porquería marrón, porquería blanca, pegajosa. Paul no tenía la menor idea de lo que podía ser aquello y no estaba seguro de querer saberlo. Las cápsulas le rebotaron en el pecho y le cayeron en las piernas. Ella se volvió hacia la puerta. Pras, pataprás, pras, pataprás.

-Annie...

Se detuvo, pero no se volvió. Así, de espaldas, parecía más grande, con los hombros redondeándole la bata rosa, el pelo como un casco maltrecho. Daba la impresión de una mujer de Piltdown atisbando desde su caverna.

-Annie, ¿se encuentra bien?

-No -le respondió indiferente, y se volvió.

Se quedó mirándolo con la misma expresión idiota mientras se pellizcaba el labio inferior con el índice y el pulgar de la mano derecha. Lo estiró y lo torció apretándolo hacia dentro al mismo tiempo. La sangre le salió primero entre la encía y el labio y luego le bajó por la barbilla. Volvió a girarse y se marchó sin decir una palabra,

antes de que él pudiera convencerse de que en realidad la había visto hacer aquello. Cerró la puerta... y echó la llave. Oyó sus torpes pisadas por el pasillo hasta la sala. Escuchó el crujido de su butaca favorita al sentarse. Nada más. Ni televisión, ni canturreos, ni tintinear de vajilla, ni rumor de cacharros. Nada, sólo estaba sentada allí, sintiéndose mal.

Entonces sonó un ruido. No se repitió, pero era perfectamente identificable: una bofetada. Una bofetada de todos los demonios. Y, puesto que él estaba de este lado de una puerta cerrada con llave y ella del otro, no había que ser Sherlock Holmes para deducir que la bofetada se la había dado ella misma. Fuerte y valiente, a juzgar por el sonido. La vio estirarse el labio, hincar sus uñas cortas en la carne rosa y sensible.

De pronto recordó una nota sobre patología mental que había tomado para el primer libro de Misery, pues gran parte de la acción se desarrollaba en el hospital Bedlam, de Londres. La villana de la obra, enloquecida de celos, había metido allí a Misery. Cuando una personalidad psicótica empieza a caer en un período depresivo, había escrito, uno de los síntomas que exhibe es el autocastigo; se abofetea, se golpea, se pellizca, se quema con puntas de cigarrillos...

De pronto tuvo mucho miedo.

14

Paul recordó un ensayo de Edmund Wilson en el que decía con su típica inquina, que el criterio de Wordsworth para escribir buena poesía, "una fuerte emoción evocada en un momento de serenidad", podía aplicarse muy bien a la mayoría de las obras de ficción dramática. Probablemente era cierto. Paul había conocido escritores que no podían producir tras un incidente tan nimio como una leve disputa conyugal, y a él mismo le resultaba imposible trabajar cuando estaba alterado. Pero a veces se producía una especie de efecto contrario, y en esos momentos se había puesto a escribir, no porque tuviese que hacerlo, sino porque era una forma de escapar de aquello que lo estaba alterando. En esas ocasiones, solía estar fuera de su alcance remediar el motivo de su alteración.

Éste era uno de esos instantes. Cuando, a las once de la mañana, Annie no había vuelto aún para ponerlo en la silla, decidió hacerlo él mismo. Excedía a sus fuerzas coger la máquina de la repisa; pero podía escribir a mano. Estaba seguro de que podía sentarse en la silla de ruedas y de que no sería bueno que Annie se enterase, pero necesitaba otra dosis, maldición, y no podía escribir sentado en la cama.

Se acercó trabajosamente al borde, se aseguró de que la silla tuviese puesto el freno, se agarró de los brazos y se empujó despacio hacia el asiento. La única parte dolorosa del proceso fue poner los pies en los soportes, uno después de otro. Hizo rodar el artefacto hasta la ventana y cogió el manuscrito.

La llave sonó en la cerradura. Annie lo miró. Sus ojos encendidos eran como oscuros pozos. Se le estaba hinchando la mejilla derecha y, por

el aspecto que tenía, podía predecirse el moretón de todos los demonios con que se iba a despertar al día siguiente. Alrededor de la boca y en la barbilla, había una cosa roja. Paul pensó por un momento que era la sangre del labio partido, pero luego vio semillas. No era sangre, era mermelada de frambuesa. Ella lo contempló con fijeza. Él le devolvió la mirada. Durante un rato, ninguno de los dos habló. Fuera, las primeras gotas de lluvia chocaron contra la ventana.

-Si se puede sentar en la silla usted mismo, Paul -le dijo al fin-, creo que también puede rellenar usted mismo su escrito con esas jodidas enes.

Luego, volvió a cerrar la puerta con llave. Paul se quedó mirándola durante largo rato, casi como si esperase descubrir algo. Estaba demasiado perplejo para hacer otra cosa.

15

No volvió a verla hasta última hora de la tarde. Le fue imposible trabajar después de su visita. Hizo un par de intentos inútiles y se rindió, Se había estropeado el día. Atravesó la habitación. Mientras intentaba salir de la silla para meterse en la cama, resbaló una mano y estuvo a punto de caerse. La pierna izquierda detuvo su peso y le salvó de la caída, pero sintió un dolor insoportable, como si de repente le hubiesen metido veinte tomillos en el hueso. Gritó, se agarró de la cabecera y consiguió alzarse hasta la cama arrastrando la pierna palpitante.

El grito hará que venga, pensó incoherente. Querrá saber si Sheldon se ha convertido en Luciano Pavarotti o si sólo es que suena como él.

Pero Annie no fue y no había forma de soportar el horrible dolor de la pierna. Se tiró torpemente boca abajo, metió un brazo bajo el colchón y sacó una de las cajas de "Novril". Se tragó dos cápsulas, sin agua, y se adormeció un rato.

Cuando volvió en sí, pensó al principio que aún estaba soñando. Era demasiado irreal, como la noche en que Annie trajo la barbacoa. Ahora estaba sentada al lado de la cama, y había puesto en la mesita de noche un vaso lleno de cápsulas de "Novril". En la mano llevaba una trampa para cazar ratas. Había una rata atrapada, una rata grande, con la piel jaspeada de gris y marrón. El cepo le había roto la espalda. Las patas traseras le colgaban de los lados de la tabla con sacudidas espasmódicas. Tenía gotas de sangre en el bigote.

No era un sueño. Era sólo otro día con Annie, perdido en la casa de los horrores.

El aliento le olía a cadáver descomponiéndose entre comida podrida.

-¿Annie?

Se incorporó, mientras sus ojos corrían de la mujer a la rata. Afuera había caído la oscuridad, una extraña oscuridad azul llena de lluvia, la cual golpeaba contra la ventana. Violentas ráfagas de viento sacudían la casa haciéndola crujir.

Si por la mañana estaba mal, ahora, a la noche, se hallaba peor,

muchísimo peor. Comprendió que, en ese momento, la estaba viendo sin ninguna de sus máscaras; ésa era la Annie real, Annie por dentro. La piel de su cara, que antes le había parecido tan pavorosamente sólida, colgaba ahora como una masa sin vida. Sus ojos estaban vacíos. Se había vestido, pero tenía la falda al revés. Tenía más verdugones, más manchas de comida en la ropa. Cuando se movía, emanaba demasiados olores diferentes para que él pudiese contarlos. Una manga de su rebeca estaba empapada en una sustancia medio seca que olía a salsa de carne. Levantó la trampa.

-Entran en el sótano cuando llueve. -La rata chilló débilmente y tiró un mordisco al aire. Sus ojos negros, infinitamente más vivos que los de su captora, se revolvían-. Les pongo trampas. Tengo que hacerlo. Unto la tabla con grasa de cerdo. Siempre cojo ocho o nueve. Algunas veces encuentro otras...

Entonces se quedó en blanco durante casi tres minutos sosteniendo la rata en el aire, una perfecta imagen de cera representando la catatonía. Paul la miró; luego, dirigió la vista a la rata, que chillaba y luchaba, y comprendió que estaba equivocado cuando creyó que las cosas ya no podrían ponerse peor. Falso, jodidamente falso.

Al fin, cuando empezaba a pensar que ella se había quedado para siempre en el mundo del olvido, bajó la trampa y continuó como sí no hubiese dejado de hablar.

ahogadas en los rincones. Pobres seres.

Bajó los ojos hacia la rata y dejó caer una lágrima sobre la piel jaspeada del despanzurrado animal.

-Pobres, pobres seres...

La agarró con su fuerte mano y levantó el muelle con la otra. La rata se revolvió torciendo la cabeza para tratar de morderle. Sus chillidos eran finos y terribles. Paul apretó una mano contra su boca temblorosa.

-Cómo late su corazón. Cómo lucha por escapar. Igual que nosotros, Paul, igual... Creemos que sabemos mucho, pero en realidad no sabemos más que una rata en una trampa, una rata con la espalda rota que aún cree que quiere vivir.

La mano que sujetaba al animal se le convirtió en un puño. Sus ojos no perdían esa cualidad de máscara vacía y distante. Paul quería apartar los suyos, pero no podía.

Se le empezaron a hinchar los tendones del brazo. De la boca de la rata comenzó a manar sangre. Paul oyó cómo se le rompían los huesos. Sus dedos, gruesos como almohadillas, se hundieron en el cuerpo de su presa, desapareciendo hasta la primera falange. La sangre salpicó el suelo. Los ojos apagados del bicho, saltaron. Tiró el cuerpo a un rincón y, con aire distraído, se limpió las manos en la sábana, dejando largas manchas rojas.

-Ahora descansa en paz. -Se encogió de hombros y rió-. Iré a buscar mi arma, Paul, ¿quiere? Tal vez el otro mundo es mejor que éste. Para las ratas y para las personas también, y no es que haya gran diferencia entre las unas y las otras.

-Hasta que termine, no -dijo tratando de articular cada palabra cuidadosamente.

Era difícil, porque sentía como si le hubiesen puesto una inyección de novocaína en la boca. La había visto deprimida, pero nada parecido a aquello. Se preguntaba si ella habría sufrido alguna vez un bajón tan

grande. Así era como se ponían los depresivos antes de disparar contra los miembros de la familia y, por último, contra sí mismos. Era la desesperación psicótica de la mujer que viste a sus hijos con sus mejores ropas, los lleva a tomar helados y luego se dirige al puente más cercano, coge a uno en cada brazo y se tira con ellos al vacío. Los depresivos se suicidan. Los psicóticos, mecidos en la cuna venenosa de su propio ego, quieren hacerle el favor a todos los que tienen a mano, llevándoselos con ellos.

Estoy más cerca de la muerte que nunca en mi vida, pensó, porque lo dice en serio. La perra lo dice en serio.

-¿Misery? -preguntó como si fuese la primera vez que oía la palabra, pero sus ojos se habían encendido con un momentáneo brillo fugitivo.

¿No? Creía que sí.

-Misery, si. -Pensó desesperadamente en la forma de continuar, pues cualquier posible acercamiento parecía minado-. Estoy de acuerdo en que el mundo es un lugar de mierda la mayor parte del tiempo -dijo, y agregó estúpidamente-: Sobre todo cuando llueve.

¡Idiota, déjate de parloteo!

-Quiero decir que durante estas últimas semanas, he sufrido mucho dolor y...

-¿Dolor? -Lo miró con un desprecio melancólico, negro-. Usted no sabe lo que es el dolor. Usted no tiene la menor idea, Paul.

-No..., supongo que no. Comparado con el suyo, no.

-Eso es.

-Pero... quiero terminar este libro. Quiero saber en qué acaba todo. -Hizo una pausa-. Y me gustaría que usted resistiese también para verlo. ¿Para qué escribir un libro si no hay nadie que lo lea? ¿Me entiende?

Con el corazón saltándole en el pecho, miró fijamente aquella terrible cara de piedra.

-Annie, ¿me entiende?

-Sí -suspiró-. Y yo quiero saber cómo sale. Es lo único en el mundo que aún deseo, supongo. -Lentamente, al parecer sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, empezó a chuparse la sangre de la rata que tenía en los dedos; Paul apretó los dientes y se dijo con toda firmeza que no vomitaría, que no, que no-. Es como esperar al final de uno de aquellos seriales.

De repente miró a su alrededor. La sangre parecía carmín en sus labios.

-Déjeme ofrecérselo otra vez, Paul. Puedo buscar mi arma. puedo hacer que todo esto termine para los dos. Usted no es estúpido. Sabe que no puedo dejarle salir de aquí. Hace tiempo que lo sabe, ¿no es cierto?

No dejes que tus ojos vacilen. Si ella te ve vacilar, te matará ahora mismo.

-Si; pero siempre acaba. ¿No es cierto, Annie? Al final todos la diñamos.

Un fantasma de sonrisa apareció en la comisura de sus labios. Le tocó la cara levemente, con cierto afecto.

-Imagino que piensa en la huida. También lo hace la rata en la trampa, estoy segura, a su manera. Pero no va a escapar, Paul. Tal vez podría, si éste fuese uno de sus relatos. Y no lo es. No puedo dejarle

aquí..., pero podría irme con usted.

De pronto, por un solo instante, pensó responder: Está bien, Annie, hágalo. Acabemos de una vez con todo esto. Pero entonces su necesidad y su deseo de vivir, aún le quedaba mucho de ambas cosas, se alzaron ahuyentando aquella debilidad momentánea. Eso era debilidad. Debilidad y cobardía. Afortunada o desafortunadamente, él no podía ampararse en la excusa de una enfermedad mental.

-Gracias -le dijo-; pero quiero terminar lo que he empezado.

Ella suspiró y se levantó.

-Está bien. Sabía lo que iba a contestarme porque, como ve, le traje algunas cápsulas, aunque no recuerdo haberlo hecho. -Rió, una risa corta y demente que pareció salir de aquella cara inmóvil como por arte de un ventrílocuo-. Tengo que marcharme por un tiempo. Si no lo hago, no importará lo que queramos ni usted ni yo. Porque hago cosas. Tengo un lugar al que voy cuando me siento así. Un lugar en las montañas. ¿Ha leído los cuentos del tío Remus, Paul?

Asintió.

-¿Recuerda que Brer Conejo le explicaba a Brer Zorra lo de su Casa de la Risa?

-Lo recuerdo.

-Así llamo yo a mi lugar en las montañas. Mi Lugar de la Risa. ¿Se acuerda de que le dije que venía de Sidewinder cuando lo encontré?

Asintió.

-Bueno, era una mentirilla. Mentí porque entonces aún no le conocía bien. Realmente volvía de mi Lugar de la Risa. Tiene un letrero sobre la puerta que dice eso: CASA DE LA RISA DE ANNIE. Algunas veces sí que me río cuando voy allá arriba. Pero casi siempre lo que hago es gritar.

-¿Cuánto tiempo estará fuera, Annie?

Ahora se alejaba hacia la puerta como flotando en un sueño.

-No puedo decirlo. Le he traído sus cápsulas. No le pasará nada. Tómese dos cada seis horas o seis cada cuatro horas. O todas a la vez.

¿Y qué voy a comer?, estuvo a punto de preguntarle, pero no lo hizo. No deseaba volver a llamar su atención... en absoluto. Quería que se fuera. Estar allí con ella era como estar con el Ángel de la Muerte.

Se quedó tenso en la cama durante mucho rato escuchando sus movimientos, primero arriba; luego, en la escalera; después, en la cocina. Temía de veras que cambiase de opinión y entrara después de todo con un arma. Ni siquiera se relajó cuando oyó una puerta que se cerraba y luego una llave y sus pasos chapoteando en el exterior. El arma podía estar en el "Cherokee".

El motor de la vieja Bessie zumbó y se encendió. Annie arrancó con furia. Un abanico de luces se aproximó iluminando una brillante cortina plateada de lluvia. Las luces empezaron a retirar-se por el camino, bailaron alrededor, se fueron apagando y Annie ya no estaba. Esa vez no se dirigía colina abajo hacia Sidewinder, sino arriba, hacia la montaña.

-Se va a su Casa de la Risa -gruñó Paul y empezó a reír también.

Ella tenía una; él ya estaba en la suya. La tromba salvaje de carcajadas terminó cuando sus ojos toparon con el cuerpo destrozado de la rata en el rincón.

Un pensamiento lo golpeó.

-¿Quién ha dicho que no me ha dejado nada que comer? -le preguntó a

la habitación y rió aún más fuerte.

Las carcajadas de Paul Sheldon sonaban en su Casa de la Risa como en la celda acolchada de un loco.

16

Dos horas después, Paul volvió a forzar la cerradura de la habitación y por segunda vez hizo pasar la silla de ruedas a través del estrecho hueco de la puerta. Esperaba que fuese la última. Tenía un par de mantas encima de las piernas. Todas las cápsulas que había podido coger estaban envueltas en "Kleenex" y metidas en sus calzoncillos bajo el colchón. Tenía intención de salir de allí si podía, con lluvia o sin ella. Era su única oportunidad, y esta vez pensaba aprovecharla. Sidewinder estaba colina abajo, la carretera se hallaría resbaladiza y estaba todo más oscuro que el pozo de una mina; pero pensaba intentarlo de todos modos. No había llevado la vida de un héroe ni la de un santo; pero no tenía intención de morir como un pájaro en un zoológico.

Recordaba vagamente una noche que había pasado bebiendo whisky con un melancólico dramaturgo llamado Bernstein en el Lions Head del Village. Y si vivía para poder volver al Village, caería sobre lo que quedase de sus rodillas y besaría la acera sucia de la calle Christopher. En algún momento, la conversación se había desviado hacia los judíos de Alemania durante los inciertos cuatro o cinco años antes de que la Wehrmacht asolara Polonia empezando la fiesta en grande. Paul recordaba haberle dicho a Bernstein, que había perdido a una tía y a su abuelo en el Holocausto, que no podía comprender por qué los judíos de Alemania, coño, los de toda Europa, pero sobre todo los de Alemania, no se habían largado de allí mientras aún les quedaba tiempo. En términos generales, no eran estúpidos y muchos tenían experiencia propia en persecuciones semejantes. Seguramente sabían lo que se les echaba encima. Y entonces, ¿por qué se quedaron?

La respuesta de Bernstein, le había parecido frívola, cruel e incomprensible: "La mayoría tenía un piano. Los judíos tenemos debilidad por los pianos. Cuando se tiene un piano es más difícil decidirse a la mudanza."

Ahora lo comprendía. Si. Al principio fueron sus piernas rotas y su pelvis destrozada. Luego, que Dios le ayude, el libro había arrancado. De una manera disparatada, hasta se lo estaba pasando bien con él. Sería fácil, demasiado fácil echar toda la culpa a sus huesos rotos o a la droga cuando, de hecho, la mayor parte la tenía el libro. Eso y el monótono transcurrir de los días con su patrón sencillo de convaleciente. Todo eso, pero sobre todo el estúpido Libro, había sido su piano. ¿Qué haría ella cuando volviese de su Casa de la Risa y viera que él se había marchado? ¿Quemar el manuscrito?

-Me importa un comino -dijo y casi era verdad. Si salía con vida, podría escribir otro libro, hasta recrear ése si quería. Pero un hombre muerto no podía escribir una novela como no podía comprarse un piano nuevo.

Entró en la sala. Antes había estado ordenada, pero ahora había montones de platos sucios en todas las superficies disponibles. Le

pareció que una muchedumbre había estado allí. Por lo visto, Annie no sólo se dedicaba a pellizcarse y abofetearse cuando estaba deprimida, también se complacía en tragar sin tomarse luego la molestia de limpiar lo que había ensuciado. Recordó el aire apestoso que había entrado por su garganta mientras estaba en las nubes y sintió que el estómago se le contraía. La mayoría de las sobras eran de cosas dulces. En muchos de los tazones y platos soperos se secaba el helado. Otros recipientes tenían migas de bizcocho y cobertura de budines. Un montón de gelatina, de lima cubierta con una capa agrietada de nata seca descansaba encima del televisor, al lado de una botella de dos litros de "Pepsi" y una salsera llena. La botella era tan grande como la nariz de un Titán II y tenía la superficie tan sucia que se había vuelto casi opaca. Adivinó que ella habría bebido directamente del gollete y que sus dedos estarían cubiertos
de salsa de carne o de helado. No había oído ruido de cubiertos, y no era de extrañar porque allí no se veía ninguno. Fuentes, platos y cuencos, pero ni una cuchara o tenedor. En la alfombra y en el sofá, se estaban secando chorretes y salpicaduras, casi todas de helado.

Eso fue lo que observé en su bata. Las cosas que estaba comiendo. Y lo que oil en su aliento. Le volvió la imagen de Annie como mujer de Piltdown. La vio allí sentada metiéndose helado en la boca, o tal vez puñados de salsa de pollo medio congelada, entre tragos de "Pepsi", comiendo y bebiendo en un profundo aturdimiento depresivo.

El pingüino sentado en su bloque de hielo aún estaba en la mesita, pero ella había tirado a un rincón muchas de las otras piezas de cerámica y sus restos se hallaban, en pequeños cascos y garfios puntiagudos.

Seguía viendo sus dedos hundiéndose en el cuerpo de la rata. Las manchas rojas que dejaron en la sábana..., cómo se chupaba la sangre con la misma indiferencia con que debía haberse comido el helado, la gelatina y el brazo de gitano de chocolate relleno de mermelada. Esas imágenes eran horribles; pero constituían un incentivo estupendo para correr.

El ramo de flores secas de la mesita de centro estaba volcado. Bajo la mesa, apenas visible, había un plato con budín de crema y un libro muy grande. El camino del recuerdo, decía. Los viajes por el camino del recuerdo nunca son buenos cuando se está deprimido, Annie; pero supongo que a estas alturas de tu vida ya debes saberlo.

Atravesó la habitación. La cocina estaba al frente. A la derecha, un pasillo amplio y corto conducía a la puerta de entrada. Al lado de ese pasillo, una escalera llevaba al segundo piso. Con un solo vistazo, descubrió que había chorreones de helado en algunos de los enmoquetados escalones y manchones acristalados en la barandilla. Paul se dirigió a la puerta de entrada. Pensó que, de encontrar un lugar por donde salir, estando atado a su silla como estaba, sería la puerta de la cocina, la que Annie utilizaba cuando iba a dar la comida a los animales; de la que salió galopando el día que Mr. Rancho Grande apareció; pero debía probar aquella puerta primero. Podría llevarse una sorpresa.
No se la llevó.

La escalera del porche era tan empinada como había temido; pero aunque hubiese habido una rampa para sillas de ruedas, una posibilidad que él jamás habría aceptado en un animado juego de ¿Puedes?, ni siquiera si la hubiese sugerido un amigo, no habría podido utilizarla. La puerta tenía tres cerraduras. Podía habérselas apañado para abrir la de tipo policía. Las otras dos eran "Kreigs", las mejores cerraduras del mundo

según su amigo ex policía Tom Tywford. Y ¿dónde estaban las llaves? Mmmm... déjame ver. ¿Tal vez camino de la Gasa de la Risa de Annie? ¡Sí señor José! ¡Dele al hombre un puro! ¡Y un soplete para que lo encienda!

Hizo marcha atrás por el pasillo tratando de controlar el pánico, repitiéndose que, de todos modos, tampoco había esperado tanto de aquella puerta. Una vez en la sala, giró la silla y entró en la cocina. Era una habitación a la antigua con el techo de hojalata, y linóleo brillante en el suelo. La nevera era vieja, pero silenciosa. Tenía tres o cuatro pegatinas en la puerta, no podía sorprender que todas tuvieran forma de dulces: una pastilla de chicle, una barra de chocolate "Hershey", un "Tootsie Roll". Uno de los armarios estaba abierto y pudo ver los estantes pulcramente cubiertos con hule. Sobre la pila había grandes ventanas que

dejarían entrar mucha luz hasta en días nublados. Debía haber sido una cocina alegre; pero no lo era. El cubo de la basura estaba desbordado y emitía el aroma cálido de los alimentos en descomposición. Aquello no era lo único que estaba mal ni el peor de los olores. Había otro que parecía existir sobre todo en su mente, pero que no por ello dejaba de ser real. Era perfume de Wilkes, el olor psíquico de la obsesión.

Había puertas en la habitación, dos a la izquierda y otra frente a él, entre la nevera y la despensa.

Primero fue a las de la izquierda. Una correspondía al armario de la cocina; lo supo antes de ver los abrigos, los sombreros, las bufandas y las botas. El sonido breve de los goznes bastó para que lo imaginara. La otra era la que Annie utilizaba para salir. Y, en ella, otra cerradura de policía y otras dos "Kreigs". Roydman, fuera. Paul, dentro.

Se la imaginó riendo.

-¡Puta! -dio un puñetazo a la puerta.

Le dolió y apretó el borde de la mano contra su boca. Odiaba el ardor de las lágrimas, la visión doble que le producían momentáneamente cuando parpadeaba; pero no tenía modo de evitarlo. El pánico volvía a gritarle con más fuerza preguntándole qué iba a hacer ahora, qué iba a hacer, por Dios, ésa podía ser su última oportunidad...

Lo primero que voy a hacer es revisar la situación, se dijo con severidad. Si logras controlarte un rato más. ¿ Crees que podrás hacerlo, mierda de gallina?

Se limpió los ojos, con llorar no iba a salir de aquello, y miró por la ventana que ocupaba la mitad superior de la puerta. No era, en realidad, una ventana, sino dieciséis paneles. Podía romper cada uno de ellos, pero también tendría que romper los listones y eso, sin un serrucho, podía costarle horas, parecían muy fuertes. ¿Y luego qué? ¿Lanzarse al porche trasero de cabeza a lo kamikaze? Una gran idea. Tal vez se rompería la espalda y eso haría que se olvidase de las piernas por un tiempo. Y no tardaría mucho en morir de frío si se quedaba ahí tirado bajo aquel aguacero. Así acabaría con aquella podrida situación.

No hay manera. No hay ni una puñetera manera. Puede que reviente, pero juro por Dios que no lo voy a hacer hasta que pueda demostrarle a mi admiradora número uno lo encantado que estoy de haberla conocido. Y eso no es sólo una promesa, es un voto sagrado.

La idea de vengarse consiguió calmar su pánico mucho más que todos los reproches que se había dirigido. Algo tranquilizado, accionó el interruptor que estaba al lado de la puerta cerrada. Se

encendió tina luz afuera que le vino muy bien; desde que había salido de su habitación había oscurecido. El camino de Annie estaba inundado y su patio era un cenagal rebosante de agua y de trozos de nieve derritiéndose. Poniendo su silla a la izquierda de la puerta, pudo ver, por primera vez, la carretera; aún no le servía para nada. Dos carriles de brea entre bancos de nieve. Un suelo reluciente como piel de foca, cubierto de agua de lluvia y de nieve derretida.

Tal vez cerró las puertas para que los Roydman no entraran; pero ciertamente no tenía necesidad alguna de cerrarlas para que yo no saliera. Si lo hiciese en esta silla de ruedas, en cinco segundos estaría atascado hasta los cubos. No vas a ninguna parte, Paul. Ni esta noche ni en las próximas semanas. La liga de béisbol llevará un mes jugándose antes de que la tierra esté lo suficientemente firme como para que puedas salir a la carretera en esta silla. A menos que quieras estrellarte contra una ventana y salir arrastrándote.

No, no quería hacer eso. Era demasiado fácil imaginarse cómo se sentirían sus huesos destrozados después de diez o quince minutos retorciéndose a través de charcos helados y nieve blanda, igual que un renacuajo moribundo. Y aun suponiendo que pudiese llegar a la carretera, ¿qué posibilidades tendría de parar un coche? Los dos únicos que había oído por allí, aparte de la vieja Bessie, habían sido el "Bel Air" de Rancho Grande y el coche que le había dado un susto de muerte pasando por la casa la primera vez que había salido de la habitación.

Apagó la luz y fue hasta la otra puerta entre la nevera y la despensa. También tenía tres cerraduras y ni siquiera abría hacia el exterior; al menos, no directamente. Había otro interruptor junto a esa puerta. Paul lo encendió y vio un alero que corría a todo lo largo de la casa por el lado de barlovento, En un extremo, había una pila de madera y el bloque para cortarla, con un hacha clavada en medio. En el otro, una mesa de trabajo y herramientas colgando de garfios. Al lado de la infame barbacoa, se encontraban varias bolsas de carbón vegetal. A la izquierda del altar en el que él quemó su sacrificio, se veía otra puerta. La bombilla de afuera no era muy brillante, pero si lo suficiente para descubrir otra cerradura de policía y otras dos "Kreigs" en aquella puerta.

Los Roydman..., todo el mundo... contra mí.

-No sé si los otros van por ella -dijo a la cocina vacía-; pero yo desde luego que sí.

Dando las puertas por imposibles, fue hasta la alacena. Antes de mirar la comida almacenada en los estantes, se fijó en las cerillas. Había dos cajas de sobres de cerillas y al menos dos docenas de "Diamond Blue Tips" cuidadosamente apiladas.

Por un momento, pensó en la posibilidad de incendiar aquel lugar, empezó a rechazarla como la idea más ridícula que se le había ocurrido hasta entonces y luego vio algo que le hizo reconsideraría. Aquí había otra puerta, y ésa no tenía cerraduras. La abrió y vio unas escaleras empinadas y desvencijadas inclinándose hasta el sótano. Un olor casi vicioso a humedad y a vegetales podridos subió de la oscuridad. Oyó chillidos apagados y la recordó diciendo: Entran en el sótano cuando llueve. Les pongo trampas, tengo que hacerlo.

Se apresuró a cerrar la puerta de golpe. Una gota de sudor le bajó por la sien y corrió hasta el rabillo del ojo derecho escociéndole. Se la

limpió con los nudillos. Al saber que la puerta debía conducir al sótano y ver que no tenía cerraduras, la idea de incendiar el lugar le había parecido más racional. Tal vez podría refugiarse allí. Pero las escaleras eran demasiado empinadas. Tenía demasiadas posibilidades de morir carbonizado si la casa en llamas se derrumbaba en el agujero del sótano antes de que los bomberos de Sidewinder pudiesen llegar... Y las ratas de allá abajo... El ruido de las ratas era, de algún modo, lo peor.

Cómo le late el corazón. Lucha para escaparse. Como nosotros, Paul, como nosotros.

-África -dijo, sin oír lo que decía.

Empezó a mirar las latas y las bolsas de comida de la alacena tratando de determinar qué podría llevarse sin que ella sospechase la próxima vez que estuviese por ahí. Una parte de él comprendió lo que significaba esa valoración: había renunciado a la idea de escapar.

Sólo por el momento, protestó su mente confusa.

No, respondió implacable otra voz más profunda. Para siempre, Paul, para siempre.

-Nunca me rendiré -susurró-. ¿Me oyes? Nunca.

¿No?, murmuró con sarcasmo la voz del cínico. Bueno... ya veremos.

Sí. Ya se vería.

17

Más que una alacena, aquello parecía el refugio atómico de un obseso. Pensó que toda aquella acumulación de alimentos ponía de relieve la situación real de Annie. Era una mujer sola que vivía aislada en las montañas donde una persona debía prepararse para ciertos períodos de aislamiento. Tal vez sólo un día; pero a veces hasta una o dos semanas, desconectada del resto del mundo. Probablemente, aquellos joninos Roydman tenían una alacena que sorprendería al propietario de una casa de cualquier otra parte del país pero dudaba que los joninos Roydman o que cualquier otro habitante de aquellas latitudes tuviese algo aproximado a lo que él acababa de descubrir. Aquélla no era una alacena, era un maldito supermercado. Allí había un cierto simbolismo. Las hileras de alimentos sugerían la tenebrosa línea fronteriza entre el Estado Soberano de la Realidad y la República Popular de la Paranoia. En su situación actual, sin embargo, esas sutilezas no parecían dignas de consideración. A la mierda el simbolismo. Había que ir a la comida.

Si, pero con cuidado. No se trataba sólo de lo que ella pudiese echar en falta. No debía llevarse nada más de lo que razonablemente pudiese esconder, si llegaba de repente... ¿Y de qué otra manera iba a llegar? El teléfono estaba muerto y dudaba mucho que Annie le enviase un telegrama o un mensajero con flores. Pero lo que ella pudiese echar de menos allí, o encontrar en su habitación, importaba muy poco. Después de todo, él tenía que comer. También estaba enganchado a la comida.

Sardinas. Había muchas sardinas en aquellas latas rectangulares con la llave bajo la envoltura. Bien. Cogería algunas. Latas de paté. No tenían llave, pero podría abrir un par de ellas en la cocina y comérselas antes. Enterraría la latas vacías en el cubo lleno de basura. Había un paquete abierto de pasas "Sun-Maid" lleno de las cajitas pequeñas que el

letrero en el celofán roto de la envoltura llamaba "mini-snacks". Paul agregó cuatro "mini-snacks" a la creciente pila de su regazo, más cajitas individuales de "Corn Flakes" y de «Wheaties». Notó que no había cajitas individuales de cereales azucarados. Annie debía habérselas tragado en su última juerga, si es que las tenía.

En un estante más alto, halló una pila de "Slim Jim"[12] tan bien colocados como la leña en el cobertizo de Annie. Cogió cuatro, tratando de no alterar la estructura piramidal del depósito y se comió uno ávidamente disfrutando el gusto salado de la grasa. Se metió la envoltura en el calzoncillo para tirarla luego.

Empezaban a dolerle las piernas. Decidió que si no iba a escapar o a quemar la casa, debía volver a su habitación. Un anticlímax, pero las cosas podían ser peores: ¿Y si se tomase un par de cápsulas y escribiese hasta que le llegara el sueño? Entonces podría dormir. Dudaba que ella volviese esa noche. En vez de amainar, la tormenta estaba ganando fuerza. La idea de escribir con calma y de dormir luego, sabiendo que estaba completamente solo, que Annie no entraría en tromba con alguna idea loca o una exigencia más demente aún, le atraía mucho, fuese o no un anticlímax.

Salió de la alacena deteniéndose a apagar la luz, recordándose que debía
(aclarar)
poner todo en su sitio mientras hacía su retirada. Si se le acababa la comida antes de que ella regresara, podría volver a buscar mas. (Como una rata hambrienta, ¿verdad, Paulie?)

Pero no debía olvidar lo cuidadoso que tenía que ser. Debía tener presente el hecho de que estaba arriesgando la vida cada vez que dejaba su habitación.

18

Mientras atravesaba la sala volvió a llamar su atención el álbum que estaba bajo la mesita de centro. El camino del recuerdo. Era tan grande como una obra de Shakespeare en folios y tan grueso como una Biblia familiar.
Picado por la curiosidad lo cogió y lo abrió.

En la primera página aparecía un recorte de periódico a una sola columna con el titulo Boda Wilkes-Berryman. Había una fotografía de un joven de cara estrecha y una mujer de ojos oscuros con los labios fruncidos. Paul llevó su mirada de la fotografía del periódico al cuadro que estaba sobre la repisa. No cabía duda. La mujer identificada en la gacetilla como Crysilda Berryman (ése si que es un nombre digno de una novela de Misery, pensó) era la madre de Annie. Escrito cuidadosamente en tinta negra bajo el recorte, decía: "Journal, de Bakersfíeld, 30 de mayo de 1938."

[12] Especie de salchichón pequeño y delgado. (N. del T)

En la segunda página había un anuncio de un nacimiento: Paul Emery Wilkes, nacido en el Receiving Hospital de Bakersfield, el 12 de mayo de 1939. Padre, Carl Wilkes. Madre, Crysilda Wilkes. El nombre del hermano de Annie le dio una pista. Debía ser el que la acompañaba al cine a ver los seriales. También se llamaba Paul.

La página tres anunciaba el nacimiento de Annie Marie Wilkes el 1 de abril de 1943. Lo que significaba que Annie acababa de cumplir los cuarenta y cuatro años. A Paul no se le escapó el hecho de que había nacido el día de April Fools[13].

Afuera, bramaba el viento. La lluvia se estrellaba contra la casa. Fascinado, momentáneamente libre del dolor, Paul volvió la página.

El siguiente recorte era de la primera plana del Journal de Bakersfield. En la fotografía, un bombero en una escalera contra un fondo de llamas que salían de las ventanas de un edificio.

CINCO MUERTOS EN EL INCENDIO DE UNA CASA DE APARTAMENTOS

Cinco personas, cuatro de ellas miembros de una misma familia, murieron en las primeras horas del miércoles víctimas de un grave incendio en una casa de apartamentos de Bakersfield en Watch Hill Avenue. Tres de los muertos eran niños:

Paul Krenmitz, de ocho años; Frederick Krenmitz, de seis, y Alison Krenmitz de tres. La cuarta víctima fue el padre, Adrian Krenmitz, de cuarenta y uno. Mr. Krenmitz rescató al niño superviviente de la familia, Laurence Krenmitz, de dieciocho meses. Según la esposa, Jessica Krenmitz, su marido le puso en los brazos al más pequeño de sus hijos diciéndole: "Volveré con los demás dentro de uno o dos minutos. Reza por nosotros." "Ya no volví a verlo nunca más", dijo Mrs. Krenmitz.

La quinta víctima, Irving Thalman, de cincuenta y ocho años, era un soltero que vivía en el ático del edificio. El apartamento del tercer piso estaba vacío a la hora del incendio. La familia de Carl Wilkes, que al principio se dio por desaparecida, abandonó el edificio el martes por la noche debido a una inundación en la cocina.

"Lloro por Mrs. Krenmitz y por la pérdida de sus seres queridos -dijo Crysilda Wilkes a un reportero del Journal-, pero doy gracias a Dios por haber librado a mi marido y a mis dos hijos."

Michael O'Whunn, jefe de bomberos de Centralia, dijo que el fuego había empezado en el sótano del edificio. Cuando se le preguntó por la posibilidad de que fuese intencionado, respondió: "Es más fácil pensar que un vagabundo entró en el sótano, se puso a beber alcohol e inició el fuego accidentalmente con un cigarrillo. Probablemente huyó en vez de intentar apagarlo, y cinco personas murieron. Espero que encontremos a ese gamberro." Al preguntársele sobre las pistas, O'Whunn dijo: "La Policía tiene varias y las están siguiendo con toda celeridad, os lo puedo asegurar."

Bajo el recorte, con la misma tinta negra y el mismo cuidado:
28 de octubre de 1954.

Paul levantó la vista. Estaba completamente quieto, pero el pulso

[13] Literalmente, los tontos de abril, ese día se celebra tradicionalmente gastando bromas al estilo del día de los Inocentes de los países hispanos. Existe la creencia popular de que los nacidos en ese día suelen estar un poco chiflados. (N. del T)

le latía rápidamente en la garganta. Sentía las tripas flojas y calientes.
Mocosos.
Tres de los muertos eran niños.
Los cuatro mocosos de la señora Krenmitz en el piso de abajo.
No, Cristo, no.
Odiaba a esos mocosos.
¡Ella era sólo una niña! ¡Ni siquiera estaba en la casa!

Tenía once años. Lo bastante mayor y lo suficientemente inteligente como para rociar queroseno alrededor de una botella de licor barato, encender luego una vela y echarla en el queroseno. A lo mejor ni siquiera pensó que daría resultado. A lo mejor creyó que el queroseno se evaporaría antes de que la vela se consumiese. Tal vez creyó que saldrían vivos... Sólo quiso asustarlos para que se mudaran. Pero ella lo hizo, Paul, lo hizo y tú lo sabes.
Si, seguramente lo sabia. ¿Y quién iba a sospechar de Annie?
Volvió la página.

Aún había otro recorte del Journal de Bakersfield, ése fechado el 19 de julio de 1957. Mostraba una foto de Carl Wilkes un poco más viejo. Una cosa estaba clara: ya no envejecería más. El recorte era su necrológica:

CONTABLE DE BAKERSFIELD MUERE A CAUSA DE UNA EXTRAÑA CAÍDA

Carl Wilkes, residente en Bakersfield de toda la vida, murió anoche poco después de ser ingresado en el Hernández General Hospital. Al parecer, cuando bajaba a contestar al teléfono, tropezó con un montón de ropa que habían dejado en las escaleras. El doctor Frank Canley comunicó que Wilkes había muerto de fracturas craneales múltiples y rotura de cuello. Tenía cuarenta y cuatro años.

Wilkes deja a su mujer, Crysilda; un hijo, Paul, de dieciocho y una hija, de catorce.

Cuando Paul pasó la página, pensó por un momento que Annie había pegado dos copias de la nota necrológica de su padre por haber sentido mucho su muerte, o por accidente. La última posibilidad le pareció más verosímil. Pero era otro accidente distinto y la razón de su similitud era la simplicidad en sí misma: ninguno de los dos sucesos había sido verdaderamente accidental.

La cuidadosa caligrafía bajo ese recorte decía: Los Angeles, Call, 29 de enero de 1962.

ESTUDIANTE DE USC MUERE EN EXTRAÑA CAÍDA

Andrea Saint-James, estudiante de enfermería en USC, fue ingresada muerta, anoche, en el Mercy Hospital de Los Ángeles Norte, víctima de un extraño accidente.

Miss Saint-James compartía un apartamento fuera del campus universitario con otra estudiante de enfermería, Annie Wilkes, de Bakersfield. Poco antes de las once de la noche, Miss Wilkes, que estaba estudiando, oyó un breve grito seguido de "terribles golpes sordos". Corrió al rellano del tercer piso desde donde vio a Miss Saint-James en el rellano del piso inferior "tirada en una posición muy poco natural". Miss Wilkes

dijo que, al intentar ayudarle, estuvo a punto de caerse ella también. "Teníamos un gato llamado Peter Gunn -dijo-; no lo habíamos visto durante los últimos días y pensamos
que la perrera debía habérselo llevado porque siempre nos olvidábamos de comprarle una chapa. Estaba muerto en las escaleras. Ella tropezó con el gato. Cubrí a Andrea con mi jersey, y entonces llamé al hospital." Miss Saint-James, natural de Los Ángeles, tenía veintiún años.

-Jesús.

Paul lo repitió en un susurro una y otra vez. La mano le temblaba mientras pasaba la página. Allí había un recorte de Cali que decía que el gato de las estudiantes de enfermería había sido envenenado.

"Peter Gunn". Gracioso nombre para un gato, pensó Paul.

El propietario de los apartamentos tenía ratas en el sótano. Las quejas de los vecinos habían dado lugar a una advertencia de los inspectores de edificios el año anterior. El dueño había causado un tumulto en la siguiente reunión del Consejo Municipal, tan animado que había llegado a la Prensa. Annie debía saberlo. Amenazado con una fuerte multa por concejales a los que no gustaban los insultos, el propietario había sembrado el sótano de cebos envenenados. El gato se come el veneno. El gato languidece en el sótano durante dos días. Se arrastra luego hasta acercarse todo lo que puede a sus dueñas antes de expirar... y de matar a una de ellas.

Una ironía digna de Paul Harvey, pensó Paul Sheldon, y rió como loco. Apuesto a que también lo reseñó en su noticiero.

Limpio. Muy limpio.

Excepto que todos sabemos que Annie cogió un poco de la carne envenenada del sótano y se la dio en la mano al gato. Y si el viejo Peter Gunn no se la quiso comer probablemente se la metió en la garganta con un palo. Cuando estuvo muerto, lo puso en las escaleras y esperó que el asunto diera resultado. Tal vez sabía que su compañera llegaría achispada. No me sorprendería en absoluto. Un gato muerto, un montón de ropa. El mismo modus operandi, como diría Tom Twyford. Pero ¿por qué, Annie? Estos recortes me lo dicen todo menos eso. ¿POR QUE?

En un acto de autopreservación, parte de su mente se había transformado realmente en Annie durante las últimas semanas y ahora fue esa Annie la que habló con su voz seca e incontradecible. Y al tiempo que lo que decía era demencial, poseía también una perfecta coherencia.

La maté porque ponía la radio muy alta por la noche.

La maté porque le había puesto al gato un nombre idiota.

La maté porque estaba harta de verla besarse con su novio en el sofá, mientras él tenía la mano metida tan arriba bajo su falda que parecía estar buscando oro.

La maté porque la pesqué haciendo trampas.

Los detalles no tienen importancia, ¿no es cierto?

La maté porque era una chica jonina y ésa era una razón suficiente.

-Y tal vez porque era una Miss Sabihonda -murmuró Paul.

Echó atrás la cabeza y soltó otra carcajada aguda y aterrada.

Así que ése era el Camino del Recuerdo, ¿no? ¡Vaya, qué extraña variedad de flores venenosas crecía en la versión de Annie de ese viejo camino!

¿A nadie se le ocurrió relacionar esas dos extrañas caídas? Primero

su padre, luego su compañera de apartamento. ¿Me lo estás diciendo en serio?

Sí, se lo estaba diciendo en serio. Los accidentes habían ocurrido con un intervalo de cinco años en dos ciudades diferentes. Lo habían reseñado periódicos distintos en un Estado populoso donde la gente se caía constantemente por las escaleras y se rompía el cuello.

Y ella era lista, muy lista.

Casi tan lista como el mismo Satanás. Aunque ahora empezaba a perder facultades. Su órbita, siempre elíptica, había comenzado a decaer. Pequeñas cosas, como olvidarse de cambiar la página del calendario. Cosas mayores, como olvidar el pago trimestral de sus impuestos. Lo más grave de todo sería que la pescasen, por supuesto. Sólo que, para él, sería un triste consuelo, que finalmente la acorralaran por la muerte de Paul Sheldon.

Volvió la página y descubrió otro recorte del Journal de Bakersfield, el último titular decía: Miss WILKES SE GRADÚA EN LA ESCUELA DE ENFERMERÍA. Una chica de esta ciudad llega a su meta. 17 de mayo de 1966. La fotografía presentaba una Annie Wilkes joven y sorprendentemente bonita, llevando un uniforme de enfermera y una cofia y sonriendo a la cámara. Era una fotografía de graduación, por supuesto. Se había graduado con honores. Sólo tuvo que matar a una compañera de apartamento para conseguirlo, pensó Paul y lanzó una carcajada aguda y aterrada. El viento rugió junto a la casa como si le respondiese. El cuadro de Mamá repiqueteó brevemente en la pared.

El siguiente recorte era de Manchester, New Hampshire, del Union-Leader, 2 de marzo de 1969. Se trataba de una simple nota necrológica que parecía no tener ninguna conexión con Annie Wilkes. Ernest Gonyar, de setenta y nueve años, había muerto en el Saint Joseph's Hospital. No se mencionaba la causa exacta de su muerte; sólo se decía "tras una larga enfermedad". Dejaba a su mujer, doce hijos y lo que parecían unos cuatrocientos nietos y bisnietos. No hay nada como el método del ritmo para producir descendientes de todos los tamaños, pensó Paul y rió otra vez.

Ella lo mató. Eso es lo que le pasó al bueno del viejo de Ernie. ¿Por qué, si no, iba a estar aquí su gacetilla mortuoria?

¿Por qué, por el amor de Dios, POR QUE?

Con Annie Wilkes, ésa es una pregunta que no tiene una respuesta cuerda, como bien sabes.

Otra página, otro óbito del Union-Leader. 19 de marzo de 1969. La señora se llamaba Hester Queenie Beaulifant, de ochenta y cuatro años. En la foto parecía que hubiesen exhumado sus huesos de un tarro de los Hoyos de Alquitrán "La Brea". Lo mismo que se había llevado a Ernie, se llevó a Queenie. Parecía que eso de "larga enfermedad" era una mierda epidémica que andaba por ahí. Como Ernie, había expirado en el Saint Joe's.

Exposición de dos a seis, el 20 de marzo en la funeraria Foster's Funeral Home. Inhumación en el cementerio Mary Cyr el 21 de marzo a las cuatro de la tarde.

El Coro del Tabernáculo Mormón debía haberle cantado especialmente "Annie, ¿por qué no pasas por aquí?", pensó Paul y volvió a hacer el burro.

En las páginas siguientes había otros tres óbitos del Union Leader.

Dos viejos que habían muerto de esa eterna patología favorita, "larga enfermedad". La tercera era una mujer de cuarenta y seis años llamada Paulette Simeaux. Paulette había muerto de la que siempre quedaba en segundo lugar, "enfermedad breve". A pesar de que la fotografía que acompañaba el óbito era aún más borrosa y granulosa de lo común, Paul vio que Paulette Simeaux hacía que Queenie Beaulifant pareciese Thumbelina. Pensó que su enfermedad debía haber sido ciertamente corta. Digamos que una tronante coronaria, seguida de un viaje a Saint Joe's, seguido de... ¿Seguido de qué? ¿De qué, exactamente?

No quería pensar en los detalles, pero los tres óbitos identificaban a Saint Joseph's como el lugar de la muerte.

¿Y si buscáramos en el registro de enfermeras en marzo del sesenta y nueve? ¿Encontraríamos el nombre de Wilkes? Amigos, ¿hace un oso cacatuti en el bosque?

Ese libro, Dios sagrado, ese libro era tan grande.

Basta ya, por favor. No quiero seguir mirando. Ya tengo la idea. Voy a poner el álbum donde lo encontré. Luego, me iré a mi habitación. Creo que, después de todo, ya no quiero escribir. Me parece que me tomaré otra cápsula y me iré a la cama. Llámenlo seguro contra las pesadillas. Pero ya no puedo seguir por el Camino del Recuerdo de Annie, por favor. Por favor, si os place.

Pero sus manos parecían tener mente y voluntad propias. Seguían pasando las hojas cada vez con mayor rapidez.

Otras dos noticias breves de muertes en el Union-Leader, una a finales de septiembre de 1969 y otra a principios de octubre.

19 de marzo de 1970. Ésa del Herald de Harrisburg, Pennsylvania, en la última página. NUEVO PERSONAL EN EL RIVERVIEW HOSPITAL. Aparecía la

foto de un hombre con gafas y calvicie incipiente que a Paul le pareció capaz de comer chinches a escondidas. El artículo destacaba que, además del nuevo director de publicidad, el individuo medio calvo con gafas, otras veinte personas se habían incorporado a la plantilla del Riverview Hospital: dos doctores, nueve enfermeras tituladas, personal de cocina, ordenanzas y un conserje.

Annie era una de las enfermeras diplomadas.

En la página siguiente, pensó Paul, voy a ver una breve noticia de la muerte de un anciano o de una anciana que expiró en el Riverview Hospital en Harrisburg, Pennsylvania.

Exacto. Un viejo que había muerto de la dolencia favorita de todos los tiempos, "larga enfermedad".

Seguido de un anciano que había muerto de la eterna dama de honor, "corta enfermedad".

Y seguido de una criatura de tres años que se había caído a un pozo, resultando con lesiones graves en la cabeza y que fue llevada a Riverview en estado de coma.

Atontado, Paul siguió volviendo páginas mientras el viento y la lluvia golpeaban la casa. El sistema estaba claro. Ella conseguía un trabajo, mataba a algunas personas y se mudaba.

De repente le vino la imagen de un sueño que su conciencia había olvidado y que, desde entonces, tenía un elemento délfico de déjà vu. Vio a Annie Wilkes con un delantal largo, cubierta con una cofia, una Annie que parecía una enfermera del Bedlam Hospital de Londres. Llevaba un

cesto en un brazo. Metía la mano, sacaba arena y la echaba en las caras ante las que iba pasando. No era la arena tranquilizadora del sueño, sino arena envenenada. Estaba matando a los enfermos. Cuando les tocaba la cara, se ponían blancos y las rayas de sus monitores se volvían planas. Tal vez mató a los chicos Krenmitz porque eran mocosos... y a su compañera de apartamento..., y tal vez hasta a su propio padre, por cualquier razón... Pero ¿estos otros?

Sin embargo, él lo sabía. La Annie que tenía adentro lo sabía. Viejos y enfermos. Todos habían sido viejos y estaban enfermos, exceptuando a Mrs. Simeaux, la cual debía haber sido sólo un vegetal en el momento de ser ingresada. La Simeaux y el chico que se había caído al pozo, Annie los había matado porque...

-Porque eran ratas en una trampa -murmuro.

Pobres seres. Pobres seres.

Seguro. Eso era. En la mente de Annie, toda la gente del mundo estaba dividida en tres grupos: mocosos, pobres seres.., y Annie.

Se había ido mudando constantemente hacia el Oeste. De Harrisburg a Pittsburgh, a Duluth, a Fargo. Entonces, en 1978, a Den-ver. En cada caso, el patrón era el mismo: un articulo de bienvenida en el que el nombre de Annie se mencionaba entre otros. Se había perdido el articulo de Manchester porque probablemente, imaginaba Paul, no sabia que los periódicos locales publican esas cosas, y luego dos o tres muertes sin importancia. Tras esto, volvía a empezar el ciclo.

Es decir, hasta Denver.

Al principio, parecía lo mismo. Estaba el artículo de RECIÉN LLEGADOS, esta vez recortado del periódico del Denver Receiving Hospital, con el nombre de Annie. La publicación de la casa estaba identificada con la pulcra caligrafía de Annie como The Gurney.

-Estupendo nombre para el diario de un hospital -dijo Paul a la habitación vacía-. Sorprende que a nadie se le ocurriera llamarle El fiambre alegre.

Soltó una risa aún más aterrorizada. Dio la vuelta a la página y allí estaba el primer óbito recortado del Rocky Mountain News. Laura D. Rothberg. "Larga enfermedad." 21 de septiembre de 1971. Denver Receiving Hospital.

Entonces el patrón se rompió por completo.

En vez de un funeral, la página siguiente daba cuenta de una boda. La fotografía mostraba a Annie, no en su uniforme, sino en un vestido blanco cubierto de encaje. A su lado, cogiéndole las manos, había un hombre llamado Ralph Dugan. Dugan era fisioterapeuta. BODA DUGAN-WILKES, se titulaba el recorte. Rocky Mountain News, 2 de enero *de* 1979. Dugan no tenía nada de particular, excepto una cosa, se parecía al padre de Annie. Paul pensó que, si se le afeitaba el bigote, lo que probablemente ella le obligó a hacer tan pronto como terminó la luna de miel, el parecido sería extraordinario.

Pasó con el pulgar el grueso de las páginas que faltaban del álbum de Annie y pensó que Ralph Dugan debía haber consultado a Annie.

Creo que lo más seguro es que, en alguna parte de las páginas que faltan, me encuentre un breve artículo sobre ti. Alguna gente tiene citas en Samarra. Creo que tú habrás tenido una con un montón de ropa o con un gato muerto en una escalera. Un gato muerto con un nombre gracioso.

Pero estaba equivocado. El nuevo recorte era de RECIÉN LLEGADOS de

un periódico de Nederland, una ciudad pequeña al oeste de Boulder. No tan lejos de aquí, pensó Paul. Por el momento, no pudo encontrar a Annie en el recorte breve y lleno de nombres, y entonces comprendió que estaba buscando un nombre equivocado. Estaba allí, pero se había convertido en parte de una sociedad sociosexual llamada señores Ralph Dugan[14].

Paul levantó la cabeza de golpe. ¿Se estaba acercando un coche? No..., sólo el viento. Seguramente el viento. Retornó al libro de Annie.

Ralph Dugan había vuelto a ayudar a los cojos, a los mancos y a los ciegos en el Arapahoe County Hospital. Era de presumir que Annie se dedicaba otra vez al venerado trabajo de enfermera, prestando ayuda y consuelo a los heridos por el dolor.

Ahora empieza la matanza, pensó. La única cuestión importante es lo referente a Ralph: ¿Le toca al principio, en medio o al final?

Pero otra vez se equivocaba. En lugar de un óbito, la siguiente página mostraba la fotocopia de un papel de un corredor de fincas. En el ángulo superior de la izquierda del anuncio, había una fotografía de una casa. Paul la reconoció únicamente por el establo adosado. Después de todo, no la había visto nunca desde fuera.

Debajo, en la caligrafía pulcra y firme de Annie: paga y señal entregadas el 3 de marzo. Papeles firmados el 18 de marzo de 1979.

¿Casa de retiro? Lo dudaba. ¿Casa de verano? No. Ellos no podían permitirse ese lujo. ¿Entonces?

Bueno, tal vez sea sólo una fantasía, pero parece probar esto: a lo mejor ama de verdad al viejo Ralph Dugan. A lo mejor ha pasado un año y ella aún no le ha descubierto peste a cacatuti. Algo ha cambiado de verdad: no han habido necrológicas desde...

Volvió atrás para mirar.

Desde Laura Rothberg, en septiembre de 1978. Dejó de matar por la época en que conoció a Ralph. Pero eso era entonces, y esto es ahora. Ahora la presión empieza a aumentar. Los interludios depresivos están volviendo. Ella ve a los viejos..., a los desahuciados..., piensa lo pobres seres que son y se dice, tal vez: es este ambiente el que me está deprimiendo; los kilómetros de pasillos enlosados, los olores, el chasquido de las suelas de crepé y los sonidos de la gente en su dolor. Si pudiera salir de aquí, estaría bien.

Así que Ralph y Annie, al parecer, se habían ido al campo.

Pasó la hoja y pestañeó.

Garabateado al final de la página decía: "43 de agosto de 1880.

¡JÓDETE!"

El papel, a pesar de lo grueso que era, se había roto en varias partes bajo la furia de la mano que llevaba la pluma.

Era la columna de DIVORCIOS CONCEDIDOS del periódico de Nederland, pero tuvo que dar la vuelta al libro para asegurarse de que Annie y Ralph estaban allí. Ella había pegado el recorte al revés.

Sí, allí estaban. Ralph y Anne Dugan. Causa: crueldad mental.

-Divorciados tras corta enfermedad -murmuró Paul, y volvió a levantar la vista pensando que se acercaba un coche.

El viento..., sólo el viento... De todos modos, por su seguridad, era mejor que regresara a su habitación. No sólo porque el dolor de sus

[14] En inglés, la pareja casada se menciona omitiendo el nombre y apellido de la mujer. (N. del T)

piernas estaba empeorando, sino porque se estaba acercando a un estado de locura terminal.

Pero volvió a inclinarse sobre el libro. De un modo extraño, era demasiado bueno para dejarlo, como una novela tan desagradable que hay que terminarla.

El matrimonio de Annie se había disuelto de un modo mucho más legal de lo que él había esperado. Parecía justo decir que el divorcio había surgido verdaderamente tras una corta enfermedad. Un año y medio de felicidad conyugal no es tanto.

Habían comprado una casa en marzo y ése no es un paso que se da si uno piensa que su matrimonio se está desmoronando. ¿Qué ocurrió? Paul no lo sabia. Podía inventar una historia, pero no seria más que eso. Entonces, leyendo otra vez el recorte, notó algo sugestivo. Angela Ford, divorciada de John Ford. Kirsten Frawley, de Stanley Frawley. Danna McLaren, de Lee McLaren. Y... Ralph Dugan de Anne Dugan.

Ahí está esa costumbre americana, ¿no? Nadie habla mucho de ello, pero ahí está. Son los hombres quienes se declaran a la luz de la luna, y son las mujeres las que piden el divorcio. No siempre ocurre así; pero casi siempre. Entonces, ¿qué historia nos cuenta esta estructura grama tical, Angela está diciendo; "Levántate el pantalón, John." Kirsten dice:

"¡Busca otro plan, Stan!" Danna plantea: "¡La llave para mi, Lee!"? Y Ralph, el único hombre que aparece antes que la mujer en esta lista, ¿qué está diciendo? Creo que tal vez pedía... ¡Déjenme salir de aquí!

-A lo mejor vio al gato muerto en la escalera -dijo Paul.

Página siguiente. Otro artículo de RECIÉN LLEGADOS. Ése del Camera de Boulder, Colorado. Había una fotografía de doce nuevos miembros del personal, de pie en el prado del Boulder Hospital. Annie estaba en la segunda fila; su cara, un círculo blanco bajo la cofia con su raya negra. El estreno de un nuevo espectáculo. La fecha bajo el recorte era 9 de marzo de 1981. Había adoptado otra vez su apellido de soltera.

Boulder. Allí era donde Annie se había vuelto verdaderamente loca.

Pasó las páginas cada vez más aprisa, mientras su horror iba en aumento y los dos pensamientos que le volvían constantemente eran: ¿Por qué, en el nombre de Dios, no sospecharon antes?, y ¿Cómo, en el nombre de Dios, se les escurrió de las manos?

10 de mayo de 1981, larga enfermedad. 14 de mayo de 1981, larga enfermedad. 23 de mayo, larga enfermedad. 9 de junio, corta enfermedad. 15 de junio, corta. 16 de junio, larga.

Corta. Larga. Larga. Corta. Larga. Larga. Corta.

Las páginas temblaban en sus dedos. Podía oler la pasta de pegamento seca.

-Cristo, ¿a cuántos mató?

Si era correcto adjudicar un asesinato a cada necrológica pegada en aquel libro, su marca se elevaba a más de treinta personas para fines de 1981..., sin despertar un solo rumor entre las autoridades. Claro que casi todas las víctimas eran viejos y el resto personas seriamente lesionadas; pero aun así..., uno pensaría que...

En 1982, Annie, finalmente, había resbalado. El recorte del Camera del 14 de enero mostraba su cara vacía, de piedra, bajo un titular que decía: NOMBRAMIENTO DE UNA NUEVA ENFERMERA JEFE PARA MATERNIDAD. Hasta ahí, todo bien.

Pero el 29 de enero habían empezado las muertes en la sala de recién nacidos.

Annie había hecho una crónica de toda la historia, a su manera, meticulosa. Paul no tuvo ningún problema en seguirla.

Si la gente que iba tras tu pellejo hubiese encontrado este libro, Annie, estarías en la cárcel o en algún manicomio hasta el fin de los tiempos.

Las primeras dos muertes de niños no habían despertado sospechas. Sobre uno de ellos se mencionaban graves defectos congénitos. Pero los bebés, aunque fuesen defectuosos, no eran ancianos que morían de fallo renal, ni victimas de accidentes que ingresaban vivas, a pesar de tener nada más que media cabeza o el agujero de un volante en las tripas. Y luego había empezado a matar a los sanos junto con los defectuosos. Suponía que Annie, en su espiral psicótica, comenzó a verlos a todos como pobres seres.

A mediados de marzo de 1982 se produjeron cinco muertes de recién nacidos en el hospital de Boulder. Se había iniciado una investigación exhaustiva. El 24 de marzo, Camera llamaba al culpable "fórmula en mal estado" y citaba una "fuente de crédito del hospital". Paul se preguntó si esa fuente no sería la propia Annie.

Otro niño murió en abril. Dos fallecieron en mayo.

Luego, de la primera página del Denver Post del 1 de junio:

INTERROGADA LA ENFERMERA JEFE SOBRE LAS MUERTES DE NIÑOS

El portavoz de la oficina del sheriff dice que "aún" no se han presentado cargos

por Michael Leith

Annie Wilkes, de treinta y nueve años, enfermera jefe de la maternidad del hospital de Boulder, está siendo interrogada hoy sobre la muerte de ocho niños, acaecidas en el lapso de varios meses, todas ellas después de que Miss Wilkes llegase al cargo. Cuando se le preguntó a la portavoz de la oficina del sheriff, Tamara Kinsolving, si Miss Wilkes estaba en prisión preventiva, respondió que no. Y al inquirir si la enfermera Wilkes había acudido a informar del caso por su propia voluntad, Kinsolving repuso: "Debo decir que no fue así. Las cosas están un poco mas serias." En cuanto a si se le habían formulado cargos por alguna de las muertes, Kinsolving respondió: "No. Todavía no."

El resto del articulo era un repaso a la carrera de Annie. Ponía en evidencia que se había movido mucho; pero no sugería en absoluto que en todos los hospitales en que había trabajado la gente tenía un modo extraño de diñarla cuando ella estaba por ahí.

Fascinado, observó la fotografía que acompañaba el articulo.

Annie arrestada. Dios mío, Annie arrestada. El ídolo todavía no había caído, pero estaba tambaleándose..., tambaleándose...

Se la veía subiendo una escalera de piedra acompañada por una robusta mujer policía. Tenía la cara inexpresiva. Llevaba su uniforme de enfermera y sus zapatos blancos.

Página siguiente: WILKES EN LIBERTAD. HACE MUTIS EN EL INTERROGATORIO.

Se había salido con la suya. De algún modo, se había salido con la suya. Ya era hora de que desapareciese y volviese a aparecer en otra parte, Idaho, Utah, California, tal vez. Pero, en vez de eso, volvió a trabajar. Y en lugar de una columna de RECIÉN LLEGADOS de alguna parte más al Oeste, había un gran titular en la primera página del Rocky Mountain News del 2 de julio de 1982.

Continúa el horror:
OTROS TRES NIÑOS MUERTOS EN EL HOSPITAL
DE BOULDER

Dos días después, las autoridades arrestaron a un ordenanza puertorriqueño, pero lo dejaron en libertad al cabo de nueve horas. Entonces, el 19 de julio, tanto el Post de Denver como el Rocky Mountain News informaban del arresto de Annie. Había habido una audiencia preliminar a principios de agosto. El 9 de septiembre acudió a juicio por el asesinato de Christopher, una niña de tan sólo un día de vida. Tras ésta, había otros siete cargos por asesinato en primer grado. El artículo destacaba que algunas de las supuestas víctimas de Annie Wilkes habían vivido lo suficiente como para recibir nombres.

Entre las reseñas del juicio se encontraban "Cartas de los Lectores" aparecidas en los periódicos de Denver y de Boulder. Paul comprendió que Annie había recortado sólo las más hostiles, las que reforzaban su amarga visión de la Humanidad como Homo brattus; pero, en cualquier concepto, eran injuriosas. Parecía existir entre ellos un consenso: la horca era una forma de muerte demasiado piadosa para Annie Wilkes. Un corresponsal la llamó la Dama Dragón y el mote le duró el resto del juicio. Algunos parecían desear que se pinchara a la Dama Dragón hasta la muerte con tenedores candentes, y la mayoría indicaba su deseo de hacer de verdugo.

Al lado de una de esas cartas, Annie había escrito, con una caligrafía temblorosa y algo patética, completamente distinta a la de su mano habitualmente firme: "Los palos y las piedras pueden romper los huesos; pero las palabras no tienen ese peso."

Era evidente que el mayor error de Annie era no haberse detenido cuando la gente por fin empezó a darse cuenta de que pasaba algo raro. Fue un error muy grave; pero, desgraciadamente, no bastó. El ídolo se tambaleó nada más. El caso de la fiscalía se basó enteramente en pruebas circunstanciales y, en algunos aspectos, era tan inconsistente que se desmoronaba. El fiscal del distrito se basaba en una marca en la cara y en la garganta de la niña Christopher que correspondía al tamaño de la mano de Annie y al anillo de amatista que ella llevaba en el anular de la mano derecha. Contaba también con un patrón de entradas y salidas observadas, que correspondían, más o menos, a las muertes de los niños. Pero Annie era, después de todo, la enfermera jefe de la maternidad, así que siempre estaba entrando y saliendo. La defensa pudo demostrar que Annie había entrado en la sala de recién nacidos en docenas de ocasiones sin que ocurriera nada anormal, lo que, para Paul, equivalía a demostrar que los meteoros nunca chocan con la Tierra presentando como prueba cinco días en los que ninguno cayó sobre el campo norte del granjero John. Podía comprender, sin embargo, el peso que el argumento tendría sobre el jurado.

El fiscal tejió su red lo mejor que pudo; pero la huella de la mano con la marca del anillo fue la evidencia más delatora que pudo presentar. El hecho de que el Estado de Colorado hubiese decidido procesaría con tan escasas posibilidades de condena a partir de la evidencia existente, dejó a Paul con una hipótesis y una certeza. La hipótesis era que Annie había dicho cosas durante su primer interrogatorio, cosas extremadamente sugerentes, tal vez hasta condenatorias. El defensor se las había arreglado para que la transcripción de ese interrogatorio no fuese aceptada en las actas del juicio. La certeza era que la decisión de Annie de testificar en las audiencias preliminares había sido imprudente. Su abogado no pudo conseguir que ese testimonio quedara fuera del juicio, a pesar de lo mucho que se había esforzado intentándolo, y aunque Annie nunca confesó nada con tantas palabras durante los tres días de agosto que había pasado "en el banquillo en Denver", Paul pensó que, en realidad, ella lo había confesado todo.

¿Que si me causaban tristeza? Claro que me la causaban, teniendo en cuenta el mundo en que vivimos.

No tengo nada de qué avergonzarme. Nunca me avergüenzo. Lo que hago es definitivo, jamás me vuelvo a mirar este tipo de cosas.

¿Que si asistí a los funerales de alguno de ellos? Claro que no. Los funerales me parecen tétricos y depresivos. Tampoco creo que los bebés tengan alma.

No, nunca lloré.

¿Que si lo sentía? Supongo que eso es una pregunta filosófica, ¿no?

Por supuesto que entiendo esa pregunta. Entiendo todas las preguntas que ustedes me hacen. Van todos por mi.

Paul pensó que, si ella hubiese insistido en testificar en su juicio, el abogado probablemente la habría matado para hacerla callar.

El caso pasó al jurado el 13 de diciembre de 1982. Y allí había una fotografía sorprendente del Rocky Mountain News, una foto de Annie, tranquilamente sentada en su celda, leyendo La busca de Misery. ¿MISERABLE?[15], preguntaba el pie de foto. LA DAMA DRAGÓN, NO. Annie lee, con toda serenidad, mientras espera el veredicto.

Y entonces, el 16 de diciembre, titulares a toda plana. LA DAMA DRAGÓN, INOCENTE. En el artículo, un jurado que pedía no ser identificado, manifestaba: "Tenemos grandes dudas acerca de su inocencia, sí. Por desgracia, también teníamos dudas razonables sobre su culpabilidad. Esperamos que vuelvan a juzgarla por otro de los cargos. Tal vez el fiscal podría preparar una acusación mejor en alguno de ellos."

Todo el mundo estaba convencido de que lo había hecho ella; pero nadie pudo demostrarlo. Así que se les escurrió de entre los dedos.

El caso fue languideciendo en las siguientes tres o cuatro páginas. El fiscal de distrito aseguraba que Annie sería procesada por otro cargo de los que había contra ella. Tres semanas después, negaba haberlo dicho. A principios de febrero de 1983, emitió un comunicado diciendo que, aunque los casos de infanticidio en el hospital de Boulder seguían abiertos, el caso contra Annie Wilkes quedaba cerrado.

Se les escurrió de entre los dedos.

[15] Juego de palabras con Misery; desgracia, infortunio, miseria. (N. del T)

El marido no testificó para ninguna de las dos partes. Me pregunto por qué.

Había más páginas en el libro; pero, por el modo en que ajustaban, comprendió que casi había terminado la historia de Annie. Gracias a Dios.

La página siguiente era del diario Gazette, de Sidewinder, 19 de noviembre de 1984. Unos autoestopistas habían encontrado, en la sección oriental de la Reserva Grider Wildlife, los restos mutilados y parcialmente despedazados de un joven. El periódico de la semana siguiente lo identificaba como Andrew Pomeroy, de veintitrés años, de Cold Stream Harbor, Nueva York. Pomeroy se había marchado de Nueva York hacia Los Angeles en septiembre del año anterior haciendo autoestop. Sus padres supieron de él por última vez el 15 de octubre. Les había llamado desde Julesburg a cobro revertido. El cuerpo fue encontrado en el lecho seco de un arroyo. La Policía suponía que Pomeroy había sido asesinado cerca de la autopista nueve y que la tormenta de primavera lo había arrastrado hacia la reserva Wildlife. La declaración del forense decía que las heridas habían sido producidas por hacha.

Paul se preguntó, y no sólo por curiosidad, a qué distancia de allí estaría la reserva Wildlife.

Volvió la página y leyó el último recorte, al menos por el momento. De repente, se le cortó la respiración. Era como si después de arrastrarse a la fuerza a través de la necrología casi insoportable de las páginas anteriores, se hubiese encontrado con su propia necrológica. No lo era del todo, pero...

-Pero lo suficiente para que el Gobierno pueda empezar a estudiar el caso -dijo con voz ronca y baja.

Era del Newsweek. La columna "Transitions". Entre el divorcio de una actriz de televisión y la muerte de un magnate del acero del Medio Oeste, se leía:

DESAPARECIDO: Paul Sheldon, de cuarenta y dos años, novelista conocido principalmente por su serie de novelas románticas sobre la sexy, estúpida e incombustible Misery Chastain. La desaparición fue denunciada por su agente Bryce Bell. "Creo que está bien -dijo Bell-, pero me gustaría que se pusiera en contacto conmigo y me tranquilizase. Y a sus ex mujeres les gustaría que se pusiera en contacto con ellas y les tranquilizase las cuentas bancarias." Sheldon fue visto por última vez en Boulder, Colorado, donde había ido a terminar una novela.

El recorte tenía dos semanas.

Desaparecido, eso es todo. Sólo desaparecido. No estoy muerto. No es como estar muerto.

Pero si que lo era, y de repente necesitó su medicina porque no sólo eran las piernas lo que le dolía. Con sumo cuidado, puso el libro en su sitio y empezó a rodar hacia la habitación de huéspedes.

Fuera, el viento soplaba más fuerte que nunca, estrellando la lluvia fría contra la casa. Paul se alejó de él gimiendo asustado, tratando desesperadamente de controlarse, de no romper a llorar.

19

Una hora después, atiborrado de droga y adormeciéndose, el sonido del viento ahora más tranquilizador que amenazante, pensó:

No voy a escapar, no hay manera. ¿Qué fue lo que dijo Thomas Hardy en Jude la Oscura? "Alguien podía haber llegado a calmar el terror del niño... Pero nadie llegó..., porque nadie llega." Cierto. Exacto. Tu barco no va a llegar porque no hay botes para nadie. El Llanero Solitario está ocupado haciendo anuncios de cereales para el desayuno, y Superman rueda películas en Tinsel Town. Estás solo, Paulie, completamente solo. Pero a lo mejor eso está bien. Porque a lo mejor ya sabes cuál es la respuesta después de todo, ¿no?

Sí, claro que lo sabía.

Si quería salir de aquello, tendría que matarla.

Sí, ésa es la respuesta, la única que hay, creo. Así que vuelve a repetirse ese viejo juego otra vez, Paulie... ¿Puedes?

Respondió sin vacilación alguna: Sí, puedo.

Los ojos se le cerraron. Se durmió.

20

La tormenta continuó durante el día siguiente. Por la noche, las nubes se fueron separando unas de otras hasta que se dispersaron. Al mismo tiempo, la temperatura descendió de quince grados a cinco bajo cero. Todo el mundo exterior se congeló sólidamente. Sentado junto a la ventana de la habitación y mirando el paisaje helado de la mañana de aquel segundo día de completa soledad, Paul oía a la puerca Misery chillando en el establo y a una de las vacas mugiendo.

Escuchaba con frecuencia a los animales. Formaban parte de los sonidos de fondo habituales, como el reloj de la sala; pero nunca había sentido al cerdo chillar así. La vaca mugió una vez de esa forma; pero fue un sonido aciago, débilmente escuchado en un mal sueño, porque él estaba lleno de su propio dolor. Era la vez en que ella se había ido dejándole sin pastillas. Él se había criado en los suburbios de Boston y vivió la mayor parte de su vida en la ciudad de Nueva York, pero creía saber lo que significaban esos mugidos dolorosos. Una de las vacas necesitaba ordeño. La otra aparentemente no, tal vez porque los erráticos hábitos de Annie Wilkes la habían secado.

¿Y el cerdo?

Hambriento. En eso consistía todo, que no era poco.

Hoy no les llegaría ningún alivio. Dudaba que Annie pudiese regresar aunque quisiera. Aquella parte del mundo se había convertido en una pista de patinaje. Estaba un poco sorprendido de su compasión por los animales y de la profunda rabia que sentía contra Annie Wilkes por haberlos dejado, en su egoísmo arrogante, sufriendo en los corrales.

Si tus animales pudiesen hablar, Annie, te dirían quién es el verdadero pájaro sucio en todo esto.

En cuanto a él, se sentía bastante cómodo mientras pasaban esos días. Comía de las latas, tomaba agua de la jarra, tenía su medicina regularmente, echaba una siesta cada tarde. El cuento de Misery, de su amnesia y de su insospechada y espectacular-mente infame hermana, se dirigían imparablemente hacia África, escenario de la segunda mitad de la novela. Irónicamente, Annie le había obligado a escribir la que, con toda seguridad, era la mejor de sus novelas de Misery. Ian y Geoffrey estaban en Southampton equipando un barco llamado el Lorelei para el viaje. En el continente negro sería donde moriría o se curaría, donde Misery, que se pasaba el tiempo sufriendo ataques de catalepsia en los momentos más inconvenientes, con riesgo de muerte instantánea si alguna vez la picaba otra abeja. En Lawston, un pequeño asentamiento angloholandés en la punta norte del peligroso creciente de la Costa de Berbería, vivían los bourkas, los más peligrosos nativos de África. A los bourkas se les conocía también como el.

Pueblo de las Abejas. Pocos de los blancos que se habían atrevido a penetrar en el territorio de los bourkas habían regresado; pero aquellos que lo habían conseguido, contaban historias fabulosas sobre la cara de una mujer que sobresalía a un lado de una meseta alta y desmoronada, una cara implacable con la boca abierta y un enorme rubí incrustado en su frente de piedra. Existía otra historia, sólo un rumor, claro, pero extrañamente persistente, de que dentro de las cuevas que horadaban la piedra, por detrás de la frente enjoyada del ídolo, vivía una colonia de abejas albinas gigantes que volaban protectoras alrededor de su dueña. Una monstruosidad gelatinosa de veneno infinito.., y de infinita magia.

Por las mañanas se divertía con esa agradable tontería. Por las noches, se sentaba tranquilamente a escuchar los chillidos del cerdo, mientras pensaba en la forma de matar a la Dama Dragón.

Descubrió que jugar a "¿Puedes?" en la vida real era muy diferente a jugarlo de niño sentado en un circulo con las piernas cruzadas. Y también mucho más difícil que hacerlo de mayor frente a una máquina de escribir. Cuando sólo era un juego, aunque te pagaran por él, no dejaba de ser eso. Uno podía pensar cosas muy locas y hacer que parecieran ciertas, como la conexión entre Misery Chastain y Charlotte Evelyn-Hyde, por ejemplo. Habían resultado ser hermanastras y Misery descubriría a su padre en África, viviendo con el Pueblo Abeja de los bourkas. En la vida real, sin embargo, el arcano perdía su poder.

No es que Paul no lo intentase. Tenía todas esas drogas en el baño de la planta baja. Seguramente habría una forma de utilizarlas para acabar con ella, ¿no? O al menos para dejarla indefensa durante el tiempo suficiente para que él pudiera hacerlo. El "Novril", por ejemplo. Con suficiente mierda de ésa, ni siquiera tendría que hacerlo él mismo, flotaría ella sola.

Es una buena idea, Paul. Te diré lo que tienes que hacer. Coge un buen puñado de esas cápsulas y méteselas en una pinta de helado. Pensará que son trozos de pistacho y se las tragará.

No, eso no podía salir bien. Y tampoco podía hacer una estupidez como abrir las cápsulas y mezclar el polvo con el helado. Lo había probado y el "Novril" era espantosamente amargo. Tenía un sabor que ella reconocería en el acto en medio del dulce esperado... Y entonces, desgraciado de ti, Paulie. Desgraciado.

En una historia hubiese sido una buena idea. En la vida real, sin

embargo, no servia. Seguramente no se hubiese arriesgado aunque el polvo blanco que contenían las cápsulas hubiese sido completa mente insípido. Carecía de garantías. Aquello no era un juego, se trataba de su vida.

Por su mente pasaron otras ideas; pero fueron rechazadas en seguida. Una era colgar algo (la máquina de escribir se le ocurrió de inmediato) encima de la puerta para que la matara o la dejara inconsciente cuando entrase. Otra, consistía en colocar un cable en la escalera. Pero el problema era el mismo que el del truco de poner "Novril" en el helado: ninguno de los dos ofrecía suficiente seguridad. Se sentía incapaz de pensar en lo que podría pasarle si trataba de asesinarla y fallaba.

Mientras oscurecía, en aquella segunda noche, el chillido de Misery continuaba tan monótono como siempre. El cerdo sonaba como una puerta abierta, con las bisagras oxidadas, que chirriaban al moverlas el viento. Pero la Bossie número uno se calló de repente. Paul se preguntó con inquietud si la ubre del animal se habría reventado causándole la muerte al desangrarse. Por un momento, su imaginación

¡tan vívida!

trató de presentarle la imagen de una vaca yaciendo muerta en un charco de leche y sangre. Se apresuró a apartar la visión y se dijo a sí mismo que era un aprensivo, que las vacas no se morían de esa forma. Pero a la voz que narraba el cuento le faltaba convicción, No tenía idea de si podían morir así. Además, su problema no era la vaca, ¿verdad?

Todas tus brillantes ideas se reducen a una cosa: tú quieres matarla por control remoto. No te apetece tener sangre en tus manos. Eres un hombre al que nada le gusta más que un filete gordo, pero que no aguantaría una hora en un matadero. Escucha, Paulie, y entiéndelo bien. Tienes que enfrentarte a la realidad en este momento de tu vida. Nada elaborado. Nada de retorcimientos. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

Volvió a la cocina y abrió cajones hasta que encontró los cuchillos. Eligió el cuchillo de carnicero más largo y volvió a su habitación deteniéndose a limpiar las marcas de la puerta. Las señales de su paso se estaban haciendo cada vez más evidentes.

No importa. Si se le escapan una vez, se le escaparán siempre.

Puso el cuchillo en la mesita de noche, se metió en la cama y lo deslizó bajo el colchón. Cuando Annie volviese, le pediría un vaso de agua fresca y, en el momento en que se inclinase para dárselo, le clavaría el cuchillo en la garganta.

Nada elaborado.

Paul cerró los ojos y se durmió, y cuando, a las cuatro de la madrugada, el "Cherokee" regresó susurrando por el camino con el motor y las luces apagados, no se despertó. Antes de sentir el pinchazo de una aguja hipodérmica en su brazo y de despertar con la cara de Annie inclinada sobre la suya, no tenía la menor idea de que había regresado.

21

Al principio pensó que estaba soñando con su propio libro, que la oscuridad era la oscuridad onírica de las cuevas tras la gran cabeza de piedra de la diosa de los bourkas y el pinchazo, la picadura de una abeja.

-¿Paul?

Murmuró algo que no significaba nada, algo que sólo quería decir lárgate de aquí, voz de mis sueños, lárgate.

-Paul.

Ésa no era la voz de los sueños, era la de Annie.

Sintió un rayo brillante de pánico y se obligó a abrir los ojos.

Sí, era ella y, por un momento, el pánico se le hizo más intenso. Luego, simplemente se desvaneció como un fluido corriendo por un desagüe medio atascado.

-¿Qué demonios...?

Estaba totalmente desorientado. Ella se hallaba allí, en las sombras, como si nunca se hubiese marchado, llevando una de sus faldas lanudas y uno de sus jerséis desaliñados. Vio la aguja en su mano y comprendió que no había sido una picadura, sino una inyección. La diosa lo había atrapado. Pero ¿qué tenía ella...?

El pánico brillante trató de volver, y otra vez se estrelló contra un circuito muerto. Todo lo que podía sentir era una especie de sorpresa académica. Eso y una curiosidad intelectual por saber de dónde habría salido ella y por qué ahora. Trató de alzar las manos y subieron un poco..., pero sólo un poco. Las sentía como si colgaran de ellas unos pesos invisibles. Cayeron otra vez sobre las sábanas con unos golpes sordos.

No importa lo que me inyectó. Es como lo que escribes en la última página de un libro. Es el FIN.

El pensamiento no le causó ningún miedo. Sentía, por el contrario, una especie de sosegada euforia.

Al menos está tratando de hacerlo de una forma piadosa..., de un modo...

-Ah, ¿está aquí? -dijo Annie, y agregó con una coquetería pesada-: Le veo, Paul..., esos ojos azules. ¿Alguna vez le dije lo bonitos que tiene los ojos? Pero supongo que se lo habrán dicho otras mujeres... Mucho más hermosas que yo y también mucho más cariñosas.

Volvió. Volvió arrastrándose en la noche y me mató, con la aguja o con la picadura de abeja, no hay diferencia. Y adiós al cuchillo bajo el colchón. Todo lo que soy ahora es otro número en la considerable cuenta de Annie. Y entonces, mientras la euforia de la inyección empezaba a extenderse, pensó casi con humor: O a lo mejor otra en su faja. ¡Qué mierda de Scherezade soy!

Pensó que el sueño regresaría al cabo de un momento..., un sueño mucho más definitivo. Pero no fue así. La vio meterse la jeringuilla en el bolsillo de la falda. Luego, se sentó en la cama..., pero no donde se sentaba siempre, sino a los pies, y por un momento sólo vio su espalda sólida, impenetrable, mientras se inclinaba como para revisar algo. Oyó un ruido de madera, luego un sonido metálico y después un rumor tembloroso que ya había escuchado antes. Al cabo de un momento, logró identificarlo. Ella sabe que está cumpliendo con su deber, como tú sabes que estás cumpliendo con el tuyo. Coge las cerillas, Paul.

Cerillas "Blue Diamond Tips". Ignoraba qué otra cosa podía haber

hecho al pie de la cama; pero sabia que una de las cosas que había traído y puesto allí mientras él aún dormía, era una caja de cerillas "Blue Diamond Tips".

Annie se giró hacia él y volvió a sonreír. La depresión apocalíptica se le había pasado. Se puso tras la oreja un mechón de pelo errante, con un gesto de niña que, de un modo extraño, hacía juego con el brillo sucio y apagado del mechón.

El brillo sucio y apagado, tío, tienes que recordar eso; no está nada mal, tío, estoy flipado, todo el pasado era el prólogo de esta mierda, eh, baby, esto es la línea principal, coño, estoy jodido, pero esta mierda es como una capota de cristal, como ir en una ola de un kilómetro de altura en un puñetero "Rolls", esto...

-¿Qué quiere primero, Paul? -le preguntó-. ¿Las buenas noticias, o las malas noticias?

-Primero las buenas -consiguió emitir una sonrisa grande y estúpida-. Supongo que la mala noticia es que esto es el final, ¿eh?

Imagino que el libro no le ha parecido nada del otro mundo, ¿verdad? Qué le vamos a hacer..., lo intenté. Hasta estaba saliendo bien. Empezaba a..., ya sabe..., a zambullirme en él.

Lo miró con reproche.

-Me encanta el libro, Paul. Ya se lo dije, y yo nunca miento. Me gusta tanto, que no quiero leer más hasta el final. Siento que tenga que ser usted quien lo tenga que rellenar con las enes; pero..., sería como fisgonear.

Su gran mueca estúpida se hizo más amplia. Pensó que pronto le llegaría a la nuca, haría allí el nudo de los enamorados y la tapa de su pobre y vieja cabeza saltaría aterrizando, tal vez, en el orinal que estaba al lado de la cama. En alguna parte profunda y oscura de su mente, a la que aún no había llegado la droga, se desataron timbres de alarma. A ella le encantaba el libro, lo que significaba que no tenía intención de matarle. Pasara lo que pasara, no tenía intención de matarle. Y a menos que su evaluación de Annie Wilkes estuviese totalmente equivocada, eso significaba que tenía algo aún peor para él.

Ahora, la luz de la habitación no parecía turbia, sino maravillosamente pura, llena de su propio encanto gris. En esa luz podía imaginar grullas, vislumbradas a través de una niebla de metal, descansando sobre una pata, en silencio, junto a los lagos de las tierras altas. Podía imaginar los flecos de mica de las rocas sobresaliendo de las hierbas de primavera en los prados de las tierras altas, que brillaban como el cristal helado de una ventana. Y también elfos sacudiendo sus ocupadas personitas para irse a trabajar en fila bajo las hojas de hiedra temprana, empapadas de rocío. En esa luz...

Vaya, tío, sí que estás flipado, pensó Paul, y emitió una risita apagada.

Annie le devolvió la sonrisa.

-La buena noticia -le dijo- es que su coche ha desaparecido. He estado muy preocupada por su coche, Paul. Sabia que sería necesaria una tormenta como ésta para librarme de él y que tal vez ni siquiera eso lo conseguiría. El deshielo de primavera se encargó de ese pájaro sucio de Pomeroy, pero un coche es mucho más pesado que un hombre, ¿no es cierto? Aunque ese hombre esté tan lleno de cacatuti como él lo estaba. Pero la tormenta y el deshielo combinados bastaron para que el truco saliera. Su

coche ha desaparecido. Ésa es la buena noticia.
-¿Qué..?

Más timbres de alarma apagados. Pomeroy... Conocía ese nombre, pero no sabía exactamente de qué. Entonces le vino. Pomeroy. El gran extinto Andrew Pomeroy, veintitrés años, de Cold Stream Harbor, Nueva York, encontrado en la reserva de Grider Wildlife, donde quiera que eso estuviese.

-Vamos, Paul -le dijo con aquella voz afectada que él conocía tan bien-, no hace falta que finja. Sé que sabe quién era Andy Pomeroy porque sé que ha leído mi libro. Esperaba que lo leyese, ¿sabe? Si no, ¿por qué tenía que dejarlo a la vista? Pero me aseguré, ¿sabe? Yo me aseguro de todo. Y los hilos estaban rotos.
-Los hilos -dijo débilmente.

-Sí. Una vez leí acerca del modo que hay para descubrir con seguridad si alguien ha estado fisgoneando en nuestros cajones. Se pega un hilo muy fino a través de cada uno y si, al volver, hallamos el hilo roto, entonces ya lo sabe, ¿no? Ya sabe que alguien ha estado fisgoneando. ¿Ve lo fácil que es?

La estaba escuchando, pero lo que realmente deseaba era perderse en la maravillosa cualidad de la luz.

Ella volvió otra vez a inclinarse para revisar lo que tenía al pie de la cama y Paul oyó de nuevo un apagado clunc-clan, madera contra un objeto metálico. Ella siguió apartándose el pelo de la cara, con gesto ausente.

-Hice eso con mi libro, sólo que no utilicé hilos, ¿sabe?, sino pelos de mi propia cabeza. Los puse a través del grueso del álbum en tres lugares diferentes, y cuando llegué esta mañana muy temprano y entré a hurtadillas como un ratón, para no despertarle, los tres cabellos estaban rotos, así que me enteré de que había estado mirando mi libro.

Hizo una pausa y sonrió. Era una sonrisa favorecedora, hasta donde podía favorecerse Annie; pero tenía un matiz desagradable que no podía precisar.

-No es que me sorprendiese -continuó-. Sabía que usted había salido de la habitación. Esa es la mala noticia. Lo he sabido desde hace mucho tiempo, Paul.

Al parecer, ella lo sabia casi desde el principio. Suponía que debería sentirse furioso y aterrado; pero sólo podía sentir una euforia flotante y soñadora..., y lo que ella le estaba diciendo no parecía tan importante como la gloriosa cualidad de la luz, cada vez más intensa a medida que el día flotaba en el borde de la transformación.

-Pero -dijo con el aire de alguien que vuelve a sus asuntos-, estábamos hablando de su coche. Tengo ruedas de nieve, Paul, y en mi lugar de las montañas guardo un juego de cadenas. Ayer por la tarde me sentí muchísimo mejor. Pasé casi todo el tiempo de rodillas, en oración, y la respuesta llegó, como llega casi siempre, y era muy sencilla, como suele serlo. El Señor devuelve el ciento por uno de lo que se le ofrece en oración, Paul. Así que puse las cadenas y volví hacia aquí. No resultó fácil, y sabía que podía tener un accidente a pesar de los clavos. También sé que un accidente leve es algo que no ocurre a menudo en esas carreteras de montaña llenas de curvas. Pero me hallaba tranquila porque me sentía segura en la voluntad del Señor.
-Eso es muy edificante, Annie -gruñó Paul.

Ella le echó una mirada que era de sorpresa momentánea y de taimada sospecha... Luego, se relajó y sonrío.

-Tengo un regalo para usted, Paul -le dijo suavemente, y antes de que él pudiese preguntarle qué era (no estaba muy seguro de querer ningún regalo de Annie), continuó-: Las carreteras estaban terriblemente heladas. Casi me salí en dos ocasiones. La segunda vez, la vieja Bessie se deslizó en un circulo y siguió bajando la montaña -rió alegremente-; después, me quedé atascada en un banco de nieve alrededor de medianoche; pero un equipo de carreteras del Departamento de Obras Públicas de Eustice vino y me saco.

-Hurra por el Departamento de Obras Públicas de Eustice -dijo Paul, pero lo que le salió sonaba muy confuso: Hudda poe depatamento dobrazzz publicazzz dustice.

-Ese fue el último tramo difícil, quitando el último kilómetro de la carretera del Condado, en la que estaba usted cuando le ocurrió el accidente. Le habían echado arena para un que-le-vaya-bien. Paré donde usted derrapó y busqué su coche. Sabia lo que tenía que hacer si lo veía. Porque habría preguntas y yo sería casi la primera a la que se las harían, por razones que creo que ya conoce.

Estoy mucho más adelantado que usted, Annie. Imaginé ese guión hace unas tres semanas.

-Una de las razones por las que le traje aquí fue porque parecía algo más que una coincidencia. Era más bien como la mano de la Providencia.

-¿Qué parecía la mano de la Providencia, Annie? -atinó a preguntar.

-Su coche estaba accidentado casi exactamente en el mismo lugar en el que me deshice de ese pájaro de Pomeroy, el que decía que era un artista.

Agitó la mano con desprecio, movió los pies y otra vez hubo sonido de madera contra metal cuando uno de ellos rozó algo de lo que ella tenía en el suelo.

-Lo recogí en el camino de regreso de Estes Park. Había ido allí a ver una exposición de cerámica. Me gustan las figuritas de cerámica.

-Ya me di cuenta -dijo Paul.

Su voz parecía venir de años luz. ¡Capitán Kirk! Nos llega una voz por el subetérico, pensó, y rió débilmente. Esa parte profunda de sí mismo, la que la droga no podía alcanzar, trató de alertarle para que cerrase la boca, para que simplemente la cerrase; pero ¿qué más daba? Ella lo sabía. Por supuesto que lo sabe. La diosa abeja de los bourkas lo sabe todo.

-Me gustaba en particular el pingüino sobre el bloque de hielo.

-Gracias, Paul, es simpático, ¿no es cierto? Pomeroy estaba haciendo autoestop. Llevaba una mochila a la espalda. Dijo que era un artista, aunque luego descubrí que no era más que un hippy drogadicto y un pájaro sucio que había estado lavando platos en un restaurante de Estes Park durante los últimos meses. Cuando le dije que tenía casa en Sidewinder, comentó que era una auténtica coincidencia, pues él se dirigía allí. Me contó que le habían hecho un encargo para una revista de Nueva York. Iba a ir al viejo hotel para realizar un dibujo de las ruinas. Sus dibujos acompañarían un articulo que estaban preparando. Era un viejo hotel famoso llamado el "Overlook". Se quemó hace diez años. El vigilante lo quemó. Estaba loco. Todo el mundo lo decía en el pueblo.

Pero no importa, ya está muerto. Dejé que Pomeroy se quedase aquí conmigo. Éramos amantes.

Lo miró con los ojos ardiendo en su sólida aunque pastosa cara blanca, y Paul pensó: Si Andrew Pomeroy podía conseguir que se le levantara contigo, Annie, debía estar tan loco como el vigilante que incendió el hotel.

-Entonces descubrí que no tenía en realidad ningún encargo de dibujos del hotel. Los estaba haciendo por cuenta propia con la esperanza de venderlos. Ni siquiera estaba seguro de que la revista estuviese haciendo un articulo sobre el "Overlook". Descubrí todo eso bastante pronto. Luego, fisgoneé en su cuaderno de apuntes. Tenía derecho a hacerlo. Después de todo, él estaba comiendo mi comida y durmiendo en mi cama. Sólo había hecho ocho o nueve dibujos en todo el cuaderno, y eran horribles.

La cara se le arrugó y por un momento tuvo la misma apariencia que cuando había imitado el sonido del cerdo.

-¡Yo los habría hecho mejor! Él llegó mientras yo estaba mirándolos y se enfadó. Me acusó de estar espiándole. Le contesté que yo no llamaba espiar a mirar cosas en mi propia casa. Le dije que si él era un artista, yo era Madame Curie. Empezó a reírse. Se rió de mi. Así que yo..., yo...

-Lo mató -concluyó Paul. Su voz sonaba vieja y apagada.

Ella, inquieta, sonrió a la pared.

-Bueno, supongo que fue algo así. No me acuerdo muy bien. Sólo cuando estaba muerto. Eso lo recuerdo. Me acuerdo de que le di un baño.

La miró y sintió un horror enfermizo. Vio la imagen: el cuerpo desnudo de Pomeroy flotando en la bañera de abajo como un trozo de masa cruda, la cabeza reclinada contra la porcelana, los ojos abiertos mirando al techo.

-Tuve que hacerlo -dijo frunciendo los labios un poco por encima de los dientes-. Usted tal vez no sabe lo que puede hacer la Policía con un solo hilo o algo de suciedad entre las uñas, hasta con polvo en el pelo de un cadáver. ¡Usted no lo sabe; pero yo he trabajado en hospitales toda mi vida, y si que lo sé! ¡Yo entiendo de medicina legal!

Se estaba metiendo en un "frenesí Annie Wilkes", y él sabia que tendría que decir algo que la apagara al menos temporalmente, pero su boca parecía dormida e inútil.

-¡Van por mí! ¡Todos ellos! ¿Cree que me habrían escuchado si hubiese intentado decirles cómo ocurrió? ¿Lo cree? ¿Lo cree? ¡No! ¡Probablemente dirían algún disparate como que intenté propasar-me con él, que se rió de mi, y que por eso lo maté! Probablemente dirían algo así.

¿Y sabes una cosa, Annie? ¿Sabes una cosa? Creo que eso se acercaría un poco a la verdad.

-Los pajaritos sucios de por aquí dirían cualquier cosa para meterme en problemas y manchar mi nombre.

Hizo una pausa respirando fuerte, aunque sin jadear, mirándole fijamente, como invitándole a que osara contradecirla. ¡Atrévete, anda, a ver si te atreves!

Entonces pareció conseguir un cierto control y siguió con la voz más calmada.

-Lavé..., bueno..., lo que quedaba de él... y sus ropas. Sabia lo que tenía que hacer. Estaba nevando, la primera verdadera nevada del año,

y decían que tendríamos treinta centímetros de nieve a la mañana siguiente. Puse sus ropas en una bolsa de plástico, envolví su cuerpo en sábanas que llevé a la lavandería automática de la carretera nueve, después de oscurecer. Llegué medio kilómetro más abajo del lugar en que acabó su coche. Caminé hasta encontrarme en el bosque y allí lo tiré todo. Probablemente da por hecho que lo escondí. Pero no fue así. Sabia que la nieve lo cubriría y pensé que, si lo dejaba en el lecho de un arroyo, el torrente se lo llevaría al derretirse en primavera... Y eso fue lo que pasó, aunque no suponía que iba a llegar tan lejos. ¡Imagínese! ¡Encontraron su cuerpo al cabo de un año, y casi quince kilómetros más allá! Realmente, hubiese sido mejor que no llegara tan lejos, porque siempre hay autoestopistas y ornitólogos en la reserva Grider. Los bosques de por aquí no se hallan tan concurridos.

Sonrío.

-Y allí es donde está su coche, Paul, en alguna parte entre la carretera nueve y la reserva Grider Wildlife, en alguna parte de los bosques. Se encuentra bastante adentro para que pueda verse desde la carretera. Tengo un foco en un lado de la vieja Bessie y es muy potente. Miré, pero está todo vacío hasta dentro del bosque. Creo que iré a pie cuando el agua baje un poco para echar otro vistazo; aunque estoy casi segura de que no existe peligro. Algún cazador encontrará su coche dentro de dos años, de cinco o de siete, todo oxidado y con ardillas instaladas en los asientos. Para entonces, usted ya habrá terminado mi libro y estará de regreso en Nueva York, Los Angeles o donde quiera que decida ir, y yo seguiré aquí con mi vida tranquila. A lo mejor nos escribimos de vez en cuando.

Le dedicó una sonrisa triste, como una mujer que contempla un hermoso castillo en las nubes. Luego, la sonrisa desapareció y continuó su relato.

-Así que volví y por el camino pensé mucho. Tenía que hacerlo porque su coche había desaparecido y eso significaba que usted podía quedarse, que realmente podía terminarme el libro. No siempre estuve segura de que pudiese hacerlo, ¿sabe? Aunque nunca se lo dije para no inquietarle. En parte, sabía que usted no podría escribir tan bien si lo hacía. Pero eso suena mucho más frío de lo que en realidad sentía, querido. Y es que, ¿sabe?, yo empecé por amar sólo la parte de usted que crea esas historias maravillosas porque era la única que conocía. No sabia nada acerca del resto, y pensé que podía ser poco atrayente. No soy una tonta. He leído cosas acerca de escritores famosos y sé que muchas veces son muy desagradables. Ese Scott Fitzgerald, por ejemplo, y Ernest Hemingway y ese tío palurdo de Mississippi, Faulkner o como se llamara, esos tipos pueden haber ganado el Pulitzer y cosas así, pero no eran más que joninos borrachos. Y otros muchos, que cuando no estaban escribiendo historias maravillosas, se pasaban el tiempo bebiendo, puteando, drogándose y Dios sabe qué otras cosas. Pero usted no es así y, al cabo de un tiempo, empecé a conocer el resto de Paul Sheldon, y espero que no le importe que lo diga, pero he llegado a amarlo también.

-Gracias, Annie -dijo desde la cumbre de su brillante nube dorada, y pensó: Pero me parece que te has equivocado, ¿sabes? Quiero decir que las situaciones que sirven al hombre de tentación están aquí severamente recortadas. Es algo difícil ir de copas cuando uno tiene un par de

piernas rotas, Annie. En cuanto a las drogas, tengo a la diosa abeja de los bourkas que me las proporciona.

-Pero... ¿querría usted quedarse? -continuó-. Ésa era la pregunta que tendría que hacerme a mi misma y, por más que quisiera ponerme una venda sobre los ojos, ya sabía la respuesta, la sabia aun antes de ver las marcas en la puerta.

Señaló y Paul pensó: Apuesto a que ella lo sabía casi desde el principio. ¿Ponerse la venda? Tú no, Annie, tú jamás. Pero yo estaba poniendo vendas por los dos.

-¿Recuerda la primera vez que me marché? ¿Después de que tuvimos aquella estúpida pelea por el papel?

-Si, Annie.

-Aquel día fue cuando salió por primera vez, ¿no es cierto?

-Si. -No tenía sentido negarlo.

-Claro. Buscaba sus cápsulas. Debí haber comprendido que haría cualquier cosa por conseguir esas cápsulas; pero cuando me pongo furiosa..., me pongo..., ya sabe.

Rió nerviosa. Paul no rió con ella, ni siquiera sonrió. El recuerdo de aquel interludio interminable de dolor con la voz espectral del locutor deportivo narrando cada jugada, era demasiado fuerte y horrible.

Sí, ya sé cómo te pones, te pones buena.

-Al principio no estaba muy segura. Descubrí que algunas de las figuritas de la sala habían sido movidas; pero pensé que a lo mejor lo había hecho yo misma. A veces soy muy distraída. Se me pasó por la cabeza que a lo mejor usted había salido de la habitación; pero entonces pensé: no, eso es imposible. Está muy lastimado, además, yo cerré la puerta. Hasta me aseguré de que aún tenía la llave en el bolsillo de la falda. Entonces recordé que usted estaba en la silla. Así que tal vez. Una de las cosas que una aprende cuando ha sido enfermera diplomada durante diez años es que siempre es conveniente investigar las posibilidades. Así que eché un vistazo a las cosas que guardo en el baño. Casi todo son muestras que me traje a casa mientras estaba trabajando. ¡Debería ver todas las cosas que corren por los hospitales, Paul! Así que, de vez en cuando, cogía algo..., bueno..., algunos extras..., y yo no era la única. Pero tenía suficiente cabeza como para no coger ninguna droga con base de morfina. Ésas las guardan bajo llave. Las cuentan. Las llevan en registros. Y si sospechan que una enfermera está, ya sabe, picando, así lo llaman, la vigilan hasta que se aseguran, y entonces, ¡bang! -Lanzó una mano con fuerza sobre la cama-. ¡A la calle! Y la mayoría no vuelven a ponerse la cofia blanca en su vida. Yo era más lista. Mirar esas cajas era lo mismo que mirar las figuritas en la mesa de la sala. Pensé que lo que había dentro se hallaba movido y estaba casi segura de que una de las cajas que antes se encontraba al fondo, la veía encima de las otras; pero no tenía absoluta seguridad. Podía haberlo hecho yo misma cuando estaba..., bueno, cuando estaba preocupada. Entonces, dos días después, cuando casi había decidido olvidar el asunto, vine a darle su medicina de la tarde. Usted aún estaba durmiendo la siesta. Traté de girar el pomo de la puerta; pero estaba atascado, como si estuviese la llave echada. Luego giró y oí un ruido dentro de la cerradura. Y entonces usted empezó a moverse, así que le di sus cápsulas igual que siempre, como si no sospechase. En eso soy muy buena, Paul. Luego le ayudé a sentarse en la silla para que pudiese escribir. Y cuando le ayudé, me sentí como san

Pablo en el camino de Damasco. Se me abrieron los ojos. Vi que el color había vuelto a su cara y que estaba moviendo las piernas. Aún le dolían y sólo podía moverlas un poco, pero las estaba moviendo. Y sus brazos se encontraban también fortalecidos. Observé que casi había recuperado la salud. Entonces empecé a darme cuenta de que podía tener problemas con usted aun cuando nadie de fuera sospechase nada. Le miré y me di cuenta de que tal vez yo no era la única que sabía guardar secretos. Esa noche le cambié la medicina a algo más fuerte y cuando me aseguré de que no despertaría aunque alguien hiciese explotar una granada en su cama, saqué mi caja de herramientas del sótano y quité la cerradura de la puerta. Y mire lo que encontré.

Sacó una cosa pequeña y oscura de un bolsillo de su falda hombruna. Se lo puso en la mano. Él se lo acercó a la cara y lo miró fijamente. Era un trozo doblado de horquilla.

Paul empezó a reírse. No podía evitarlo.

-¿Qué es lo que le hace tanta gracia, Paul?

-El día que fue a pagar los impuestos. Necesitaba abrir la puerta otra vez. La silla, era demasiado ancha y había dejado marcas negras. Quería limpiarlas, si podía.

-Para que yo no las viera.

-Sí, pero ya las había visto, ¿no?

-¿Después de encontrar una de mis horquillas en la cerradura?

-Sonrió-. Puede apostar sus machacadas patirrinas a que las vi. Paul asintió con la cabeza y se rió aún más fuerte. Se reía tanto que las lágrimas se le salían de los ojos. Todos sus esfuerzos..., todas sus preocupaciones..., todo para nada. Parecía deliciosamente conuco.

-Me preocupaba que ese trozo de horquilla me metiera en un lío..., pero no ocurrió. Ni siquiera volví a sentirlo por allí dentro. Y por una buena razón, ¿no es así? No sonaba porque usted lo había sacado. ¡Qué engañalistos es usted, Annie!

-Sí -le dijo, y sonrió ligeramente-, soy una engañalistos. Movió los pies. Otra vez sonó a los pies de la cama, el ruido de madera.

22

-¿Cuántas veces salió en total? El cuchillo. Dios mío, el cuchillo.

-Dos. No, espere. Volví a salir ayer alrededor de las cinco de la tarde para llenar la jarra de agua.

Eso era cierto, había llenado la jarra de agua; pero había omitido la razón real de su viaje. Esa razón estaba debajo de su colchón. La princesa y el guisante. Paulie y el porquerizo. Tres veces contando el viaje por el agua.

-Diga la verdad, Paul.

-Sólo tres veces, lo juro. Y nunca para escaparme. Por Dios sagrado, estoy escribiendo un libro aquí, si es que no lo ha notado.

-No use el nombre de Dios en vano, Paul.

-Deje de usar el mío de esa forma y puede que no lo haga. La

primera vez tenía un dolor que parecía que me hubiesen metido en el infierno de las rodillas para abajo. Y alguien lo hizo. Usted, Annie.

-Cállese, Paul.

-La segunda vez quería buscar algo de comer y asegurarme de tener algunas reservas en caso de que usted estuviese fuera mucho tiempo. -Siguió, sin hacerle caso-. Luego, tuve sed. Eso es todo. No hay ninguna conspiración.

-Supongo que no trató de utilizar el teléfono ninguna de las dos veces, ni miró las cerraduras, claro, porque usted es un niño muy buenecito.

-Claro que traté de usar el teléfono. Claro que miré las cerraduras..., pero no hubiese podido llegar muy lejos en el lodazal que nos rodea aunque sus puertas hubiesen estado abiertas de par en par.

La droga le estaba haciendo efecto en oleadas cada vez más intensas y todo lo que deseaba era que ella se callase y se fuera. Lo había drogado para obligarle a decir la verdad. Esta vez tendría que pagar las consecuencias. Pero antes quería dormir.

-¿Cuántas veces salió?

-Ya se lo he dicho.

-¿Cuántas veces? -Su voz se elevaba-. Diga la verdad.

-¡Estoy diciendo la verdad! ¡Tres veces!

-¿Cuántas veces, maldición?

A pesar del cargamento de droga que le había metido, Paul empezó a sentir miedo.

Si me hace algo, al menos no me dolerá demasiado... Y ella quiere que termine el libro..., lo dijo...

-Me está tomando por tonta.

Notó lo brillante que tenía la piel, como una capa de plástico firmemente extendida sobre una piedra. Parecía no tener poros.

-Annie, le juro...

-¡Vamos, los mentirosos también pueden jurar! ¡Les encanta jurar! Bueno, pues tómeme por tonta si eso es lo que quiere. Está muy bien. Requetecontrabién. Trate a una mujer que no es tonta como si lo fuese, y siempre se le adelantará. Déjeme que le cuente, Paul, he puesto hilos y pelos de mi propia cabeza por toda la casa y he encontrado muchos rotos últimamente. Rotos o desaparecidos por completo..., ¡puf! No sólo en el libro, sino en el pasillo y en los cajones de mi cómoda, en el piso de arriba..., en el cobertizo..., en todas partes.

Annie, ¿cómo puedo haber salido al cobertizo con todas esas cerraduras en la puerta de la cocina?, quiso preguntarle, pero ella no le dejó.

-Ahora siga diciéndome que sólo salió dos veces, Señor Sabihondo, y yo le diré quién es el tonto.

La miró fijamente, atontado, pero horrorizado. No sabía qué responderle. Era tan paranoico aquello..., tan demente...

Dios mío, pensó, olvidando el cobertizo ante esta nueva locura. ¿Arriba? ¿Dijo ARRIBA?

-Annie, en el nombre de Dios, ¿cómo se le ocurre que he podido subir arriba?

-¿Quiere que se lo diga? -gritó-. ¡Pues se lo diré! Hace unos días entré aquí y usted se las había apañado solito para sentarse en la silla de ruedas. Si pudo hacer eso, pudo subir las escaleras. Pudo haberse

arrastrado.

-Sí, con las piernas rotas y con la rodilla destrozada -comentó. Otra vez aquella mirada negra de grieta, la oscuridad demente bajo la piedra. Annie Wilkes se había ido. Ahora estaba allí la diosa bourka de las abejas.

-No quiera pasarse de listo conmigo, Paul -le susurró.

-Bueno, Annie, al menos uno de los dos tiene que intentarlo, y usted no está haciendo ningún esfuerzo. Si sólo tratase de comprender...

-¿Cuántas veces?

-Tres.

-La primera a buscar la medicina.

-Sí. Cápsulas de "Novril".

-Y la segunda a proveerse de comida.

-Eso es.

-La tercera vez fue a llenar la jarra.

-Si, Annie, estoy tan mareado...

-La llenó en el baño del pasillo.

-Sí.

-Una vez por medicina, otra por comida y otra por agua.

-Sí, ya se lo dije. -Trató de gritar, pero apenas le salió un gruñido.

Ella metió la mano en el bolsillo y sacó el cuchillo de carnicero. Su hoja afilada brillaba en la luz de la mañana. De repente se giró a la izquierda y lo lanzó a la pared con la gracia casual y mortífera de un artista de feria. Se quedó clavado en el enyesado, temblando bajo el cuadro del Arco de Triunfo.

-Investigué bajo su colchón antes de ponerle la inyección preoperatoria. Esperaba encontrar cápsulas. El cuchillo fue una sorpresa. Casi me corté. Pero usted no lo puso ahí, ¿verdad?

No le contestó. Su mente se revolvía como la máquina de un parque de atracciones fuera de control. ¿Preoperatoria? ¿Fue eso lo que dijo? ¿Preoperatoria? De repente tuvo la completa seguridad de que ella tenía la intención de sacar el cuchillo de la pared y castrarlo.

-No, usted no lo puso ahí. Usted salió una vez a buscar medicina, otra a buscar agua y otra a buscar comida. Este cuchillo debe haber..., debe haber venido volando hasta aquí y ha aterrizado debajo de su colchón. Sí, eso es lo que debe haber ocurrido-chilló con una risa sarcástica.

¿PREOPERATORIA? ¡Dios mío! ¿Fue eso lo que dijo?

-¡Maldito! -gritó-, ¡maldito! ¿Cuántas veces?

-¡Está bien! ¡Está bien! Cogí el cuchillo cuando fui a buscar agua, se lo confieso. Si cree que eso significa que salí muchas veces, póngale usted misma el número que le parezca. Si le parece que fueron cinco, póngale cinco. Si supone que salí veinte, pues veinte, o cincuenta, o cien, así fue, lo admito. He salido todas las veces que usted quiera, Annie.

Por un instante, en la furia y en la perplejidad causada por las drogas, había perdido de vista el concepto nebuloso y aterrador inherente a la frase inyección preoperatoria. Quería decirle muchas cosas. Quería decírselas aunque sabía que una paranoica furiosa como Annie rechazaría lo más evidente. Había humedad. La cinta adhesiva no se lleva bien con la humedad. Sin duda alguna, sus trampas simplemente se habían despegado, y

en muchos casos, se fueron flotando en alguna corriente de aire. Y las ratas. Con el sótano lleno de agua y el ama de casa ausente, las había oído correr por las paredes. Claro. La casa estaba a su disposición, sin mencionar la porquería que Annie había dejado por allí. Las ratas eran, probablemente, los duendecillos que habían roto casi todos los hilos que había puesto. Pero ella descartaría esas ideas. En su mente, él ya estaba en forma para correr la maratón de Nueva York.

-Annie..., Annie, ¿qué quiso decir con eso de que me puso una inyección preoperatoria?

Pero Annie aún tenía la mente fija en el otro asunto.

-Yo digo que fueron siete -repuso con suavidad-, al menos siete.

-Si quiere que sean siete, pues siete. Pero... ¿qué quiso decir con eso. . ?

-Veo que se empeña en seguir en sus trece -le dijo-. Supongo que los tíos como usted deben acostumbrarse tanto a mentir para ganarse la vida, que ya no pueden dejar de hacerlo en la realidad. Pero es igual, Paul. Porque el principio no cambia si salió siete veces, setenta o setenta veces siete. El principio no cambia y tampoco la respuesta.

Se iba flotando..., flotando..., flotando... Cerró los ojos y oyó que ella le hablaba desde una gran distancia..., como una voz sobrenatural desde una nube. Diosa, pensó.

-¿Ha oído hablar de los primeros tiempos de las minas de diamantes de Kimberly, Paul?

-El libro lo escribí yo -dijo sin razón alguna, y rió.

(¿Preoperatoria? ¿Inyección preoperatoria?)

-Algunas veces los nativos robaban diamantes. Los envolvían en hojas y se los metían en el recto. Si lograban salir del Gran agujero sin ser descubiertos, corrían. ¿Y sabe lo que les hacían los ingleses si los pescaban antes de que llegasen al Oranjerivier y se adentrasen en el país de los bóers?

-Los mataban, supongo -dijo con los ojos cerrados.

-Qué va. Eso hubiese sido como tirar un coche caro sólo porque se le ha roto un muelle. Si los pescaban, se aseguraban de que pudiesen continuar trabajando; pero también se aseguraban de que no volviesen a correr nunca más. La operación se llamaba hacer cojos, Paul, y eso es lo que voy a hacerle a usted. Por mi propia seguridad..., y también por la suya. Créame, usted necesita que le protejan de si mismo. Recuerde, sólo un poco de dolor y habré terminado. Trate de pensar en eso.

Un terror tan afilado como un golpe de aire lleno de navajas voló a través de la droga y Paul abrió los ojos. Ella se había levantado y empezaba a bajar las sábanas, exponiendo sus piernas torcidas y sus pies desnudos.

-No -le dijo-, No..., Annie... ¿Por qué no discutimos lo que tiene en mente, sea lo que sea...? Por favor...

Se inclinó. Cuando volvió a erguirse tenía un hacha en una mano y en la otra un soplete de propano. El hacha era la misma que estaba enterrada en el bloque de madera del cobertizo. Su filo brillaba, En un lado del soplete de propano se leía "Bernz-OmatiC". Volvió a inclinarse y esa vez salió con una botella oscura y una caja de cerillas. En la botella había una etiqueta; en la etiqueta, la palabra "Betadine".

Nunca olvidó esas cosas, esas palabras, esos nombres.

-¡Annie, no! -gritó-. ¡Annie, me quedaré aquí! ¡Ni siquiera saldré

de la cama! ¡Por favor! ¡Oh, Dios, por favor, no me corte!

-Saldrá bien -le dijo, y su cara tenia ahora esa apariencia plana y desconectada de un gran vacío. Antes de que a él se le consumiese la mente por completo en un incendio de pánico, comprendió que cuando aquello hubiese terminado ella apenas recordaría lo que había hecho, al igual que apenas recordaba haber matado a los niños, a los viejos, a los pacientes desahuciados y a Andrew Pomeroy. Después de todo, era la misma mujer que minutos atrás le había dicho que llevaba diez años de enfermera, aunque se había graduado en 1966.

Mató a Pomeroy con esa misma hacha. Lo se.

Siguió chillando y suplicando; pero las palabras se le habían convertido en un balbuceo inarticulado. Trató de darse la vuelta, de apartarse de ella, y sus piernas gritaron. Trató de echarlas hacia arriba, para hacerlas menos vulnerables, y que no fuesen un blanco tan fácil, y su rodilla chilló.

-Sólo un minuto más, Paul -le dijo; destapó el "Betadine" y le echó una porquería de color marrón rojizo sobre el tobillo izquierdo-. Sólo un minuto más y ya habrá pasado todo.

Puso el hacha plana. Los tendones de su poderosa muñeca derecha sobresalían.

Vio el guiño del anillo de amatista que ella llevaba ahora en el dedo meñique de esa mano y apreció cómo echaba "Betadine" en la hoja del hacha. Sintió olor a consultorio médico, lo que siempre significaba que a uno le iban a poner una inyección.

-Sólo un poco de dolor, Paul, no será mucho -dijo, volviendo el hacha y rociando el otro lado de la hoja.

Vio el orín floreciendo en ese lado antes de que lo cubriese el líquido marrón.

-Annie Annie Annie por favor por favor no por favor Annie se lo juro me portaré bien se lo juro por Dios me portaré bien por favor déme una oportunidad para portarme bien ANNIE POR FAVOR DÉJEME SER BUENO...

-Sólo un poco de dolor y todo este desagradable asunto quedará atrás para siempre, Paul.

Tiró la botella abierta de "Betadine" por encima del hombro, con cara vacía, inexpresiva y, sin embargo, decidida, sólida. Con la mano derecha, asió el mango del hacha por la parte alta, junto a la cabeza de acero y, con la izquierda, lo agarró más abajo.

Abrió las piernas como un leñador.

-¡ANNIE POR FAVOR POR FAVOR NO ME HAGA DAÑO!

-No se preocupe -le dijo con los ojos mansos y extraviados-. Soy una enfermera diplomada.

El hacha bajó silbando y se enterró en la pierna izquierda de Paul Sheldon justo encima del tobillo. El dolor le explotó en el cuerpo en un rayo gigantesco. La sangre oscura salpicó toda la cara de Annie como pintura de guerra. Manchó la pared. Él oyó cómo la hoja chirriaba contra el hueso mientras ella la sacaba. Se miró sin podérselo creer. La sábana se estaba poniendo roja. Vio cómo se le movían los dedos. Entonces observó que ella levantaba otra vez el hacha chorreante. El pelo se le había escapado completamente de las horquillas y le colgaba alrededor de

la cara vacía.

Trató de retirar la pierna a pesar del dolor y se dio cuenta de que la pierna se movía; pero el pie no. Todo lo que hacía era ensanchar el corte del hacha abriéndolo como una boca. Apenas tuvo tiempo de comprender que ahora el pie sólo estaba sujeto por la carne de su pantorrilla antes de que la hoja volviese a bajar directamente sobre la herida pasando a través de la pierna hasta enterrarse en el colchón. Los muelles saltaron.

Annie sacó el hacha y la tiró a un lado. Miró el muñón sangriento con expresión ausente y cogió la caja de cerillas. Encendió una. Luego cogió el soplete de propano que tenía escrito "Bernz-OmatiC" en un lado y abrió la válvula. El soplete sonó con un siseo. La sangre salía a borbotones del lugar donde él ya no estaba. Annie acercó delicadamente la cerilla a la boca del "Bernz-O-matiC". Sonó un ¡fluf! Apareció una llama larga y amarilla. Annie la ajustó hasta conseguir una dura línea azul de fuego.

-No puedo suturar -le dijo-, no hay tiempo. El torniquete no sirve. No hay punto de presión. Tengo que...

(aclarar)

-... cauterizar.

Se inclinó. Paul gritó y la llama se desparramó sobre el muñón vivo y sangrante. Salió humo. Tenía un olor dulce. Él había ido con su primera mujer de luna de miel a Maui. Había un luau. El olor le recordó el cerdo cuando lo sacaron del pozo en el que se había estado asando todo el día. El cochinillo estaba, negro en un palo, doblándose, deshaciéndose.

El dolor gritaba. Él gritaba.

-Ya está, casi -dijo ella.

Giró la válvula y ahora la sábana de abajo empezó a arder alrededor del muñón, que ya no sangraba, sino que estaba negro como la piel del cerdo al sacarlo del pozo del luau. Eileen había vuelto la cara, pero él había observado con fascinación cómo le arrancaban su crujiente envoltura con la misma facilidad con que uno se quita un jersey después de un partido de fútbol.

-Ya está, casi...

Apagó el soplete. La pierna estaba sin pie y rodeada de llamas. La mujer se inclinó y volvió a erguirse llevando a su viejo amigo, el cubo amarillo. Lo volcó sobre las llamas.

Paul gritaba, gritaba, ¡El dolor! ¡La diosa! ¡El dolor! ¡O África! Ella miraba, lo observaba a él y contemplaba la sábana ensangrentada, que se iba oscureciendo, con una vaga consternación, como sí escuchara en la radio la noticia de que un terremoto ha matado a miles de personas en Pakistán o en Turquía.

-Se pondrá bien, Paul -dijo, pero su voz, de pronto, sonó asustada y sus ojos empezaron a dar vueltas a la deriva por la habitación, como cuando parecía que el fuego del libro quemado escapaba a su control; entonces se fijaron en algo, casi con alivio-. Sólo tengo que deshacerme de la basura.

Cogió el pie. Los dedos aún se retorcían. Lo llevó a través de la habitación. Cuando llegó a la puerta, los dedos habían dejado de moverse. Él vio una cicatriz en el arco, y recordó cómo se la había hecho: pisando un casco de botella cuando era pequeño. ¿Había sido en Revere Beach? Sí, creía que si. Recordó haber llorado y que su padre le decía que era sólo

un corte sin importancia, que dejase de actuar como si le hubiesen cortado el pie. Annie se detuvo en la puerta y se volvió a mirar a Paul, que chillaba y se retorcía en la cama chamuscada y empapada de sangre, con la cara pálida como un muerto.

-Ahora ya le he hecho cojo -le dijo-, y no me culpe. La culpa es suya.

Se fue.

Paul también.

23

La nube había vuelto. Paul se sumergió en ella sin importarle sí esa vez significaba muerte en lugar de inconsciencia. Casi esperaba que fuese así. Sólo... no más dolor, por favor. No más recuerdos, no más dolor, no más horror, no más Annie Wilkes.

Se zambulló en la nube, se internó en ella, escuchando vagamente sus propios gritos y oliendo su propia carne asada.

Mientras las ideas se desvanecían, pensó: ¡Diosa! ¡Te mataré! ¡Diosa! ¡Te mataré! ¡Diosa!

Luego ya no hubo nada más... Nada.

III

Paul

No puedo. Hace media hora que intento dormir; pero no puedo. Escribir aquí es una especie de droga. Es lo único que espero. Esta tarde he leído lo que escribí... y parecía vívido. Ya sé que parece vívido porque mi imaginación agrega todos los trozos que otra persona no comprendería, quiero decir, es vanidad, pero parece una especie de magia..., y es que no puedo vivir en este presente. Me volvería loco si lo hiciese.

JOHN FOWLES
El coleccionista

1

CAPITULO 32

-¡Oh Dios sagrado! -gimió Ian e hizo un movimiento convulsivo hacia delante. Geoffrey cogió el brazo de su amigo. El constante sonido de los tambores latía en su cabeza como algo escuchado un delirio de muerte. Las abejas revoloteaban en torno a ellos; pero no se detenía. Sencillamente pasaban volando y se dirigían al claro como atraídas por un imán pensó Geoffrey con repugnancia.

2

Paul cogió la máquina de escribir y la sacudió. Al cabo de un rato, cayó una pequeña pieza de acero encima de la tabla que tenía sobre los brazos de la silla de ruedas. La cogió y la miró.

Era la letra t. La máquina de escribir acababa de tirar su t. Tendré que quejarme a la dirección. No voy a pedir una nueva máquina de escribir, voy a exigirla, cono. Ella tiene dinero, sé que lo tiene. A lo mejor metido en tarros de mermelada bajo el establo o tal vez oculto en las paredes de su Casa de la Risa, pero ella tiene pasta y, ¡Dios mío, la t, una de las letras que más se usan!, pensó.

No iba a pedirle nada a Annie, por supuesto mucho menos a exigirlo. El hombre que había sufrido mucho más dolor, el hombre que no tenía nada a que aferrarse, ni siquiera esa mierda de libro, ese hombre habría pedido. Con dolor o sin él, ese hombre había tenido las agallas de intentar al menos enfrentarse a Annie Wilkes.

él había sido ese hombre y tal vez debía sentirse avergonzado; pero ese hombre había tenido dos grandes ventajas sobre él. Dos píes... y dos pulgares.

Paul se quedó pensando durante un rato, volvió a leer la última línea rellenando las omisiones mentalmente y luego volvió a trabajar.
Mejor así.
Mejor no pedir.
Mejor no provocar.
Las abejas zumban tras su ventana.
Era el primer día de verano.

3

Había sido.

¡Suéltame! -gritó y se volvió hacia Geoffrey, cerrando la mano en un puño. Los ojos saltaban enloquecidos de su cara lívida, y parecía no darse cuenta en absoluto de quien le estaba impidiendo llegar hasta su amada. Geoffrey comprendió con fría certeza; que lo que había visto cuando Hezequiah corrió la cortina protectora de arbustos, había estado a punto de hacer que Ian perdiese el juicio. Aún se tambaleaba al borde de la locura y el más ligero empujón haría que se precipitase. Si eso ocurriera se llevarla a Misery con el.

-¡Que me sueltes te digo!
Ian tiró hacia atrás con furia y Hezequiah gimió asustado.
-No, amo, poné abejas locas, ellas pican señora.

Ian parecía no escuchar. Se soltó de Geoffrey con los ojos enloquecidos y sin expresión lanzándole a su viejo amigo un puñetazo en la mejilla. Por la cabeza de Geoffrey volaron estrellas negras, pero aun así vio que Hezequiah empezaba a blandir el mortífero gosha, un saco lleno de arena que utilizaban los bourkas en el cuerpo a cuerpo.
-No -murmuró-. Déjame a mí.

De mala gana, Hezequiah hizo que el cayese hasta el final de su cuerda de cuero como un péndulo que va deteniéndose.

un nuevo golpe tiró hacia atrás la cabeza de Geoffrey, aplastando sus labios contra los dientes y haciéndole sentir en la boca el sabor agridulce y cálido de la sangre. Se produjo un sonido seco y largo mientras la camisa de Ian, ahora descolorida por el sol y desgarrada por todas partes, empezaba a romperse bajo el puño de Geoffrey. De un momento a otro, lograrla liberarse. Geoffrey se dio cuenta con estupor de que era la misma camisa que Ian llevaba puesta en el banquete del barón tres noches atrás... Claro que lo era. No había tenido tiempo de cambiarse desde entonces; ni Ian, ni ninguno de ellos. Sólo hacia tres noches..., pero daba la impresión que hubiese estado llevando esa camisa durante los últimos tres años, como a el le parecía que hablan pasado trescientos desde la fiesta. Sólo hace tres noches, pensó otra vez con estúpida perplejidad, y entonces Ian empezó a hacer llover los puñetazos sobre su cara.

-¡Déjame ir, maldito! -Ian lanzó una y otra vez su puño ensangrentado contra la cara de Geoffrey, el amigo por el cual, en su sano juicio, hubiese dado la vida.

-¿Quieres demostrar tu amor por ella matándola?-preguntó Geoffrey suavemente-. Si eso es lo que quieres hacer, viejo amigo, entonces déjame.

El puño de Ian vaciló. Algo parecido a la cordura volvió a su rostro enloquecido y aterrorizado.

-Tengo que ir a salvarla -murmuró como en un sueño-. Siento haberte pegado, Geoffrey, de veras lo siento, querido amigo; pero tengo que... la ves... -Dirigió una rápida mirada como si pretendiera confirmar lo horrible de aquella visión, otra vez hizo el gesto de correr hacia donde Misery había sido atada a un poste en un claro del bosque con los brazos sobre la cabeza. Brillando en sus muñecas y sujetándola a la rama más baja del eucalipto, que era el único árbol en el claro, había algo que aparentemente había captado la atención de los bourkas antes de arrojar al barón Heidzig en la boca del ídolo condenándolo a una muerte horrible. Misery había sido atada con las esposas de acero azul del barón.

Ahora fue Hezequiah quien agarró a Ian, pero los arbustos crujieron otra vez y Geoffrey miró hacia el claro. La respiración se le quedó detenida en la garganta al igual que la tela pendiendo en un espino. Era como si tuviese que subir una colina rocosa con un cargamento de explosivos en mal estado y peligrosamente volátiles. Una picadura, pensó, una sola y todo habrá terminado para ella.

-No, amo -decía Hezequiah en un tono de paciencia aterrorizada-. Es como dice otro amo... Si usté salí ahí, abejas despertá de su sueño. Y si abejas despertá, no importá ella muere de una picadura o de mucha picadura. Si abejas desperté de su sueño, todo morimos, pero ella muere primero y apeó.

Poco a poco, Ian se relajó entre el hombre blanco y el hombre negro. Su cabeza se volvió hacia el bosque con horrible desagrado, como si no quisiera mirar y, sin embargo, no pudiese evitarlo.

-Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer por mi pobre amada?

-No lo sé. -La frase llegó a los labios de Geoffrey, que en su estado de horrible inquietud, apenas pudo mordérselos para que no se le escapara. Se le ocurrió, y no por primera vez, que el hecho de que Ian poseyese a la mujer que el amaba con igual intensidad, aunque en secreto, le permitía abandonarse a una extraña especie de egoísmo y a una femenina histeria que el no podía permitirse. Después de todo, para el res del mundo, el no era más que el amigo de Misery.

Sí, sólo su amigo, pensó con una ironía crispada y dolorida; y entonces sus ojos se volvieron al claro.

-Misery no llevaba ni un trozo de ropa; pero Geoffrey pensó que ni la más pudorosa aldeana comesantos podría haberla acusado de indecencia La hipotética vieja puritana tal vez habría gritado huyendo espantada de la visión de Misery, pero sus gritos los habrían causado el terror y la repugnancia, más que una profanación de la decencia. Misery no llevaba ni un pedazo de tela; pero dietaba mucho de hallarse desnuda.

Estaba vestida de abejas. Desde la punta de sus pies hasta el casco de su pelo rubio oscuro, estaba vestida de abejas. Parecía llevar una especie de extraño hábito de monja, extraño porque se movía y ondulaba por las curvas de sus pechos y de sus caderas aunque no soplaba ni la más leve brisa. De igual forma, su cara parecía encerrada en toque de modestia casi mahometana. Sólo sus ojos de un gris azulado, miraban a

través de la máscara de abejas que se arrastraba lentamente por su cara oculta de la boca, la nariz, la barbilla y las cejas.

Más abejas gigantes marrones de África, las abejas más venenosas y de peor genio del mundo, se arrastraban de arriba abajo por los brazaletes de acero del barón antes de juntarse en loa guantes vivientes de las manos de Misery.

Mientras Geoffrey miraba, iban llegando más abejas de todos los puntos cardinales. Sin embargo, le parecía claro, a pesar de su actual distracción que la mayoría venía del Oeste desde donde amenazaba la gran cara de piedra oscura de la diosa.

Los tambores sonaban con su ritmo constante, soporífero como el zumbido de las abejas. Pero Geoffrey sabia lo engañoso que era ese sopor. Había visto lo que le había ocurrido a la baronesa y daba gracias a Dios de que Ian se hubiese librado de presenciarlo... El sonido de ese murmullo adormecedor, subió de pronto hasta convertirse en un zumbido estridente... que al principio, apagó y luego ahogó por completo los gritos de agonía de la. mujer. Había sido una criatura frívola y estúpida, peligrosa también. Casi les había costado la vida cuando había liberado al guarda de Stringfellow; pero tonta o no, estúpida o no, ningún ser humano merecía morir así.

En su mente, Geoffrey repitió la pregunta de Ian como un eco. ¿Qué varios a hacer? ¿Qué podemos hacer por mi pobre amada?

-Nada puede hacé ahora, amo; pero ella no en peligro. Mientras suenen tambores, abejas dormí. Y señora, dormí también -dijo Hezequiah.

Ahora las abejas la cubrían como una manta gruesa y móvil Sus ojos, abiertos, pero sin ver, parecían retroceder en la cueva viviente de abejas que se arrastraban, se atropellaban y zumbaban.

-¿Y si los tambores se detienen? -preguntó Geoffrey en voz muy baja y casi sin fuerzas. Y justo en ese instante, se detuvieron.

Por un mom o l d s

4

Paul miró la última línea sin creérselo. Entonces levantó la "Royal". Había seguido levantándola como una extraña pesa cuando ella no estaba en la habitación, sólo Dios sabía por qué. La sacudió otra vez. Las teclas sonaron y entonces cayó otro trozo de metal sobre la tabla que le servía de escritorio.

Oía el ruido del tractor cortacésped azul eléctrico de Annie. Estaba en la parte delantera de la casa arreglando bien el prado para que esos joninos Roydman no tuviesen nada que contar en la ciudad.

Volvió a poner la máquina de escribir en la tabla, inclinándola hacia arriba para pescar la nueva sorpresa. La miró bajo la fuerte luz de poniente que entraba por la ventana. No se alteró su expresión de incredulidad.

Sobresaliendo en el metal y ligeramente manchada de tinta, en la cabeza de la tecla ponía:

E
e

Para aumentar la diversión, la "Royal" había expelido otra de las letras más utilizadas.

Paul miró el calendario. La fotografía mostraba un prado con flores y el mes decía mayo; pero él llevaba ahora sus propias fechas en un trozo de papel y de acuerdo con su almanaque casero era el 21 de junio.

Deja correr los días perezosos, aturdidos, locos del verano, pensó con amargura y tiró la tecla en la dirección mil veces recorrida de la papelera.

Bueno, ¿y ahora qué hago?, pensó, pero ya sabia, por supuesto, lo que le esperaba. Escribir a mano. Era la única solución.

Pero ahora no. Aunque pocos segundos atrás corría como amenazado por un fuego, ansioso por hacer que Ian, Geoffrey y el divertido Hezequiah cayesen en la emboscada de los bourkas y fuesen transportados a las cuevas, tras la cara del ídolo, para el emocionante final, de pronto se sentía muy cansado. El agujero del papel se había cerrado con un golpe inexorable.

Mañana.

Mañana empezaría a escribir a mano.

¡A la mierda, quéjate a dirección!

Pero no podía hacer eso. Annie estaba demasiado rara.

Escuchó el monótono gruñido del cortacésped, vio su sombra y, como siempre que pensaba en lo rara que Annie se estaba poniendo, su mente recuperó la imagen del hacha elevándose y luego cayendo; el espectáculo de su espantosa cara, impasible, mortal, salpicada con su sangre. Lo revivía con toda claridad. Cada palabra que ella había pronunciado, cada súplica que él había proferido, el chirrido del hacha saliendo del hueso roto, la sangre en la pared. Todo tan claro como si estuviera ocurriendo en ese instante. Al igual que trató de bloquear ese recuerdo y llegó un segundo demasiado tarde.

Paul había entrevistado a muchas víctimas de accidentes de tráfico porque el giro crucial del argumento de Automóviles veloces trataba del accidente casi mortal de Tony Bonasaro en su desesperado esfuerzo por escapar de la Policía, lo que conducía al epílogo, un interrogatorio contundente efectuado por el compañero del finado teniente Gray en el cuarto de hospital donde se hallaba Tony. Una y otra vez había escuchado lo mismo con diferente envoltura. Recuerdo haberme metido en el coche y recuerdo haberme despertado aquí Todo lo demás está en blanco.

¿Por qué no le ocurriría eso a él?

Porque los escritores lo recuerdan todo, Paul, especialmente las heridas. Desnuda a un escritor, señala sus cicatrices y te contará la historia de cada una de ellas, incluyendo las más pequeñas. De las grandes, se sacan novelas, no amnesia. Es bueno tener un poco de talento si quieres ser escritor, pero el único requisito de verdad es la habilidad para recordar la historia de cada cicatriz.

El arte consiste en la persistencia de la memoria.

¿Quién dijo eso? ¿Thomas Szasz? ¿William Faulkner? ¿Cyndi Lauper?

El último nombre trajo una asociación, triste y dolorosa, en las presentes circunstancias. El recuerdo de Cyndi Lauper hipando alegremente: "Las chicas sólo quieren divertirse." Era tan claro que casi producía

un efecto auditivo: Oh, papa querido, aún eres el número uno; / pero las chicas quieren divertirse. / Oh, cuando el día de trabajo termina, / las chicas solo quieren divertirse.

De repente, necesitaba un pinchazo de rock and roll más de lo que había necesitado un cigarrillo en su vida. No tenía que ser Cyndi Lauper. Cualquiera serviría. Cristo, basta con Ted Nugent tendría bastante.

El hacha bajando.

El silbido del hacha.

No pienses en eso.

Pero era estúpido. Se pasaba el día diciéndose a sí mismo que no debía pensar en eso, sabiendo que eso estaba siempre como un hueso en su garganta. ¿Iba a permitir que se quedase allí? ¿O iba a portarse como un hombre vomitando aquella porquería?

Entonces le vino otro recuerdo. Parecía que era el día de Peticiones de éxitos Dorados para Paul Sheldon. Éste era de Oliver Reed haciendo de científico loco pero suavemente persuasivo de la película de David Cronenberg, La cría. Reed instaba a sus pacientes del Instituto de Psicoplasmática, un nombre que a Paul le había parecido deliciosamente gracioso: <<¡Vívanlo, vívanlo basta el fondo!"

Bueno..., tal vez en ciertas ocasiones no era un mal consejo.

Una vez lo viví. Aquello fue suficiente.

Mierda. Si pasar por las cosas una sola vez fuera suficiente, habría sido un cochino vendedor de aspiradoras como su padre.

Vívelo entonces. Vívelo hasta el fondo, Paul. Empieza con Misery.

No.

Sí.

Jódete.

Paul se echó hacia atrás, se puso la mano sobre los ojos y, gustándole o no, empezó a vivirlo.

5

A vivirlo hasta el fondo. No se había muerto, no se había dormido, pero después de que Annie le "hiciese cojo" el dolor se le fue durante un rato. Sólo se había desvanecido sintiéndose desligado de su cuerpo, un globo de pensamiento puro escapándose del hilo.

Mierda, ¿para qué se tomaba la molestia? Ella lo había hecho y todo el tiempo entre entonces y ahora había sido dolor y aburrimiento, con brotes ocasionales de trabajo de su libro estúpidamente melodramático, para escapar de ambos. Todo eso parecía carecer de sentido.

Sin embargo, lo tiene. Aquí hay un tema, Paul. Es el hilo que lo une todo. El hilo que confiere a cuanto sucede autenticidad. ¿No lo ves?

Misery, por supuesto. Ese era el hilo que corría a través de todo; pero, auténtico o falso, era tan malditamente estúpido.

Como sustantivo común significaba dolor, generalmente largo y a menudo inútil.[16] Como nombre propio correspondía a un personaje y un

[16] Se refiere al sustantivo misery, ya citado. El llego de significados en el resto del párrafo resulta

argumento que sin embargo terminaría muy pronto. Misery corría a través de los últimos cuatro o tal vez cinco meses de su vida; mucha Misery, de acuerdo, Misery un día y otro también; pero, seguramente, eso era demasiado simple. Seguramente...

Oh no, Paul. Nada es simple en lo que concierne a Misery. Excepto que le debes la vida, porque al final te convertiste en Scherezade, ¿no?

Otra vez trató de librarse de esos pensamientos, pero comprendió que no podía. La persistencia de la memoria y todo eso. Las heridas sólo quieren divertirse. Entonces le llegó una idea inesperada, que abrió una nueva avenida de pensamiento.

Lo que siempre pasas por alto, porque es demasiado obvio, es que eras, eres, también Scherezade para ti mismo.

Pestañeó bajando la mano y mirando fija y estúpidamente al verano que nunca había esperado llegar a ver. La sombra de Annie pasó y luego volvió a desaparecer.

¿Era eso cierto?

¿Scherezade para mí mismo?, pensó otra vez. Si era así, entonces se estaba enfrentando a una idiotez colosal. Debía su supervivencia al hecho de que la mierda que Annie le había obligado a escribir lío estaba terminada cuando ella le cortó el pie. Que debía haber muerto, pero no pudo. Tenía que vivir hasta averiguar cómo iba a concluir el asunto.

Estás absolutamente loco.

¿Seguro?

No, ya no estaba seguro. De nada.

Con una excepción: toda su vida había dependido, y continuaba dependiendo, de Misery.

Dejó que su mente vagara.

La nube, pensó. Empieza con la nube.

6

Esa vez la nube había sido más oscura, más densa, y, en cierto modo, más suave. Tenía la sensación, no de flotar, sino de deslizarse. Unas veces le venían pensamientos; otras, dolor.., y, en algunos momentos, escuchaba vagamente la voz de Annie sonando como cuando la quema del manuscrito había amenazado salirse de control.

-Tome esto, Paul... Tiene que hacerlo.

¿Deslizar?

No.

Ése no era el verbo apropiado. El verbo apropiado era hundir. Estaba hundiéndose. Recordaba una llamada telefónica a las tres de la madrugada. Eso había sido en la Universidad. El cuidador del dormitorio del cuarto piso golpeó en su puerta diciéndole con voz soñolienta que bajase a contestar el puñetero teléfono. Su madre. Ven lo antes que puedas, Paulie. Tu padre ha sufrido un ataque grave. Se está hundiendo. Y él había ido todo lo rápido que había podido, forzando su vieja furgoneta "Ford" hasta ciento veinte, a pesar de la vibración que se le producía a velocidades superiores a los ochenta. Pero al final no había servido de

---

intraducible (N. del T.)

nada. Cuando llegó, su padre ya no se estaba hundiendo, sino que se hallaba hundido.

¿Cuán cerca había estado él mismo de diñarla la noche del hacha? No lo sabía; pero el hecho de que no hubiera sentido casi dolor durante la semana que siguió a la amputación, tal vez era un indicador bastante claro de lo cerca que había estado. Eso y el pánico en la voz de Annie.

Había permanecido en un semicoma, respirando apenas, a causa de los efectos secundarios (le depresión respiratoria (le la medicina, con las gotas de suero glucosado otra vez en sus brazos. Y de aquello lo había sacado el sonido (le los tambores y el zumbido de las abejas.

Tambores bourka.

Abejas bourka.

Sueños bourka.

El color sangraba lenta e inexorablemente en una tierra y de una tribu que nunca existieron más allá de los márgenes del papel en el que escribía.

Un sueño de la diosa, la cara de la diosa amenazando en la espesura de la selva, meditabunda y desgastada. Diosa oscura, continente oscuro, una cabeza de piedra llena de abejas. Sobre todo esto había una imagen que se hacía cada vez más clara a medida que pasaba el tiempo, como si una diapositiva gigante se hubiese proyectado en la nube en la que él yacía. Era la imagen de un claro en el que se hallaba un viejo eucalipto. Colgando de la rama más baja de ese árbol, había un par de esposas anticuadas de acero azul. Las abejas se arrastraban por ellas. Las esposas estaban vacías. Estaban vacías porque Misery había...

¿Escapado? Se había escapado, ¿no? ¿No era así como la historia debía terminar?

Debía, pero ahora no estaba tan seguro. ¿Era eso lo que significaban esas esposas vacías? ¿O se la habían llevado? ¿Se la habían llevado al ídolo? ¿La habían entregado a la abeja reina, a la Gran Chica de los bourkas?

También fuiste Scherezade para ti mismo.

¿A quién le estás contando esta historia, Paul? ¿A quién se la estás contando? ¿A Annie?

Claro que no. No miraba al agujero del papel para ver a Annie ni para complacerla..., miraba para escapar de ella.

El dolor había empezado. Y el picor. La nube comenzó a iluminarse otra vez y a deshacerse. Volvió a mirar la habitación como algo malo y a Annie, como algo peor. Aun así, había decidido vivir. Una parte de él, tan adicta a los seriales como Annie lo había sido de niña, había decidido que no podía morir hasta ver como terminaba aquello.

¿Había escapado con la ayuda de Ian Geoffrey?

¿O se la habían llevado a la cabeza de la diosa?

Era ridículo, pero esas preguntas estúpidas exigían, una respuesta.

7

Al principio, ella no quiso que volviese a su trabajo. Pudo ver en sus ojos asustados el miedo que había pasado, y que aún estaba pasando. Y lo cerca que había estado él de morir. Le prodigaba unos cuidados

extravagantes cambiándole las vendas del muñón rezumante cada ocho horas. Al principio le había informado, con el aire de quien sabe que no va a recibir una medalla por su acción, que se los cambiaba cada cuatro horas, dándole baños de esponja y friega de alcohol, como si intentase negar lo que había hecho. Le decía que el trabajo podía hacerle daño. Le causará una recaída, Paul. No lo diría si no fuese cierto, créame. Al menos usted sabe lo que sigue. Yo me estoy muriendo por enterarme de lo que va a pasar. Se enteró de que ella había leído todo lo que él tenía escrito, su trabajo anterior a la cirugía, mientras él estaba entre la vida y la muerte..., más de trescientas páginas de manuscrito. Él no había llenado con las enes las últimas cuarenta páginas, más o menos, Annie lo había hecho. Se las enseñó con una especie de orgullo inquietamente retador. Sus enes eran pulcras como en un texto, contrastando violentamente con las suyas, una especie de garabatos contrahechos.

Annie nunca lo dijo; pero él creía que haber puesto las enes era otra demostración de su solicitud. ¿Cómo puede decir que he sido cruel con usted, Paul, cuando ya ve todas las páginas que le he llenado de enes? Un acto de reparación o tal vez hasta un rito casi supersticioso: suficientes cambios de vendas, suficientes baños de esponja, suficientes enes y Paul viviría. Muge abeja de los bourkas hace podeosa magia, buana, llená toas esas enes cacatutas y to poné se bien otra vé.

Así era como había comenzado..., pero luego se había instalado el Tengo. Paul conocía todos los síntomas. Cuando ella le había dicho que se estaba muriendo por saber lo que iba a pasar no bromeaba.

Porque tú seguiste viviendo para averiguar lo que pasaría. ¿No es eso lo que estás diciendo verdaderamente?

Por demente que fuese y hasta vergonzoso, por absurdo que pareciera, eso era lo que él creía.

El tengo.

Era algo que había podido generar en los libros de Misery casi a voluntad, pero muy poco o nada en la corriente principal de su novelística. No se sabia exactamente dónde encontrar el tengo; pero siempre se reconocía cuando se lograba. Hacía que la aguja del "Geiger" saltara hasta el final de la espera. Reconocía el tengo cuando lo lograba incluso sentado frente a la máquina de escribir aquejado de una ligera resaca, tomando tazas de café y masticando "Rolaids" cada dos horas, sabiendo que debía dejar los malditos cigarrillos, al menos durante la mañana, pero incapaz de llegar al punto decisivo, meses antes de terminar y a años luz de la publicación. Siempre que lo conseguía acababa sintiéndose ligeramente avergonzado, manipulador. Pero también justificado. Cristo, los días pasaban y el agujero en el papel era pequeño, débil la luz, estúpidas las conversaciones que llegaban del entorno. Uno seguía empujando porque era todo lo que podía hacer. Confucio dice que si un hombre quiere cultivar una hilera de maíz, antes debe remover una tonelada de mierda. Y un día todo se ampliaba a las dimensiones de Vista-Visión y la luz brillaba como un rayo de sol en una epopeya de Cecil B. de Mille y uno sabía que allí estaba el tengo vivito y coleando.

El tengo como en: "Creo que me quedaré trabajando otros quince o veinte minutos, cariño, tengo que ver cómo me sale este capítulo." Aunque el tío que ha dicho eso se ha pasado todo el día trabajando y pensando en echar un polvo y sabe que cuando al fin se vaya a la cama, lo más posible

es que se encuentre a la mujer dormida.

El tengo como en: "Ya sé que debería empezar a hacer la cena, él se enfadará si le vuelvo a poner congelado; pero tengo que ver cómo termina esto."

Tengo que saber si ella vivirá.

Tengo que enterarme de si él cogerá al canalla de mierda que mató a su padre.

Tengo que ver si ella descubre que su mejor amiga está follando con su marido.

El tengo. Obsceno como una paja en un bar asqueroso; estupendo como un buen polvo con la prostituta más talentosa del mundo. Jo, macho, qué malo era, y jo, macho, qué bueno, y al final no importaba lo grosero o lo crudo que resultase, porque al final era simplemente como Jackson decía en aquel disco: no pares hasta que te hartes.

8

También hacías de Scherezade para ti mismo.

No era una idea que él fuese capaz de articular, ni siquiera de comprender, al menos en ese momento. Había sufrido demasiado dolor. Pero, de todos modos, lo sabia, ¿no era cierto?

Tú, no. Eran los chicos del taller. Ellos lo sabían.

Si, eso ostentaba el sello de la verdad.

El sonido del cortacésped era cada vez más fuerte. Annie entró por un momento en su campo visual. Le miró, vio que él la miraba y levantó una mano para saludarle. Paul alzó la suya, la que aún tenía el pulgar. Ella volvió a salir de su vista. Estupendo.

Al final había podido convencerla de que el trabajo le ayudaría a salir adelante en vez de echarle atrás... Le perseguían la claridad de esas imágenes que le habían sacado de la nube. Perseguir no podía considerarse el término correcto: hasta que fuesen escritas, eran sombras que permanecerían en el aire.

Y aunque ella no le creyó en aquel momento, le había permitido volver a su trabajo de todos modos. No porque él la hubiese convencido, sino por el tengo.

Al principio sólo había podido trabajar en cortos estallidos dolorosos; quince minutos, tal vez media hora si la historia realmente se lo exigía. Pero incluso esos estallidos cortos eran una agonía. Un cambio de posición hacía que el muñón volviese a la vida, del mismo modo que un tizón casi apagado vuelve a levantar llamas cuando la brisa lo abanicaba. Pero eso no era lo peor. Lo peor ocurría una o dos horas después, cuando el muñón le volvía loco con un picor zumbante como un enjambre de adormecidas abejas.

Él tenía razón, no ella. Nunca se puso realmente bien, probablemente era imposible en semejante situación; pero su salud mejoró y recuperó algunas fuerzas. Se daba cuenta de que se habían estrechado los horizontes de sus intereses; pero aceptaba aquello como precio de la supervivencia. De cualquier manera, era un auténtico milagro haber logrado sobrevivir.

Sentado delante de aquella máquina que cada vez tenía peor la dentadura, mirando atrás hacia un pasado que consistía más en trabajo que en

acontecimientos, Paul asintió con la cabeza. Si, suponía que él había sido su propia Scherezade, del mismo modo que era la mujer de sus sueños cuando lograba controlarse y se lanzaba al ritmo febril de las fantasías. No necesitaba que un psiquiatra le dijese que escribir tenía un componente autoerótico. Uno le da a la máquina de escribir en lugar de darle a su carne; pero ambos actos dependían en gran parte de ingenio rápido, manos veloces y un serio compromiso con el arte de lo inverosímil.

Pero ¿no había también en aquello una especie de coito, aunque en su variante más seca? Porque una vez que había vuelto a empezar..., ella no lo interrumpía mientras estaba trabajando, aunque cogía su producción diaria en cuanto la terminaba; ostensiblemente para llenarla con las letras que faltaban; pero de hecho, y él ya lo había descubierto del mismo modo en que los hombres sexualmente agudos saben qué citas saldrán bien al final de la noche y cuáles no, para recibir su pinchazo. Para recibir su tengo.

Los sedales. Sí. Otra vez a eso. Sólo que en los últimos meses ella va cada día, en lugar de los sábados por la tarde, y que el Paul que la lleva es su escritor particular en lugar de su hermano mayor.

Sus períodos en la máquina de escribir se hicieron cada vez más largos a medida que el dolor retrocedía lentamente y volvía algo de su resistencia..., pero, en los últimos tiempos, él no podía escribir lo bastante rápido como para satisfacer sus exigencias.

El tengo que los había mantenido vivos a los dos, porque sin eso ella seguramente lo habría asesinado suicidándose después, mucho tiempo atrás. También había sido la causa de que perdiese el pulgar. Era horrible, pero también gracioso. Ten un poco de ironía, Paul, es bueno para tu sangre.

Y piensa que pudo haber sido mucho peor. Podía haber sido su pene, por ejemplo.

Y de eso no tengo más que uno, se dijo, y empezó a reírse como loco en la habitación vacía frente a la odiosa "Royal" con su mueca mellada. Estuvo riendo hasta que le dolieron las tripas y el muñón. Rió hasta que le dolió la mente. En cierto momento, el llanto se le convirtió en unos sollozos secos, horribles, que despertaron el dolor en lo que le quedaba del pulgar izquierdo, y entonces pudo al fin parar de reír. Se preguntó de un modo vago si estaría cerca de perder el juicio.

Supuso que, de todos modos, no importaba.

9

Un día, poco antes de la dactilotomía, tal vez menos de una semana antes, Annie había entrado con dos platos gigantes de helado de vainilla, un frasco de crema de chocolate "Hershey's", una lata a presión de nata montada "Reddi-Whip" y un tarro en el cual flotaban unas cerezas al marrasquino, rojas como la sangre del corazón, y que semejaban especimenes biológicos.

-Se me ocurrió que podíamos comernos unos helados, Paul -le dijo.

Su voz era falsamente alegre. A Paul no le gustó. Ni el tono de la voz ni la mirada inquieta de sus ojos. Me estoy portando mal, decía esa mirada. Le despertó la cautela y le hizo subir la guardia. Así la imaginaba en el momento de poner un montón de ropa en un escalón o un gato muerto en otro.

-Vaya, gracias, Annie -le dijo, y la miró mientras echaba la crema y dos nubes de nata con la mano experimentada de una vieja adicta al dulce.

-No tiene por qué darlas. Se lo merece. Ha trabajado muy duro. Le dio su helado. El dulce le resultó empalagoso después de la tercera cucharada; pero continuó. Era más prudente. Una de las claves de la supervivencia en el panorámico Western Slope era entender que cuando Annie invita, más vale que te llenes la tripita. Hubo un rato de silencio y entonces ella dejó su cuchara. Con el dorso de la mano, se limpió de la barbilla una mezcla de cobertura de helado derretido, y dijo en un tono de voz agradable:

-Cuénteme el resto.

Paul dejó también la cuchara.

-¿Cómo dice?

¿Y no se imaginaba que esto iba a ocurrir? Si. Si alguien le hubiese enviado a Annie veinte carretes de un nuevo episodio de Rocket Man, ¿se habría conformado con ver sólo uno a la semana o uno al día?

Miró su helado, que se derrumbaba, con una cereza casi enterrada en nata y otra flotando en el chocolate. Recordó cómo había visto la sala con platos embadurnados de dulce por todas partes.

No, Annie no era el tipo de persona que podía esperar. Annie habría visto los veinte episodios en una noche aunque le doliesen los ojos y acabase con dolor de cabeza.

Porque a Annie le encantaban las cosas dulces.

-No puedo hacer eso -le dijo.

La cara se le ensombreció al instante. Pero ¿no había visto también en ella la sombra de un alivio?

-¿Por qué no?

Porque usted no me respetaría a la mañana siguiente, pensó decirle, pero se lo aguantó. Se lo aguantó con todas sus fuerzas.

-Porque soy un pésimo narrador -respondió.

Se tragó el resto de su helado en cinco enormes cucharadas que habrían congelado dolorosamente la garganta de Paul; luego, dejó el plato y lo miró furiosa, no como si él fuese el gran Paul Sheldon, sino como si fuese alguien que se había atrevido a criticar al gran Paul Sheldon.

-Si es un pésimo narrador, ¿cómo ha logrado tener best-sellers y que millones de personas adoren los libros que usted escribe?

-No he dicho que sea un pésimo escritor de historias. En realidad creo que en eso soy bastante bueno. Pero contándolas soy un desastre.

-Eso es sólo una jonina excusa.

La cara se le estaba ensombreciendo. Las manos se le habían cerrado en unos puños que relucían sobre la pesada tela de la falda. El huracán Annie estaba otra vez en la habitación. Todo lo que corre por ahí, llega. Sólo que las cosas habían cambiado. Él la temía tanto como siempre; pero había disminuido, de algún modo, el control que ella ejercía sobre él. Su
vida ya no le parecía gran cosa, con tengo o sin tengo. Sólo sentía miedo de que le hiciera daño.

-No es una excusa -respondió-. Son dos cosas como naranjas y manzanas, Annie. La gente que cuenta historias generalmente no puede escribirlas. Si cree realmente que quien escribe historias es capaz de decir algo que valga la pena, no ha visto a un pobre novelista desgraciado balbuceando en una entrevista en el Today Show.

-Bueno, no quiero esperar -dijo, enfurruñada-. Preparé ese estupendo helado y lo menos que puede hacer es contarme algunas cosas. No tiene que ser toda la historia, claro; pero... ¿mató el barón a Calthorpe? -Los ojos le brillaron-. Eso es algo que realmente quiero saber. Y, si lo hizo, ¿cómo dispuso luego del cadáver? ¿Está cortado en pedazos en ese baúl que su mujer no pierde de vista? Eso es lo que creo.

Paul sacudió la cabeza, no para indicar que ella estaba equivocada, sino para indicarle que no se lo diría.
Su cara se puso aún más negra. Su voz, sin embargo, estaba suave.

-Me está poniendo furiosa, muy furiosa. Lo sabe, Paul. ¿No es cierto?
-Claro que lo sé, pero no puedo evitarlo.

-Podría obligarle. Podría obligarle a evitarlo. Podría obligarle a decirlo -pero parecía tan frustrada como si supiese que no podría-. Obligarle a decir algunas cosas, no a contarlo todo.

-Annie, ¿se acuerda de aquello que me contó del niño que, cuando la madre lo pesca jugando con el limpiador bajo el fregadero y le obliga a dejarlo, le dice: Mamá, ¿eres mala? ¿No es eso lo que está diciendo usted ahora? Paul, eres malo.

-Si me pone más furiosa, no puedo prometerle que seré responsable de mis actos -le dijo. Pero él pudo percibir que la crisis ya había pasado, Annie era de algún modo vulnerable a conceptos como la disciplina y la conducta.

-Bueno, pues tendré que arriesgarme -contestó-, porque simplemente estoy actuando como esa madre. No le digo que no porque soy malo o porque quiero fastidiaría, se lo digo porque quiero que le guste la historia de verdad, y si le doy lo que usted quiere, no le gustará y ya no querrá más .
Y, entonces, ¿qué me ocurrirá a mi, Annie?, pensó, pero no lo dijo.

-Dígame al menos si el negro Hezequiah sabe dónde está el padre de Misery. Al menos, dígame eso.
-¿Quiere la novela, o prefiere que le llene un cuestionario?
-No se atreva a hablarme con ese tono sarcástico.

-Entonces, no finja que no entiende lo que le estoy diciendo -le gritó.

Ella se echó atrás, sorprendida e inquieta, perdiendo las sombras de la cara. Todo lo que quedó era esa extraña expresión de niña, la expresión de me-he-portado-mal.

-Usted quiere abrir en canal a la gallina de los huevos de oro -continuó Paul-. Eso es lo que quiere hacer. Pero cuando el granjero de la historia hizo eso, todo lo que se encontró fue una gallina

muerta y un montón de tripas inútiles.
-Está bien -admitió-, está bien, Paul. ¿No va a terminar su helado?
-No puedo comer más.

-Ya veo. Le he molestado. Lo siento. Espero que esté en lo cierto. Hice mal en preguntarle.

Otra vez estaba calmada por completo. Paul esperaba que siguiese otro período de depresión profunda o de furia, pero no ocurrió.

Habían vuelto, simplemente, a la vieja rutina. Él escribía y Annie leía lo que iba saliendo cada día.

Y pasó tanto tiempo entre la discusión y la dactilotomía, que Paul había perdido la conexión hasta ahora.

Me quejé de la máquina de escribir, pensó, mirándola y oyendo el zumbido del cortacésped, que ahora sonaba más débil. Se dio cuenta de que no era así porque Annie se estuviese alejando. Quien se estaba alejando era él. Se estaba adormeciendo. Últimamente le ocurría a menudo, se dormía como un viejo en una residencia de ancianos.

No mucho. Sólo me quejé una vez. Pero una vez fue suficiente. Más que suficiente. Fue..., ¿cuándo?, ¿una semana después de aquellos asquerosos helados? Más o menos. Sólo una semana y una protesta por el sonido enloquecedor de aquella tecla muerta. Ni siquiera le sugerí que le comprase otra máquina usada a Nancy Whoremonger o como se llame, una que tuviese las teclas completas. Sólo dije que los ruidos me estaban volviendo loco, y entonces, de pronto, el pulgar de Paul fue como el objeto de un mago: ahora lo ves, ahora no lo ves. Pero ella no lo hizo en realidad porque él hubiese protestado por la máquina de escribir, sino porque le había dicho que no y hubo de aceptarlo. Fue un acto de furia, producida por el descubrimiento. ¿El descubrimiento de qué? De que, después de todo, ella no tenía todas las cartas en la mano. De que yo tenía un cierto control pasivo sobre ella. El poder del tengo. Después de todo, salí una Scherezade bastante pasable.

Era demencial. Era gracioso. Era tan cruel. Muchos pueden burlarse; pero sólo porque no logren comprender hasta qué punto penetra la influencia del arte, aun de un tipo tan degenerado como lo es la ficción popular. Las amas de casa organizan su horario alrededor de los culebrones de la tarde. Si tienen que volver a su trabajo, consideran de la máxima prioridad comprarse un video para poder verlos por la noche. Cuando Arthur Conan Doyle mató a Sherlock Holmes en Reichenbach Falls, toda la Inglaterra victoriana protestó y exigió que volviese. El tono de sus protestas había sido exactamente como el de Annie. No de aflicción, sino de escándalo. Doyle fue amonestado por su propia madre cuando le comunicó su intención de acabar con Holmes. A vuelta de correo recibió su respuesta indignada: "¿Matar a ese estupendo Mr. Holmes? ¡Tonterías! ¡Ni se te ocurra!"

Estaba también el caso de su amigo Gary Ruddman, que trabajaba en la biblioteca pública de Boulder. Cuando Paul fue un día a visitarlo, se encontró las persianas de Gary cerradas y un crespón negro en la puerta. Preocupado, Paul llamó con fuerza hasta que Gary contestó: "Vete -le había dicho-, estoy deprimido. Alguien ha muerto. Alguien importante para mi." Cuando Paul le preguntó quién era, Gary respondió, cansado: "Van der Valk." Paul oyó cómo se alejaba de la puerta y, aunque volvió a llamar, Gary no regresó para abrir. Resultó que Van der Valk era un detective de ficción creado, y luego descreado, por un escritor

llamado Nicolas Freeling.

Paul se hallaba convencido de que la reacción de Gary había sido falsa, pretenciosamente afectada; en resumen, teatro. Siguió pensando así hasta 1983, cuando leyó El mundo según Garp. Cometió el error de leer poco antes de irse a la cama la escena en la que el hijo menor de Garp muere atravesado por una palanca de cambios. Tardó horas en dormirse. La escena no se le iba de la mente. El pensamiento de que sufrir por un personaje de ficción era absurdo hacia algo más que cruzarle la mente en sus vueltas. Porque lo que estaba haciendo era sufrir, por supuesto. Reconocerlo no le había ayudado en absoluto, lo cual le hizo preguntarse si Gary Ruddman no se había tomado más en serio a Van der Valk de lo que Paul había creído en aquellos momentos. Y eso trajo otro recuerdo a la superficie: había terminado El señor de las moscas a los doce años, en un caluroso día de verano; luego, se dirigió a la nevera en busca de un vaso de limonada fría.., y entonces tuvo que cambiar de dirección y salir disparado hacia el cuarto de baño, donde se inclinó sobre el inodoro y vomitó.

Paul recordó de repente otros ejemplos de esa extraña manía. El modo en que la gente se aglomeraba cada mes en los muelles de Baltimore cuando llegaba el paquete con la nueva entrega de Little Dorrit o de Oliver Twist de Dickens. Algunos se habían ahogado; pero eso no sirvió para disuadir a los demás. Una anciana de ciento cinco años declaró que viviría hasta que Mr. Galsworthy terminase La saga de los Forsyte. Y murió una hora después de que le leyesen la página final del último volumen. A un joven montañero hospitalizado con un caso aparentemente fatal de hipotermia, sus amigos estuvieron leyéndole sin parar El señor de los anillos hasta que salió del coma. Y cientos de casos similares.

Suponía que cada escritor de best-sellers de ficción debía tener su propio repertorio de ejemplos sobre el modo en que lectores incondicionales llegan a identificarse con las situaciones ficticias que el escritor crea... Ejemplos del complejo de Scherezade, pensó Paul ahora, medio soñando mientras el sonido de la podadera de Annie subía y bajaba a una gran distancia. Recordó haber recibido dos cartas sugiriendo que crease un parque sobre Misery al modo de Disney World o de Great Adventure. Una de esas cartas incluía un anteproyecto. Pero la ganadora de la cinta azul, al menos hasta que Annie Wilkes había entrado en su vida, era Mrs. Roman D. Sandpiper 111 de Ink Beach, Florida, de nombre Virginia, y que había convertido una habitación del segundo piso de su casa en un "salón de Misery". En su carta incluía fotografías "Polaroid" de "la rueca de Misery", de su escritorio, con la nota a medio escribir a Mr. Farverey, diciéndole que asistiría al recital del School Hall el 20 de noviembre de los corrientes. Lo curioso era que estaba escrita en lo que Paul consideraba una caligrafía curiosamente adecuada a su heroína, no redonda y fluida como la de una señora, sino bien formada y semifemenina. El sofá de Misery, el muestrario de Misery (deja que el amor te instruya; no intentes instruir al amor...) y muchas otras cosas. Los muebles, según explicaba, eran todos auténticos, no reproducciones, y aunque Paul no podía asegurarlo, le pareció que era verdad. De ser así, ese caro trozo de ficción debía haberle costado a Mrs. Roman D. Sandpiper miles de dólares. Virginia se apresuró a asegurarle que no estaba utilizando a su personaje para hacer dinero ni tenía intención alguna de actuar en ese sentido, Dios la librara; pero si

quería que él viese las fotos y le dijese si había algún error, ya que estaba segura de tener muchos. Mrs. Roman D. Sandpiper (Virginia) esperaba también su opinión. Aquellas fotografías le causaron una sensación extraña y misteriosamente intangible. Había sido como ver las fotos de su propia imaginación, y supo que, desde aquel momento en adelante, cada vez que tratase de imaginar la combinación sala estudio de Misery, las fotos "Polaroid" de Mistress Roman D. Sandpiper (Virginia) saltarían de inmediato a su mente, oscureciendo la imaginación con su concreción, alegre pero unidimensional. ¿Decirle lo que estaba mal? Eso era una locura. Desde ese momento seria él quien se lo preguntaría a si mismo. Le había contestado con una breve nota de admiración y felicitación, una nota que no hacía referencia alguna a ciertas preguntas que se le habían ocurrido acerca de Mrs. Roman D. Sandpiper (Virginia). Por ejemplo, cómo estaba tan mal de la cabeza. Y había recibido otra carta con nuevas "Polaroid". La primera había constado de dos páginas a mano y siete fotografías. La segunda misiva tenía diez páginas e iba acompañada de cuarenta fotos "Polaroid". La carta era un manual exhaustivo y agotador en el que Mrs. Roman D. Sandpiper (Virginia) explicaba dónde había encontrado cada pieza, cuánto había pagado por ella.
Y el proceso de restauración seguido en cada caso. Le informaba de que había encontrado a un hombre llamado McKibbon que tenía un viejo rifle y le había pedido que disparara para hacer un agujero en la pared junto a la silla, aun cuando admitía que no podía jurar la autenticidad histórica del arma, Mrs. Roman sabía que el calibre era correcto. Casi todas las fotografías mostraban detalles de cerca. Si no hubiese sido por las explicaciones escritas a mano por detrás, podían haber pasado por esas fotografías que ofrecen las revistas de pasatiempos con la pregunta: "¿Qué hay en esta foto?", en que la macrofotografía hace que un pisapapeles parezca un poste y la parte de arriba de una lata de cerveza, una escultura de Picasso. Paul no había contestado a esa carta, pero eso no había desalentado a la señora Roman D. Sandpiper (Virginia), que había escrito cinco más, las primeras cuatro con más fotografías, antes de desaparecer en un silencio confuso y ligeramente ofendido.

Había firmado la última carta con un sencillo y tieso Mistress Roman D. Sandpiper. La invitación, hecha entre paréntesis, para que la llamase Virginia, había sido retirada.

Los sentimientos de aquella mujer, por obsesivos que fuesen, no habían evolucionado hasta la fijación paranoide de Annie; pero Paul comprendió ahora que la fuente había sido la misma. El complejo de Scherezade. El poder profundo y elemental del tengo.
Su derivar aumentó. Se quedó dormido.

10

Aquellos días se dormía como los viejos, de repente y a veces en momentos inadecuados, lo que significaba que sólo una película muy fina le separaba del mundo de la vigilia. No dejó de oír el cortacésped; pero su ruido se hizo cada vez más profundo, más grosero, como el sonido de un

cuchillo eléctrico.

Bueno, si tanto le molesta tendré que darle algo en que pensar para que se le quite esa ene de la mente. La oyó revolviendo en la cocina, tirando cosas, maldiciendo en su extraño lenguaje personal. Diez minutos después entraba con una jeringuilla, la "Betadine" y un cuchillo eléctrico. Paul empezó a gritar en el acto. En cierto modo, estaba como el perro de Pávlov. Cuando Pávlov hacía sonar una campana, el perro babeaba. Cuando Annie entraba en la habitación de huéspedes con una jeringuilla, una botella de "Betadine" y un objeto cortante afilado, Paul empezaba a chillar. Había conectado el cuchillo al lado de la silla de ruedas y habían seguido más súplicas y más gritos y más promesas de que sería bueno. Cuando trató de huir de la aguja, ella le dijo que se quedara quieto o que lo que iba a pasar pasaría sin el beneficio de una ligera anestesia. Cuando siguió intentando apartarse de la aguja, gimiendo y suplicando, Annie sugirió que si ése era el modo en que él se sentía, tal vez lo que debería hacer seria usar el cuchillo en su garganta y acabar de una vez...

Entonces él se había quedado quieto y se había dejado poner la inyección, y esa vez el "Betadine" había caído sobre su pulgar izquierdo y también la hoja del cuchillo. Cuando lo conectó y la hoja empezó a aserrar de arriba abajo rápidamente, en el aire, el "Betadine" saltó en un rocío de gotas marrones que ella no pareció notar y, al final, por supuesto, muchas otras gotas más rojas saltaron también en el aire.

Porque cuando Annie tomaba la decisión de realizar un acto, lo llevaba a cabo sin dejarse ablandar por súplicas. Annie no vacilaba ante los gritos. Annie tenía el valor de sus convicciones.

Mientras la zumbante y vibradora hoja se enterraba en la tierna red de carne entre el pulgar a punto de perecer y su dedo índice, Annie le aseguró que le amaba con su voz de esto le-duele-a-mamá-más-de-lo-que-te-duele-a-ti.

Y aquella noche...

No estás soñando, Paul. Estás pensando en cosas en las que no te atreves a pensar cuando estás despierto. Así que despierta. Por el amor de Dios, despierta.

No podía despertarse.

Aquella mañana Annie le había cortado el pulgar y por la noche entraba contenta en la habitación donde él estaba sentado en un estúpido aturdimiento de drogas y dolor con su mano izquierda vendada contra el pecho y ella llevaba una tarta y cantaba Cumpleaños feliz con su voz timbrada pero desentonada aunque no era su cumpleaños y había velas en toda la tarta y justo en el centro clavado en el pastel como una enorme vela se hallaba su pulgar con la uña ligeramente rota porque algunas veces se la mordía cuando no encontraba una palabra y ella le dijo Si promete ser bueno Paul puede comerse un trozo de tarta pero no tendrá que comerse la vela especial así que prometió ser bueno porque no quería que le forzara a comerse la vela especial pero sobre todo porque seguramente Annie era estupenda Annie era buena démosle gracias por los alimentos incluyendo los que no tenemos que comer las chicas sólo quieren divertirse pero algo malo por aquí por favor no me haga comer mi pulgar Annie la mamá la diosa cuando Annie está por ahí mejor ser honesto ella sabe cuándo duerme ella sabe cuándo estás despierto ella sabe si has sido bueno o malo así que sé bueno por favor mejor no llores mejor es que no

hagas pucheros pero sobre todo no debes gritar no debes gritar no debes gritar. . .
No gritó.

Y ahora, al despertar, dio un salto que le dolió en todo el cuerpo, apenas consciente de que sus labios estaban fuertemente apretados para no dejar salir el grito. A pesar de que la dactilotomía había ocurrido hacia más de un mes.

Se hallaba tan preocupado tratando de no gritar, que, por un momento, ni siquiera vio lo que venia por el camino y, cuando lo vio, creyó al principio que se trataba de un espejismo.
Era un coche de la guardia del Estado de Colorado.

11

A la amputación del pulgar siguió un periodo oscuro en el que el logro más importante de Paul, más que escribir, consistió en llevar la cuenta de los días. Aquello se había convertido en una manía patológica, haciéndole perder a veces hasta cinco minutos contando atrás para asegurarse de que no había olvidado ninguna fecha.
Me estoy poniendo tan mal como ella, pensó una vez.
Su mente le había respondido cansada: ¿y qué?

Había seguido bastante bien con el libro después de la pérdida del pie, durante lo que Annie llamaba con tanto eufemismo su "periodo de convalecencia". No, decir bastante bien era falsa modestia, si es que eso existía. Lo había hecho sorprendentemente bien para un hombre que en una época no podía escribir si no tenía cigarrillos, si le dolía la espalda o si tenía apenas un poco más que malestar de cabeza. Seria satisfactorio creerse que se había portado heroicamente; pero suponía que era sólo ese escape otra vez porque el dolor había sido verdaderamente horrible. Cuando al fin empezó el proceso de curación, el picor fantasma del pie que ya no estaba allí le pareció aún peor. Era el arco del pie inexistente lo que más le perturbaba. Se despertaba una y otra vez en medio de la noche utilizando el dedo gordo del pie derecho para rascar el aire dos centímetros más abajo de donde terminaba su cuerpo en ese lado.
Pero aun así, había continuado trabajando.

Pero fue después de la dactilotomía y de aquella extraña tarta de cumpleaños, como una horca sobrante de Qué fue de Baby Jane, cuando las pelotas de papel descartado empezaron a proliferar otra vez en la papelera. Pierdes un pie, casi te mueres, sigues trabajando. Pierdes un pulgar y caes en una extraña y problemática situación. ¿No debería ser al revés?

Bueno, estaba la fiebre, a causa de la cual había pasado una semana en cama. Pero era algo de muy poca trascendencia. La máxima temperatura alcanzada fue de treinta y ocho grados, y eso no parecía de melodrama. Era posible que la fiebre hubiese sido causada por su estado general de abatimiento más que por una infección específica. Y una triste fiebre no presentaba ningún problema para Annie. Entre otros recuerdos, tenía "Keflex" y "Ampicilina". Ella le había dado el tratamiento y él se había

puesto mejor, todo lo mejor que podía ponerse en circunstancias tan extrañas. Pero algo iba mal. Parecía haber perdido algún ingrediente vital y la mezcla se había vuelto, por ello, mucho menos potente. Trató de culpar a la ene que faltaba; pero antes había tenido que luchar con aquello y, realmente, ¿qué era la falta de una ene comparada con la falta de un pie y ahora, como atracción extra, la carencia de un dedo?

Fuese cual fuese la razón, algo había alterado el sueño, algo estaba recortando la circunferencia del agujero que él veía en el papel. Una vez, podía jurarlo, ese agujero había sido tan grande como la entrada del Lincoln Tunnel. Ahora, apenas tenía el tamaño del agujero de un nudo en la madera, a través del cual un supervisor de aceras podría echar un vistazo a un edificio en construcción que le interesase. Había que acercarse y estirar el cuello para atisbar algo. Pero las cosas importantes ocurren con más frecuencia fuera de nuestro campo visual, lo que no es sorprendente considerando lo estrecho que lo tenemos.

Lo que había ocurrido después de la dactilotomía y del brote de fiebre era evidente en términos prácticos. El lenguaje del libro se había vuelto otra vez florido y exagerado. No llegaba a ser todavía una autoparodia; pero flotaba constante en esa dirección y él parecía incapaz de evitarlo. Los lapsos de continuidad habían empezado a proliferar con el sigilo de las ratas que crían en los rincones de los sótanos: por espacio de treinta páginas, el barón se había convertido en el vizconde de La busca de Misery y había tenido que romperlas y volver atrás.

No importa, Paul, se dijo una y otra vez en aquellos días anteriores a que la "Royal" escupiese primero las tes y luego las es, esta maldita cosa está casi terminada. Lo estaba. Trabajaren ella era una tortura y terminarla iba a suponer el fin de su vida. Que lo último empezase a parecerle ligeramente más atractivo que lo primero, lo decía todo sobre el estado cada vez peor de su cuerpo, su mente y su espíritu.

Y el libro seguía adelante a pesar de todo, aparentemente independiente a todo. Las gotas de continuidad eran molestas pero secundarias. Estaba teniendo más problemas con la ficción de los que nunca antes había tenido. El juego de ¿Puedes? se había convertido en un ejercicio laborioso más que en simple y buena diversión. Sin embargo, la obra había seguido avanzando a pesar de todas las cosas horribles a las que Annie lo había sometido, y podía bromear sobre el modo en que algo, sus agallas tal vez, se le había ido con la sangre que había perdido con su dedo. Pero aun así, era buena tela, la mejor novela de Misery hasta el momento. El argumento no podía ser más melodramático, pero estaba bien construido; y era, a su propia modesta manera, divertido. Si alguna vez fuese publicado en algo más que la severamente limitada edición de Annie Wilkes (primera edición: un ejemplar), estaba seguro de que se vendería como rosquillas. Sí, suponía que lograría terminarlo si la maldita máquina seguía tirando.

Parecía que eras tan dura, había pensado una vez, después de uno de sus compulsivos ejercicios de levantamiento. Sus brazos delgados temblaban, el muñón de su dedo le picaba febrilmente, tenía la frente cubierta con una delgada capa de sudor. Tú eras el joven pistolero duro que te ibas a burlar de la vieja cagarruta de sheriff ¿no es cierto? Sólo que ya has vomitado una tecla y puedo ver cómo algunas otras (la t, la e, la g por ejemplo) empiezan a bailar... unas veces inclinándose hacia un lado; otras, hacia otro; en ocasiones marcando muy alto, saltando del

reglón, y en algunos casos un poco más abajo de la línea. Creo que a lo mejor la vieja cagarruta te va a ganar ésta, amigo mío. Parece que la vieja cagarruta te va a vencer hasta matarte y podía ser que la perra lo supiese. Puede que por eso me cortase el pulgar. Como dice el viejo refrán, puede que esté loca; pero no es tonta.

Había mirado a la máquina de escribir con intensidad cansada. Sigue, sigue y rómpete. Terminaré de todos modos. Si ella quiere buscarme una de repuesto, se lo agradeceré, pero si no lo hace, seguiré en mis libretas.

Lo que no haré será gritar.

No gritaré.

Yo.

No.

12

¡No gritaré!

Estaba en la ventana, totalmente despierto ahora, completamente consciente de que el coche de la guardia del Estado que estaba en el camino de Annie era tan real como una vez lo había sido su pie izquierdo.

¡GRITA!, ¡MALDICIÓN, GRITA!

Quería hacerlo, pero su hábito de dominarse era demasiado fuerte, una deformación. Ni siquiera podía abrir la boca. Lo intentaba y veía las gotas marrones de la "Betadine" volando de la hoja del cuchillo eléctrico. Volvía a intentarlo y sentía el chirrido del hacha contra el hueso, el suave flump cuando la cerilla en su mano encendió el "Bernz-O-matiC".

Quiso abrir la boca y no pudo.

Trató de levantar las manos y no lo consiguió.

Un horrible gemido pasó a través de sus labios cerrados y sus manos hacían sonidos ligeros, fortuitos, tamborileando a los lados de la "Royal", pero eso era todo cuanto podía hacer, todo el control que parecía quedarle sobre su destino. Nada de cuanto había ocurrido antes, exceptuando tal vez el instante en el que se había dado cuenta de que, a pesar de que su pierna se movía, el pie estaba en el mismo lugar, fue tan terrible como el infierno de aquella inmovilidad. En tiempo real, no duró mucho, tal vez sólo cinco segundos, quizá no más de diez. Pero dentro de Paul Sheldon era como si se hubiese prolongado años.

Allí, ante sus ojos, estaba la salvación. Todo lo que tenía que hacer era romper la ventana y el candado que la perra le había puesto en la lengua y gritar: ¡Ayúdeme, ayúdeme, sálveme de Annie! ¡Sálveme de la diosa!

Al mismo tiempo, otra voz gritaba: ¡Seré bueno, Annie! ¡No gritaré! ¡Seré bueno, seré bueno por amor a la diosa! ¡Prometo no gritar, pero no me corte nada más, por favor! ¿Lo sabia? ¿Había sabido antes de aquello hasta qué punto lo tenía acobardado, y cuánto de su ser esencial, el hígado y las luces del espíritu, le había arrancado? Supo en todo momento que lo había aterrorizado; pero ¿se daba cuenta de hasta qué punto su

realidad subjetiva, tan fuerte que la había asumido sin cuestionársela, había sido borrada?

De lo que si tenía cierta certeza era de que le ocurriría algo mucho peor que la parálisis de la lengua, así como a lo que estaba escribiendo le iba a suceder algo mucho peor que la falta de una tecla, que la fiebre, que los lapsos de continuidad e incluso que la pérdida de sus agallas. La verdad de todo era tan simple en su horror, tan espantosamente simple... Se estaba muriendo por etapas; pero morir de aquella manera no era tan malo como había temido. También se estaba desvaneciendo, y eso era lo espantoso, porque era imbécil.

¡No grites!, siguió ordenándole la voz del miedo cuando el guardia abrió la puerta de su coche y salió retocando la colocación del sombrero de Smokey Bear[17]. Era joven, no tendría más de veintidós o veintitrés años, llevaba gafas de sol, tan negras y de apariencia tan líquida que parecían masas de petróleo crudo. Se detuvo a arreglarse los pliegues de los pantalones caqui de su uniforme. Y, quince metros más allá, un hombre con los ojos azules saltando de una cara barbuda de viejo lo miró fijamente desde el otro lado de la ventana, gimiendo a través de los labios cerrados, golpeando las manos inútilmente sobre una tabla puesta sobre los brazos de una silla de ruedas.

no grites

sí, grita)

grita y se habrá terminado y puede terminar

(nunca, nunca terminará hasta que este muerto, este chico no le puede a la diosa)

Paul, Cristo, ¿es que ya estás muerto? ¡Grita, mierda de gallina, chupatetas de mamá! ¡CHILLA HASTA QUE SE TE REVIENTE LA JODIDA CABEZA!

Los labios se le abrieron con un sonido desgarrado. Llenó sus pulmones de aire y cerró los ojos. No tenía idea de si le iba a salir algo hasta que le salió.

-¡ÁFRICA! -gritó Paul.

Ahora sus manos temblorosas volaron como pájaros asustados agarrándose a los lados de su cabeza como para evitar que le explotasen los sesos.

-¡África! ¡África! ¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme!

¡África!

13

Los ojos se le abrieron de golpe. El guardia miraba hacia la casa. Paul no le pudo ver los ojos por las gafas, pero la inclinación de su cabeza expresaba sorpresa moderada. Se acercó un paso y luego se detuvo.

Paul miró la tabla. Al lado de la máquina de escribir había un cenicero de cerámica. En una época hubiese estado lleno de colillas aplastadas. Ahora no tenía nada más peligroso para la salud que una goma de borrar de máquina y algunos sujetapapeles. Lo cogió y lo lanzó contra

[17] Sombrero que lleva la Policía Montada de Canadá y la de algunos otros Estados. Con él aparece Smokey Bear, osito símbolo de las campañas contra los incendios forestales. (N. del T)

la ventana. El vidrio saltó hacia fuera. Para él, fue el sonido más liberador que había oído en su vida. Los muros se desmoronaron, pensó mareado, y gritó: Aquí, ayúdeme, cuidado con la mujer, está loca.

El guardia del Estado se quedó mirándolo. La boca se le abrió. Buscó en el bolsillo de su camisa y sacó algo que no podía ser otra cosa que una fotografía. La consultó y avanzó hasta el borde del camino. Entonces dijo las últimas tres palabras que Paul le oiría decir, las últimas palabras que persona alguna le oiría pronunciar. Después de ellas produciría una serie de sonidos inarticulados, pero ninguna palabra real.

-Mierda -exclamó el guardia-, es usted.

La atención de Paul había estado tan fijamente concentrada en él que no vio a Annie hasta que era demasiado tarde. Cuando se fijó en ella, sintió el golpe de un horror supersticioso. Annie se había convertido en una diosa, una cosa que era medio mujer y medio cortacésped, un extraño centauro femenino. Se le había caído la gorra de béisbol. Tenía la cara torcida en un gruñido paralizado. En una mano, llevaba una cruz de madera que había

marcado la tumba de la Bossie (Paul no recordaba si era la número uno o la número dos), que finalmente había dejado de mugir.

La Bossie había muerto de verdad y cuando la primavera ablandó la tierra, Paul vio desde su ventana, unas veces mudo de asombro y otras desbordado por ataques de risa, cómo ella cavaba la tumba en la que tardó casi todo el día, y luego arrastraba a la Bossie, que se había ablandado considerablemente, desde el establo. Lo hizo con una cadena sujeta al enganche del remolque del "Cherokee", en cuyo extremo ató a Bossie por en medio del cuerpo. Paul hizo una apuesta mental consigo mismo a que Bossie se le partía por la mitad antes de llegar a la tumba; pero la perdió. Annie consiguió meter a la vaca y luego empezó a rellenar el agujero, un trabajo que no logró terminar hasta bien entrada la noche.

Paul la había visto plantar la cruz y luego leer la Biblia en la tumba a la luz de una luna naciente de primavera.

Ahora llevaba la cruz como una lanza con la punta del travesaño vertical oscurecida, de tierra, apuntando a la espalda del guardia.

-¡Detrás de usted! ¡Cuidado! -gritó Paul sabiendo que era demasiado tarde.

-¡AG! -dijo el muchacho, y caminó lentamente hacia el pasto con la espalda arqueada y el vientre hacia fuera.

Su cara parecía la de un hombre con ataque de piedra en los riñones o con un terrible acceso de flatulencia. La cruz empezó a colgar hacia la tierra mientras él se acercaba a la ventana donde estaba Paul con su cara gris de inválido enmarcada por trozos de cristal roto. Estiró las manos sobre sus hombros, lentamente. Miró a Paul como si estuviera haciendo enormes esfuerzos por rascarse un picor al que no puede llegar.

Annie se bajó del cortacésped y se quedó paralizada, con los dedos apretados contra las puntas de sus pechos. Entonces arremetió hacia delante y sacó la cruz de la espalda del policía.

Él se volvió hacia ella intentando coger su pistola de reglamento y Annie le metió la punta de la cruz en la barriga.

-¡OC! -dijo esa vez el guardia, y cayó sobre sus rodillas agarrándose el estómago. Mientras se inclinaba, Paul pudo ver en la camisa marrón de su uniforme el corte donde había aterrizado el primer golpe.

Annie volvió a sacar la cruz, cuya afilada punta se había partido dejando un muñón mellado y astillado, y volvió a enterrarla entre sus omoplatos. Parecía una mujer tratando de matar a un vampiro. Los primeros dos golpes tal vez no habían entrado tanto como para causar daño; pero, esta vez, el soporte de la cruz penetró unos dos centímetros en la espalda del policía arrodillado, dejándolo extendido.

-¡Toma! -gritó Annie, sacándole de la espalda la cruz conmemorativa de Bossie-. ¿Te gusta esto, pajarito sucio?

-¡Annie, déjalo ya! -gritó Paul.

Ella levantó los ojos hacia él. En ese instante, brillaban como monedas entre sus greñas grasientas y apestosas. Las comisuras de sus labios se levantaban en una mueca alegre de un loco que, al menos por el momento, se ha librado de toda inhibición. Luego, miró otra vez al guardia del Estado.

-¡Toma! -gritó.

Y volvió a hundirle la cruz en la espalda, en las caderas, en un muslo, en el cuello.., y en el escroto. Lo apuñaló una docena de veces gritando, "¡Toma!", cada vez que le clavaba la estaca. Entonces, el palo vertical de la cruz se partió en dos.

-Ahí tienes -dijo en un tono casi de conversación y se alejó por donde había venido. Justo antes de pasar por delante de Paul, tiró a un lado la cruz como si ya no le interesase.

14

Paul puso las manos en las ruedas de la silla sin saber muy bien a dónde pensaba ir ni qué iba a hacer, si hacia algo, cuando ella llegase. ¿A la cocina a coger un cuchillo, tal vez? No para matarla, qué va. Ella le echaría un vistazo al cuchillo y se iría al cobertizo a buscar su arma del treinta treinta.

Para matarla, no; para defenderse de su venganza cortándose las venas. No sabía si era ésa su intención; pero con toda seguridad parecía una buenísima idea porque, si alguna vez llegaba el momento de hacer mutis por el foro, era éste. Estaba cansado de que la furia de Annie le fuese costando cada vez más pedazos de sí mismo.

Entonces vio algo que lo dejó paralizado.

El guardia.

El guardia aún estaba vivo.

Levantó la cabeza. Las gafas se le habían caído. Pudo verle los ojos. Y se dio cuenta de lo joven que era, y de lo asustado y lastimado que estaba. La sangre le corría a chorros por la cara. Consiguió sostenerse con las manos y ponerse de rodillas, cayó hacia delante y volvió a levantarse dolorosamente. Empezó a arrastrarse hacia el coche. Logró llegar trabajosamente a la suave pendiente de césped entre la casa y el camino, y allí perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Por un instante se quedó con las piernas levantadas, tan indefenso como una tortuga panza arriba. Se dejó caer hacia un lado y

empezó el horrible esfuerzo de volver a ponerse de rodillas. Su uniforme, pantalones y camisa, se estaban oscureciendo de sangre. Las manchas pequeñas se extendían lentamente encontrándose con otras y haciéndose grandes.
Llegó al camino.
De repente, el ruido del cortacésped se hizo más fuerte.
-¡Cuidado! -gritó Paul-. ¡Cuidado, allá viene!

El policía volvió la cabeza. El miedo llegó a su cara medio atontada y volvió a buscar el arma. La sacó, grande y negra con un tambor largo y culata de madera. Y entonces Annie reapareció muy alta, sobre el asiento, conduciendo el cortacésped a toda marcha.
-¡DISPÁRELE! -gritó Paul.

Pero en vez de dispararle a Annie Wilkes con su viejo y sucio (pajarito)
revólver "Harry", se le cayó.

Estiró la mano para recogerlo. Annie giró bruscamente y pasó por encima de ella y del antebrazo. La sangre salió con un chorro sorprendente del expulsor de césped de la máquina. El chico con el uniforme de guardia gritó. Se produjo un agudo sonido metálico cuando la cuchilla revolvente de la cortadora golpeó la pistola. Entonces Annie giró por el prado lateral y su mirada cayó un segundo sobre la de Paul, que supo con certeza lo que esa mirada significaba. Primero el guardia, después él.

El chico estaba otra vez de costado. Cuando vio que la máquina volvía para echársele encima, rodó sobre la espalda y cayó frenéticamente con los tacones en la tierra del camino tratando de empujarse bajo el coche donde ella no pudiese alcanzarle.

Ni siquiera llegó cerca. Annie apretó al máximo el acelerador del cortacésped y se lo pasó por encima de la cabeza.

Paul pudo captar la última mirada de unos horrorizados ojos castaños; vio jirones de la camisa marrón del uniforme colgando de un brazo alzado en un débil esfuerzo por protegerse, y cuando los ojos desaparecieron, Paul volvió la cabeza.

El motor de la "Lawnboy" disminuyó de repente la velocidad y hubo una serie rápida de sonidos extrañamente líquidos.
Paul vomitó con los ojos cerrados.

15

Sólo los abrió cuando oyó la llave en la puerta de la cocina. La de su cuarto estaba abierta. Vio a Annie acercarse por el pasillo con sus viejas botas camperas, sus tejanos, con el llavero colgando de uno de los ojales del cinturón, y su camiseta de hombre manchada de sangre. Quería decir: Si me cortas algo más, Annie, voy a morir. No podré resistir el shock de otra amputación. Me moriré aposta. Pero no le salieron las palabras. Sólo unos ruidos balbuceantes aterrorizados que le asquearon.
De todos modos, ella no le dio tiempo a hablar.
-Luego me las veré con usted -dijo y cerró la puerta.

Sonó una llave en la cerradura, una nueva "Kreig" que hubiese vencido hasta al mismísimo Tom Twyford, pensó Paul, y luego volvió a oírla por el pasillo. El ruido de los tacones de sus botas fue disminuyendo misericordiosamente.

Volvió la cabeza y miró atontado por la ventana. Sólo podía ver una parte del cuerpo del policía. Su cabeza aún estaba bajo el cortacésped que, a su vez, se hallaba oblicuo al coche. El cortacésped era un vehículo semejante a un tractor pequeño diseñado para cortar y limpiar prados más extensos de lo corriente. No había sido fabricado para mantener el equilibrio al pasar sobre piedras puntiagudas, troncos caídos o las cabezas de los patrulleros de Colorado. Si el vehículo no hubiese estado aparcado exactamente donde se hallaba, y si el policía no se hubiese quedado tan cerca de él como estaba antes de que Annie le golpeara, era casi seguro que el cortacésped hubiese volcado tirándola afuera, lo cual podía haberle hecho mucho daño, aunque no la anulase definitivamente.

Tiene la suerte del mismísimo diablo, pensó Paul con amargura, y observó cómo ella ponía el cortacésped en punto muerto y luego lo empujaba para sacarlo del cuerpo del policía con un fuerte empellón. El costado de la máquina chirrió contra el del coche y le arrancó un poco de pintura.

Ahora que estaba muerto ya podía mirar al guardia. Parecía una gran muñeca destrozada por una pandilla de niños malos. Sintió una inmensa compasión dolorosa por aquel joven; pero, al mismo tiempo, experimentaba otra emoción. Tras meditar un poco, no se sorprendió al descubrir que era envidia. El guardia no volvería jamás a su casa junto a su mujer y sus hijos, silos tenía; pero, por otro lado, había escapado de Annie Wilkes.

Ella le agarró una mano ensangrentada y lo arrastró por el camino hasta meterlo en el establo a través de las puertas que permanecían abiertas. Cuando salió, las abrió de par en par. Luego, volvió al coche. Se movía con una calma que era casi serenidad. Lo puso en marcha y lo introdujo en el establo. Después apareció de nuevo y cerró las puertas casi por completo, dejando un resquicio justo para entrar y salir.

Fue hasta el centro del camino y miró alrededor con las manos en las caderas. Volvió a verle esa expresión de notable serenidad.

El cortacésped estaba embadurnado de sangre, sobre todo por debajo. El expulsor aún goteaba. Pequeños trozos de uniforme caqui se hallaban tirados por el camino salpicando el césped recién cortado. Había manchas y salpicaduras de sangre por todas partes. El arma del guardia, ahora con una larga cicatriz de metal brillante en el tambor, yacía en tierra. Un cuadrado de papel blanco y tieso había quedado prendido en las espinas de un pequeño cacto que Annie había plantado en mayo. La cruz astillada de Bossie se encontraba tirada en el camino como un comentario final sobre todo aquel asqueroso desastre.

Annie salió de su campo visual dirigiéndose otra vez a la cocina. Cuando entró la oyó cantar.

-Vendrá sobre seis caballos blancos cuando VENGA... ¡Vendrá sobre seis caballos blancos cuando VENGA! ¡VENDRÁ sobre seis caballos blancos, seis caballos blancos..., vendrá sobre seis caballos blancos cuando VENGA!

Al aparecer de nuevo en su campo visual, llevaba en las manos una gran bolsa verde de basura y tres o cuatro más sobresaliendo de los

bolsillos traseros de los tejanos. Unas enormes manchas de sudor le oscurecían la camiseta alrededor del cuello y de las axilas. Cuando se volvió, pudo apreciar una mancha de sudor que le subía por la espalda con la vaga apariencia de un árbol.

Son demasiadas bolsas para unos cuantos jirones de tela, pensó Paul; pero sabia que antes de que terminase, tendría muchas cosas que meter en ellas.

Recogió los trozos de uniforme y luego la cruz. La partió en dos pedazos y la echó en la bolsa de plástico. Y, algo increíble, hizo después una genuflexión. Recogió el arma, le dio vueltas al cilindro y sacó las municiones. Se las metió en el bolsillo de la cadera, volvió a cerrar el cilindro con un experto giro de muñecas y luego se metió el arma en el cinturón de los tejanos. Cogió el trozo de papel y lo miró pensativa. Se lo guardó en el otro bolsillo. Volvió al establo, arrojó dentro las bolsas y volvió a la casa.

Caminó por el prado lateral hasta el mamparo del sótano, que estaba casi justo debajo de la ventana de Paul. Algo más le llamó la atención. Era el cenicero. Lo recogió y se lo dio cortésmente a través de la ventana rota.

-Tenga, Paul.

Él lo cogió atontado.

-Después recogeré los sujetapapeles -dijo, como si eso fuera algo en lo que él ya debía haber pensado. Por un momento se le ocurrió golpearla en la cabeza con el pesado cenicero de cerámica, abriéndole el cráneo para que saliera de allí la enfermedad que se hacia pasar por cerebro.

Entonces pensó en lo que podía ocurrirle a él si sólo la lastimara, y puso el cenicero donde había estado con la mano temblorosa y mutilada.

Ella lo miró.

-Yo no lo maté, ¿sabe?

-Annie...

-Usted lo mató. Si hubiese callado, yo le habría convencido para que siguiese su camino. Ahora estaría vivo y yo no tendría que limpiar toda esta porquería asquerosa.

-Sí -le replicó-, él hubiese seguido carretera abajo, ¿y yo qué, Annie?

Estaba sacando la manguera del mamparo y enrollándosela en un brazo.

-No sé lo que quiere decir.

-Si que lo sabe. -En las profundidades del shock había alcanzado su propia serenidad-. Él llevaba mi fotografía. Ahora mismo la tiene usted en el bolsillo.

-No haga preguntas y no le diré mentiras.

Había un grifo a un lado de la casa, a la izquierda de la ventana. Empezó a enroscarle la manguera.

-Un guardia del Estado con mi fotografía significa que alguien encontró mi coche. Ambos sabíamos que eso ocurriría. Lo que me sorprende es que haya tardado tanto. En una novela, es posible que un coche salga flotando de la historia. Supongo que podría hacer que los lectores lo aceptasen si tuviese que hacerlo; pero en la vida real, de ningún modo. Sin embargo, nosotros seguimos engañándonos igual, ¿no es cierto, Annie? Usted, por el libro: yo por mi vida, a pesar

de lo desgraciada que se ha vuelto.

-No sé de lo que está hablando. -Se volvió hacia el grifo-. Todo lo que sé es que usted mató a ese pobre chico cuando lanzó el cenicero por la ventana. Está confundiendo lo que puede pasarle a usted con lo que ya le ha pasado a él.

Le sonrió. Había locura en aquella sonrisa, pero él vio además otra cosa que verdaderamente le atemorizó. Vio maldad consciente, un demonio saltando tras sus ojos.

-Perra -le dijo.

-Perra loca, ¿no es cierto? -le preguntó sonriendo todavía.

-Claro que sí, usted está loca -le respondió.

-Bueno, tendremos que hablar de ese asunto, ¿no le parece? Cuando tenga tiempo. Tendremos que hablar mucho de ese asunto. Pero ahora estoy muy ocupada, como puede ver.

Desenredó la manguera y la conectó. Estuvo casi media hora pasando la manguera por la sangre del cortacésped del camino y del prado lateral, mientras un arco iris se entrecruzaba en cada chorro de agua.

Entonces cerró el grifo y fue enrollándose la manguera en el brazo. Aún quedaba mucho sol; pero su sombra se alargaba tras ella. Eran las seis de la tarde.

Desenroscó la manguera, abrió el mamparo y tiró dentro la serpiente verde de plástico. Cerró, echó el cerrojo y lanzó un vistazo de inspección al camino enlodado y al césped sobre el que parecía haber caído un pesado rocío.

Se dirigió otra vez al cortacésped, se subió, lo puso en funcionamiento y empezó a dar vueltas marcha atrás. Paul sonrió un poco. Ella tenía la suerte del demonio y, cuando se encontraba bajo presión, casi su inteligencia. Pero la palabra clave era casi. Había resbalado y se había salvado por chiripa. Ahora volvía a resbalar. Había lavado la sangre del cortacésped; pero se había olvidado de las cuchillas de abajo, de todo el compartimiento de las cuchillas. Tal vez se acordara más tarde; pero a Paul le pareció que no. Una vez pasado el momento inmediato, las cosas parecían evaporarse de su mente. Pensó que esa mente y el cortacésped tenían mucho en común. En apariencia, daba la impresión de estar bien; pero si se daba la vuelta al aparato para observar su estructura, lo que se veía era una máquina de matar manchada de sangre con unas hojas muy afiladas.

Regresó a la puerta de la cocina y entró en la casa. Se fue al piso de arriba y él la oyó trajinando por allí durante un rato. Luego, volvió a bajar más despacio, arrastrando algo que parecía suave y pesado. Después de pensarlo por un momento, Paul llevó la silla de ruedas hasta la puerta y puso la oreja en la madera.

Pisadas débiles que iban disminuyendo, ligeramente vacías. Y ese sonido de algo arrastrado. Su mente se encendió en seguida con focos de pánico y la piel se le erizó de terror.

-¡Cobertizo! ¡Se ha ido al cobertizo a buscar el hacha! ¡Otra vez el hacha!

Pero eso era sólo un atavismo momentáneo y lo rechazó bruscamente. Ella no había ido al cobertizo. Estaba bajando al sótano, adonde llevaba algo arrastrando.

La oyó subir otra vez y volvió a la ventana. Mientras los tacones de sus botas se acercaban a la puerta, mientras la llave se deslizaba en

la cerradura, pensó: Viene a matarme. Y la única emoción que engendró ese pensamiento fue de cansado alivio.

16

La puerta se abrió y Annie se detuvo en el umbral mirándolo pensativa. Se había cambiado la camiseta por otra limpia. De un hombro le colgaba una bolsa caqui, demasiado grande para ser un bolso y demasiado pequeña para ser una mochila.

Cuando entró, él se sorprendió al verse capaz de decir con un cierto grado de dignidad:

-Máteme de una vez, Annie, si eso es lo que piensa hacer, pero al menos tenga la decencia de hacerlo rápido. No me corte más pedazos.

-No voy a matarle, Paul -hizo una pausa-, al menos mientras tenga un poco de suerte. Debería matarle, ya lo sé; pero estoy loca, ¿no es cierto? Y los locos no siempre hacen lo que más conviene a sus intereses.

Fue por detrás y lo empujó a través de la habitación, cruzó la puerta y siguió por el pasillo. Él oía la bolsa golpeando sólidamente contra su costado y se le ocurrió que nunca antes la había visto usar una bolsa así. Cuando iba a la ciudad con un vestido, llevaba un bolso grande y pesado, ese tipo de cartera que las rías solteronas regalan para la tómbola de la iglesia. Si iba con pantalones, utilizaba una billetera metida en el bolsillo de la cadera como un hombre.

El sol que entraba en la cocina era de un dorado brillante. Las sombras de las patas de la mesa atravesaban el linóleo en franjas horizontales como si fueran los barrotes de la ventana de una cárcel. Según el reloj que había sobre el fogón, eran las seis y cuarto, y aunque no había razón alguna para suponer que ella fuese más cuidadosa con sus relojes que con sus calendarios (el de la cocina había conseguido llegar hasta mayo) aquella hora parecía la correcta. Oyó los primeros grillos de la noche afinando en el campo de Annie. Escuché ese mismo sonido siendo un niño pequeño e ileso, pensó y por un momento estuvo a punto de llorar.

Lo empujó dentro de la alacena donde la puerta del sótano estaba abierta. Una enfermiza luz amarilla subía por las escaleras y moría en el suelo. Aún perduraba allí el olor de la lluvia que lo había inundado a finales del invierno.

Arañas aquí abajo, pensó. Ratones aquí abajo. Ratas aquí abajo.

-Uh, uh -le dijo-. No cuente conmigo.

Lo miró con una impaciencia ecuánime y él notó que, desde que había matado al guardia, parecía casi cuerda. Su cara tenía la expresión decidida, aunque ligeramente preocupada, de una mujer que está haciendo los preparativos para un gran banquete.

-Usted va a bajar ahí -le dijo-. La única cuestión es si va a hacerlo sobre mi espalda o dando tumbos como una cacerola. Le doy cinco segundos para decidirse.

-Sobre su espalda -respondió de inmediato.

-Muy inteligente. -Se volvió para que él pudiese ponerle los brazos alrededor del cuello-. No haga ninguna tontería, Paul, como tratar de

estrangularme, por ejemplo. Tomé clases de karate en Harrisburgh. Era muy buena. Lo lanzaría por delante. El suelo es de tierra, pero muy duro. Se rompería la espalda.

Lo levantó con facilidad. Sus piernas, ya desentablilladas, pero torcidas y feas como algo visto a través de un agujero en la lona de un circo de monstruosidades, colgaban inertes. La izquierda, con la cúpula de sal donde antes había estado la rodilla, era algunos centímetros más corta que la derecha. Había descubierto que sobre ésta podía sostenerse unos minutos, pero el dolor que le producía duraba luego horas. La droga no llegaba hasta aquel dolor que era como un profundo sollozo físico.

Lo llevó a cuestas hasta abajo y lo metió en el olor espeso de piedra vieja, madera, inundación y vegetales podridos. Había tres bombillas desnudas. Viejas telarañas colgaban como hamacas podridas entre vigas al descubierto. Las paredes eran de piedra mal pulimentada. Parecían el dibujo de una pared de roca hecho por un niño. Estaba fresco; pero no era un frescor agradable. Nunca había estado tan cerca de ella como entonces. Sólo volvería a estarlo en otra ocasión. No era una experiencia grata. Podía oler el sudor de sus últimos esfuerzos, y aunque a él le gustaba el olor de la transpiración reciente por asociarlo con el trabajo, y el esfuerzo, cosas que él respetaba, aquel olor escondía algo repulsivo, como viejas sábanas acartonadas por eyaculaciones resecas. Y bajo el olor a sudor, estaba el de suciedad vieja. Annie se había vuelto tan "cuando puedo y me acuerdo" con su baño como con sus calendarios. Le vio un pegote de cera oscura en una oreja y se preguntó con asco cómo demonios podía oír con aquello.

Ahí, junto a una de las paredes de piedra, estaba la fuente del ruido que había escuchado: un colchón, al lado del cual había puesto una bandeja con algunas latas y botellas. Ella se acercó al colchón, se volvió y se agachó.

-Baje, Paul.

Se soltó con cautela y se deslizó sobre el colchón. Luego, se quedó mirándola con cansando mientras ella buscaba algo en su bolsa caqui.

-No -dijo inmediatamente, cuando vio que la luz amarillenta y cansada brillaba en una aguja hipodérmica-. No, no.

17

-¡Jo! -le dijo-. Usted debe pensar que Annie está hoy de un humor chinchurrino. Me gustaría que se relajara, Paul. -Puso la aguja en la bandeja-. Esto es escalopomina, una droga a base de morfina. Tiene suerte de que tenga morfina. Ya le conté con qué cuidado la vigilan en las farmacias de los hospitales. Se la dejo porque está húmedo aquí y le pueden doler bastante las piernas hasta que regrese. Espere un momento. -Le hizo un guiño que tenía implicaciones extrañamente inquietantes, el guiño de un conspirador a otro-. Usted tira un jonino cenicero y yo acabo más ocupada que un empapelador manco. En seguida vuelvo.

Volvió arriba y regresó en seguida con los almohadones del sofá de la sala y las mantas de su cama. Le arregló los cojines para que pudiera

apoyar la espalda y sentarse sin demasiadas molestias. Pero él sintió el frío de las piedras atravesándolos, como si quisieran congelarle.

Había tres botellas de "Pepsi" en la bandeja desvencijada. Ella les quitó la chapa a dos con el abridor que colgaba de su llavero y le ofreció una. Se llevó la suya a la boca y se tomó la mitad sin parar. Eructó tapándose la boca con la mano en un gesto de señora.

-Tenemos que hablar -le dijo-. O, mejor dicho, yo tengo que hablar y usted tiene que escucharme.

-Annie, cuando le dije que estaba loca...

-Chissst. Ni una palabra sobre eso. Puede que después hablemos del asunto. No es que quiera hacer cambiar de opinión a un señor como usted, que piensa para vivir. Todo lo que hice fue sacarle de su coche destrozado antes de que se congelase, entablillar sus pobres piernas y darle medicina para aliviarle el dolor; cuidarle y convencerle de que dejase el libro malo que había escrito y de que escribiese lo mejor que ha escrito en su vida. Si eso es estar loco, lléveme al manicomio.

¡Ay, Annie, si alguien por fin lo hiciera!, pensó, y antes de poder controlarse le había espetado:

-¡También me cortó el pie de los cojones!

Annie lanzó la mano con la velocidad de un látigo y le volvió la cara del revés con un sonido seco.

-No diga esas palabrotas delante de mí -le amonestó-. He recibido una educación que usted no tuvo jamás. Tuvo suerte de que no le cortase la glándula masculina. Y eso que lo pensé, ¿sabe?

Él la miró. Sentía el estómago como el interior de una máquina de hacer hielo.

-Ya sé que lo pensó, Annie -le dijo suavemente.

Ella abrió los ojos de par en par y por un instante pareció sorprendida y culpable; Annie la mala, en vez de Annie la antipática.

-Escúcheme, escúcheme con atención, Paul. Estaremos salvados si no viene nadie a preguntar por ese tío antes de que oscurezca. Será noche cerrada dentro de hora y media. Si viene alguien antes...

Metió la mano en su bolsa caqui y sacó la pistola del guardia. Las luces del sótano brillaron en el rayo zigzagueante que la cortadora de césped había abierto en el tambor de la pistola.

-Si alguien se presenta antes, tengo esto para quien venga, luego para usted y después para mí.

18

Le explicó entonces que, cuando hubiese oscurecido, llevaría el coche del guardia a su Gasa de la Risa. Había un badén junto a la cabaña donde podría aparcarlo sin que nadie lo viese. Pensaba que el único riesgo de ser descubierta lo correría en la carretera nueve; pero era un riesgo mínimo. Sólo tenía que recorrer dos kilómetros. Una vez hubiese salido de la nueve, iría por las carreteras de las montañas. Todas estaban casi desiertas y algunas habían caído en desuso porque apacentar ganado por esas alturas se había convertido en una rareza. Unas cuantas de aquellas carreteras estaban aún valladas. Ralph y ella habían

conseguido las llaves cuando compraron la propiedad. Los dueños de las tierras entre la carretera y la cabaña se las habían dado sin tener que pedirlas. A eso le llamaba la política del buen vecino, le dijo, confiriendo a una palabra agradable matices increíblemente retorcidos de sospecha, desprecio y amarga ironía.

-Le llevaría conmigo, sólo para no perderle de vista ahora que me ha demostrado que no puedo fiarme de usted; pero no iría bien. Podría llevarle en la parte de atrás del coche del guardia, pero volverle a bajar sería imposible. Voy a tener que venir en la motocicleta de Ralph. Probablemente me caeré y me romperé el jonino cuello.

Se rió alegremente para demostrar lo gracioso que resultaría semejante desenlace. Paul no rió con ella.

-Si eso ocurriera, Annie, ¿qué me pasaría a mí?

-No le pasaría nada, Paul -le dijo en tono sereno-. Jolín siempre se está preocupando sin motivo.

Caminó hasta una de las ventanas del sótano y estuvo allí un momento mirando, midiendo la puesta del sol. Paul la observaba pensativo. Si se caía de la motocicleta del marido o si se salía de una de esas carreteras sin pavimentar que iban bordeando precipicios, no creía en modo alguno que a él no fuese a ocurrirle nada. Moriría como un perro allá abajo, y cuando al fin todo hubiese terminado, serviría de alimento a las ratas, que sin duda estaban ya observando a esos dos bípedos que habían invadido sus dominios.

Había una cerradura "Kreig" en la puerta de la alacena y un cerrojo en el mamparo casi tan gordo como su puño. Las ventanas del sótano no pasaban de ser sucias hendeduras de unos cincuenta centímetros de alto por treinta y cinco de ancho, como si reflejasen la paranoia de Annie, lo que no tenía nada de extraño, pensó. ¿No expresan las casas después de un tiempo las personalidades de sus habitantes? No creía que hubiese podido salir por uno de aquellos huecos ni aun en su día de mejor forma, y aquél, evidentemente, no lo era. Tal vez podría romper una y gritar pidiendo socorro si alguien aparecía por allí antes de que se muriese de hambre; pero eso no suponía un gran aliciente.

Las primeras oleadas de dolor se le deslizaron por las piernas como agua envenenada. Y la abstinencia. El cuerpo estaba pidiendo "Novril" a gritos. Era el tengo, ¿no? Seguro que lo era.

Annie volvió y cogió la tercera botella de "Pepsi".

-Le traeré otras dos antes de marcharme -le dijo-. Ahora necesito el azúcar. No le importa, ¿verdad?

-Claro que no. Mi "Pepsi" es su "Pepsi".

Arrancó la tapa de la botella y bebió profundamente. Paul pensó:

Chu-ga-lug, chu-ga-lug, dan ganas de gritar yupiyú. ¿Quién cantaba eso? Roger Miller, ¿no? ¡Qué cosas nos arroja la mente!

Gracioso.

-Lo voy a meter en su coche y a llevármelo a mi Lugar de la Risa. Llevaré también todas sus cosas. Meteré el coche en el cobertizo de allá arriba y lo enterraré en el bosque, a él y a sus..., ya sabe..., sus fragmentos.

Paul no contestó. Recordaba a Bossie mugiendo, mugiendo, mugiendo hasta que no pudo mugir más porque estaba muerta, y otro de los grandes axiomas del Western Slope era precisamente ese:

Vaca muerta no muge.

-Tengo una cadena en la entrada del camino. La voy a poner. Si viene la Policía, puede levantar sospechas; sin embargo, prefiero que sospechen antes de que se acerquen a la casa y le oigan a usted organizando un jonino escándalo. Pensé amordazarle; pero las mordazas son peligrosas, especialmente si uno está tomando drogas que afectan a la respiración. O tal vez podría vomitar. O tapársele la nariz por la humedad. Si se le obstruyera por completo y no pudiese respirar por la boca...

Apartó los ojos desconectada, silenciosa, igual que las piedras de las paredes, tan vacía como la primera botella de "Pepsi" que se había bebido. Dan ganas de gritar yupíyú. Y Annie, ¿había gritado hoy yupiyú? puedes apostar el culo a que sí. Annie había gritado yupiyú hasta dejar todo el patio embarrado. Se rió. Ella no dio muestra alguna de haberle escuchado.

Entonces, lentamente, empezó a volver en sí.

Le miró pestañeando.

-Voy a poner una nota en una de las tablas de la verja -dijo lentamente, reorganizando sus pensamientos-. Hay una ciudad a unos diecisiete kilómetros de aquí. Se llama Steamboat Heaven[18]. ¿No es un nombre gracioso para una ciudad? Esta semana tienen lo que ellos llaman el mercado de pulgas más grande del mundo. Lo hacen cada verano. Siempre hay allí mucha gente vendiendo cerámica. Pondré en la nota que me he ido a Steamboat Heaven a ver cerámica. Y que me quedaré a pasar la noche. Si alguien me pregunta después dónde me quedé, para investigar en el registro, diré que no había cerámicas buenas y que decidí volver. Sólo que me cansé. Eso es lo que voy a decir. Diré que aparqué a un lado de la carretera para echar un sueñecito, porque tuve miedo de quedarme dormida al volante. Explicaré que sólo pensaba dar una cabezada; pero que estaba tan cansada que dormí toda la noche.

Paul estaba atónito ante la sutileza de su astucia. De pronto comprendió que Annie estaba haciendo exactamente lo que él no podía hacer; estaba jugando a "¿Puedes?" en la vida real. Tal vez, pensó, por eso no escribe libros. No le hace falta.

-Volveré en cuanto pueda, porque la Policía vendrá -dijo, y la perspectiva no parecía perturbar su extraña serenidad en lo más mínimo, aunque Paul no podía admitir que ella no comprendiese, en alguna parte de su mente, lo cerca que estaban del final-. No creo que vengan esta noche, excepto, tal vez, para echar un vistazo, pero vendrán en cuanto sepan con seguridad que el guardia ha desaparecido. Irán por toda su ruta buscándole y tratando de averiguar dónde se detuvo. ¿No cree, Paul?

-Sí.

-Tendré que estar aquí cuando lleguen. Si salgo con la motocicleta en cuanto amanezca, puede que me encuentre de regreso antes del mediodía. Lo más lógico es que pueda adelantarme a ellos. Porque si el guardia salió de Sidewinder, seguro que se detuvo en muchos lugares antes de llegar aquí.

Paul se preguntó si se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de que los policías empezaran por el final de la ruta asignada al compañero, en lugar de comenzar por el principio. Él no lo creía; era más natural seguir el recorrido hacia delante que hacia atrás, pero cabía la posibilidad. Decidió que no era una buena idea sugerírselo.

[18] Paraíso del barco de vapor. Nota del T.

Podía resultar perjudicial para su salud.

-Cuando se presenten aquí, usted ya estará de nuevo en su habitación más calentito que un gusano en una manta. No voy a atarle ni a amordazarle ni nada de eso, Paul. Hasta puede asomarse cuando yo salga a hablar con ellos. Porque la próxima vez serán dos, creo. Al menos dos, ¿no le parece?

Sí que se lo parecía.

Ella asintió, satisfecha, con la cabeza.

-Pero yo puedo encargarme de dos si tengo que hacerlo. -Dio unas palmaditas en la bolsa-. Quiero que recuerde la pistola del chico mientras esté asomado, Paul. Quiero que recuerde que va a estar siempre aquí dentro mientras hable con esos policías cuando vengan mañana. La bolsa tendrá la cremallera abierta. Usted podrá verlos a ellos; pero si ellos lo ven a usted, Paul, sea por accidente o porque usted intente mañana algo, como lo que hizo hoy, si eso ocurre voy a sacar la pistola de la bolsa y voy a empezar a disparar. Usted ya es responsable de la muerte de ese muchacho.

-No me venga con esa mierda -le dijo, sabiendo que ella le haría daño, pero sin importarle.

No obstante, ella no le hizo nada. Sólo le sonrió con aquella expresión serena y maternal.

-Usted lo sabe. No me engaño pensando que le importa, no me engaño en absoluto. Y sé que tampoco le importa que mueran otras dos personas si eso le sirve a usted de algo. Pero no le servirá, Paul, porque si tengo que matar a dos, mataré a cuatro. A ellos y a nosotros. ¿Y sabe una cosa? Creo que a usted todavía le importa su propio pellejo.

-No demasiado -le dijo-. Le diré la verdad, Annie. Cada día que pasa siento más mi pellejo como algo de lo que quiero librarme.

Ella rió.

-He oído eso muchas veces. Pero en cuanto ven que vas a tocarles la porquería de respiradores, entonces ya es otra historia. Sí. Entonces empiezan a gritar y a llorar y se convierten todos en unos verdaderos mocosos.

Pero usted nunca permitió que tal cosa la disuadiese, ¿verdad, Annie?

-De cualquier modo -dijo ella-, sólo quiero que sepa que lo pongo todo en sus manos. Si verdaderamente no le importa, grite hasta desgañitarse cuando vengan. Lo dejo a su elección.

Paul no replicó.

-Cuando vengan, estaré ahí en el camino y responderé que sí, que el policía del Estado pasó por aquí. Les contaré que vino justo cuando yo me estaba arreglando para ir a Steamboat Heaven a ver cerámica. Diré que me enseñó su fotografía y que yo no había visto a nadie así. Entonces uno de ellos me preguntará: "Eso fue el invierno pasado, Miss Wilkes, ¿cómo puede estar tan segura?" Y yo le contestaré: "Si Elvis Presley todavía estuviese vivo y usted lo hubiese visto el invierno pasado, ¿lo recordaría?" Y él dirá que sí, que probablemente sí, pero que qué tiene eso que ver con el precio del café en Borneo, y yo replicaré: "Paul Sheldon es mi escritor favorito y he visto su fotografía montones de veces." Tendré que decir eso, Paul, ¿sabe por qué?

Lo sabía. Su astucia continuaba impresionándole. No debería impresionarle ya, pero era así. Recordó el pie de la foto en la que

estaba Annie en la celda preventiva, la que le tomaron en aquel curioso intervalo entre el final del juicio y el regreso del jurado. Lo recordaba palabra por palabra. ¿MISERABLE LA DAMA DRAGÓN? NO. Annie lee tranquila mientras espera el veredicto.

-Así que entonces -continuó- les diré que él apuntó en su libreta todo lo que le dije y me dio las gracias. Añadiré que le ofrecí una taza de café, aunque tenía prisa por ponerse en camino, y entonces me preguntarán por qué. Les responderé que él probablemente sabía lo de mi problema anterior y que yo quería dejarle bien claro que todo estaba bien por aquí. Pero el chico rehusó, manifestando que tenía que seguir su camino. Así que le ofrecí que se llevara una "Pepsi" fría porque el día estaba muy caluroso y él dijo si, gracias, es usted muy amable.

Se tragó la segunda "Pepsi" y puso la botella de plástico entre su cara y la de él. Su ojo, a través del plástico, se veía enorme y oscilante como el de un cíclope. El lado de su cabeza se transformó en un bulto ondulado e hidrocefálico.

-Voy a parar y a tirar esta botella en la cuneta a un kilómetro carretera arriba -le dijo-; pero antes pondré los dedos del policía encima, por supuesto.

Le sonrió, con una sonrisa seca, sin alma.

-Huellas digitales -comentó-. Sabrán que pasó por mi casa. O creerán que lo saben y eso está igual de bien. ¿No es cierto, Paul?

Su asombro se hizo más profundo.

-Así que irán carretera arriba y no lo encontrarán. Sencillamente, habrá desaparecido. Como esos swamis que tocan la flauta hasta que sale una cuerda de un cesto y luego trepan por la cuerda y desaparecen. ¡Puf!

-¡Puf! -repitió Paul.

-No tardarán mucho en volver. Lo sé. Si no pueden encontrar ni rastro de él, exceptuando la botella, decidirán pensar en mí un poco más. Después de todo, estoy loca, ¿no? Todos los periódicos lo dijeron. Loca como un cencerro. Pero al principio me creerán. No me parece que verdaderamente quieran entrar en la casa y registrarla. Al principio, no. Buscarán en otros lugares y tratarán de pensar en otras cosas antes de volver. Tendremos un poco de tiempo. Tal vez una semana.

Lo miró a los ojos.

-Va a tener que escribir más aprisa, Paul -le dijo.

19

Cayó la noche y no llegó ningún policía. Annie no pasó todo el tiempo con él esperando a que oscureciese. Quería arreglar la ventana de su habitación, le dijo, y recoger los sujetapapeles y los vidrios rotos desparramados por el césped. Cuando, al día siguiente, llegase la Policía buscando a su oveja perdida, "no queremos que vean nada fuera de lo normal. ¿No es cierto, Paul?"

Sólo deja que miren debajo del cortacésped, nena. Sólo deja que miren ahí y verán algo bastante fuera de lo normal.

Pero, por más que intentaba visualizarlo, su vívida imaginación no

lograba producir el guión apropiado.

-¿Se pregunta por qué le he dicho todo esto, Paul? -le planteó antes de subir a ver qué podía hacer con la ventana-. ¿Por qué le conté con todo lujo de detalles los planes que tengo para resolver este asunto?

-No -le respondió apagado.

-En parte, porque quiero que conozca exactamente cuáles son sus posibilidades y qué es lo que tiene que hacer para seguir viviendo. También deseo que sepa que acabaría con todo ahora mismo sino fuera por el libro. Todavía me importa ese libro. -Sonrió, era una sonrisa radiante y astuta-. Verdaderamente, es la mejor historia de Misery y quiero saber cómo termina todo.

-Yo también, Annie.

Le miró sorprendida.

-Pero usted lo sabe, ¿no?

-Cuando empiezo un libro, siempre creo que sé cómo van a salir las cosas, pero nunca escribí uno que me saliera realmente así. Y no es para sorprenderse, si lo piensa bien. Escribir un libro es un poco como disparar un "ICBM"..., sólo que viaja a través del tiempo en vez de hacerlo por el espacio. El tiempo del libro que los personajes emplean en vivir la historia y el tiempo real que el novelista invierte escribiéndolo. Hacer que una novela termine exactamente del modo que uno pensó que terminaría al comenzarla, sería como lanzar un misil Titán para que recorriese la mitad del mundo disparando su carga a través de una cesta de baloncesto. Se ve bien sobre el papel y hay gente que construye esas cosas y te dice que les resultó tan fácil como freír un huevo y encima te lo dicen con la cara seria. Pero todas las posibilidades están en contra.

-Sí -dijo Annie-, ya veo.

-Debo tener un sistema de navegación muy bueno en mi equipo porque, generalmente, me acerco bastante y, si se tienen suficientes explosivos en el morro del misil, con acercarse hay bastante. Ahora mismo le veo al libro dos finales posibles. Uno es muy triste. El otro, aunque no es el típico final feliz de Hollywood, al menos conserva cierta esperanza en el futuro.

Annie se alarmó y se puso, de pronto, tormentosa.

-No estará pensando en volverla a matar, Paul.

Él sonrió un poco.

-¿Qué haría si la mato, Annie? ¿Matarme a mí? Eso no me asusta ni un poquito. Puede que no sepa lo que va a ocurrirle a Misery, pero sé lo que va a pasarme a mí... y usted también lo sabe. Escribiré FIN y usted lo leerá y después usted escribirá FIN. ¿No es cierto? Nuestro fin. Ése no tengo que imaginarlo. La verdad no es realmente más extraña que la ficción, digan lo que digan. La mayoría de las veces uno sabe exactamente cómo van a salir las cosas.

-Pero...

-Creo que sé cuál va a ser el final. Tengo un ochenta por ciento de seguridad. Si sale así, le gustará. Pero aun cuando salga de esa manera, ninguno de los dos conocerá los detalles reales hasta que los escriba, ¿no es cierto?

-No, supongo que no.

-¿Recuerda lo que decían aquellos viejos anuncios de los autobuses "Greyhound"? Llegar es sólo parte de la diversión.

-De todos modos, está casi acabado, ¿no?
-Sí -dijo Paul-, casi acabado.

20

Antes de irse le llevó otra "Pepsi", una caja de galletas "Ritz", sardinas, queso y... el orinal.

-Si me trae el manuscrito y una libreta, puedo escribir a mano -le sugirió-, así pasaré el rato.

Ella lo pensó y movió la cabeza como si lo lamentase.

-Me gustaría que lo hiciese, Paul. Pero eso supondría dejar encendida al menos una luz y no puedo correr el riesgo.

Pensó en lo que significaba quedarse solo en aquel sótano y sintió que el pánico volvía a erizarle la piel. Pensó en las ratas escondidas en sus agujeros, que saldrían cuando el lugar estuviese a oscuras... y que tal vez olieran su impotencia.

-No me deje en la oscuridad, Annie. Por favor, no haga eso.

-Tengo que hacerlo. Si alguien viese una luz en el sótano, pasaría a investigar con cadena o sin cadena, con nota o sin nota. Si le diese una linterna, podría intentar hacer señales con ella. Si le dejase una vela, a lo mejor trataba de quemar la casa. ¿Ve qué bien le conozco?

Apenas se atrevía a mencionar la vez en que había salido de la habitación, porque eso la enfurecía, pero el miedo a que le dejase solo en la oscuridad, le obligó a hacerlo.

-Si hubiese querido quemar la casa, lo habría hecho hace mucho tiempo.

-Las cosas eran diferentes entonces -le respondió con sequedad-. Siento que no le guste quedarse a oscuras. Lamento que tenga que quedarse. Pero es culpa suya, así que deje de portarse como un mocoso. Tengo que irme. Si necesita una inyección, póngasela en la pierna.

Se quedó mirándolo.

-O póngasela en el culo.

Empezó a subir la escalera.

-Entonces, cubra las ventanas -le grito-. Póngales unas mantas..., o..., o... píntelas de negro..., o..., Cristo, Annie, las ratas, las ratas.

Ella estaba en el tercer escalón. Se detuvo a mirarlo con sus ojos de moneda polvorienta.

-No tengo tiempo para hacer esas cosas -le dijo-, y, de todos modos, las ratas no le molestarán. Hasta puede que le reconozcan como a uno de su propia especie. A lo mejor lo adoptan.

Annie rió. Subió las escaleras riendo cada vez más fuerte. Hubo un clic y se apagaron las luces. Aún seguía riendo, y él se dijo a sí mismo que no gritaría, que no suplicaría, que ya había superado aquello. Pero la humedad tenebrosa de las sombras y el golpe de la risa era demasiado y le pidió a gritos que no le hiciera eso, que no lo dejase. Ella reía, y

sonó un clic cuando la puerta se cerró y la risa se oyó más apagada; pero seguía allí y se oyó otra cerradura y otro cerrojo y la risa se alejaba y ya estaba fuera. Cuando había puesto en marcha el coche, había conducido hasta la verja y había puesto la cadena en la entrada alejándose carretera arriba, él aún seguía oyendo cómo Annie reía, reía, reía.

21

El horno era un oscuro bulto en medio de la habitación. Parecía un pulpo. Pensó que si la noche hubiese estado serena, habría podido oír las campanadas del reloj de la sala; pero soplaba un fuerte viento de verano, como ocurría con frecuencia en aquellas noches, y sólo quedaba el tiempo extendiéndose hasta la eternidad. Cuando las bocanadas amainaban, oía los grillos cantar fuera de la casa... y entonces, poco después, percibió los ruidos furtivos que tanto había temido, las rápidas carreras de las ratas.

Pero no eran las ratas lo que más temía. No. Era el guardia. A su imaginación, tan jodidamente vívida, raras veces le daba por el terror; pero, cuando le daba, que Dios le ayudase. Que Dios le prestara toda su ayuda cuando se le había calentado. Ahora había hecho algo más que calentarse, se había puesto al rojo vivo y estaba galopando. En aquella oscuridad, no importaba en absoluto que lo que estaba pensando no tuviese ningún sentido. En las tinieblas, la racionalidad parecía estúpida y la lógica un sueño. Pensaba con la piel. Veía constantemente al guardia volviendo a la vida, a alguna especie de vida, en el establo. Lo veía sentarse cubierto y rodeado de paja, con la cara convertida en un sangriento amasijo por la cuchilla del cortacésped. Lo veía salir del establo arrastrándose y seguir por el camino hasta el mamparo con los jirones de su uniforme balanceándose y agitándose. Lo veía deshacerse por arte de magia, pasar a través del mamparo y volver a materializar-se en su cadáver dentro del sótano. Se le representaba arrastrándose por el suelo de tierra apisonada, y los ruidos que escuchaba no eran las ratas, sino el guardia que se iba acercando, y sólo había un pensamiento en el cerebro muerto de aquel guardia del Estado: Tú me mataste. Tú abriste la boca y me mataste. Tú tiraste un cenicero y me mataste. Jonino hijo de puta, tú asesinaste mi vida.

En una ocasión sintió los dedos muertos del guardia deslizarse por su mejilla y gritó con todas sus fuerzas encogiendo las piernas, que también gritaron. Se pasó la mano frenéticamente por la cara y lo que se sacudió no fue un dedo, sino una araña enorme.

El movimiento brusco acabó con la precaria tregua que había establecido con el dolor de sus piernas y con la necesidad de droga en sus nervios, pero también mitigó un poco su terror. La visión nocturna se le estaba agudizando y podía ver mejor ahora, eso ayudaba. No era que hubiese mucho que mirar. El horno, restos de una pila de carbón, una mesa con un montón de latas y utensilios encima.., y a su derecha..., ¿qué era aquello que estaba cerca de los estantes? Conocía aquella forma. Había

algo en ella que la hacía maligna. Estaba sobre tres patas. Su extremo superior era redondo. Parecía una de las máquinas de la muerte de Welles en La guerra de los mundos, sólo que en miniatura. Paul se quedó confuso pensando en el asunto. Se adormeció; pero se despertó, miró otra vez y pensó: Claro, debía darme cuenta desde el principio. Es una máquina de la muerte. Y si hay alguien sobre la Tierra que sea un marciano, es Annie Wilkes Es su barbacoa. Es el crematorio en el que me hizo acabar con Automóviles veloces.

Se movió un poco porque se le estaba durmiendo el culo, y gimió. Dolor en las piernas, sobre todo en los aplastados restos de su rodilla izquierda, y dolor también en la pelvis. Eso significaba, probablemente, que le esperaba una mala noche porque durante los últimos dos meses la pelvis había estado muy tranquila.

Buscó la jeringuilla al tacto, la cogió y luego volvió a dejarla. Una dosis muy suave, había dicho ella. Mejor dejarla para después.

Oyó un ligero ruido y miró rápidamente hacia un rincón, esperando ver al guardia arrastrándose hasta él con un ojo castaño sobresaliendo de su cara destrozada. Si no hubiese sido por ti, ahora estaría en mi casa mirando la tele con la mano en la pierna de mi mujer.

No era el guardia, sino una forma oscura, probablemente imaginaria, pero que bien podía ser una rata. Se obligó a relajarse. ¡Ay, qué larga iba a ser aquella noche!

22

Se adormeció un poco y despertó tirado hacia la izquierda con la cabeza colgando como la de un borracho en un callejón. Se enderezó y las piernas lo maldijeron. Usó el orinal y le dolía mear. Comprendió con preocupación que le estaba empezando una infección urinaria. Estaba tan vulnerable, tan jodidamente vulnerable a todo. Puso el orinal aun lado y volvió a coger la jeringuilla.

Una ligera dosis de "Ecalopomine" dijo ella, bueno, tal vez. O a lo mejor la cargó con algo fuerte. Algo de lo que utilizó con tíos como Ernie Gonyar y Queenie Beaulifant.

Entonces sonrió un poco. ¿Sería eso verdaderamente malo? La respuesta era un resonante ¡COÑO, QUÉ VA! Sería bueno. Los pilotes desaparecerían por fin... Se acabaría la marea baja. Para siempre.

Con eso en mente se encontró la vena en el muslo izquierdo y, aunque no se había inyectado en su vida, lo hizo con eficiencia, casi con entusiasmo.

23

No se murió. Tampoco se durmió. El dolor se fue y él se quedó flotando sintiéndose casi desligado de su cuerpo, como un globo de pensamiento en el extremo de un hilo muy largo.

También fuiste Scherezade para ti mismo, pensó, y miró a la barbacoa. Pensó en los rayos de la muerte de los marcianos incendiando Londres. Se acordó de pronto de una canción, un disco, algo que cantaba un grupo llamado los Trampps: Quémalo, baby, quémalo, quema al chupapollas...

Algo relampagueó.

Una idea.

Quema al chupapollas...

Paul Sheldon se durmió.

24

Cuando despertó, el sótano estaba lleno de la luz cenicienta del amanecer. En la bandeja que Annie le había dejado, había una rata enorme sentada, royendo el queso con el rabo delicadamente curvado alrededor del cuerpo.

Paul gritó, se incorporó de un tirón y volvió a gritar cuando un dolor inmenso le recorrió las piernas. La rata huyó.

Ella le había dejado algunas cápsulas. Sabía que el "Novril" no le suprimiría el dolor, pero era mejor que nada.

Además, con dolor o sin él, es la hora de la dosis matutina, ¿no es cierto, Paul?

Se tragó dos cápsulas con "Pepsi" y se recostó sintiendo un pinchazo sordo en los riñones. Algo le estaba pasando allí abajo, sin duda. Estupendo.

Miró a la barbacoa esperando que tuviese apariencia de barbacoa a la luz de la mañana, una barbacoa y nada más. Le sorprendió descubrir que aún le parecía una de las máquinas de destrucción de Welles.

Tenias una idea. ¿Cuál era?

Volvió a recordar la canción de los Trampps.

Quémalo, baby, quémalo, quema al chupapollas.

¿Si? ¿Y quién es ese chupapollas? Ni siquiera te dejó una vela. No podrías ni encenderte un pedo.

Le llegó un mensaje de los chicos del taller.

No tienes que quemar nada ahora ni aquí.

¿De qué coño estáis hablando, chicos? ¿Me lo queréis decir...?

Entonces le vino. Le vino de inmediato, como llegan todas las buenas ideas, suave, redonda y completamente persuasiva en su siniestra perfección.

Quema a la chupapollas.

Miró a la barbacoa esperando que volviese el dolor por lo que había hecho, por lo que ella le había obligado a hacer. Volvió, pero era borroso y débil. El dolor de sus riñones era peor. ¿Qué había dicho ella

ayer? Todo lo que hice fue... convencerle de que dejase el libro malo que había escrito y de que escribiese lo mejor que ha escrito en su vida.

Era posible que, en eso, hubiera una extraña verdad. Tal vez había sobrevalorado excesivamente lo bueno que era Automóviles veloces.

Eso es sólo tu mente tratando de curarse a sí misma, le susurró una parte de él. Si alguna vez sales de esto, te convencerás del mismo modo de que el pie izquierdo no te hacia ninguna falta, qué coño, cinco uñas menos que cortar. Y hoy en día hacen maravillas con las prótesis. No, Paul, el uno era un libro estupendo y el otro era un pie estupendo. No nos engañemos.

Y sin embargo una parte más profunda sospechaba que pensar de ese modo era lo que suponía verdaderamente un error.

No te ofusques, Paul. Di la maldita verdad. Engañarte a ti mismo. Un tío que inventa historias está siempre engañando a todo el mundo, por lo que un tío así nunca puede engañarse a si mismo. Es gracioso, pero también es verdad. Si empiezas con esa mierda, más vale que cubras tu máquina y te pongas a estudiar para conseguir una licencia de agente de algo; porque, si no, te vas letrina abajo.

Entonces, ¿qué era la verdad? La verdad era que el rechazo creciente a su trabajo, por parte de la crítica como "escritor popular", lo que suponía, según él, catalogarlo en un peldaño muy bajito por encima del escribidor, le había hecho daño. No concordaba con la imagen que tenía de sí mismo como Escritor Serio que se sacaba esos romances de mierda como subsidios para su (fanfarria de trompetas, por favor) ¡VERDADERO TRABAJO! ¿Había odiado a Misery? ¿La había odiado de verdad? Si era así, ¿por qué le había resultado tan fácil volverse a meter en su mundo? No, más que fácil, feliz, como meterse en una bañera tibia con un buen libro en una mano y una lata de cerveza fría en la otra. Tal vez lo que detestaba era que la cara de Misery en las sobrecubiertas hacia sombra a la suya en las fotografías de autor impidiendo a los críticos descubrir que estaban tratando con un joven Mailer o Cheever, que tenían ahí un peso pesado. ¿No se había vuelto por eso su narrativa seria cada vez más tenebrosa, una especie de grito? ¡Mírenme! ¡Miren lo bueno que es esto! ¡Eh, chicos! ¡Esto tiene una perspectiva dinámica! ¡Esto tiene interludios de corrientes de conciencia! ¡Éste es mi VERDADERO TRABAJO, imbéciles! ¡No se atrevan a volverme la espalda! ¡No se atrevan, joninos canallas! ¡No se atrevan a darle la espalda a mi VERDADERO TRABAJO! No se ATREVAN o les...

¿Qué? ¿Qué haría? ¿Cortarles un pie? ¿Aserrarles un pulgar?

Le sobrevino un repentino ataque de temblores. Tenía que orinar. Cogió el orinal y finalmente se las apañó, aunque le dolía más que antes. Gimió mientras evacuaba y siguió gimiendo durante un rato largo después de terminar.

Por fin, misericordiosamente, el "Novril" empezó a hacerle un poco de efecto y se adormeció.

Miró a la barbacoa con los párpados pesados.

¿Cómo te sentirías si te hiciese quemar El retorno de Misery?, le susurró la voz interior, y saltó un poco. Mientras flotaba, se dio cuenta de que le dolería, si, le dolería muchísimo; haría que el dolor que había sentido cuando Automóviles veloces voló en pavesas fuese como el de su infección renal comparado con el que había sentido cuando ella le había

clavado el hacha cortándole el pie, ejerciendo la autoridad del editor para hacer recortes sobre su cuerpo.

También se dio cuenta de que ésa no era la verdadera cuestión. El problema sería cómo se sentiría Annie.

Había una mesa cerca de la barbacoa con una media docena de jarros y latas.

Una de ellas era una lata de liquido para encender carbón.

¿Y qué tal si fuese Annie la que gritase de dolor? ¿No sientes curiosidad por saber de qué modo sonaría eso? ¿No sientes curiosidad en absoluto? Dice el proverbio que la venganza es un plato que es mejor comer frío; pero cuando se les ocurrió, aún no se había inventado el "Ronson Fast-Lite".

Paul pensó: Quema a la chupapollas y se durmió. Había una sonrisa en su cara pálida y desvanecida.

25

Annie llegó a las tres menos cuarto de aquella tarde. Su pelo, habitualmente grasiento, estaba aplastado alrededor de la cabeza con la forma del casco que había llevado. Estaba de un ánimo silencioso que más que depresión parecía indicar cansancio y deseo de reflexionar. Cuando Paul le preguntó si todo le había ido bien, asintió.

-Sí, me parece que sí. Tuve problemas para arrancar con la motocicleta. De no haber sido por eso, hace una hora que estaría aquí. Las bujías se hallaban sucias. ¿Cómo están sus piernas, Paul? ¿Quiere que le ponga otra inyección antes de llevarlo arriba?

Al cabo de casi veinte horas en la humedad, sentía las piernas como si alguien las hubiera traspasado con clavos oxidados. Necesitaba una inyección desesperadamente, pero no allá abajo. No le serviría para nada.

-Creo que estoy bien.

Ella le dio la espalda y se agachó.

-Bueno, agárrese. Pero recuerde lo que le advertí sobre querer ahogarme y cosas así. Estoy muy cansada y no reaccionaría bien ante bromitas graciosas.

-No tengo ninguna gana de bromear.

-Estupendo.

Lo levantó con un gruñido húmedo y él tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de agonía. Lo llevó a través de la habitación, hacia la escalera, con la cabeza ligeramente ladeada, y él se dio cuenta de que estaba mirando, o podía estar mirando, la mesa llena de latas. La mirada fue corta, aparentemente casual; pero a Paul le pareció que duraba un tiempo muy largo, y estaba seguro de que ella notaría la ausencia de la lata de fluido para encender carbón. La tenía metida en la parte de atrás de sus calzoncillos. Meses después de sus primeras depredaciones, había logrado reunir el valor suficiente para robar otra cosa..., y si las manos de Annie le subían por las piernas mientras ascendían la escalera, iban a agarrar algo más que culo flaco.

Entonces ella desvió la mirada de la mesa sin ningún cambio de expresión, y el alivio fue tan grande que el ascenso hasta la alacena le resultó casi soportable. Aquella mujer era capaz de mantener cara de póquer cuando le parecía; pero pensó que esa vez la había engañado o, al menos, eso esperaba.

26

-Creo que, después de todo, necesito esa inyección, Annie -le dijo cuando lo puso en la cama.

Ella le estudió por un momento la cara cubierta de gotas de sudor, asintió y salió de la habitación.

En cuanto se hubo marchado, sacó la lata de sus calzoncillos y la metió bajo el colchón. No había vuelto a poner nada allí desde el cuchillo, y no tenía intención de dejar el fluido por mucho tiempo; pero tendría que quedarse al menos durante el resto del día. Pensaba ponerlo esa noche en otro lugar más seguro.

Annie volvió y le puso la inyección. Luego, colocó la libreta y algunos lápices recién afilados en el poyete de la ventana y rodó la silla de ruedas hasta la cama.

-Listo -dijo. Me voy a dormir un poco. Si viene un coche, lo En el caso de que nos dejen tranquilos, creo que dormiré de un tirón hasta mañana por la mañana. Si quiere levantarse y escribir a mano, ahí tiene su silla. El manuscrito está ahí, en el suelo. Francamente, no se lo recomiendo hasta que las piernas se le empiecen a calentar un poco.

-Ahora no podría; pero creo que a lo mejor vuelvo al pie del cañón esta noche. Comprendí lo que me dijo sobre el poco tiempo que nos queda.

-Me alegro de que lo comprenda, Paul. ¿Cuánto cree que necesita?

-En circunstancias ordinarias, diría que un mes. Del modo en que he estado trabajando últimamente, dos semanas. Si consigo poner mi acelerador a tope, cinco días. O tal vez una semana. Quedará algo confuso; pero estará terminado.

Ella suspiró y se miró las manos, absorta.

-Sé que van a ser menos de dos semanas.

-Me gustaría que me prometiese algo.

Lo miró sin enfado ni sospecha, sólo con una ligera curiosidad.

-¿Qué?

-Que no leerá nada más hasta que haya terminado o hasta que tenga que..., ya sabe...

-¿Dejarlo?

-Sí. -Paul sonrió-. Va a salir una cosa muy caliente.

27

Esa noche, alrededor de las ocho, se colocó con mucho cuidado en la silla de ruedas. Puso atención y no oyó nada en el piso de arriba. Desde que el crujido de los muelles le anunció que Annie se había acostado a las cuatro de la tarde, había estado escuchando la misma nada. Verdaderamente, tenía que estar muy cansada.

Paul cogió el fluido y lo llevó hasta el lugar bajo la ventana en el que tenía desplegado su pequeño campamento informal de escritor. Ahí estaba la máquina de escribir con los tres dientes que le faltaban en su desagradable mueca. Allí estaban la papelera, los lápices, las libretas, los folios Y las pilas de borradores. Algunos los utilizaría, otros irían al cesto de los papeles.

O se habrían ido.

Ahí, completamente invisible, se hallaba la puerta hacia otro mundo. Ahí también, pensó, se encontraba su propio fantasma en una serie de capas, como fotos fijas que, cuando se pasan rápidamente, producen la ilusión de movimiento.

Deslizó la silla entre las pilas de papel y las libretas apiladas con la naturalidad de la práctica, aguzó el oído aún más, y entonces tiró de un fragmento de la tabla de veintidós centímetros. Hacia un mes que había descubierto que estaba suelto y podía ver, por la delgada capa de polvo que tenía encima (dentro de poco va a empezar a poner pelos por ahí para asegurarse), que Annie no sabia que estaba así. Bajo el trozo había un estrecho espacio vacío, a excepción del polvo y de las cagadas de ratón.

Metió la lata de "Fast-Lite" en ese hueco y volvió a poner la tabla en su sitio. Tuvo un momento de ansiedad cuando temió que no cupiese. Dios, ella tenía la vista tan puñeteramente aguda. Luego, se deslizó hasta su lugar.

Lo miró un momento, después abrió su libreta, cogió el lápiz y encontró el agujero en el papel.

Trabajó sin molestias durante las siguientes cuatro horas, hasta que las puntas de los tres lápices que ella había afilado quedaron completamente romas. Entonces volvió a la cama y se durmió con facilidad.

28

Capitulo 37

Geoffrey empezaba a sentir los brazos como hierro dulce. Había estado cinco minutos de pie en las profundas sombras junto a la choza que pertenecía a M'Chibi el Hermoso con el baúl de la baronesa en la cabeza: la versión en flaco de un forzado de circo. Justo cuando ya pensaba que Hezequiah no conseguiría convencer a M'Chibi de que saliera de la cabaña, oyó movimiento. Se apartó aún más, sintiendo que los músculos de sus brazos le latían como locos. El jefe M'Chibi el Hermoso era el guardián

del fuego y, frente a su cabaña, había más de cien antorchas con la cabeza cubierta por una resina espesa y gemosa. Esa resina manaba de los árboles bajos de la región y los bourkas la llamaban aceite de fuego o aceite de sangre de fuego. Como la mayoría de las lenguas simples, la de los bourkas era a veces extrañamente elusiva. Se llamase como se llamase aquella cosa, había antorchas suficientes para prender fuego a toda la aldea. Se incendiaría como un monigote de Guy Fawkes, pensó Geoffrey.

Pero cuando les oyó salir, Geoffrey tuvo un instante de duda a pesar del dolor de su brazo. Y si, sólo por esa vez el…

29

El lápiz se detuvo en medio de una palabra al escuchar un motor que se acercaba. Cerró el bolígrafo. Le sorprendió comprobar lo tranquilo que estaba. La emoción más fuerte que sentía en esos momentos era una ligera molestia por haber sido interrumpido justo cuando empezaba a flotar como una mariposa y a picar como una abeja. Los tacones de Annie salieron marcando un stacato por el pasillo.

-Quítese de la vista. -Tenía la cara seria y tensa. La bolsa caqui colgaba de su hombro, abierta-. Quítese de la y...

Se interrumpió al comprobar que él ya se había apartado de la ventana. Miró para asegurarse de que no había cosas de él en el alféizar.

-Es la guardia del Estado -le dijo; se vela tema, pero controlada, la bolsa estaba al alcance de su mano-. ¿Se va a portar bien, Paul?

-Sí -respondió.

Sus ojos le escrutaron la cara.

-Me voy a fiar de usted -le dijo finalmente, y se fue, cerrando la puerta, pero sin molestarse en echar la llave.

El coche giró por el camino con el ruido suave y dormido que es la marca de fábrica de ese gran motor "Plymouth 442". Oyó cómo se cerraba la puerta metálica de la cocina y se acercó la silla a la ventana de modo que, permaneciendo en la penumbra, pudiese ver lo que ocurría. El coche se acercó hasta donde estaba Annie y el motor se apagó. Salió el conductor y se detuvo justo donde el joven guardia había pronunciado sus tres últimas palabras... Pero eso era lo único que ambos tenían en común. El guardia había sido un enclenque jovencito veinteañero, un novato cubriendo un detalle de mierda: la desaparición de un escritor chiflado que había destrozado su coche y que luego se había adentrado en el bosque o se había largado del desastre haciendo dedo.

El guardia que acababa de salir del coche tenía unos cuarenta años y los hombros tan anchos como la viga de un establo. Su cara era un bloque de granito con unas cuantas arrugas superficiales junto a los ojos y en las comisuras de los labios.

Annie era una mujer corpulenta, pero ese tío bacía que pareciese casi pequeña.

También había otra diferencia. El guardia que Annie había matado estaba solo. Del otro asiento del coche se bajaba un hombre de paisano, bajito, con los hombros caídos y el pelo rubio y lacio. David y Goliat, pensó Paul. Mutt y Jeffe. Cristo.

El hombre de paisano caminó alrededor del coche a paso lento. Su cara se veía vieja y cansada, parecía la de un hombre soñoliento..., a excepción de los ojos, de un azul desvaído. Los ojos estaban bien despiertos mirando a todas partes al mismo tiempo. Paul pensó que debía ser rápido.

Los dos flanquearon a Annie y ella les hablaba levantando primero la vista para dirigirse a Goliat y luego haciendo un medio giro y bajando los ojos para contestar a David. Se preguntó qué pasaría si rompía la ventana otra vez y gritaba pidiendo socorro. Pensó que las posibilidades de que la cogieran eran de ocho contra diez. Ella era rápida, pero el policía grande parecía más rápido a pesar de su tamaño y lo suficientemente fuerte como para arrancar con las manos árboles medianos de raíz. El tímido caminar del hombre de paisano podía ser tan deliberadamente engañoso como su mirada soñolienta. Pensaba que la cogerían..., sólo que a ellos les sorprendería, a ella no; y eso le daba una ventaja.

La chaqueta del hombre de paisano estaba abotonada, a pesar del ardiente calor. Si ella disparaba primero contra Goliat, tal vez podría meterle una bala a David en la cara antes de que él pudiese desabotonarse
la maldita chaqueta y sacar el arma. La chaqueta abrochada sugería que Annie tenía razón, sólo se trataba de una investigación rutinaria.
Por el momento.

Yo no le maté, ¿sabe? Usted lo mató. Si se hubiese callado, yo le habría convencido para que siguiese su camino. Ahora estaría vivo.

¿Se creía eso? No, claro que no. Pero aún quedaba ese momento fuerte y doloroso de culpa como tina puñalada rápida y profunda. ¿Iba a cerrar la boca porque había dos oportunidades contra diez de que ella se cargase a esos dos?

La culpa le hirió otra vez y desapareció. Pero tampoco era ésa la causa. Seria agradable concederse motivos tan altruistas; pero no era la verdad. Y había una sencilla respuesta: quería encargarse de Annie él mismo. Ellos sólo podrán meterte en la cárcel, perra, pensó. Yo sé cómo hacerte daño.

30

Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que ellos oliesen la rata. Cazar ratas era, después de todo, su trabajo y debían conocer el pasado de Annie. Si las cosas salían así... Pero temió que Annie pudiera escurrírsele a la ley también esta vez.

Paul sabía ahora de la historia todo lo que necesitaba saber. Annie había estado escuchando la radio constantemente desde su largo sueño, y el policía desaparecido, cuyo nombre era Duane Kushner, se había convertido en una noticia importante. Se refería al hecho de que había estado siguiendo el rastro de un escritor conocido llamado Paul Sheldon; pero la desaparición de Kushner no se había relacionado, ni como especulación, con la desaparición de Sheldon, al menos por el momento.

El torrente de primavera había arrastrado su "Camaro" unos ocho kilómetros abajo. Podía haber permanecido en el bosque sin ser descubierto durante otro mes u otro año; pero, por mera coincidencia, un

par de jinetes de la Guardia Nacional enviados como parte de una campaña de control de estupefacientes, es decir, buscando granjeros que cultivasen drogas en los campos apartados, habían visto un destello de sol en lo que quedaba del parabrisas del coche, y pararon en un claro cercano para echar un vistazo. La gravedad del choque estaba disfrazada por los golpes violentos que el "Camaro" había recibido mientras viajaba hasta el lugar de su último reposo. Si en el coche se hallaron manchas de sangre en el análisis forense (en el caso de que lo hubiese habido), la radio no lo dijo. Paul sabia que ni el análisis más exhaustivo las encontraría. El automóvil se había pasado casi toda la primavera recibiendo chorros de nieve derretida a la velocidad de una inundación.

En Colorado, casi toda la atención y la preocupación se habían concentrado en el policía Duane Kushner, como suponía que demostraba la presencia de aquellos dos visitantes. Hasta entonces, todas las especulaciones se hacían en torno a tres sustancias ilegales: licor, marihuana y cocaína. Parecía posible que Kushner hubiese topado, por accidente, con tina plantación, una destiladora o un almacén, mientras buscaba señales del escritor. A medida que se desvanecían las esperanzas de encontrar a Kushner con vida, se empezó a cuestionar cada vez con más fuerza por qué estaba solo. Y aunque Paul dudaba que el Estado de Colorado tuviese dinero suficiente para que su Policía motorizada fuese en parejas, resultaba evidente que lo estaban haciendo para peinar la región en busca de Kushner. No querían correr riesgos.

Goliat hizo ahora un gesto en dirección a la casa. Annie se encogió de hombros y agitó la cabeza. David dijo algo. Después de un momento, ella asintió y los precedió por el camino hasta la entrada de la cocina. Paul oyó chirriar los goznes de la puerta metálica y entraron. El ruido de tantos pasos era atemorizador, casi una profanación.

-¿A qué hora pasó por aquí? -preguntó Goliat; tenía que ser Goliat, por su voz atronadora del Medio Oeste enronquecida por los cigarrillos.

-Alrededor de las cuatro -repuso Annie-, minuto más, minuto menos. Acababa de cortar el césped y no llevaba reloj. Hacía un calor infernal.

-¿Cuánto tiempo se quedó, Mrs. Wilkes?

-Miss Wilkes, si no le importa.

-Disculpe.

Annie dijo que no podía recordar con seguridad cuánto tiempo. Cinco minutos, tal vez.

-¿Le enseñó una foto?

Annie dijo que sí, que por eso había venido. Paul se maravilló de lo serena y agradable que sonaba su voz. ¿En la sala? Si, casi seguro que en la sala. El tío era grande, pero se movía como un maldito lince. Cuando Annie contestaba, su voz sonaba más cerca. Los policías se habían metido en la sala. Ella no los había invitado, pero entraron de todos modos. La mujer les seguía. Estaban echando un vistazo al lugar.

Aunque su escritor mascota estaba ahora a menos de diez metros, la voz de Annie seguía tranquila, explicando que le había preguntado si quería entrar a tomarse un café helado y que él le dijo que no podía. Así que le ofreció que se llevase una botella de...

-Por favor, no rompa eso -se interrumpió Annie. La voz se le estaba afilando-. Le tengo apego a mis cosas y algunas de ellas son bastante frágiles.

-Lo siento, señora.

Ése tenía que ser David, su voz era baja y susurrante, humilde y al mismo tiempo sorprendida. Aquel tono, procediendo de un policía, hubiese sido divertido en otras circunstancias; pero no estaba en otras circunstancias, y Paul no se sentía divertido. Se hallaba tenso, oyendo el sonido de algo que estaban colocando cuidadosamente. El pingüino en su bloque de hielo, tal vez. Sus manos estaban agarrotadas en los brazos de la silla de ruedas. La imaginaba jugando con el bolso. Esperaba que uno de los policías le preguntase (Goliat, probablemente) qué demonios tenía allá dentro.

Entonces empezarían los disparos.

-¿Qué estaba diciendo? -dijo David, animándola a proseguir su relato.

-Que le pregunté si quería llevarse una "Pepsi" fresca de la nevera, porque hacía un calor horrible. Las pongo justo al lado del congelador y eso las mantiene lo más frías posible sin que lleguen a congelarse. Él comentó que era muy amable. Se trataba de un chico muy educado. ¿Por qué dejaron a un chico tan joven salir solo?

-¿Se tomó el refresco aquí? -inquirió David, sin hacer caso de la pregunta.

Su voz se estaba acercando más. Había cruzado la sala. Paul no tenía que cerrar los ojos para imaginarlo mirando al corto pasillo que pasaba ante el pequeño cuarto de baño y terminaba en la habitación de huéspedes. Se sentó muy erguido, el pulso le latía con celeridad en la garganta.

-No -respondió Annie, tan serena como siempre-. Se la llevó. Afirmó que tenía que seguir su camino.

-¿Qué hay ahí? -preguntó Goliat.

Sonaron los golpes de tacones de botas, un sonido ligeramente vacío, cuando pasó de la alfombra de la sala al entarimado del pasillo.

-Un baño y una habitación. Algunas veces duermo ahí cuando hace mucho calor. Mire si quiere; pero le aseguro que no tengo a su policía atado a la cama.

-No, señora, estoy seguro de que no lo tiene -dijo David, y, sorprendentemente, las pisadas y las voces se fueron apagando, en dirección a la cocina-. ¿Parecía nervioso cuando estuvo aquí?

-En absoluto -declaró Annie-. Sólo acalorado y decepcionado. Paul empezaba a respirar otra vez.

-¿Preocupado por algo?

-No.

-¿Le dijo a dónde iba después de salir de aquí?

Aunque los guardias seguramente no se dieron cuenta, el experimentado oído de Paul percibió una vacilación rapidísima. Ahí podía haber una trampa, una trampa que podía saltar de inmediato o con una ligera demora. Finalmente, dijo que no; pero que se dirigió al Oeste, así que ella suponía que se había ido hacia Springer' s Road y a las pocas granjas que estaban en esa dirección.

-Gracias por su colaboración, señora -concluyó-. Puede que tengamos que volver a hacerle otras preguntas.

-Muy bien. Cuando quieran. No veo mucha gente en estos últimos tiempos.

-¿Le importaría que echásemos un vistazo a su establo? -preguntó Goliat abruptamente.

-En absoluto; pero no se olvide de decir hola cuando entre.

-¿Hola a quién, señora? -preguntó David.

-¿A quién va a ser? A Misery -dijo Annie-, mi cerdo.

31

Estaba de pie en la puerta mirándole fijamente; tanto, que Paul empezó a sentir calor en la cara, y supuso que se estaba ruborizando. Los dos guardias se habían marchado hacía quince minutos.

-¿Tengo monos en la cara? -preguntó al fin.

-¿Por qué no gritó?

Los dos guardias se habían tocado el sombrero al meterse en el coche; pero ninguno de ellos había sonreído y tenían una mirada extraña, que Paul pudo ver desde el ángulo que le permitía la esquina de su ventana. Si que sabían quién era ella.

-Estuve esperando que gritara. Ellos se me habrían abalanzado encima.

-Tal vez si, o tal vez no.

-Pero ¿por qué no gritó?

-Annie, si se pasa la vida entera suponiendo que va a ocurrir lo peor que puede imaginarse, alguna vez se ha de equivocar.

-No trate de hacerse el listo conmigo.

Vio que, tras su aparente impasividad, se hallaba profundamente confundida. Su silencio no encajaba con la visión que Annie tenía de la existencia, como una especie de lucha libre permanente. Annie Wilkes, el doble equipo malo de Los Joninos Canallas.

-¿Quién trata de hacerse el listo? Le prometí que iba a mantener la boca cerrada y lo hice. Quiero terminar mi libro en paz. Y deseo terminarlo para usted.

Lo miró insegura, queriendo creer, con miedo de creer..., creyendo, finalmente, de todos modos. Y tenía razón, porque le estaba diciendo la verdad.

-Entonces, póngase a trabajar -le sugirió suavemente-. Póngase a trabajar en seguida. Ya vio la forma en que me miraron.

32

Durante los dos días siguientes, la vida fue como antes de la llegada de Duane Kushner. Casi daba la impresión de que aquel chico no había existido en realidad. Paul escribía casi constantemente. Había abandonado la máquina de escribir. Annie la puso en la re-pisa bajo la foto del Arco de Triunfo, sin comentarios. Llenó tres libretas completas en aquellos días. Sólo le quedaba una. Cuando se le acabó, cogió los blocs. Ella le afilaba media docena de lápices "Berol Black Warrior", que él usaba hasta embotarlos, y ella los volvía a afilar. Cada vez se encogían más mientras Paul estaba al sol junto a la ventana, inclinado, rascándose, en ocasiones, distraídamente con el dedo gordo del pie derecho el aire donde había estado la planta de su pie izquierdo, mirando a través del agujero en el papel. Otra vez se había abierto con un gran bostezo y el libro corría hacia su clímax como los mejores, como impulsado por un cohete. Lo veía todo con perfecta claridad: tres grupos corriendo tras Misery en los laberínticos pasajes detrás de la frente del ídolo, dos para matarla; el tercero, Ian, Geoffrey y Hezequiah, tratando de salvarla... Mientras abajo, la aldea de los bourkas ardía y los supervivientes se agolpaban en el único punto de salida, la oreja izquierda del ídolo, para matar a cualquiera que saliera con vida.

Ese estado de absorción hipnótica se vio bruscamente sacudido, pero no roto, cuando, al tercer día de la visita de David y Goliat, una furgoneta color crema con las palabras "KTKA/G Grand Junction" escritas a un lado, entró por el camino de Annie. La parte de atrás estaba ocupada por un equipo de vídeo.

-¡Dios mío! -dijo Paul paralizado entre el humor, el asombro y el terror-. ¡Qué es ese follón de todos los cojones!

Apenas había parado la furgoneta cuando una de las puertas se abrió de golpe y un tío vestido con pantalones de guerrilla y camiseta a juego saltó por detrás. Tenía algo grande y negro en una mano y, por un momento, Paul pensó que era un lanzallamas, pero al echárselo al hombro y enfocarlo hacia la casa, vio que era una minicámara. Una bonita joven estaba saliendo del asiento de pasajeros retocándose el pelo arreglado

con secador y deteniéndose en el espejo lateral del coche para comprobar su maquillaje antes de unirse al cámara.

El ojo del mundo exterior, que se había apartado de la Dama Dragón durante los últimos años, volvía ahora para vengarse.

Paul se echó hacia atrás rápidamente esperando haberlo realizado a tiempo.

Bueno, si quieres estar seguro, mira el noticiario de las seis, pensó y entonces tuvo que llevarse las manos a la boca para ahogar las carcajadas.

La puerta metálica se abrió y se cerró con un golpe.

-¡Salgan de aquí, coño! -gritó Annie-. ¡Salgan de mis tierras!

Suavemente:

-Mrs. Wilkes, si nos concediese sólo unos...

-¡Les puedo conceder un par de descargas que les animen el jonino agujero del culo si no se largan de aquí!

-Señora Wilkes, soy Glenna Roberts de KTKA...

-¡No me importa que sea José J...esús Cardenal Cristo del planeta Marte! ¡Salga de mis tierras o dese por muerta!

-Pero...

-¡KAPAU!

Oh, Annie, ay, Dios mío, Annie mató a esa estúpida loca...

Se echó atrás y miró por la ventana. No tenía alternativa, tenía que mirar. El alivio le corrió por el cuerpo. Annie había disparado al aire y parecía haber obtenido excelentes resultados. Glenna Roberts se estaba zambullendo de cabeza en la unidad móvil de la "KTKA". El cámara enfocó el objetivo hacia Annie, la cual apuntó la pistola hacia el cámara, que decidió que prefería vivir para otra vez ver Los muertos agradecidos, más de lo que deseaba rodar el vídeo sobre la Dama Dragón, y se tiró inmediatamente en el asiento trasero. La furgoneta salía marcha atrás por el camino antes de que consiguiera cerrar la puerta.

Annie se quedó mirando cómo se marchaban, con el rifle en una mano, y luego volvió lentamente hacia la casa. Paul oyó el golpe del arma sobre la mesa.

Fue hasta la habitación de huéspedes. Se veía peor que nunca, con la cara desencajada y pálida, los ojos moviéndose constantemente de un lado a otro.

-Han vuelto -murmuro.

-Tranquilícese.

-Sabía que esos canallas volverían. Y ahora han vuelto.

-Ya se han ido, Annie. Usted hizo que se marcharan.

-Nunca se van. Alguien les dijo que el guardia había estado en la casa de la Dama Dragón antes de desaparecer. Así que ahí están.

-Annie...

-¿Sabe lo que quieren? -preguntó.

-Claro, he tratado con la Prensa. Quieren las dos cosas que quieren siempre, que usted la cague mientras están rodando y que alguien más pague los "Martinis" cuando llega la hora de las copas. Pero, Annie, usted tiene que...

-Esto es lo que quieren -dijo, y se llevó a la frente la mano agarrotada.

Volvió a bajarla de repente, abriendo cuatro surcos sangrientos. La sangre le corrió hasta las cejas, le rodó por las mejillas y a los lados

de la nariz.
-Annie, no haga eso.

-Y esto. -Se abofeteó la mejilla izquierda con fuerza suficiente para dejarse los dedos marcados-. Y esto. -En la mejilla derecha, aún más fuerte, hasta el punto de que saltasen gotas de sangre de las cutículas.
-¡No haga eso! -gritó.
-¡Es lo que ellos quieren! -vociferó ella.

Levantó las manos hasta la frente y las presionó contra las heridas, manchándoselas de rojo. Extendió las palmas sangrientas hacia él, por un momento, y salió corriendo de la habitación.

Al cabo de un buen rato, Paul empezó a escribir otra vez. Al principio iba despacio. La imagen de Annie arrancándose la carne se interfería constantemente, y decidió que no le iba a salir bien, y que sería mejor dejarlo para mañana. La historia volvió a agarrarlo y otra vez cayó por el agujero del papel.

Como siempre en los últimos tiempos, se lanzó con una sensación de bendito alivio.

33

Al día siguiente, llegó más policía, esta vez guardias locales. También venia un hombre flaco que llevaba una grabadora. Annie estuvo con ellos en la entrada escuchando con la cara inexpresiva. Luego, los condujo a la cocina.

Paul se quedó quieto con un bloc en las piernas, y oyó la voz de Annie haciendo una declaración que consistía en repetir lo que le había dicho a David y Goliat cuatro días antes. Eso, pensó Paul, no era otra cosa que acoso descarado. Estaba sorprendido y divertido de verse compadeciéndose de Annie Wilkes.

El policía de Sidewinder, que hizo la mayor parte de las preguntas, empezó por decirle que podía tener un abogado presente si lo quería. Annie repuso que no, y simplemente volvió a contar la misma historia. Paul no pudo detectar ninguna contradicción.

Estuvieron en la cocina una media hora. Casi al final, uno de ellos le preguntó cómo se había producido los arañazos que tenía en la frente.
-Me los hice por la noche -dijo ella-. Tuve una pesadilla.
-¿Qué soñó?

-Soñé que, después de todo este tiempo, la gente se acordaba de mí y volvían otra vez.

Cuando se fueron, Annie regresó a la habitación. Tenía la cara fláccida, distante y enferma.
-Este sitio se está convirtiendo en Central Park -comentó Paul.
Ella no sonrío.
-¿Cuánto tiempo más?

Él vaciló, miró a la pila de hojas escritas a máquina con las que estaban escritas a mano encima, y luego volvió a mirarla.
-Dos días -dijo-, tal vez tres.

-La próxima vez vendrán con una orden de registro -le dijo, y se marchó antes de que él pudiese contestar.

34

Volvió por la noche hacia las doce menos cuarto.

-Tendría que estar en la cama desde hace una hora, Paul -le amonestó.

Él la miró, aturdido por el sueño profundo de la historia. Geoffrey, que se había convertido en el héroe de ese libro, acababa de enfrentarse cara a cara con la horrible reina de las abejas con quien tendría que luchar hasta la muerte por la vida de Misery.

-No tiene importancia -le respondió-. Me acostaré dentro de un rato. Hay veces que o se escribe o se pierde.

Sacudió la mano que le ardía y le latía. Una excrecencia grande y dura, medio ampolla, medio callo, se le había formado en el lado interior del dedo índice, donde hacía la fuerza para sujetar el lápiz. Tenía píldoras que podían aliviarle el dolor, pero también podían emborronarle el pensamiento.

-Usted cree que es bueno, ¿no es cierto? -le preguntó con suavidad-, verdaderamente bueno. Ya no lo está haciendo por mi, ¿verdad?

-Oh, no. -Por un momento estuvo a punto de decirle: nunca fue para usted, Annie, ni para esa gente de ahí fuera que firma sus cartas "Su admirador número uno". En el momento en que uno empieza a escribir, esa gente está en el otro extremo de la galaxia. Nunca fue para mis ex mujeres, ni para mi madre, ni para mi padre. La razón por la cual los autores ponen dedicatorias en sus libros es porque su propio egoísmo les horroriza.

Pero no seria prudente decirle a ella una cosa así.

Escribió hasta el amanecer y luego cayó en la cama y durmió cuatro horas. Tuvo sueños confusos y desagradables. En uno de ellos, el padre de Annie subía por unas largas escaleras. Llevaba un cesto con lo que parecían recortes de periódico. Paul trató de gritarle, de advertirle; pero cada vez que abría la boca sólo salía un párrafo de narración pulcramente razonado. Aunque el párrafo era diferente cada vez que intentaba gritar, siempre empezaba de la misma forma: "Un día, cerca de una semana después...", y entonces aparecía Annie Wilkes gritando con las manos extendidas para darle a su padre el empujón mortal..., sólo que sus gritos se transformaban en extraños zumbidos y su cuerpo se deshacía, se encorvaba y se transformaba bajo su falda y su rebeca, porque Annie se estaba convirtiendo en una abeja.

35

No llegó ninguna visita oficial al día siguiente; pero si se presentó gente extraoficial. Camorristas. Uno de los coches estaba lleno de adolescentes. Cuando entraron en el camino para dar marcha atrás y cambiar de dirección, Annie salió corriendo y les gritó que se fueran de su tierra antes de que les disparase por ser unos perros sucios.

-¡Jódase, Dama Dragón! -le gritó uno de ellos.

-¿Dónde los enterró? -gritó otro, al tiempo que el coche iba hacia atrás en una nube de polvo.
Un tercero lanzó una botella de cerveza.

Mientras el automóvil se alejaba rugiendo, Paul pudo ver una pegatina en el guardabarros, que decía. APOYE A LOS BLUEDEVILS DE SIDEWINDER.

Al cabo de una hora, Annie pasó muy seria por su ventana, camino del establo, llevando un par de guantes de trabajo. Un rato después, volvió con la cadena. Se había entretenido en trenzar alambre de espino entre sus gruesos eslabones. Cuando el tejido lleno de púas estuvo puesto cruzando el camino, se metió la mano en el bolsillo y sacó unos trozos de tela roja. Los ató a varios eslabones para ayudar a la visibilidad.

-No va a mantener a los policías fuera -dijo cuando finalmente entró-, pero alejará a los canallas.
-Sí.
-Su mano... parece hinchada.
-Sí.
-No me gusta comportarme como un jonino plomo; pero, Paul...
-Mañana -le dijo.

-¿Mañana? ¿De veras? -Se encendió en el acto-. Paul, eso es maravilloso. ¿Puedo empezar a leer ahora, o...?
-Preferiría que esperase.

-Entonces, esperaré. -La mirada de ternura le había vuelto a los ojos. La odiaba más que nunca cuando tenía esa mirada-. Le amo, Paul. Usted lo sabe, ¿no es cierto?
-Si -le dijo, y volvió a inclinarse sobre su bloc.

36

Esa noche le trajo el "Keflex" (su infección urinaria estaba mejorando, pero muy lentamente) y un cubo de hielo. Puso al lado una toalla cuidadosamente doblada y se fue sin decir una palabra.

Paul dejó los lápices. Tuvo que usar los dedos de la mano izquierda para quitarse los vendajes de la derecha; y la metió en el cubo. La dejó dentro hasta que estuvo casi dormida. Cuando la sacó, la hinchazón parecía haber bajado un poco. Se la envolvió con la toalla y se quedó mirando la oscuridad hasta que empezó un hormigueo. Se quitó la toalla, movió los dedos durante unos momentos, las primeras veces haciendo muecas de dolor. Luego, la mano empezó a hacerse más flexible, y se puso a escribir otra vez.

Al amanecer, rodó lentamente hasta su cama, se metió dentro y se durmió en seguida. Soñó que estaba perdido en una tormenta de nieve, sólo que no era nieve, sino páginas que volaban en todas direcciones, llenando el mundo, y cada página estaba cubierta de palabras mecanografiadas, en las que faltaban las enes y las tes. Comprendió que si aún seguía vivo cuando la tormenta terminase, tendría que llenarlas todas él solo, a mano, descifrando palabras que apenas estaban allí.

37

Se despertó alrededor de las once. Y, en cuanto Annie lo oyó trajinar por la habitación, entró con un zumo de naranja, sus cápsulas y un tazón de caldo de pollo caliente. Estaba radiante de emoción.

-Es un día muy especial, Paul, ¿no es cierto?

-Si. -Trató de levantar la cuchara con la mano derecha y no pudo. Estaba hinchada y roja, tan hinchada que le brillaba la piel. Cuando intentó cerrar el puño, sintió como si le hubiesen clavado largas varillas de metal por todas partes. Los últimos días, pensó, habían sido como sesiones de autógrafos de pesadilla que nunca terminaban.

-Ay, su pobre mano -se lamentó-. Le traeré otra cápsula ahora mismo.

-No, éste es el último empujón, quiero tener la mente clara.

-Pero no puede escribir con la mano así.

-No -admitió-. La mano ya está muerta. Voy a acabar este niño como lo empecé, con la "Royal". Con ocho o diez páginas estará terminado. Creo que podré rellenarlas con las enes, las tes y las es que le falten.

-Debí haberle comprado otra máquina -le dijo.

Se veía verdaderamente que lo lamentaba, tenía los ojos llenos de lágrimas. Paul pensó que los momentos como ése eran los más horribles, porque en ellos veía a la mujer que ella podía haber sido si su educación hubiera sido correcta o si las sustancias secretadas por sus glándulas hubiesen sido menos dañinas. O las dos cosas.

-La pifié -confesó-. Me cuesta admitirlo; pero es verdad. Era porque no quería aceptar que esa Dartmonger me había tomado el pelo. Lo siento, Paul. Su pobre mano.

La levantó suavemente, como Níobe en la charca, y se la besó.

-Está bien -le dijo-. Ducky Daddles y yo nos las apañaremos. La odio, pero tengo la sensación de que ella me odia a mi también. Así que estamos en paz.

-¿De quién está hablando?

-De la "Royal". Le puse el nombre de un personaje de dibujos animados.

-Oh.

Empezó a perderse, se desconectó. Él esperó pacientemente a que regresara tomándose mientras tanto la sopa con la cuchara torpemente cogida entre el primer y el segundo dedo de su mano izquierda.

Al fin, ella volvió y lo miró sonriendo radiante como una mujer que acaba de despertar dándose cuenta de que va a ser un día hermoso.

-¿Ha terminado ya la sopa? Si es así, le tengo algo muy especial.

Le enseñó el tazón vacío, en el que sólo quedaban unos fideos que se habían quedado pegados en el fondo.

-¿Ve lo buenecito que soy, Annie? -dijo sin un asomo de sonrisa.

-Es el mejor de los buenecitos del mundo, Paul, y por eso se merece una fila de estrellas de oro. De hecho..., espere. Espere y verá lo que tengo para usted.

Se fue dejando a Paul sentado contemplando primero al calendario y luego el Arco de Triunfo. Miró al techo y vio las uves dobles entrelazadas bailando borrachas a través del enyesado. Por último, observó la máquina de escribir y la vasta y desarreglada pila del

manuscrito. Adiós a todo eso, pensó al azar, y entonces entró Annie con otra bandeja.

Traía cuatro platos: trozos de limón en uno de ellos, huevos gratinados en el segundo, triángulos de tostadas en el tercero. En el centro, había otro más grande con un enorme,

pegajoso)

pegajoso montón de caviar.

-No sé si le gusta o no esta cosa -le dijo tímidamente-. Ni siquiera sé si me gusta a mí, nunca la he probado.

Paul empezó a reírse. Le dolía el estómago, las piernas y la barriga, y hasta le dolía la mano. Pronto le iba a doler todo probablemente, mucho más porque Annie estaba lo bastante paranoica como para suponer que, si alguien se reía, tenía que ser ella. Pero aun así, no podía parar. Se rió hasta que se ahogó y tosió con las mejillas rojas y las lágrimas saliéndole por los lados de los ojos. La mujer le había cortado el pie con un hacha y el pulgar con un cuchillo eléctrico y ahí estaba con una montaña de caviar como para ahogar a un jabalí. Para su asombro, la mirada negra de grieta no ensombreció su cara. En vez de eso, empezó a reír con él.

38

El caviar es algo que encanta o que se detesta; pero Paul nunca había sentido ninguna de las dos cosas. Si iba viajando en primera clase en un avión y la azafata le ponía un plato delante, se lo comía y luego se olvidaba de que el caviar existía hasta la próxima vez que una azafata volvía a ponerle delante otro platito. Pero ahora se lo comió con voracidad, con todos los adornos, como sí estuviese descubriendo por primera vez en su vida el gran principio de la comida.

A Annie no le gustó en absoluto. Mordisqueó un triángulo de tostada, en el que había puesto una cucharadita, arrugó la cara con asco y la dejó. Paul, sin embargo, fue cavando en el montículo con creciente entusiasmo. En quince minutos se había comido todo el Monte Beluga. Eructó, se cubrió la boca y miró a Annie con expresión de culpabilidad. Ella arrancó con otro ataque de risa.

Creo que voy a matarte, Annie, pensó sonriéndole cálidamente. De veras que lo creo. Tal vez me vaya contigo, es muy probable; pero me voy a ir con la barriga llena de caviar. Las cosas podrían ser peores.

-Está riquísimo; pero no puedo tomar más -le dijo.

-Probablemente vomitaría si siguiera comiendo. Esa cosa es muy fuerte. -Le devolvió la sonrisa-. Le guardo otra sorpresa. Tengo una botella de champaña para después, cuando haya terminado el libro. Se llama "Dom Pérignon". Me costó setenta y cinco dólares. Una botella. Pero Chuckie Yoder, el de la licorería, dice que es el mejor que hay.

-Chuckie Yoder tiene razón -confirmó Paul, pensando que la culpa de que se hubiese metido en ese infierno la tenía, en parte, el "Dom"; hizo una pausa y luego dijo-: Hay algo más que querría, cuando termine.

-¿Si? ¿El qué?

-Usted me dijo una vez que tenía todas mis cosas.
-Las tengo.

-Bueno, hay un cartón de cigarrillos en mi maleta. Me gustaría fumarme un pitillo cuando haya acabado.

La cara de Annie se apagó lentamente.
-Usted sabe que esas cosas no son buenas, Paul. Producen cáncer.

-Annie, ¿usted cree que el cáncer es algo de lo que deba preocuparme ahora?

Ella no le respondió.

-Sólo quiero ese único cigarrillo. Siempre me he tirado hacia atrás y me he fumado uno cuando termino. Es el que mejor me sabe de verdad, mejor aún que el que se fuma después de una buena comida. Al menos, así era antes. Supongo que esta vez me causará mareos y ganas de vomitar, pero me gustaría tener ese pequeño lazo con el pasado. ¿Qué responde, Annie? Sea buena, yo lo he sido.

-Está muy bien..., pero antes del champaña. No me voy a tomar una botella de setenta y cinco dólares en una habitación en la que usted ha esparcido ese veneno por el aire.

-Está muy bien. Si me lo trae al mediodía, lo pondré en el poyete de la ventana donde pueda verlo de cuando en cuando. Terminaré, después lo llenaré con las letras, y luego..., me fumaré el cigarrillo hasta que sienta que me voy a caer inconsciente. Más tarde, lo apagaré y entonces la llamaré.

-Está bien -le dijo-, pero no me gusta nada. Aunque no le vaya a dar cáncer de pulmón con uno sólo, sigue sin gustarme nada. ¿Y sabe por qué, Paul?
-No.

-Porque sólo los malos fuman -le dijo, y empezó a recoger los platos.

39

-¿La señora jefe?
-Chisas -chistó Ian con fiereza y Hesequiah calló.

Geoffrey sintió que el pulso latía en la garganta con rapidez descontrolada De fuera llegaba el crujido constante y suave de las cuerdas y los aparejos, el lento batir de las velas en las primeras brisas débiles de los refrescantes vientos alisios, el grito ocasional de un pájaro. Geoffrey podía escuchar a un grupo de hombres que cantaban, cuyas voces chillonas y desentonadas llegaba desde popa. Pero allí todo era silencio mientras los tres re, dos blancos y uno negro, esperaban a ver si Misery vivirla o no.

Ian emitió un gemido ronco y Hezequiah lo cogió por un bramo. Geoffrey intensificó sus ya histéricos esfuerzos por controlarse. Después de todo lo ocurrido ¿podía ser Dios tan cruel que la dejase morir? Tiempo atrás, hubiese negado esa posibilidad con risueña indulgencia más que- con indignación. a
pensamiento de que Dios pudiese ser cruel le hubiese parecido absurdo en aquellos días.

Pero su idea de Dios como de otras mucha. cosas había cambiado. Había sido la influencia de África. En ella descubrió que no había un solo Dios, sino muchos, y algunos eran más que crueles, eran locos, y eso lo cambiaba todo. La crueldad podía llegar a ser comprensible. Con la locura, sin embargo, no cabía discusión.

Si su Misery estaba verdaderamente muerta, como él temía, pensaba ir hasta la cubierta de proa y lanzarse al mar. Siempre había sabido y aceptado el hecho de. que los dioses eran duros. Pero no quería vivir en un mundo donde los dioses fueran locos.

&as cavilaciones se vieron interrumpidas por un suspiro áspero, medio supersticioso, de Hezequiah.
-Jefe Ian, Jefe Geoffrey. Miren. Sus ojos, sus ojos.

Los ojos de Misery, con ese matiz maravillosamente delicado de- azul turquesa, se habían abierto. Pasaron de Ian a Geoffrey y otra vez a Ian. Por un momento, Geoffrey sólo vio sorpresa en aquellas pupilas... Y luego reconocimiento. Sintió que la alegría le gritaba en el alma.
-¿Dónde estoy? -preguntó bostezando y estirándose-. ¿Ian, Geoffrey, nos encontramos en el mar? ¿Por qué tengo tanta hambre?

Riendo y llorando, Ian se inclinó y la abrazó repitiendo una y otra vez su nombre.

Asombrada, pero complacida, ella le devolvió el abrazo, y porque sabia que ella estaba bien, Geoffrey descubrió que podía renunciar a su amor, ahora y para siempre. Viviría solo, podría vivir solo, en una paz

perfecta.
Tal vez los dioses no estaban locos, al menos no todos.

Tocó a Hezequiah el hombro.
-Creo que deberíamos dejarlos solos, ¿no parece?

-Parece que eso estar bien, Jefe Geoffrey -dijo Hezequiah y sonrió deslumbrando con sus siete dientes de oro.

Geoffrey le robó a Misery una última mirada y, por un solo momento, aquellos ojos de singular azul miraron los suyos llenándole. Llenándole.
amo, mi vida -pensó-. ¿No me oyes?

Tal vez la respuesta que. recibió fue sólo la melancolía de. su propia mente; pero lo creyó. Era su voz, demasiado clara, demasiado suya.
oigo, yo también te amo.

Geoffrey cerró la puerta y subió a la cubierta de popa. En vez de lanzarse por la borda, como podría haber hecho, encendió su pipa y fumó lentamente contemplando el sol que bajaba por la nube del horizonte... Esa nube que era la costa de África.

FIN

Y entonces, porque no podía hacerlo de otra manera, Paul Sheldon sacó la última página de la máquina de escribir y garabateó con un bolígrafo la palabra más odiada y más amada del vocabulario de un escritor.

40

Su hinchada mano derecha no quería rellenar los folios con las letras que faltaban; pero la obligó a hacerlo. Si no lograba quitarle un poco de rigidez, no iba a poder seguir adelante con lo que tenía que hacer.

Cuando hubo terminado, dejó la pluma. Contempló su trabajo por un momento. Se sentía como siempre que terminaba un libro, extrañamente vacío, caído, consciente de que por cada pequeño triunfo había pagado un precio absurdo.

Siempre ocurría lo mismo, siempre igual, como subir por una colina en la selva y llegar a un claro en la cima después de un infierno de meses, sólo para descubrir que no había otra recompensa que el panorama de una autopista con unas cuantas gasolineras y alguna que otra bolera.

Aun así, era bueno terminar. Era bueno haber producido, haber hecho que una cosa fuese. De un modo algo vago, comprendía y apreciaba el valor del acto, de hacer que surgiesen de la nada pequeñas vidas, creando una apariencia de movimiento y una ilusión de calor. Comprendió ahora, finalmente, que no era muy bueno haciendo su truco, pero era el único que sabia, y si siempre acababa haciéndolo de forma inepta, al menos nunca dejaba de hacerlo con amor. Tocó la pila del manuscrito y sonrió un poco.

La mano se apartó del montón de hojas y se deslizó hacia el único "Marlboro" que ella le había puesto en el poyete de la ventana. A su lado había un cenicero de cerámica con un vapor de ruedas litografiado. Bajo el barco decía: RECUERDO DE HANNIBAL, MISSOURI. EL HOGAR DEL NARRADOR

AMERICANO.

En el cenicero había un librito de cerillas; pero sólo contenía una, era todo lo que ella le había concedido. Con una, sin embargo, debería bastarle.

Podía oírla trajinando en el piso de arriba. Eso era bueno. Tendría tiempo suficiente para hacer sus pequeños preparativos, y le serviría de advertencia si decidía bajar antes de que él estuviese listo para encargarse de ella.

Aquí viene el truco de verdad, Annie. A ver si puedo realizarlo. A ver si puedo.

Se inclinó haciendo caso omiso al dolor de sus piernas y empezó a sacar el fragmento suelto de la tabla.

41

La llamó cinco minutos después y oyó sus pesados pasos en la escalera. Esperaba sentirse aterrorizado cuando las cosas llegasen a ese punto, y comprobó con alivio que se hallaba bastante tranquilo. La habitación estaba llena del olor del fluido de encender carbón. La tabla, extendida a través de los brazos de la silla, goteaba constantemente.

-Paul, ¿ha terminado de verdad? -gritó por el pasillo.

Paul miró la pila de papel, empapada de fluido inflamable, que estaba en la tabla al lado de la odiosa "Royal".

-Bueno -le contestó-, hice todo lo que pude.

-Estupendo, estupendo. ¡Ay, casi no puedo creerlo! Después de todo este tiempo. Espere un momento. Traeré el champaña.

-Magnifico.

La oyó atravesar el linóleo de la cocina, anticipando cada crujido un instante antes de que se produjese. Estoy escuchando todos esos sonidos por última vez, pensó, y eso le causó un estupor que rompió su calma como si fuese el cascarón de un huevo. El miedo estaba dentro..., pero también había algo más. Suponía que era la costa de África alejándose.

Ella abrió la puerta de la nevera y luego la cerró con un golpe. Allá iba atravesando la cocina, allá iba.

No se había fumado el cigarrillo, por supuesto, aún estaba en el alféizar. Era la cerilla lo que él quería. Esa única cerilla.

¿Y si no se enciende cuando la rasques?

Pero ya era demasiado tarde para tales consideraciones.

Cogió el librito de cerillas del cenicero. Sacó la única que había. Ahora ella iba por el pasillo. Rascó la cerilla. No se encendió.

Calma, calma, todo se consigue con calma.

La rascó de nuevo. Nada.

Calma..., calma...

La rascó por tercera vez contra la tira oscura del dorso del librito, y una débil llama amarilla floreció en el extremo del palito de cartón.

42

-Sólo espero que este...

Se detuvo, la palabra siguiente se le volvió hacia dentro, empujada por el aire que acababa de inspirar. Paul estaba sentado tras una barricada de papel y una vieja follonera, la "Royal". Había vuelto aposta la primera página para que ella pudiese leer:

EL RETORNO DE MISERY
Por Paul Sheldon

La mano hinchada de Paul planeó sobre la empapada pila de papel con una cerilla encendida entre el pulgar y el índice.

Annie estaba paralizada en la puerta con una botella de champaña envuelta en una servilleta. Tenía la boca abierta. La cerró de golpe.

-¿Paul? -dijo con cautela-. ¿Qué está haciendo?

-Ya lo he terminado, Annie -dijo-, y es bueno. Usted tenía razón. Es el mejor de los libros de Misery y tal vez lo mejor que he escrito en mi vida. Ahora voy a hacer un pequeño truco con él. Es un buen truco. Lo aprendí de usted.

-¡Paul, no! -gritó.

Su voz estaba llena de agonía y de reconocimiento. Sus manos volaron hacia delante dejaron caer la botella de champaña, que se estrelló contra el suelo y explotó como un torpedo. Cúmulos de espuma volaron por todas partes.

-¡No! ¡No! ¡POR FAVOR, No!

-¡Lástima! No podrá leerlo nunca -dijo Paul, y le sonrió, con su primera sonrisa real en muchos meses, radiante y auténtica-. Al margen de la falsa modestia, tengo que decirle que era mejor que bueno. Era fabuloso, Annie.

La cerilla le estaba quemando las yemas de los dedos. La dejó caer. Por un momento terrible pensó que se había apagado. Pero entonces un fuego azul pálido corrió por la página del título con un sonido audible: ¡fump! Se extendió por los lados, lamió el fluido que se había estancado en los bordes de la pila de papel y estalló en amarillo.

-¡OH, Dios, NO! -gritó Annie-. ¡MISERY NO! ¡MISERY NO! !ELLA NO! ¡NO! ¡NO!

Ahora su cara había empezado a resplandecer al otro lado de las llamas.

-¿Quiere formular un deseo, Annie? -le gritó-. ¿Quiere formular un deseo, trasgo de mierda?

-¡DIOS MÍO, PAUL, QUÉ ESTA HACIEEEEENDO!

Se tambaleó hacia delante con los brazos extendidos. Ahora la pila de papel no sólo se estaba quemando, sino que levantaba llamas. El lado gris de la "Royal" comenzó a ponerse negro. El fluido se había encharcado bajo la máquina y ahora lenguas de fuego azul pálido saltaban entre las teclas. Paul notó que la cara se le asaba y vio cómo se le estiraba la piel.

-¡MISERY NO! -aulló Annie-. ¡NO PUEDE QUEMAR A MISERY, JONINO CANALLA, NO PUEDE QUEMAR A MISERY!

Y entonces hizo exactamente lo que él estaba casi seguro de que iba

a hacer. Cogió la pila ardiendo y giró con ella, tal vez para irse al cuarto de baño y lanzarla en la bañera.

Cuando dio la vuelta, Paul agarró la "Royal" sin pensar en las ampollas que su lado candente estaba imprimiendo en su hinchada mano derecha. La levantó sobre su cabeza. Pequeñas gotas de fuego caían de su interior. No le concedió más atención de la que concedía a la llamarada de dolor que sintió en su espalda al torcerse algo con el movimiento. Su cara estaba descompuesta en una mueca demente de esfuerzo y concentración. Estiró los brazos y los bajó dejando que la máquina cayera de sus manos. Golpeó a Annie en el centro de su amplia y sólida espalda.

-¡U G!

No fue un grito, sino un gruñido de sorpresa. Annie cayó hacia delante en el suelo, sobre la pila de papel ardiendo.

Pequeñas llamas azuladas como lamparillas de alcohol punteaban la superficie de la tabla que le servia de escritorio. Paul la tiró a un lado jadeando, sintiendo cada inspiración como hierro derretido en la garganta. Se levantó apoyándose en los brazos y empezó a saltar con un único pie.

Annie se retorcía gimiendo. Una llama le subió por debajo del brazo derecho. Gritó. Paul podía oler la piel que se freía, la grasa que se asaba.

Ella rodó hacia un lado tratando de ponerse de rodillas. Casi todo el papel estaba ahora en el suelo, todavía ardiendo, o bien apagándose en los charcos de champaña, pero Annie sujetaba algunos que aún ardían. También ardía su rebeca. Vio puntas de cristal verde en los antebrazos. Un trozo más grande salía de su mejilla derecha como la cuchilla de un tomahawk.

-Le voy a matar, chupapollas embustero -le dijo yendo hacia él, tambaleándose. Anduvo tres pasos sobre sus rodillas y cayó encima de la máquina de escribir. Entonces Paul cayó sobre ella, y aun a través de su cuerpo sentía los duros ángulos de la máquina de escribir que tenía debajo. La mujer gritó como un gato, se retorció como un gato y trató de escurrírsele como un gato.

Las llamas se estaban apagando a su alrededor; pero Paul aún sentía un calor salvaje saliendo del montículo que se retorcía y tiraba debajo de él, y supuso que al menos parte del jersey y del sujetador debían habérsele achicharrado a Annie en el cuerpo. No sintió compasión alguna.

Ella trató de quitárselo de encima. Él aguantó y ahora estaba completamente estirado encima de Annie, como si intentara cometer una violación, su cara casi sobre la de ella, su mano derecha tanteando, sabiendo exactamente lo que buscaba.

-¡Quítese de encima de mi!

Él encontró un puñado de papel caliente y chamuscado.

-¡Quítese de encima!

Estrujó el papel apretando llamas que se escurrían entre sus dedos. Podía olerla: carne asada, sudor, odio, locura.

-¡QUÍTESE DE ENCIMA! -gritó con la boca muy abierta.

Y Paul encontró de pronto mirando el pozo húmedo y rojo de la diosa.

-¡QUÍTESEME DE ENCIMA, JONINO CAN...!

Metió los folios de máquina y también papel cebolla en aquella boca abierta que chillaba. Vio cómo aquellos ojos destellantes se abrían de

repente todavía más, ahora con horror y sorpresa.

-Aquí tiene su libro, Annie -le dijo jadeando, y volvió a coger más papel. El segundo puñado estaba apagado, chorreando, con el olor agrio del champaña derramado. Ella saltaba y se retorcía debajo. La cúpula de sal de su rodilla izquierda golpeó el suelo y sintió un dolor horrible, pero se mantuvo sobre ella. Te voy a violar. A violar, Annie. Te voy a violar porque sólo puedo hacer lo peor de lo que soy capaz. Así que chupa, chupa mi libro, chupa hasta que te ahogues.

Estrujó el papel mojado con un apretón convulsivo de su puño y se lo metió en la boca empujando más adentro el primer puñado medio chamuscado.

-Ahí lo tiene, Annie. ¿Le gusta? Es una auténtica edición príncipe, es la edición de Annie Wilkes. ¿Le gusta? Cómasela, Annie, chúpesela, vamos, chúpesela, sea buenecita y cómase todo su libro.

Le metió un tercer puñado y un cuarto. El quinto aún ardía. Lo apagó con la palma de su mano derecha, llena de ampollas, al metérselo en la boca.

Un extraño ruido ahogado salía de ella. Dio un tremendo empellón y esa vez tiró a Paul. Hizo un esfuerzo y se puso de rodillas, con las manos aferradas a su garganta ennegrecida, que tenía una horrible hinchazón. La piel de su torso y de su vientre estaba llena de ampollas. El champaña corría del puñado de papel que le salía de la boca.

-¡Mumf! ¡Marc! ¡Marc! -croaba.

De algún modo logró ponerse de pie con las manos aún aferradas a la garganta. Paul se empujó hacia atrás con las piernas desordenadamente estiradas delante de si, mirándola con cansancio.

-¿Arcu? ¿Dorg? ¡Mumf!

Dio un paso hacia él. Dos. Entonces volvió a tropezar con la máquina de escribir. Al caer esa vez, la cabeza se le torció en un ángulo, y vio sus ojos mirándole con una expresión que era a la vez interrogante y terrible: ¿Qué pasó, Paul? Venia a traerle champaña, ¿no?

El lado izquierdo de su cabeza topó contra el borde de la repisa de la chimenea mientras caía como un saco de ladrillos, golpeando el suelo. Al derrumbarse, se estremeció la casa.

43

Annie había caído en la pila de papel ardiendo, y apagó el fuego con su cuerpo. Era un montículo negro y humeante en medio del pavimento. Los charcos de champaña habían apagado casi todas las páginas sueltas, pero quedaban dos o tres que se hallaban contra la pared, a la izquierda de la puerta, y que ardían brillantes, prendiendo en algunos puntos del empapelado, pero sin que el fuego se levantase con mucho entusiasmo.

Paul se arrastró hasta la cama empujándose con los codos y cogió la colcha. Entonces se deslizó hasta la pared apartando con los bordes de las manos los trozos de la botella. Se había torcido la espalda. Se había quemado gravemente la mano derecha. Le dolía la cabeza. El estómago le

daba vueltas con el olor dulce y nauseabundo de la carne quemada. Pero era libre. La diosa estaba muerta y él era libre.

Puso debajo de su cuerpo la rodilla derecha. Se estiró torpemente con la colcha que estaba húmeda de champaña y cruzada por negras rayas de ceniza y empezó a golpear las llamas. Cuando dejó caer la colcha amontonada sobre la tabla había un agujero calvo y humeante en medio de la pared, pero el papel estaba apagado. El final de la página del calendario se había rizado hacia arriba, y nada más.

Empezó a arrastrarse hasta la silla de ruedas. Estaba a mitad de camino cuando Annie abrió los ojos.

44

Paul se quedó mirándola sin podérselo creer, mientras ella se ponía lentamente de rodillas. Él también se sujetaba con las manos arrastrando las piernas. Parecía una extraña versión adulta del sobrino de Popeye, Cocoliso.

No..., no, estás muerta.

Te hallas en un error, Paul. Tú no puedes matar a una diosa. La diosa es inmortal. Ahora tengo que aclarar.

Sus ojos miraban fijamente de un modo horrible. Una enorme herida rosa brillaba a través de su pelo en el lado izquierdo de la cabeza. La sangre le corría por la cara.

-PJJJ -gritó a través del papel que le llenaba la garganta, y empezó a arrastrarse hacia él con las manos estiradas-. JJJRRR.

Paul giró en un semicírculo y empezó a avanzar hacia la puerta. Podía oírla tras él. Y entonces, al entrar en la zona de vidrios rotos, sintió que le cogía el tobillo izquierdo y le apretaba el muñón, causándole un dolor insoportable. Gritó.

-¡PAJJJRRRO SUZZZZZIOI! -chilló Annie, triunfante.

Él la miró por encima del hombro. La cara se le estaba poniendo morada y parecía hincharse. Comprendió que se estaba convirtiendo realmente en el ídolo de los bourkas.

Dio un tirón con todas sus fuerzas y la pierna se le escurrió a Annie de la mano, quedándose sólo con el capuchón de cuero que le había puesto en el muñón.

Siguió arrastrándose frenéticamente, llorando y con el sudor corriéndole por las mejillas. Continuó empujándose con los codos como un soldado avanzando bajo fuego de artillería. Oyó el golpe sordo de una rodilla tras él, luego de otra, después otra vez la primera. Ella aún le perseguía. Era tan sólida como él siempre había temido. La había quemado, le había roto la espalda, le había rellenado los tubos respiratorios de papel y todavía..., todavía le perseguía.

-¡PAJ! -gritó Annie ahora-. ¡PPJ... SUZZZ!

Un garfio de vidrio se le clavó en el brazo. Siguió arrastrándose, de todos modos, con el trozo de botella sobresaliéndole como una clavija.

La mano de Annie se cerró sobre su pantorrilla izquierda.

-¡OG! ¡Go..., UUUUG..., OG..., OG!

Volvió a girar para mirarla y si, la cara se le había puesto negra, de un negro polvoriento de ciruela podrida, del que sobresalían salvajes unos ojos ensangrentados. Su garganta palpitante se hallaba hinchada como una cámara de aire y tenía la boca torcida. Realmente, estaba tratando de sonreír.

La puerta ya se encontraba a su alcance. Paul se estiró y agarró la jamba con un apretón de muerte.

-¡Go..., UUUUG..., OG!

La mano derecha de Annie en su muslo derecho.

Tump. Una rodilla. Tump. La otra.

Más cerca. Su sombra cayéndole encima.

No gimió. La sintió tirando de él hacia atrás. Se aferró con todas sus fuerzas a la jamba con los ojos apretados.

-¡Go..., UUUUG..., OG!

Sobre él. Trueno. Diosa trueno.

Ahora las manos de Annie corrieron por su espalda como una araña y se asentaron alrededor de su cuello.

-¡Go..., UUUUG..., PPPJJJJ..., SUZZZZ!

A Paul se le acabó el aire. Se agarró al marco de la puerta con todas sus fuerzas. Pero sintió las manazas de ella hundiéndosele en el cuello. Gritó:

-¡Muérete! ¿No te puedes morir? ¿No te puedes morir nunca?

-Go.. ., G...

La presión aflojó. Por un momento pudo volver a respirar. Entonces Annie cayó sobre él como una montaña de carne fláccida, y ya no pudo respirar en absoluto.

45

Consiguió salir por debajo de Annie como quien intenta librarse de un alud de nieve con las últimas fuerzas que le quedan.

Se arrastró por el suelo esperando que ella volviese a agarrarle el tobillo en cualquier momento; pero eso no ocurrió. Annie estaba boca abajo en silencio en medio de un charco de sangre y champaña. Salpicada de vidrios rotos. ¿Estaba muerta? Tenía que estarlo. Pero Paul no lo creía posible.

Salió y cerró la puerta con un golpe. El cerrojo que ella había puesto parecía estar a la mitad de una colina muy alta; pero consiguió llegar y cerrarlo; luego, cayó al pie de la puerta, convertido en un fardo tembloroso.

Estuvo allí durante un rato en una especie de estupor. Lo reanimó un sonido bajo de arañazos. Las ratas, pensó. Son las ra...

Entonces los gordos dedos manchados de sangre de Annie salieron por debajo de la puerta y tiraron de su camisa.

Gritó y dio un tirón alejándose de ellos, la pierna izquierda crujiendo de dolor. Le machacó los dedos con el puño. En lugar de retirarse, se sacudieron un poco y se quedaron quietos.

Que éste sea su fin, Dios, por favor, que éste sea su fin.

Con un dolor horrible, Paul empezó ahora a arrastrarse hacia el baño. Llegó a mitad de camino y miró atrás. Los dedos aún asomaban por debajo de la puerta. Por horrible que fuese su dolor, no soportaba ver aquello, ni siquiera imaginarlo, así que cambió de dirección, volvió atrás y los empujó hacia dentro. Tuvo que armarse de valor para ello. Estaba seguro de que, en el momento en que los tocase, se cerrarían sobre él.

Finalmente llegó al baño sintiendo que todo su cuerpo latía. Se arrastró hasta dentro y cerró la puerta.

Dios, ¿y si había cambiado la droga de sitio?

Pero no era así. Aún estaban allí el montón de cajas desordenadas incluyendo las que tenían las cajitas de muestra de "Novril". Se tomó tres en seco y entonces volvió a arrastrarse a la puerta y se apoyó contra ella bloqueándola con el peso de su cuerpo.

Se durmió.

46

Estaba oscuro cuando despertó, y al principio no sabía dónde se encontraba. ¿Cómo se había vuelto tan pequeña su habitación? Entonces lo recordó todo y, con el recuerdo, le llegó una extraña certeza: ella no estaba muerta; ni siquiera ahora. No estaba muerta. Se hallaba de pie tras aquella puerta, tenía un hacha y, cuando él saliese arrastrándose, le cortaría la cabeza, que rodaría por el pasillo como una bola en la bolera mientras ella reía.

Eso es una locura, se dijo, y entonces escuchó, o creyó escuchar, un ligero sonido de ropa, tal vez el murmullo de una falda de mujer, rozando ligeramente la pared.

Te lo has inventado... Tu imaginación es tan vívida.

No me lo he inventado. Lo he oído.

No lo había oído, lo sabia. Su mano se estiró hasta el pomo de la puerta; luego, cayó, insegura. Si, sabia que no había oído nada, pero ¿y si había oído algo de verdad?

Ella pudo haber salido por la ventana.

Paul, Annie está MUERTA.

La réplica, implacable en su falta de lógica: La diosa nunca muere. Se dio cuenta de que se estaba mordiendo los labios frenéticamente y se obligó a dejarlo. ¿Era así como se volvía uno loco? Si. Estaba cerca de eso, ¿y quién tenía más motivos? Pero si él se rendía, si los policías finalmente regresaban mañana o al día siguiente para encontrar a Annie muerta en la habitación de huéspedes y hallaban también, en el baño de la primera planta, una bola balbuciente de protoplasma que una vez había sido un escritor llamado Paul Sheldon, ¿no significaría eso la victoria de Annie?

Seguro. Y ahora, Paulie, vas a ser buenecito y vas a seguir el guión. ¿Está bien?

Está bien.

Su mano volvió a estirarse hacia el pomo y otra vez flaqueó. No

podía seguir el guión original. En él se había visto prendiendo fuego al papel y la había visto a ella cogiéndolo, y eso había ocurrido. Sólo que él tenia que haberle aplastado los sesos con la mierda de la máquina en vez de golpearle la espalda con ella. Entonces, él tenía la intención de salir a la sala e incendiar la casa. El guión determinaba que efectuase su huida a través de una de las ventanas de esa pieza. Se daría un golpe infernal, pero ya sabia lo maniática que era Annie con las cerraduras. Mejor golpeado que achicharrado, como creía que había dicho una vez san Juan Bautista.

En un libro, todo habría salido de acuerdo con el plan; pero la vida era tan jodidamente desordenada... ¿Qué se puede decir de una existencia en la que algunas de las conversaciones más cruciales ocurren cuando uno tiene que ir a cagar o algo así, una existencia en la que ni siquiera existen los capítulos?

-Muy desordenada -gruñó Paul-. Menos mal que hay tíos como yo para mantener las cosas claras -río.

La botella de champaña no estuvo en el guión; pero eso no era nada en comparación con la terrible vitalidad de aquella mujer y su actual incertidumbre dolorosa.

Y hasta que no supiera si estaba muerta o no, no podía quemar la casa organizando un tumulto que atrajese el socorro que necesitaba. Y no porque Annie pudiera no haber muerto. Estaba dispuesto a asarla viva sin ningún miramiento.

No era Annie lo que le detenía, sino el manuscrito. El manuscrito de verdad. Lo que había quemado no era más que una ilusión con la página del titulo encima, hojas en blanco intercaladas con borradores descartados y notas. El manuscrito real de El retorno de Misery había sido depositado debajo de la cama, donde se encontraba todavía.

A menos que aún esté viva, en cuyo caso se hallará allí leyéndolo.

Entonces, ¿qué vas a hacer?

Esperar aquí, le avisó una parte de él. Permanecer donde se está bien y a salvo.

Pero otra parte de él, más valiente, le instaba a seguir con el guión, al menos hasta donde pudiese. Vete a la sala. Rompe la ventana. Sal de esta casa horrible. Llega hasta el borde de la carretera y para un coche. En épocas anteriores, eso podía significar una espera de días; pero ya no. La casa de Annie se había convertido en tema de postal.

Haciendo acopio de todo su valor, estiró el brazo hasta el pomo de la puerta y lo giró. La puerta se abrió despacio a la oscuridad y sí, allí estaba Annie, allí estaba la diosa en las sombras, una forma blanca con uniforme de enfermera.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Sombras sí, Annie, no. Excepto en las fotografías de los periódicos, nunca la había visto con uniforme de enfermera. Sólo sombras. Sombras y su (tan vívida)
imaginación.

Se arrastró poco a poco por el pasillo y miró de nuevo a la habitación de huéspedes. Estaba cerrada. Volvió a reptar hacia la sala.

Era un pozo de sombras. Annie podía permanecer escondida en cualquiera de ellas. Annie podía ser cualquiera de ellas. Y podía llevar el hacha.

Se arrastró.

Allí estaba el sofá mullido, y Annie se hallaba tras él. Allí estaba la puerta de la cocina, abierta, y Annie oculta detrás de ella. Las tablas del suelo crujieron a su paso..., ¡claro! Annie se encontraba a su espalda.

Se volvió con el corazón golpeando en su pecho y los sesos estrujándose entre sus piernas. Annie estaba allí de verdad con el hacha levantada, pero sólo durante un segundo. Se diluyó en las sombras. Se arrastró dentro de la sala y entonces fue cuando oyó el sonido de un motor que se acercaba. Un débil barrido de luces iluminó la ventana. Oyó chirriar las ruedas sobre la tierra y comprendió que habían visto la cadena atravesando el camino.

Una puerta se abrió y se cerró.

-¡Mierda! ¡Mira esto!

Se arrastró más aprisa, atisbó el exterior y vio una silueta que se aproximaba a la casa. El sombrero de la silueta tenía una forma inconfundible. Había llegado un guardia del Estado.

Paul se agarró a la mesita de la cerámica tirando las figuritas. Algunas cayeron al suelo y se rompieron. Cogió una con la mano y eso, al menos, le salió como en un libro, con la precisión que describían las novelas, precisamente porque en la vida no sucedía casi nunca.

Era el pingüino sentado en su bloque de hielo.

AHORA MI HISTORIA YA HA SIDO CONTADA, decía la leyenda en la peana,

y Paul pensó: Sí, gracias a Dios.

Incorporándose sobre el brazo izquierdo, consiguió que su mano derecha se cerrase sobre el pingüino. Las ampollas se le rompieron derramando pus. Echó el brazo hacia atrás y lanzó la figurilla contra la ventana de la sala, igual que hizo, no hacía mucho, con el cenicero en la de la habitación de huéspedes.

-¡Aquí! -gritó Paul Sheldon delirante-. ¡Aquí, aquí, por favor, estoy aquí!

47

Hubo aún otra precisión novelística en ese desenlace: eran los mismos guardias que habían ido días atrás a interrogar a Annie sobre Kushner: David y Goliat. Sólo que esa noche David no sólo llevaba la chaqueta desabotonada, sino que tenía la pistola en la mano.

David resultó llamarse Wicks. Goliat era McKnight. Habían ido con una orden de registro. Cuando finalmente entraron en la casa respondiendo a los gritos frenéticos que llegaban de la sala, se encontraron a un hombre que parecía una pesadilla viviente.

Al otro día por la mañana, Wicks diría a su mujer:

-Cuando estaba en la secundaria, leí un libro, El conde de Montecristo, creo, o tal vez El prisionero de Zenda. Bueno, pues había un tipo en esa historia que había pasado cuarenta años en confinamiento solitario. Sin ver a nadie durante ese tiempo. Pues eso es lo que este tío parecía.

Wicks se detuvo un momento queriendo expresar mejor cómo fue, las emociones contradictorias que había sentido, horror y lástima, pena y asco; pero, sobre todo, asombro de que un hombre que se veía tan mal estuviese aún con vida. No podía encontrar las palabras.

-Cuando nos vio, empezó a llorar -dijo, y luego agregó-: Me llamaba David, no sé por qué.

-A lo mejor te pareces a alguien que él conocía -sugirió ella.

-Puede ser.

48

Paul tenía la piel gris, el cuerpo flaco como un perchero. Estaba acurrucado junto a la mesita temblando, mirándolos fijamente con los ojos desorbitados.

-¿Quién...? -empezó McKnight.

-Diosa -interrumpió el hombre escuálido que se hallaba en el suelo-. Tienen que tener cuidado con ella. Habitación. Allí me tenía. Su escritor preferido. Habitación. Ella está allí.

-¿Annie Wilkes? Wicks. ¿En esa habitación?

El asintió mirando el pasillo.

-Sí. Sí. Encerrada allí. Pero, claro, hay una ventana.

-¿Quién...? -empezó McKnight por segunda vez.

-¡Cristo! ¿No te das cuenta? -exclamó Wicks-. Es el tío que Kushner estaba buscando. El escritor. No me acuerdo de su nombre, pero es él.

-Gracias a Dios -repuso el hombre escuálido.

-¿Qué? -Wicks se inclinó hacia él con el ceño fruncido.

-Gracias a Dios que no recuerda mi nombre.

-No le entiendo, amigo.

-Bueno, es igual. Sólo que... tienen que tener cuidado. Creo que está muerta. Pero tengan cuidado. Si aún se encuentra viva..., peligrosa..., como una víbora. -Con un esfuerzo tremendo movió la pierna torcida poniéndola directamente bajo la luz de la linterna de McKnight-. Me cortó el pie. Hacha.

Durante mucho rato, miraron el lugar donde su pie ya no estaba, y entonces McKnight murmuró:

-¡Cielo santo!

-¡Vamos! -decidió Wicks.

Sacó la pistola y los dos empezaron a caminar despacio por el pasillo hasta la puerta cerrada de la habitación de huéspedes.

-¡Cuidado con ella! -gritó Paul con su voz rota y cascada-. ¡Cuidado!

Abrieron la puerta y entraron. Paul se apoyó contra la pared y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Estaba frío. No podía dejar de temblar. Ellos gritarían o gritaría ella. Podía haber lucha. Podía haber tiros. Trató de preparar su mente para cualquiera de las dos cosas. Pasó el tiempo, un tiempo que le pareció larguísimo.

Al fin oyó pasos de botas viniendo por el pasillo. Abrió los ojos.

Era Wicks.

-Si que estaba muerta -dijo Paul-. Yo lo sabía, la parte real de mi mente lo sabia, pero aún no puedo cree...

Wicks explicó:

-Hay sangre, vidrios rotos y papel carbonizado allá adentro... pero no hay nadie en esa habitación.

Paul Sheldon miró a Wicks y entonces empezó a gritar. Aún estaba gritando cuando se desmayó.

IV

Diosa

-Te visitará un extranjero alto y oscuro -dijo la gitana a Misery, la cual, asombrada, comprendió al instante dos cosas:

ésa no era una gitana y no estaban solas en la tienda. Pudo oler el perfume de Gwendolyn Chastain en el instante en que las manos de la loca se cerraban alrededor de su cuello.

-En realidad -observó la gitana que no era una gitana-, creo que ya está aquí.

Misery trató de gritar, pero ya no podía ni respirar.

El hijo de Misery

-Siempre se ve así, amo Ian -dijo Hezequiah-. No impota po donde la mire, ella sempre mirándote a ti. No sé si sé vedá, pero los boukas disen ellos que cuando uno se pone detrá de la diosa, la diosa parece mirá a uno.

-Si no es más que un trozo de piedra -replicó Ian.

-Sí, amo Ian -concedió Hezequiah-. Eso é lo que le da podé.

El retorno de Misery

1

smbrrra cunndo
stsssn smbrrra cunndo
l jj jossstcunndo
Estos sonidos aún en la neblina.

2

Ahora debo aclarar, dijo ella, y así es como se aclara:

3

Nueve meses después de que Wicks y McKnight lo sacaran de casa de Annie en una camilla, Paul Sheldon dividía su tiempo entre el Doctors Hospital de Queens y un nuevo apartamento en la parte este de Manhattan. Habían vuelto a romperle las piernas. Aún tenía la izquierda escayolada de la rodilla para abajo. Cojeada por el resto de su vida, según le habían dicho los médicos, pero caminaría, y con el tiempo lograda hacerlo sin dolor. Su cojera había sido más pronunciada si en vez de caminar sobre una prótesis fabricada a medida, hubiese tenido que hacerlo apoyándose en su propio pie. De un modo bastante irónico, Annie le había hecho un favor.

Bebía mucho y no escribía nada. Tenía pesadillas.

Una tarde de mayo, cuando salió del ascensor en el noveno piso, no estaba pensando en Annie, para variar, sino en el voluminoso paquete que llevaba torpemente bajo el brazo. Contenía dos juegos de galeradas de El retorno de Misery. Sus editores querían lanzar el libro a toda prisa y, considerando los titulares que habían aparecido en la Prensa de todo el mundo generados por las extrañas circunstancias en que la novela había sido escrita, no era para sorprenderse. Hasting House había ordenado una primera edición sin precedentes de un millón de ejemplares.

-Y eso es sólo el principio -le había dicho ese día Charlie Merrill, su editor, durante el almuerzo del que ahora regresaba Paul con sus galeradas-. Este libro va a superar las ventas de cualquier otro en el mundo, amigo mío. Tendríamos que estar todos de rodillas dando gracias a Dios por el hecho de que la historia que hay dentro de ese libro sea casi tan buena como la que se halla detrás.

Paul no sabía si eso era cierto, y ya no le importaba. Sólo quería alejarse de todo aquello y encontrar su próxima obra... Pero a medida que los días de sequía se convertían en semanas y éstas en meses, había empezado a preguntarse si alguna vez volvería a escribir otra novela.

Charlie le estaba suplicando que hiciese una crónica real de sus experiencias, que, según él, superaría hasta las ventas de El retorno de Misery. Superaría incluso las de Iacocca. Cuando Paul le preguntó, por pura curiosidad, a cuánto creía que ascenderían los derechos por la edición de bolsillo de un libro así, Charlie se apartó de la frente el largo cabello, encendió un "Camel" y respondió:

-Creo que podíamos establecer un precio de salida de diez millones de dólares y luego organizar una subasta infernal.

No movió ni un párpado cuando lo dijo. Después de un momento, Paul comprendió que lo decía en serio o que, al menos, creía decirlo en serio.

Pero no había manera de que pudiera escribir un libro así. Todavía no, y probablemente nunca. Su trabajo era crear novelas. Podía escribir la crónica que Charlie quería; pero, silo hacía, sabia que nunca volvería a producir una novela.

Y lo gracioso era que sería una novela, estuvo a punto de decirle a Charlie Merrill..., pero se aguantó en el último momento. Porque lo más divertido era que a Charlie no le importaría.

Empezaría por los hechos y luego comenzaría a modificarlos... Al principio sólo un poco... Luego, más... Después otro poco. No para quedar él mejor, aunque probablemente así sería, y tampoco para que Annie

apareciera peor, porque eso era imposible. Sólo para recrear la precisión. No quiero convertirme a mí mismo en un personaje de ficción. Escribir puede ser una forma de masturbación; pero que Dios me libre de convertirlo en un acto de autocanibalismo.

Su apartamento era el 9-E, el más alejado del ascensor, y hoy el pasillo parecía tener setenta kilómetros. Avanzó cojeando, con un bastón en forma de te en cada mano. Clac.., clac.., clac... Dios, cómo odiaba ese sonido.

Las piernas le dolían muchísimo y necesitaba el "Novril". Algunas veces pensaba que valdría la pena estar allí con Annie sólo para conseguir la droga. Los médicos se la habían ido quitando. El sustituto era el alcohol y, cuando llegase al apartamento, se iba a tomar un bourbon doble.

Luego, miraría durante un rato la pantalla en blanco de su procesador de textos. Qué divertido. El pisapapeles de quince mil dólares de Paul Sheldon.

Clac... clac... clac.., clac.

Ahora tenía que sacar la llave del bolsillo sin que se le cayeran los bastones ni el sobre donde llevaba las galeradas. Apoyó éstos contra la pared. Mientras lo hacía, las galeradas fueron a parar a la alfombra. El paquete se abrió.

-¡Mierda! -gruñó, y entonces los bastones se derrumbaron con un claqueteo para aumentar la diversión.

Paul cerró los ojos balanceándose precariamente en sus piernas torcidas y dolientes, esperando a ver si se enfurecía o si empezaba a llorar. No quería llorar en el pasillo; pero tal vez lo haría. Ya lo había hecho. Las piernas le dolían constantemente y necesitaba la droga, no la aspirina que le daban en el dispensario del hospital. Quería su droga buena, la de Annie. Y además, estaba siempre tan cansado. Lo que le hacía falta para levantarse no eran esos asquerosos bastones sino sus juegos de ficción y sus historias. Ellos eran las buenas drogas, el pinchazo que nunca fallaba; pero habían huido. Parecía que la hora de jugar se había terminado para siempre.

Así es el final, pensó abriendo la puerta y entrando en el apartamento dando tumbos. Por eso es por lo que nadie escribe sobre ello. Es demasiado aburrido. Ella tenía que haber muerto después de que le rellené la cabeza de papel en blanco y páginas descartadas. Debí haber muerto entonces yo también. En aquellos momentos, éramos verdaderamente personajes en uno de los seriales de Annie. Nadie era gris, sólo blanco o negro, bueno o malo. Yo era Geoffrey y ella la diosa abeja de los bourkas. Esto... bueno, he oído hablar de desenlaces, pero éste es ridículo, Que se joda la mierda del suelo. Primero a beber y luego a recoger. Primero a ser un niño malo y...

Se paró. Tuvo tiempo de darse cuenta de que el apartamento estaba demasiado oscuro. Y había un olor. Conocía ese olor, una mezcla mortal de suciedad y de polvos faciales.

Annie salió de detrás del sofá como un fantasma blanco, vestida con uniforme de enfermera y cofia. Llevaba el hacha en la mano y gritaba:

-¡Es hora de aclarar, Paul! ¡Es hora de aclarar!

Él gritó, tratando de girarse sobre sus piernas estropeadas. Ella saltó por encima del sofá con una fuerza torpe. Parecía una rana albina. Su uniforme almidonado crujía. El primer barrido con el hacha no hizo más

que provocar una ráfaga de viento sobre él. Eso fue lo que le pareció hasta que cayó sobre la alfombra oliendo su propia sangre. Bajó los ojos y vio que lo había partido casi por la mitad.
-¡Aclarar! -gritó ella y le cortó la mano derecha.
-¡Aclarar! -gritó otra vez, y le cortó la izquierda.

Se arrastró hacia la puerta abierta con los muñones de sus muñecas. Aún estaban allí las galeradas que Charlie le había dado en el almuerzo en Mr. Lee's, extendiéndole el sobre a través de la mesa con mantel de un blanco deslumbrante, mientras Muzak sonaba en los altavoces.

-Annie, puede leerlo ahora -trató de gritar, pero sólo pudo decir Annie pu antes de que su cabeza volara y rodara hasta la pared. Lo último que vio del mundo fue su propio cuerpo derrumbándose y los zapatos blancos de Annie junto a él.
Diosa, pensó, y murió.

4

Guión: Escrito en que, concisa y ordenadamente, se han apuntado algunas cosas que uno se propone desarrollar después. Argumento para una obra de cinematógrafo con todos los pormenores para su realización.

Escritor: Persona que escribe. Autor de obras escritas o impresas.

Ficción: Invención imaginativa[19].

5

Paulie, ¿puedes?

6

Sí, claro que podía. El guión del escritor era que Annie aún vivía, aunque entendía que esto era sólo ficción.

[19] En esta relación, el autor utiliza los vocablos scenario, writer y make-believe con la referencia del Webster's New Collegiate. Las definiciones en castellano corresponden al Diccionario ideológico de la lengua española de Julio Casares. (N. del T)

7

Realmente fue a comer con Charlie Merrill. La conversación fue la misma. Sólo que al entrar en su apartamento, sabía que era la mujer de la limpieza la que había levantado las alfombras y, aunque se cayó y tuvo que contener un grito de terror cuando Annie se alzó como Caín de detrás del sofá, sólo era el gato, un siamés bizco llamado Dumpster que había encontrado el mes anterior en la perrera.

Annie no estaba porque Annie no era una diosa sino una loca que le había hecho daño por sus propias e inescrutables razones. Annie había conseguido sacarse de la boca y de la garganta la mayor parte del papel y salió por la ventana mientras Paul dormía drogado. Logró llegar hasta el establo y allí se cayó. Estaba muerta cuando Wicks y McKnight la encontraron; pero no por estrangulación, ni asfixia. Había fallecido a consecuencia de una fractura de cráneo recibida al golpearse con la repisa de la chimenea, cuando resbaló y fue a dar contra ella. Así que, en cierto modo, la había matado la máquina de escribir que Paul había odiado tanto.

Pero había hecho planes para él. Esa vez ni siquiera le bastaría el hacha.

La habían encontrado fuera de la porqueriza de Misery con una mano alrededor del mango de un serrucho.

Todo eso pertenecía, sin embargo, al pasado. Annie Wilkes estaba en su tumba. Pero, como Misery Chastain, descansaba allí inquieta. Él la desenterraba una y otra vez en sus sueños, y en sus fantasías cuando estaba despierto. No se podía matar a una diosa. Se la podía emborrachar temporalmente con bourbon, pero eso era todo.

Fue al bar, contempló la botella; luego, volvió a mirar hacia donde estaban las galeradas y las muletas. Le echó una ojeada de adiós a la bebida y volvió a sus cosas.

8

Aclarar.

9

Media hora después estaba sentado frente a la pantalla en blanco, pensando que debía ser un auténtico masoquista. Se había tomado la aspirina en lugar de la copa; pero eso no alteraba lo que iba a pasar ahora. Permanecería allí sentado durante quince minutos, o tal vez media hora, mirando sólo la pantalla que brillaba en la oscuridad; luego, apagaría la máquina y se iría en busca de aquella copa.

Sólo que...

Sólo que había visto algo gracioso de camino a casa después de la comida con Charlie, y eso le dio una idea. No era una gran idea, sólo una pequeñita. Al fin y al cabo, no fue más que un pequeño incidente. Un chico que empujaba un carro de supermercado por la Calle 48, eso era todo; pero en el carro había una jaula y en la jaula un animal bastante grande y peludo, que Paul al principio tomó por un gato. Una mirada más atenta le había permitido descubrir que tenía una ancha franja en el lomo.

-Muchacho -le dijo al chico-, ¿es eso una mofeta?

-Sí -le respondió el niño, y empujó el carro un poco más rápido. En la ciudad, uno no puede detenerse a conversar con la gente. Sobre todo si se trata de tíos de aspecto extraño que tienen bajo los ojos bolsas del tamaño de maletas "Samsonite" y que van cojeando con bastones de metal. El chaval volvió la esquina y desapareció.

Paul siguió deseando coger un taxi; pero debía caminar al menos kilómetro y medio cada día, aunque tenía unos dolores de todos los demonios. Para olvidarse del kilómetro, se dedicó a preguntar-se de dónde había salido ese chico, de dónde habría salido el carro y, sobre todo, de dónde habría salido la mofeta.

Oyó un ruido tras él y se volvió de la pantalla en blanco para ver a Annie Wilkes salir de la cocina en tejanos, con una camisa de leñador roja de franela y el serrucho en las manos.

Cerró los ojos, los abrió, vio la misma nada y de repente se puso furioso. Volvió al procesador de textos y escribió apresurado, casi aporreando las teclas.

J.

El chico oyó un sonido en la parte trasera del edificio y, a pesar de que cruzó por su mente el pensamiento de las ratas, dio la vuelta a la esquina de todos modos. Era demasiado temprano para regresar a casa, porque el colegio no terminaba hasta dentro de una hora y media y había hecho novillos a la hora de la comida. Lo que vio encogido contra la pared en el polvoriento rayo de sol no era una rata sino un enorme gato negro con la cola más esponjada que había contemplado en su vida.

10

Se detuvo con el corazón latiéndole de pronto a toda marcha. Paulie, ¿puedes?

Esa era una pregunta que no se atrevía a contestar. Volvió a inclinarse sobre el teclado y, al cabo de un momento, empezó a golpear las teclas.., pero con más suavidad.

11

No era un gato. Eddie Desmond había vivido siempre en la ciudad de Nueva York; pero había ido al zoológico del Bronx y, Cristo, también había libros con fotografías, ¿no? Sabía lo que era aquello, aunque no tenía la menor idea de cómo algo así podía haber llegado a aquel edificio desierto de la Calle 105, sin embargo la larga franja blanca de su espalda lo delataba sin remedio, Era una mofeta.

Eddie empezó a acercárselo poco a poco, los pies rechinando en el polvo del suelo...

12

Podía. Podía.

Así que agradecido y aterrorizado, lo hizo. El agujero se abrió y Paul se puso a mirar lo que había allí sin darse cuenta de que sus dedos iban cada vez más de prisa, sin apercibirse de que sus piernas doloridas estaban en la misma ciudad, pero a cincuenta manzanas de distancia, sin notar que, mientras escribía, estaba llorando.

Lovell, Maine:

23 de septiembre de 1984/Bangor, Maine:

7 de octubre de 1986: Ahora ya he contado mi historia.